



Andrea P. Muñoz
El mal que nos devora

EL MAL QUE NOS DEVORA

Andrea P. Muñoz

Copyright © 2019 Andrea Pérez Muñoz

Fotografía de cubierta: ©Pexels

Fotografía de autora: ©Masuno Imagen

Vector esqueleto: ©Pixabay

All rights reserved.

ISBN: 9781790755691
Sello: Independently published

*A todos aquellos que perdieron a alguien
y sufrieron en el camino.*

A todos aquellos cuyos recuerdos
constituyen una losa.

A todos aquellos que se sintieron culpables.
A todos aquellos a los que la tristeza devoró.

Es hora de dejar marchar y volar.

A Marcos, por creer en mí siempre.

*Pero sobretodo **a ti lector,**
por sumergirte de lleno en cada página.*

PRIMERA PARTE

Niña bonita, niña especial.

“ El camino al Infierno está construido de buenas intenciones.”

Carlos Ruiz Zafón.

CAPÍTULO I

1904, París.

Un gramófono que suena.

Una enfermedad que se extiende.

Llueve sobre la ciudad. La muerte acecha.

Alguien tose. Su boca sabe a sangre.

Cierra los ojos pero no es su final.

Frente a ella, una figura envuelta en la niebla.

Y como Fausto, un contrato que firma.

En su retina una última imagen.

Un último pestañeo: la carpa circense.

Cierra los ojos.

La oscuridad la engulle de un bocado.

Y el gramófono se silencia en una nota eterna.

CAPÍTULO II

Dicen que hay momentos en la vida que nos cambian para siempre, que nos abocan irremediamente a convertirnos en lo que somos ahora. Es un instante clave para la vida de cualquier persona y puede producirse a partir de la más inesperada y leve alegría o por el contrario, desde el episodio más traumático que intentamos olvidar, encerrándolo con llave tras las puertas que forman nuestro laberinto de la memoria. Pero estos últimos, estos recuerdos, no permanecen encerrados eternamente, siempre encuentran la salida, asaltando nuestros sueños, convirtiéndolos en las peores pesadillas. Las peores porque al despertar siguen allí con nosotros y nos acompañan el resto de nuestra vida en forma de heridas que el alma nunca podrá sanar, por más que lo intente.

Esto era lo que le ocurría a Diana Thorne cada vez que cerraba los ojos. Cuando sus párpados chocaban unos con otros y su respiración se ralentizaba, ella se dejaba envolver en esas pesadillas que amenazaban cada noche con consumirla.

Colocó la pistola cargada encima de la mesita y dejó caer el peso de su cuerpo sobre los almohadones de plumas. Aquella noche no sería una excepción. En cuanto la señorita Thorne cerrara sus párpados, los malos recuerdos retornarían.

"La pequeña niña de tez nívea y oscuros cabellos observaba su alrededor con ojos ávidos de emociones, sin soltar la mano de su hermana Abigail. Sus padres habían llevado a ambas hermanas a visitar el circo que había inaugurado su espectáculo hacía dos noches a las afueras de Nollsbury por el cumpleaños de la pequeña Abby, un año menor que Diana; a quien su padre la tenía sujeta de la mano que le quedaba libre mientras observaba como su esposa se acercaba a uno de los muchos feriantes que vendían dulces a la entrada de aquella majestuosa carpa de colores dorados y rojizos, como una combinación de amaneceres y bosques otoñales. Junto a

Diana, Abby señalaba la noria. Una estructura de metal circular que desafiaba el cielo nocturno con su enorme altura y sus luces brillantes amarillas, rojas, azules y verdes que parpadeaban al ritmo de una sinfonía semejante a la que bailaban las bailarinas dentro de sus frágiles joyeros.

—¿Papá podemos subir?— Suplicó Abby soltándose de la mano de Diana y tirando de la manga de la chaqueta de su padre. Él la cogió en volandas y se la subió sobre los hombros. La niña de cabellos castaños, más claros que los de su hermana mayor, alzó los rollizos bracitos mientras su padre la sujetaba con cuidado de que no cayera.

—¡Mira DiDi, mira!— Exclamó dirigiéndose a su hermana.— ¡Soy un pájaro!

—Un pájaro gordo.— Replicó Diana justo en el momento oportuno cuando su madre le daba a Abby una de las dos piruletas que llevaba en la mano (brillante, roja y de caramelo) que había comprado para ellas.

Abby aguantó la respiración hasta que sus redondeadas mejillas se pusieron coloradas.

—¡Eso es mentira!— Estalló con rabia, haciendo peligrar el dulce que llevaba en la mano.— ¡Di que es mentira papá! ¡No estoy gorda!

Su padre miró a Diana y le guiñó un ojo. Después aupó a la pequeña que llevaba sobre su espalda hasta dejarla dulcemente en el suelo junto a su otra hija.

—La verdad es que has crecido un poquito pequeñaja.—Dijo él con su suave voz aterciopelada.

Diana rio sin saber que aquella sería su última risa, su último recuerdo feliz mientras miraba pasar el brillante y mágico tiovivo"

La penumbra recortaba la silueta de la joven en la cama removiéndose inquieta mientras las imágenes creadas en su cabeza desaparecían como la bruma. Despertó en mitad de la noche al escuchar un ruido y antes de encender incluso la luz de la moderna lamparita que tenía a su lado, sus dedos ya estaban preparados en el gatillo del revólver que apuntaba a la puerta entreabierta de su dormitorio.

Diana tragó saliva, esperando.

—¿Quién anda ahí?— Preguntó la joven sin apartar la vista de la puerta, con el corazón acelerado y los ojos entrecerrados, atenta a cualquier movimiento que se produjera en el pasillo.

—Soy policía, no me da miedo disparar.— Añadió sabiendo que aquello siempre asustaba a los posibles rateros.

La puerta se abrió unos centímetros, lo justo para que Biscuit se colase dentro del dormitorio.

—Hola pequeño, ¿no puedes dormir?— Preguntó ella acariciando las graciosas orejas de su mascota que asomaban por el borde de la cama.

Biscuit era su perro, un pitbull terrier americano que había rescatado en uno de sus casos. Sus antiguos dueños lo habían usado en peleas clandestinas y tenía una cicatriz que le cruzaba todo el hocico. Diana guardó la pistola en el cajón junto a su placa, encendió el interruptor de la luz y se incorporó de la cama mientras seguía acariciando las suaves orejas color canela de su perro. Éste movió la cola con alegría mientras seguía a su dueña a través del pasillo y escaleras abajo. Diana no pudo evitar mirar los cuadros que colgaban de las paredes revestidas de papel blanco. Si hubiera sido una casa normal probablemente aquellos cuadros se trataran de pinturas o fotografías de una vida llena de momentos felices. En casa de Diana no había nada de aquello, tan sólo recortes enmarcados de periódicos antiguos a juzgar por el deterioro y las manchas de tinta de sus cantos. Todos ellos bajo titulares descorazonadores:

"Desaparecida niña en Nollsbury"

"Siguen las investigaciones sobre los seis niños desaparecidos"

"Hallan el cadáver de la pequeña Abigail Thorne sumergida parcialmente en el lago Boor"

"Adolescente esquizofrénico principal sospechoso"

A medida que avanzaba por el suelo de madera sus pies se quedaban congelados y con la creciente sensación de frío que recorría su espina dorsal, entró en la cocina del piso de abajo. Enseguida se puso a buscar en el armario de debajo del fregadero la comida para perros que había comprado en el supermercado esa mañana. Biscuit ladró inquieto mientras veía a su dueña volcar la comida directamente de la caja al cuenco metálico que tenía para él debajo de la mesa.

Diana se apoyó en la encimera de granito y se sirvió un vodka en una de las tazas limpias que quedaban sobre el armarito de madera. Dio un largo trago sintiendo el vibrante escozor pasar a través de su garganta. Únicamente, quizás así, podría dormir libre de sueños. Dio otro trago antes de ceñirse la bata de

lana a su cintura con el cordón de algodón observando como Biscuit lamía el fondo de su cuenco. De pronto, el timbre de la entrada sonó sobresaltándola al instante cosa que hizo que el perro se pusieran a ladrar histéricamente. Miró hacia la ventana dejando la taza vacía en el fregadero escuchando como las manecillas del reloj que había en la pared de la cocina seguían su curso.

Tic-tac.

"Las cuatro de la madrugada" se dijo.

Tic-tac.

La chica fue hasta la entrada, descalza y aplastando su cabello revuelto con los dedos, preguntándose quien estaría buscándola a esas altas horas de la noche.

Antes de girar el pomo de la puerta se arrepintió de haber dejado su pistola guardada. Aunque no le hacía falta para protegerse, de eso seguro.

Tic-Tac.

—¿Diana?— Se escuchó a través de la maciza puerta de entrada.

Ella abrió enseguida al reconocer la potente voz de su compañero. Aunque no era lo único que tenía potente. Josh Kazam era atractivo sin lugar a dudas, de piel de ébano y fuerte como el que más. En más de una ocasión le había cubierto las espaldas salvándola de situaciones comprometidas aunque esta vez él no podría salvarla de lo que estaba por venir. No puedes salvar a alguien de su pasado. Y el pasado siempre regresa para atormentarte.

—Diana, ha ocurrido algo horrible.— Pronunció Josh.

CAPÍTULO III

"Entonces él cogió la pistola sintiéndose derrotado, sintiendo por fin el peso de sus actos corruptos y su vileza enmascarada de encanto. Había resuelto el crimen del siglo pero todo porque él mismo había sido el artífice de aquella trama de asesinatos. Sam Porter se llevó la pistola a la sien y..."

—¿Otra vez?

Max se sobresaltó al escuchar a Steven sobre su nuca, viendo por encima del hombro lo que había estado tecleando momentos antes de que le interrumpieran.

—Algún día te van a despedir si sigues escribiendo esos relatos en el curro.
— Steven hizo una pausa disfrutando del discurso.— Puede que ese día esté más cerca de lo que crees.

Max dio la vuelta en su silla giratoria y miró a su compañero de trabajo con recelo. En aquella oficina todos consideraban a Max un friki, un nerd, por escribir historietas sobre el personaje que él mismo había creado: Sam Porter; Un investigador del FBI al más puro estilo Sherlock Holmes pero con la maquiavélica mente del profesor Moriarty.

—¿Qué quieres Steven?— Preguntó él, claramente irritado por ser interrumpido en el clímax de su historia.

Steven se recreó en la impaciencia de Max. Dio un par de vueltas a su tibio café de máquina con un palito de plástico y después bebió con parsimonia mientras se apoyaba en la pared del cubículo.

—¿Qué quiero yo?— Preguntó retóricamente— Yo no quiero nada, es la jefa quien te ha mandado llamar. Yo que tú iría vaciando la mesa.

Sonrió de manera maliciosa, algo que terminó de irritar por completo al bueno de Max que se levantó del asiento para dirigirse al despacho de Catriona Silver, la fundadora del famoso periódico *The Silver Mirror* para el que él trabajaba. Si acaso podía considerarse un trabajo, tirarse horas al teléfono para que trajera café a la recepción. Desde hace ya algún tiempo, debido a su carácter por decirlo de algún modo, pasional y a las licencias

artísticas que se permitía cada vez que escribía, Max había sido relegado a uno de los puestos más bajos de la oficina: redactor de las columnas de consejos que pasaban sin pena ni gloria entre las grandes noticias y reportajes de sucesos. Consejos olvidados entre las hojas impresas que al final nadie acababa leyendo, cosa que hería su orgullo. Por todo ello Max abrió la puerta del despacho de su jefa sin miedo, lo que tuviera que pasar lo afrontaría con la cabeza alta.

La oficina de Catriona distaba mucho de los cubículos que tenía reservados a sus subordinados. Era amplio, con grandes ventanales que parecían encerrar Manhattan a sus pies. Las paredes eran blancas con vinilos de distintas tipografías decorando la zona del escritorio desde el que Catriona lo controlaba absolutamente todo; En él había un ordenador de última generación y un fax que no había dejado de sonar entre otras cosas, como una pila de cartas que diariamente llegaban a la Redacción. Además, como no, del premio al mejor noticiero impreso del año 2014, cosa por la cual Catriona presumía constantemente.

La mujer levantó la vista del ordenador en cuanto Max entró por la puerta y éste deseó a su vez, mientras observaba la mirada de ella, haberse arreglado un poco más aquella mañana. Había salido con prisas de su pequeño estudio alejado (bastante) de aquellas oficinas pedaleando sin parar en su ya oxidada bicicleta para llegar justo a tiempo al trabajo.

No había podido esmerarse más.

Iba vestido con unos vaqueros azules algo descoloridos, unas zapatillas deportivas y un jersey negro de cuello vuelto. Ni siquiera había tenido tiempo de ponerse las lentillas por lo que aquel día llevaba sus gafas cuadradas que enmascaraban lo que según él era lo único bonito que tenía: unos ojos azules como un cielo de verano. Pues su cabello rubio ceniza, que en más de una ocasión habían comparado con el trigo embarrado, no es que le entusiasmara demasiado.

Max se pasó los dedos por el cuero cabelludo de manera nerviosa pues si había algo que no podía soportar era el silencio. Y aquel silencio era ensordecedor.

—¿Quería verme?— Preguntó desde la puerta preparado para salir corriendo en cualquier momento.

Catriona con el cabello corto a la altura de la nuca, teñido del color blanco que tan de moda se había puesto en la ciudad y con un ajustado vestido de Versace, se levantó de su asiento para sentarse más cómodamente encima del

escritorio con sus largas piernas acabadas en zapatos de tacón de aguja cruzadas entre sí.

—Siéntese señor Chandler.—Ordenó ella.

Y de nuevo se hizo el silencio.

Un silencio ensordecedor.

El joven guardó asiento esperando lo inevitable sentado en aquella butaca que parecía acariciar su espalda. Nunca imaginó un motivo por el que su jefa le haría convocar que no fuera el despido.

—No me mire con esa cara, no está despedido.—Explicó ella inclinándose hacia él con las manos aún aferradas al borde de su escritorio habiendo adivinado los pensamientos que Max tenía reflejados en el rostro.— Al contrario.

Éste estaba completamente desconcertado y algo incómodo también.

—¿Cómo?—Preguntó Max de manera que su confusión quedara palpable.

Catriona Silver sonrió falsamente como todos los gestos de amabilidad que ella profería. Disfrutaba teniendo el control y le gustaba ver como sus empleados se ponían pálidos a cada palabra que salía de sus labios. Ella giró la pantalla de su ordenador de forma que quedara a la vista de Max. Éste vio su propio blog en la pantalla, con aquellas letras negras de título y el diseño web propio de un cuaderno de notas.

"*Las aventuras de Sam Porter*" leyó para sí el periodista mientras cavilaba el motivo por el que su blog estuviera en el ordenador de su jefa. Si no iba a despedirle por escribir esos relatos en el trabajo no sabía que era lo que tramaba ella al leerlos. Porque Catriona Silver siempre tramaba algo. Estaba en su naturaleza depredadora.

—Me gusta la manera en la que ha creado a ese personaje. Sus historias tienen algo que enganchan aunque no sabría decir a ciencia cierta por qué.— Explicó la mujer a la vez que inspeccionaba al periodista sentado frente a ella. — Quizá sea su infantilismo pero me gusta lo que he visto.

Max arqueó una ceja, estaba seguro de que en el vocabulario de Catriona el calificativo "infantilismo" constituía un halago. Ella por su parte siguió hablando.

—He recibido una llamada del teniente Blume esta mañana. Al parecer ha habido una desaparición en Nollsbury. Nuestro periódico va a cubrir la noticia en primicia y quiero que tú asumas un papel privilegiado. Piensa en tu puesto como una especie de asesor, un enlace de la policía con los medios comunicativos.

Max incrédulo ante su golpe de suerte miró a Catriona de manera que ella misma pudo sentir su desconcierto.

—¿Y quiere que vaya yo? ¿No preferiría a cualquiera de los otros empleados?—Preguntó él de manera suspicaz.

Probablemente lo que Catriona pretendía era mantenerle lejos de aquellas oficinas. Ella sonrió y se incorporó del escritorio con elegancia mientras la expectación flotaba por encima de sus cabezas. Anduvo hasta la puerta de vidrio del despacho y la cerró por completo ante las miradas curiosas de los reporteros que cruzaban el pasillo. Catriona soltó de pronto un suspiro exasperado y bufó como un felino a punto de sacar las uñas.

—Sé lo que comentan de usted los demás empleados.— Pronunció a sabiendas de que nadie podía escuchar la conversación.— Demasiado imaginativo, incapaz de mostrarse objetivo y con una clara distorsión de lo que significa el límite legal.

Max apretó los puños, sabía que decían cosas de él a sus espaldas pero aquello ya era demasiado.

—Si lo dice por el artículo que escribí hace unos meses, tenía que colarme en el laboratorio del forense, como si no iba a saber que...

—No me interesa esa cháchara señor Chandler.— Interrumpió ella alzando la mano en señal de silencio.— Precisamente es todo lo que necesito. Alguien que no tema el trabajo de campo, no quiero un pelele que únicamente se dedique a escribir en la habitación de un hotel. Irá a la policía y seguirá el caso codo a codo con ellos como haría un asesor. Si tiene suerte esta podría ser la oportunidad que empuje su carrera.

—Pero...

Catriona hizo caso omiso al rubio y siguió con su discurso.

—Podrá disponer de la tarjeta de crédito del periódico para los gastos de tren y alojamiento durante todo el tiempo que lleve el caso. ¿Trato hecho?

Max pestañeó un par de veces y en cuanto se dio cuenta de que todavía no había reaccionado, se levantó y estrechó la mano de su jefa sin pensárselo dos veces. Sería la oportunidad perfecta de trabajar por su cuenta lejos del asfixiante bloque de oficinas.

Lejos del irritante de Steven y sus inoportunos comentarios.

—Trato hecho.— Contestó.

Catriona sonrió con satisfacción.

—Estaremos en contacto entonces. Cuando llegue al pueblo de Nollsbury le informarán sobre todos los detalles en profundidad aunque le adelantaré un par

de cosas para que no parta de cero. De momento...—Hizo una pausa mientras le acompañaba a la puerta.— Vaya preparando las maletas, le espera un largo viaje.

CAPÍTULO IV

Max llegó a su pequeño apartamento al cabo de una hora. Dejó el abrigo en el perchero y la bandolera sobre la mesita que hacía a su vez de recibidor. Su casa, aunque menuda al tratarse de un estudio, era bastante acogedora, al menos para él. Sería sin duda lo único que echaría de menos de la ciudad. Había llegado a Manhattan para comerse el mundo y en cambio este lo había devorado como hubieran hecho las fauces de una bestia. Su única escapatoria era evadirse en las palabras, tecleando sobre aquel personaje que invadía su mente y que las editoriales habían rechazado sin ningún miramiento. Al principio le dolió, se sintió ofendido e insultado pero pronto comprendió que era lo mejor; su literatura no era muy buena aunque su imaginación se disparase.

Se sentó en el sofá del salón frente a la mesita baja en la que todavía tenía el bol de ramen que había cenado la noche anterior mientras veía un capítulo atrasado de Juego de tronos. Aquella noche había soñado con dragones, acero valyrio y sangre, mucha sangre. Cosa por la cual se había despertado en mitad de la noche empapado de sudor frío y con la imperiosa necesidad de escribir. Max miró como la pantalla de su portátil se reiniciaba y en lugar de su rutina habitual (consultar el correo electrónico y navegar por *Instagram*) se puso a consultar los trenes que saldrían al día siguiente con destino a Nollsbury. Vio uno que estaba bien de precio aunque se dijo que seguramente se debiera a que había que salir aquella misma noche y hacer trasbordo en una ciudad de la que ni siquiera había oído hablar.

Jugeteó con la tarjeta de crédito de la empresa, ésta pasaba de una mano a otra, rápidamente sin caer al suelo. Tampoco era cuestión de elegir primera clase, estaba seguro de que si se gastaba más de la cuenta Catriona le despediría o en el peor de los casos se presentaría ella misma en el lugar de la investigación para cantarle las cuarenta.

Compró el billete con cierto remordimiento, sentimiento que enseguida quedó eclipsado al ver las imágenes de Nollsbury que aparecían en su

navegador. Aquel lugar era precioso y le costaba imaginar que alguien hubiera desaparecido en ese pueblo. Clicó en la imagen de un bosque exuberante con todas sus hojas verdes y perennes, de tierra mojada y troncos de madera oscura. Después clicó en la imagen siguiente, un lago en medio del profundo bosque con una cabaña de canoas y remos a su lado. Max se lamentó de que fuera principios de Octubre. Si fuera verano se cogería el bañador que tenía guardado al fondo del armario aunque en aquel instante se reprendió por planear todo aquello.

"No son unas vacaciones" se dijo, rememorando lo único que le había podido detallar Catriona una vez hubieron salido de su despacho. Una niña de seis años había desaparecido el día anterior y a pesar de que a él no le gustaba juzgar (al menos no demasiado), no podía creer que un pueblo al parecer de no más de mil habitantes, una niña se hubiera esfumado de la vista de sus padres; Y lo que es peor, que nadie fuera capaz de encontrarla como si le hubiera engullido la tierra. Un leve cosquilleo se asentó en el comienzo de su estómago, eso era lo que le provocaba un buen misterio: una sensación de adrenalina en las venas como si hubiera tomado un buen chute de cafeína.

Ni siquiera el café recién hecho de la tienda de la esquina reconfortaba a Diana. La joven dirigía su vista hacia la cucharilla de plástico siguiendo con la mirada los círculos que hacía sobre la espuma con leves gestos de muñeca. Se llevó el vaso de plástico a los labios, sopló dirigiendo el débil hilo de humo frente a ella y dio un largo trago mientras sentía arder su garganta. Por más que lo intentaba no lograba entrar en calor, la noticia de la desaparición de Monique, la hija de su amiga Bridget, la había dejado helada.

—¡Buh!

Diana se asustó hasta el punto de que casi hace volcar el humeante vaso de plástico. Últimamente estaba muy susceptible. Josh arrastró la silla junto a ella haciendo chirriar las patas contra el suelo de una manera irritante y se sentó con el respaldo al revés para así cruzarse de brazos apoyándose en él. Una manía que sacaba de quicio a la joven quien no pudo evitar soltar un bufido condescendiente.

—No sé por qué sonries.—Pronunció ella mientras veía asomar la sonrisilla de su compañero.

Josh cogió el vaso de ella terminándose de un sólo sorbo, después paseó

su lengua sin prisa alguna por la comisura de su gruesos labios. Aquellos ojos negros la miraron con un débil destello asomando en sus pupilas como quien enciende una bengala en mitad de la oscura noche.

—Porque tú y yo tenemos una cita para comer.—Respondió él mientras se levantaba y alcanzaba una de las bolsas de comida para llevar que había dejado junto a la puerta nada más entrar en la sala de descanso de la comisaría.

—Te gustaba el parmesano, ¿verdad?— Preguntó su compañero a sabiendas de que ya conocía la respuesta.

Diana sabía a lo que Josh estaba jugando, intentaba sin ninguna sutileza reconquistarla. Un juego peligroso para él en el que podía salir quemado puesto que ella en esos instantes no era más que el resultado del fuego que crecía dentro de sí. De su rabia. Estaba enfadada con el mundo, enfadada con aquel trabajo que le recordaba diariamente las personas horribles que andaban libres por las calles pero sobre todo estaba enfadada con ella misma y por eso era incapaz de dejarse llevar por lo que sentía por su compañero, porque sabía que cualquier cosa buena que tuviera en su vida le sería arrebatada.

—Bien sabes que me encanta el parmesano.—Contestó Diana mientras alcanzaba la bolsa de papel que el joven le tendía evocando en aquella fría sala de policía el restaurante italiano al que fueron en su primera cita.

Ella, sobre unos altos tacones de femme fatale y enfundada en un vestido rojo, caminaba erguida con la alerta que siempre acompañaba la estela de un policía. De un vistazo revisó todo el comedor bañado por las luces tenues y la música romántica hasta que vio a Josh sentado en una de aquellas mesas redondas con finos manteles. Él la miraba absorto con aquella mirada penetrante que tanto le gustaba y ella a su vez lo miró con una profunda excitación recorriendo cada poro de su piel. Iba vestido con una elegante camisa ibicenca que contrastaba con el color chocolate de su piel. En cuanto se percató de que ésta le miraba, se levantó rápidamente y como un caballero le ofreció la silla que había frente a su asiento.

—Te ves cansada, ¿has podido dormir algo?—Dijo él.

Sin embargo no recordaba que fueran aquellas palabras las que había pronunciado entonces.

—¿Eh?—Musitó Diana distraída volviendo a la realidad de la comisaría.

Josh hincó el tenedor en un trozo de carne de sus tallarines antes de volver a

preguntar.

—¿Has podido dormir aunque sea un poco?

Diana negó con la cabeza. Después de que el teniente les informara de su nuevo caso en plena noche, no había podido volver a la cama después. Se preguntó cuan visibles eran sus ojeras mientras se llevaba a la boca un succulento ravioli de parmesano que no pudo apenas atravesar su garganta. Parecía que todo se le quedase atascado, el ravioli, las relaciones, su vida... En alguna ocasión, su superior le había recomendado visitar al psicólogo de la policía pero ella seguía sin entender cómo hablar de sus problemas iba a arreglar todo lo que sentía. Como si con su pensamiento hubiera sido capaz de invocarle, el teniente Blume apareció en el umbral de la puerta con una orden.

Debían recoger a un reportero de *The Silver Mirror* en la estación de tren.

CAPÍTULO V

En cuanto el tren hubo anunciado que la siguiente parada sería su destino el joven reportero cerró el portátil en el que había estado escribiendo y se levantó sin esperar que nadie le ayudase a bajar las maletas del altillo en el que estaban. Cuando el vagón frenó por poco no se le cae encima su propio equipaje pero alcanzó el asa antes de que ocurriera alguna desgracia. Miró la estación a través de la ventanilla y el vaho acumulado mientras la anciana que iba delante de él bajaba las escaleritas de la salida. Para estar a principios de Octubre, Max tuvo que quitarse las gafas un momento para evitar el vaho congelado de sus gafas y se apretó la bufanda al cuello debido al viento y a una niebla propia más bien del mes de Diciembre. La niebla bañaba cada rincón de lo que en Nollsbury se consideraba una estación ferroviaria. Aunque para Max, que había vislumbrado todo el esplendor de Manhattan, la estación no era más que una caseta deteriorada con una sola vía para trenes. Trenes que parecían sacados de los ochenta, no como aquellos de alta velocidad en los que el reportero alguna vez había viajado. Se estiró la espalda notando como los nudos que lo mantenían agarrotado debido al inestable traqueteo se deshacían desagradablemente. Soltó un quejido silencioso mientras se frotaba los riñones y buscaba con la mirada al agente de policía que debía estar esperándole.

No había muchas personas allí, un matrimonio con el que se había reunido la anciana del vagón, una chica menuda enfundada en una cazadora de piel y un hombre de mediana edad, de mirada seria y porte recto. Se dirigió hacia él sin atisbo de duda y le tendió la mano sin saber que el hombre en realidad estaba esperando a que su hija adolescente regresara de un viaje de estudios.

—Usted debe de ser el agente Thorne encan...

Max se quedó a mitad de frase en cuanto se dio cuenta de que se había equivocado. Aquel hombre permanecía desconcertado y le miraba con una mezcla de desconfianza y reacia acritud. El reportero escuchó un carraspeo a espaldas de él que le hizo dar la vuelta para toparse sorprendido con la chica

menuda que había comenzado a disculparse, o eso suponía, con el desconocido utilizando el sistema del lenguaje de signos. El hombre esbozó una sonrisa y se alejó unos pasos de allí sin dejar de mirar receloso al rubio.

—Agente de policía Diana Thorne.—Dijo la joven que a ojos del reportero no pudo más que describirla como hermosa, con aquella melena azabache hasta los hombros cayendo en cascada. Una belleza, eso sí, fría como el acero.

—Me he equivocado, disculpa, déjame que...

La chica de ojos verdes alzó la mano interrumpiéndole. Ya era bastante para ella que la hija de su mejor amiga hubiera desaparecido como para tener ahora que hacer de canguro de un periodista arrogante y al parecer misógino.

—No te has equivocado, has juzgado que es peor y en un segundo has decidido que era imposible que yo fuese policía, tenía que ser el hombre de aspecto rudo.—Hizo una pausa viendo como sus palabras abochornaban al recién llegado.—Siento decepcionarte.

Ella se cruzó de brazos mientras caminaba rápidamente hasta el aparcamiento esperando que Max la siguiera.

—¿Qué? No, por supuesto que no.—Balbuceó él con cierta torpeza.—No estoy decepcionado.

"En todo caso no puedo estar más que intrigado por ella" añadió para sí.

Josh esperaba en el coche de policía sentado en el asiento del conductor a que Diana regresara de la estación. Estaba alterado, sujetando el volante con más fuerza de la necesaria y él difícilmente se alteraba pero había algo en aquella desaparición que le ponía los pelos de punta. Pensó en Diana, la conocía prácticamente desde que tuvo memoria para recordarla. Incluso llegó a conocer brevemente a su hermana antes de que le ocurriera todo aquello. Fue un duro golpe para una familia que fue distanciándose con el paso del tiempo. Los señores Thorne dejaron Nollsbury en cuanto tuvieron ocasión pero Diana regresó en cuanto tuvo edad suficiente. Nunca había podido escapar de la sombra que Nollsbury proyectaba sobre su vida. Y el joven sabía que si ella no lograba cerrar ese caso, no soportaría el recuerdo de otra niña perdida sobre su conciencia. Tenían que encontrar la forma de recuperar a Monique lo antes posible.

Josh subió el volumen de la radio, por suerte, tendrían a los medios

comunicativos de su parte, de no ser así el cuerpo de policía no soportaría la presión mediática. Hoy en día el público era morbosos, nunca les interesaba las víctimas de verdad si no los detalles. Esos detalles que se ocultan en la sonrisa fingida de una madre o en el alivio de un padre con mirada de culpabilidad. Miró en el espejo retrovisor una vez más inundado de todos estos pensamientos antes de cambiar de emisora. Vio en el pequeño espejo como la joven se acercaba al coche con paso ligero seguida de un chico con gafas cuadradas y pelo rubio arrastrando una maleta más grande que él mismo.

"Debe de ser el reportero del Silver Mirror" Se dijo mientras salía del vehículo para dar la bienvenida al susodicho y ayudarlo con el equipaje.

Max se presentó a Josh y ambos se estrecharon la mano con fuerza y con una sonrisa educada dibujada en el rostro. Enseguida, el reportero sintió la calidez que desprendía aquel hombre de piel morena. Si bien nunca había tenido amigos, por un breve instante sintió que quizá podría encontrarlos en aquel pueblo alejado de la mano de Dios. Quizás este caso no solo lanzara su carrera, quizás era el empujón que le faltaba para vivir de nuevo.

El viaje en coche duró apenas unos minutos. Unos minutos en los que Max pareció retroceder en el tiempo cuarenta años a juzgar por el pueblo que se vislumbraba a través del cristal. Un par de supermercados, un par más de bares típicos de cervezas, un ayuntamiento pasado de moda, tiendas que mostraban orgullosas sus carteles de rebajas y lo que parecía ser un centro cultural en desuso. Pararon en el porche de una casa de ladrillo gris y tejado azul oscuro como el fondo de un lago en una noche sin estrellas.

—Creí que iríamos al hotel.—Dijo Max saliendo del vehículo pues Josh y Diana ya habían puesto rumbo a la casa.

La joven se dio la vuelta mientras el reportero daba un portazo al coche haciendo tambalear las ruedas. Ambos se quedaron mirando a Max con expresión derrotada.

—Coge tu cámara Max, vamos a necesitarla.—Pronunció Diana antes de subir las escaleritas del porche. Un porche donde los columpios permanecían vacíos empujados solos por el viento que había comenzado a correr en aquella parte de la calle.

Max se quedó dubitativo antes de abrir el maletero y rebuscar entre sus cosas para coger la cámara Nikon que usaba en el trabajo. Sigilosamente, Josh se había acercado a él sin que este lo percibiera.

—Aún tienes que conocerla.—Se disculpó por el comportamiento de su compañera.—El trabajo va antes que todo lo demás.

"Incluso antes que el amor" pensó Josh mientras echaba una mirada de reojo a la chica que se había parado junto a la puerta y sostenía entre sus brazos un juguete que había quedado olvidado en la marquesina. Cuanto echaba de menos tenerla entre sus brazos, aspirar el aroma de sus cabellos, recorrer con sus manos su piel de porcelana...

—Kazam...—Escuchó que ella le llamaba desde la distancia.

El joven le hizo un gesto al rubio antes de ir al encuentro de su compañera. Max por su parte, aferró con fuerza la cámara entre sus dedos observando la imponente vivienda que se alzaba junto a él, observando la complicidad de aquellos dos policías que se desvivían por su trabajo, observando los rastros de una infancia mutilada en cada esquina del porche.

Y de pronto la puerta de la casa se abrió.

CAPÍTULO VI

Diana observó en silencio el comedor en el que había estado tantas veces, sin embargo, era como estar en un lugar diferente. Un lugar nuevo y al mismo tiempo conocido. Había cambiado sutilmente desde la última cena en la que había estado allí. La mesa, normalmente impoluta y siempre con un jarrón de flores frescas en el centro, se hallaba atestada de platos precocinados a medio comer. Y a pesar de que Bridget había dejado de fumar hacia tres años, sobre ellos se podían ver los restos de cientos de cigarrillos a medias mientras la joven policía pisaba con la suela de sus botas la ceniza sobre el suelo. No había ni rastro de las flores, no había ni rastro de Monique.

—DiDi...—Murmuró aquella mujer que había perdido a su hija mientras abrazaba a la agente Thorne. Entonces fue cuando Max lo vio, algo que no creía a primera vista, el lado frágil de Diana. La observó mientras consolaba a su amiga que había estallado en un llanto nervioso.

—¿Lo sabe Brandon? —Preguntó ella.

—Viene de camino, ha cogido un avión desde Oregón. No paraba de chillarme y de gritarme.—Hizo una pausa.—Me dijo... me dijo que era una mala madre.

La mujer ahogó el llanto que tenía atravesado en la garganta. Josh compartió una mirada con Diana que le indicaba que ya era hora de volver al trabajo. Así que Max se sentó en el sofá al mismo tiempo que los demás tomaban asiento.

—Tenemos que hacerte unas preguntas Bridget.—Dijo Diana mientras sostenía la mano de ella.

Su amiga de pelo rizado y castaño se apartó el cabello de la cara dejando ver unos ojos almendrados antes de asentir con la cabeza.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber?—Preguntó con voz trémula.

Josh y Diana negaron con un gesto apresurado. No era el momento. La mujer miró entonces fijamente a Max reparando por primera vez en su presencia y éste se dio cuenta de que a sus ojos parecería un maleducado. Ni siquiera se había presentado. Le tendió la mano, incómodo por conocer a Bridget en

aquellas circunstancias tan devastadoras. Miró al suelo y se dio cuenta de que ella todavía llevaba puesta la parte inferior del pijama y unas pantuflas de un color como el amarillo de los limones.

La mano de la mujer tembló cuando estrechó débilmente la suya. A Max aquello hizo que se le encogiera el corazón.

—Max Chandler, encantado. Siento que nos conozcamos en estas circunstancias.—Añadió rápidamente nervioso ante la mirada desaprobatoria de la agente de policía.

—¿Hay noticias de mi pequeña?— Preguntó Bridget con cierta ansiedad.

Con cierta esperanza.

Diana negó con la cabeza mientras se sentaba en aquel sofá de color burdeos. Por su parte, Josh se sentó en una silla al lado de la mujer que tras su pregunta se había desplomado en una de aquellas viejas sillas de comedor. El policía le puso una mano en el hombro, tranquilizándola, queriendo consolar su angustia de alguna forma.

—Necesitamos que estés calmada y recuerdes todo del último día que viste a Monique. No omitas ningún detalle.— Pronunció Josh.— Pero antes nuestro amigo de la ciudad va a sacarte una foto para el periódico, ¿de acuerdo?

Por un momento la casa pareció aún más silenciosa y la mirada triste y desgarrada de aquella mujer a punto de ser fotografiada congeló la sangre del cuerpo de Max. Preparó la cámara con esmero y el disparo que salió de ella sonó como una sentencia de muerte.

Max contempló en la pantalla la mirada cansada, desmejorada y casi enfermiza de aquella madre.

—Necesitaré una fotografía tuya junto a la niña. ¿Tienes alguna?

Sin duda era una pregunta imbécil, igual a como se sentía en ese preciso momento pero en su defensa, nunca antes se había enfrentado a una desaparición. Estaba nervioso y las horas de sueño acumulado por el viaje tampoco ayudaban en demasía a mejorar su estado.

La mujer que parecía hallarse a miles de kilómetros de allí murmuró que ahora mismo volvía con ella y se dirigió escaleras arriba arrastrando los pies como si la pena que arrastrara pesara más de lo que pudiera aguantar. Como si tirara de ella con fuerza haciendo que cada mínimo movimiento requiriera todas sus fuerzas. El reportero escuchó como sus compañeros susurraban entre ellos en cuanto ésta se hubo marchado, ajenos al sentimiento descorazonador que se había adueñado de Max que alcanzó a oír parte de la conversación de

sus compañeros.

—¿Que crees que puede haber pasado?

—El noventa y nueve por ciento de los niños desaparecidos suelen estar con el otro progenitor o con algún familiar cercano, es de manual. Aunque me extraña en Monique, no es de las que se escapan. Es demasiado pequeña.

—Es demasiado pronto para saberlo y yo no lo descartaría. Aunque no sé... conociendo a su padre no creo que se escape para estar con él.

Josh se quedó por un segundo pensativo.

—Tienes razón, Brandon era un capullo y lo sigue siendo por lo que veo pero no podemos descartar nada. Quizás discutiera con su madre.

Ahora era Diana la que parecía quedarse pensativa.

—Quizás.—Hizo una pausa.—No podemos descartar nada.

Los policías repararon en la presencia de Max solo cuando éste fue lo suficientemente torpe para que se le cayera la tapa del objetivo. Al parecer ellos también debían empezar a acostumbrarse a esa extraña situación. Una situación que incluía al recién llegado entre aquellos dos compañeros. Se cruzaron las miradas, se intensificaron los tics nerviosos y los silencios hablaron por ellos mismos hasta que Bridget volvió a hacer presencia en aquel comedor de muebles heredados, de cortinas nuevas y de ausencias que petrificaban el alma de aquella casa típica de Nollsbury.

—¿Esta está bien?—Preguntó la mujer mientras ofrecía la fotografía al chico.

—Esta valdrá.—Contestó él admirando a la joven que se reflejaba en ella que poco tenía que ver con la actual Bridget. Una fotografía madre e hija que transmitía tanta ternura que Max tuvo que apartar la mirada para no emocionarse.

—Ahora sí.—Interrumpió el agente Kazam.—Necesitamos saber que ocurrió aquel día.

El pasillo de la pensión estaba envuelto en humo de tabaco bajo unas luces amarillentas que daban un aspecto aún más descuidado a la moqueta salpicada de manchas de origen desconocido. El reportero llegó arrastrando su maleta por aquel corredor en busca de la habitación veinticuatro observando con detenimiento cada detalle ruinoso: capas de polvo que se elevaban como fantasmas al chirriar las ruedas de su equipaje contra el enmoquetado

ochentero; puertas cerradas con la pintura arrancada y los pomos desgastados; cuadros de paisajes sofisticados que poco tenían que ver con la visión de aquel pueblo estático en el tiempo; flores de plástico en jarrones de porcelana vieja sobre mesas de grueso cristal que hacían su papel de recibidor en cada piso de aquel rincón para turistas hastiados de lujos y para prostitutas del extrarradio.

Max contuvo el aliento mientras sentía ceder la cerradura a cada giro de muñeca que daba con la llave. Una llave gruesa y pesada que le habían dado en recepción un octogenario matrimonio.

La habitación seguía la estela decadente que el corredor había dejado impregnado en la mente del reportero. Éste suspiró, exhausto y anímicamente derrotado. No sabía que era lo que había esperado pero la pérdida abrumadora de aquella madre le había dejado destrozado.

Se tumbó sobre la colcha; muelles de hierro se clavaron en su espalda; el reloj sobre la mesita siguió su incesante *tic-tac*. Cerró los ojos pero ni la oscuridad de sus párpados le dio una tregua. Pensó en aquella niña de seis años de rostro redondeado.

"¿Dónde estás Monique?"

CAPÍTULO VII

Unos pasos cansados sobre la alfombra, el olor a agua de lavanda mientras avanzaba.

La anciana llamó a la puerta.

—Señor Chandler, ¿está despierto?

El rubio hizo amago de despertar pero en cambio se dio la vuelta en la cama tapándose con las mantas hasta la coronilla. No estaba en condiciones de pensar pero se dijo que tenía que recordar pedir otra manta en recepción. Había pasado frío aunque quizás había sido el ambiente alicaído de su bienvenida el que le había dejado el frío en los huesos.

—Señor Chandler...—Alguien esperó tras la puerta antes de volver a tocar.
—Le está esperando Josh Kazam.

La anciana dueña de la pensión se inclinó un poco sobre la puerta apoyándose con las manos en la madera pintada. En el interior de la habitación pareció haber movimiento a juzgar por el estruendo que se escuchó a continuación.

Y así era.

Max estaba en pie intentando calzarse un vaquero después de haberse dado un golpe en la rodilla al salir de la cama.

Se aclaró la garganta antes de hablar aunque no pudo evitar que ésta sonara más ronca de lo habitual.

—Dígale que espere, enseguida voy.

De nuevo se escucharon pasos sobre la alfombra y el perfume de lavanda pareció alejarse acompañando a la mujer impregnando las paredes de su particular aroma. El joven terminó de vestirse e iba a bajar al recibidor cuando un pitido proveniente de su salvapantallas le hizo detenerse. No recordaba haberlo dejado encendido aunque con el sueño que de madrugada le había asaltado mientras escribía su primer artículo no le extrañaba en absoluto que no hubiera recordado apagar su portátil. Era un correo de su jefa, dando el visto bueno al borrador que le había enviado. Aunque sonara prepotente, sabía

que a Catriona Silver le gustaría. Sensacionalista y evocador.

Como ella.

Una punzada de remordimiento le corroyó por dentro pero seguro que no era nada grave, ¿verdad? La niña aparecería escondida con algún animal de peluche y algunas golosinas escondidas en su regazo.

Seguro que sólo era una travesura, o eso quiso pensar, porque la alternativa era demasiado dolorosa.

Bajó dispuesto a reunirse con el policía, perdido en medio de aquella fantasía edulcorada. Esperaba que Josh le pusiera al tanto, que hubiera alguna novedad con final feliz.

Mientras bajaba las escaleras después de darse cuenta de que el ascensor estaba averiado, no dejó de recordar la conversación que habían tenido en casa de Bridget después de que el agente Kazam preguntara que era lo que había sucedido el último día en que la madre vio a Monique.

"—Necesitamos saber que ocurrió aquel día.—Había dicho el policía.

Bridget se llevó un cigarrillo a los labios con los nervios a flor de piel manifestado en unas manos temblorosas que no pudieron dar a la rosca del encendedor. Fue Max quien acabó por encenderle el cigarrillo. La mujer inhaló y exhaló el tabaco antes de poder decir una palabra mientras el reportero y los propios policías se preparaban para tomar nota del testimonio. El periodista comenzó a apuntar en su bloc: *Nollsbury, 16 de Octubre. Un salón marcado por la tragedia, una madre que no puede sostener ni un cigarrillo.*

Y entonces comenzó a hablar.

—El día comenzó como cualquier otro. Desperté a Monique o al menos lo intenté, siempre le cuesta levantarse de la cama.—La mujer sonrió de lado, una sonrisa triste al recordar la escena. Su hija abrazando a la muñeca de trapo que su abuela le había regalado en navidad.—Hice el desayuno, no tenía mucho tiempo porque entraba a trabajar así que hice unas tostadas. Volví a llamar a Monique. Bajó más somnolienta de lo habitual. Cuando terminó cogí el coche y conduje hasta casa de los Moon. Samantha muchas veces me hace el favor de quedarse con ella cuando tengo turno de mañana.

Llegado este punto, Max interrumpió.

—¿En que trabaja? Si no es una indiscreción claro.

Los tres se quedaron mirándole. En un pueblo como Nollsbury todos se

conocían por lo que preguntar aquello estaba fuera de lugar, al menos para ellos. Pero dado que el reportero era un extraño tenía intención de preguntar todo lo posible.

—Soy cajera en Wegmans, es el único supermercado de Nollsbury.— Respondió ella.

El reportero lo apuntó en el bloc mientras notaba la mirada fija de Diana sobre él. Estaba seguro de que tardaría una eternidad en llevarse bien con ella eso si lo conseguía por supuesto.

La policía se inclinó sobre su amiga y le puso una mano en la rodilla.

—Bri, prosigue.

La mujer que por un segundo se había quedado ensimismada, asintió con la cabeza intentando retomar lo que había estado diciendo.

—Dejaste a Monique con Samantha y fuiste a trabajar. ¿Qué pasó luego?— Preguntó Josh.

—Fue un día bastante corriente, Samantha me llamó a la hora de comer, dijo que iba a llevar a su hijo al circo que si me parecía bien que se llevase a Monique. Que estaba muy entusiasmada.

Diana se puso tensa y retiró la mano que mantenía el contacto con Bridget. Se puso rígida, incluso su mandíbula parecía apretada. A Max no se le pasó por alto la mirada que Josh le dedicó a su compañera. Una mirada llena de... ¿compasión?

—Necesitaba un descanso así que claro, le dije que podía llevarla.— Interrumpió ella.— Cuando volvió estaba poco habladora pero pensé que estaba agotada. Ya sabéis como es Samuel...

—¿Quién es Samuel?— Preguntó Max.

—El hijo de Samantha y Hunter.— Respondió Diana antes de que Bridget se distrajera.— Es el mejor amigo de su hija. Prácticamente se han criado juntos.

El reportero asintió apuntándolo en su libreta.

—Llegó cansada y pensaste que era de tanto jugar con el hijo de los vecinos ¿no?— Preguntó la policía.

Bridget asintió. Dio una calada a su cigarrillo y continuó hablando.

—Apenas cenó, dijo que se había hinchado a algodón de azúcar.— Hizo una pausa y sus ojos amenazaron con empezar a llorar. Lo que dijo a continuación sonó con una voz rota, vacía pero llena de dolor.— Se fue a acostar, la arropé con las sábanas y no volví... no volví a verla.

Y entonces el llanto brotó. Fuerte, ahogado y silencioso."

Max evocó en su mente la escena. Humo de cigarrillo, lágrimas saladas y el pijama del color de los limones.

—¡Max!—Llamó Josh en cuanto vio aparecer por las escaleras al reportero. Se acercó hasta él con paso firme. Mientras que el rubio estaba hecho polvo, el joven de piel morena y sonrisa cálida parecía estar de lo más espabilado.

—¿Ha ocurrido algo?—Preguntó Max de manera apremiante.

Josh negó con la cabeza y le dio una palmada en el hombro.

—¿Es tu primera desaparición verdad?

El reportero se sonrojó, avergonzado.

—Y no te queda nada aún por ver, tomar declaraciones, rastrear la zona, pruebas y pruebas fallidas...— Comenzó a enumerar y se detuvo al ver la cara de preocupación del rubio.—Mira, según la experiencia, al final acaban apareciendo en los lugares más imprevisibles. Una vez, Clarence denunció la desaparición de su padre. Al final resultó que el anciano, que estaba un poco senil el pobre hombre, había estado encerrado en la despensa durante dos días.

—¿Y nadie se dio cuenta?—Preguntó Max dudando a su vez sobre la capacidad del cuerpo de policía de Nollsbury.

Ante el retintín de su pregunta Josh se puso serio, incluso el tono de su voz cambió sutilmente. Dos octavas por debajo de lo habitual. Si había algo que odiara era la gente que se pensaba que no se tomaba en serio su trabajo, su deber. Josh Kazam podía tener muchos defectos, como cualquier otra persona, pero de verdad sentía la necesidad de ayudar a los demás. Una necesidad que por desgracia no todo el mundo compartía.

—Mira, si no me tomara las cosas de esta manera, no podría sobrellevar este trabajo.—Hizo una pausa— No es una tarea agradable ¿sabes? Te enfrentas continuamente a la peor cara del mundo: violencia doméstica, altercados en los bares, robos, violaciones, asesinatos. Y no puedes dejar que eso te afecte, tienes que tener el umbral de neuroticismo en lo más bajo.

—Nunca puedes flaquear.—Comprendió Max.

—Nunca.

CAPÍTULO VIII

Había salido una mañana plomiza, las nubes amenazaban tormenta y el patio del recreo parecía pintado con una paleta de tonos grises, pálidos y monótonos. El ambiente lucía triste entre aquellos corredores vacíos del colegio elemental de Nollsbury. Diana recorrió aquellos pasillos decorados con flores de papeles y carteles pintados con rotuladores recordando con leve añoranza su niñez allí. Recordó las veces que había acompañado a su hermana de la mano porque le daba miedo la puerta del final del pasillo. La puerta del director Orson de la cual los niños siempre habían salido, en aquellos recuerdos difusos, sorbiéndose los mocos y enjugándose el llanto. A su hermana Abby le daba terror cruzar esas puertas y ahora Diana, convertida en adulta, iba a hacerlo por ella.

Las temidas puertas se abrieron.

—Director.—Nombró Diana al ver al corpulento hombre tras su mesa. Sentado en el despacho como un rey sobre su trono.

—Agentes.—Dijo él mientras estrechaba la mano de Josh y la de ella.

El hombre se quedó titubante antes de dar la mano a Max.

Miró su cámara. La cámara fotográfica que le colgaba del cuello.

—Está prohibido hacer fotografías aquí.—Le dijo.—Espero que entienda que... con los niños...

Max miró la cámara como si se hubiera olvidado de ella hacía rato.

—Perdón.—Se disculpó.—La costumbre.

El rubio la dejó encima de la mesa del despacho. Un despacho anticuado. Una librería cubría toda la pared del fondo con ejemplares sobre pedagogía, enciclopedias básicas y alguna que otra revista sobre jardinería. Un par de títulos de la universidad más cercana colgando de la pared, una papelera vacía junto al escritorio y una bandeja con grasientos donuts sobre él.

—¿Quieren?— Preguntó ofreciendo la bandeja a sus invitados mientras volvía a sentarse en su silla.

—Es muy amable pero no, gracias.—respondió Diana cortésmente.

—Supongo que sabrá por qué hemos venido.—Pronunció Josh mientras se sentaba en el sillón que había frente a la mesa.

El director Orson que era un hombre corpulento y mayor suspiró con expresión contrechada, tristemente marcada por la expresión seria de sus labios protegidos bajo el techo de un espeso bigote más propio de la estética de los cincuenta que el de pleno siglo veintiuno. Aguantó las lágrimas en sus ojos marrones. Por mucho aspecto de sabandija que tuviera, realmente le importaban los niños.

“Quizá porque su esposa no podía tenerlos” cruzó el pensamiento de la morena.

—Es una tragedia...—Parecía consternado.—Una verdadera tragedia... Monique Brown era una niña muy dulce, muy imaginativa, un encanto para todos los profesores.

—Es.—Corrigió Max, pues aquello le chirriaba en los oídos.—No era. No está muerta señor Orson. Ha desaparecido.

La sirena del recreo sonó mientras el hombre cabizbajo, alzó la mirada hacia el rubio, parecía perdido en sus pensamientos.

—Claro, claro.—Contestó avergonzado.—Por supuesto... perdónenme. Mi mujer siempre dice que soy un fatalista... pero por Dios que me equivoque.

—¿Quién era su profesor?—Preguntó Josh.

—Necesitamos saber si hubo algo raro en su comportamiento las semanas previas a que desapareciera. Cuál era su entorno, quienes eran sus amigos aparte de su vecino Samuel.—Aclaró Diana mientras se llevaba un mechón detrás de la oreja y mandaba apuntar el nombre del profesor a su compañero.

—Profesora.—Corrigió esta vez el hombre.—La niña iba a la clase de la señorita Plum.

—¿Podemos hablar ahora con ella?—Preguntó Josh.

—Está en medio de una clase pero sí.—Hizo una pausa. Podéis hablar con ella. El aula 3B, saliendo del despacho a la derecha, al final del pasillo.

—Muchas gracias.—Dijeron al unísono los agentes antes de salir de allí. El reportero por su parte cogió su cámara fotográfica y le estrechó la mano.

—La encontrarán, ¿verdad?—Le dijo al rubio sin soltarse todavía.

Max se zafó de su apretón que había comenzado a volverse extraño e incómodo.

—Por supuesto, ellos son los mejores.—Dijo refiriéndose a los policías.—Seguro que la encontrarán.

El aula de la señorita Plum era ordenada y pulcramente refinada. Ni un lapicero estaba fuera de su sitio, ni un dibujo torcido junto a la pizarra para nada emborronada. Ni una ventana más abierta que la otra, ni pupitre más adelantado que otro. Ni juguete fuera de su sitio. Cuando interrumpieron, la señorita Plum se quedó mirándoles con esos grandes ojos expresivos que la caracterizaban. Estaba frente a los niños, sentada en una silla de tamaño diminuto con un cuento abierto de *Un oso llamado Paddington*.

—Jocelyn ¿puede salir un momento?— Preguntó Josh con una encantadora sonrisa que camuflaba la preocupación que expresaban las arrugas de su frente. Por suerte la señorita Plum sabía cómo seguir el juego. No en vano era profesora de primaria.

—Mirad que sorpresa chicos.—Dijo con voz infantil y exagerando la emoción hasta el punto de la teatralidad.—¡Han venido a visitarnos estos amables señores! La profesora tiene que salir un momentito.

Una niña se le quedó mirando con cara de tristeza y preocupación porque el pobre osito del cuento inacabado había quedado atrapado en un armario.

—¿Y que pasara ahora con Paddington?—Preguntó.

Los agentes miraron a Max y éste con sólo verles la cara lo supo.

—Oh no, oh no...—Dijo el reportero haciéndose de rogar.—Todo menos eso. Denme una libreta para interrogar, una grabadora, ¡por dios santo! Incluso una maldita pistola en una persecución pero no me mandéis a hacer de niñera.

—Vamos seguro que te entiendes bien con ellos. Tienen más o menos tu edad mental.—Dijo la morena sarcástica mientras acompañaba a la discreta muchacha al corredor.

La señorita Plum, aunque de refinamiento demasiado inglés y al parecer un poco insípida, hizo una broma digna de la edad que no aparentaba. Podría ser tan joven como ellos pero aquellas faldas rectas le quedaban de pena.

—Tranquilo esta jauría no muerde, ni ladra. —Hizo una pausa pensativa. — A no ser se pinte bigotes de gato.

"Muy agradecidos" pensó mientras su rostro lo decía todo. Entró a la clase, dejando la puerta entreabierta, lo suficientemente cerrada para que no se escuchara la conversación de los agentes pero lo suficientemente abierta para escapar de aquella jauría de niños a la mínima ocasión. Con aquellos ojos observándole, silenciosos y preguntones se sintió de pronto transportado a una jungla llena de depredadores.

Se sentó en el sitio de la señorita Plum y si ya era diminuto para ella, para él quedaba ridículo. Respiró hondo y se calmó un poco al ver que nadie se movía de sus asientos. Esos niños no se parecían en nada a los niños de sus vecinos que siempre andaban armando jaleo, diciendo palabrotas y pegándose entre ellos. Quizás esas eran las pequeñas diferencias en la gente de la ciudad y los de los pueblos colindantes. En Nollsbury dejando de lado los recientes acontecimientos, todo parecía tranquilo.

Parecía.

—Señor, ¿va a terminar de contarnos el cuento?—Preguntó la misma niña que antes había quedado preocupada por él.

Se relajó al ver que nadie iba a comérselo y sonrió como pudo a aquella niña, intentando no compararla con Monique. La Monique que había visto en la fotografía el día anterior.

—¿Por dónde os habíais quedado?

—Aquí.—señaló la pequeña en una de las ilustraciones.

La ilustración de un pequeño oso asustado en la oscuridad del armario.

El mismo miedo que debía sentir Monique en aquella oscuridad silenciosa, helada y asfixiante. La pequeña abrazó a Coco, la muñeca de trapo, con sus manitas, aferrándola con fuerza sobre su pecho. Un pecho que subía y bajaba frenético y tembloroso. La niña se agazapó en lo que supuso que era un rincón. No sabía dónde estaba, ni veía nada más allá de sus pies. La única luz que parecía filtrarse en aquel lugar oscuro como el interior de un armario provenía de las ranuras del techo desde las que la niña miraba. Aunque era tan finas que apenas lograba ver lo que había por encima de su cabeza. Esperaba que su mamá viniera a por ella y la rescata del monstruo que escuchaba por las noches resonar en aquella oscuridad absoluta.

Y sabía que era de noche por la luz que se filtraba por aquella única grieta que iba oscureciéndose hasta que no quedaba nada.

Solo miedo, frío y negrura.

Y una voz.

La voz del monstruo.

Una voz cantarina y metálica que arañaba el alma, hurgando y disfrutando.

“Niña bonita, niña especial, pronto al diablo encontrarás”

CAPÍTULO IX

—¿A que no ha sido tan malo?—Preguntó Josh mientras salían por la puerta del colegio y le daba una palmada en el hombro al reportero.

Max enarcó una ceja preocupado por la mancha de rotulador que había aparecido en su mejilla, sin embargo le preocupó más la bofetada que de improvisto le vino. Se quedó un segundo completamente inmóvil sin saber cómo reaccionar.

Su mejilla comenzó a arder pero parecía no arder tanto como la mirada fiera de la mujer que le había golpeado.

—¿Cómo te atreves?—Preguntó ella.

Max le miró perplejo. No tenía ni puta idea de lo que estaba pasando. Ni siquiera sabía quién era ella.

A su lado, Diana se irguió.

—¿Se puede saber a qué viene eso Samantha?

La mujer, de cabello rubio y corto a lo pixie en un sufrido intento de parecer más joven y atractiva de lo que era le arrojó el periódico con fuerza.

—Pienso demandarles y espero que “ese”— Dijo señalando al reportero que todavía permanecía en estado de shock.—No se acerque a nuestra familia.

Dicho esto se fue de allí con paso ligero mientras cogía de la mano a un niño de cabello moreno que esperaba a la entrada del colegio con los demás niños.

—¿De qué iba eso?— Preguntó Max, enfadado e impotente.

—Explícamelo tú.—Respondió la agente lanzándole el periódico que el otro cogió al vuelo.

MADRE DESESPERADA DEJA A NIÑA CON LOS VECINOS Y ÉSTA DESAPARECE LA MISMA NOCHE

Nollsbury, Octubre. El frío llega con fuerza al tranquilo pueblo pero sin duda lo que ha dejado a todos sus habitantes helados es la desaparición de Monique Brown, una niña de seis años que estaba a cargo de Bridget Brown Giggins, una madre divorciada y trabajadora querida entre su

comunidad. Al parecer el día previo a su desaparición la pequeña había sido dejada al cuidado de la familia Moon.

La investigación de momento no apunta a ningún sospechoso pero sin duda, de ser así, Samantha y Hunter Moon podrían verse afectados por el escándalo. ¿Podrían ser estos vecinos considerados los nuevos Conydale? ¿Una nueva versión del matrimonio secuestrador de Atlanta?

Monique Brown a quien su madre describe como una niña increíblemente sensible e imaginativa, se estima que desapareció durante la noche del catorce de Octubre. Fue vista por última vez con un pijama rosa de estampado floral, calcetines del mismo color y llevaba el cabello recogido en un coiletero, también rosa, con caramelos de plástico en la goma elástica.

Los habitantes de Nollsbury permanecen a la espera de cualquier avance policial. Desde The Silver Mirror seguiremos informando.

Max Chandler, RRPP, Periodista y Asesor Policial.

—¿Qué?—Soltó perplejo al acabar de leer el artículo.—¡Yo no he escrito esto! Bueno si... algunas partes sí pero este no es mi artículo.

—Ya claro, se ha escrito sólo.—Dijo Diana.

—Déjame ver.—Pidió Josh.

Siguieron caminando de vuelta al coche policial. Diana estaba que echaba humo, caminaba a paso ligero y enérgico con los brazos cruzados sobre su pecho. De vez en cuando soltaba algún bufido exasperado que era apaciguado por la mirada de Kazam. Estaba claro que su compañero no había sido elegido al azar. Era el contrapunto perfecto al carácter fuerte de la joven. Max marcó con rabia el número de Catriona. Su inconfundible y melosa voz le llegó a través del interfono.

—Estaba calculando el tiempo, a ver cuánto tardarías en llamarme.

—Catriona.

—Chandler.

—¿Se puede saber que has hecho con el borrador que te di?—Preguntó enfadado.

La línea se quedó un segundo en silencio pero enseguida se volvió a escuchar la voz de Catriona Silver.

—Mejorarlo. Si no te gusta puedes dejar el caso y volver a la ciudad en el primer tren que encuentres.

Ahora fue Max el que se quedó en silencio. Su jefa le tenía cogido por los huevos. Y no pensaba irse de allí hasta que la pequeña estuviera a salvo.

El teniente Blume colocó las fotografías que había hecho su hija Lizzie en la

pizarra en la que se estaba preparando el caso. Una investigación que habían bautizado en la comisaría como el Caso Boogeyman “*se vio arrastrada fuera de la cama como en una pesadilla del Boogeyman*” había dicho él esa mañana. Gracias al artículo de Max la línea de investigación seguía la idea de indagar en la vida de los vecinos, la familia Moon, aunque Diana se hubiera opuesto desde un principio a ello. Sin embargo, la duda, esa semilla caprichosa y desconfiada había germinado en ella con rapidez. Comprendió por un instante porque el teniente había accedido a tener un asesor tan inusual en el caso. Max les daba a ellos la objetividad que como vecinos de Nollsbury habían desfigurado. Una objetividad que a sus ojos se desvanecía por el trato que mantenían con sus conciudadanos.

Diana examinó las fotografías de la pizarra con la mirada de un halcón. Sus ojos verdes brillaban bajo la luz fluorescente de la sala de interrogatorios donde se habían instalado por el momento hasta que alguien viniera a arreglar las goteras del techo de la oficina principal.

—Hemos peinado la zona y no hay ni rastro.—Pronunció el Teniente mientras dejaba descansar el peso de su espalda sobre las muñecas apoyadas en la mesa de metal.—Esta noche continuará la búsqueda por el bosque. Kazam encárgate de los perros de rastreo.—Ordenó señalando al joven.—Tú, Mendez.—Señaló a un policía de la sala que parecía algo distraído.—Ve al almacén de pruebas, tiene que haber otro coiletero rosa en una de las cajas con efectos personales que recogimos de casa de Bridget Brown.

El hombre dio la reunión por acabada y comenzó a recoger las carpetas que se desparramaban sobre la mesa como el reguero de café del vaso que Max había volcado al inicio de la misma. Diana evitó mirar la mancha de la camisa del reportero cuando preguntó:

—¿Y yo señor?

El teniente se mostró confuso.

—¿Usted? ¿Qué le pasa?

La joven puso los ojos en blanco y aunque no quería parecer enfadada, estaba claro que el hecho de que el teniente la hubiera ignorado le había molestado.

—No me ha encargado nada.

El teniente cayó en la cuenta y asintió para sí.

—Claro, claro... le encargo ocho horas de sueño, le hacen falta.

Diana enarcó una ceja. Molesta por la situación y por el tono con el que Adam Blume le había hablado delante de todos sus compañeros. Miró de

rejojo a Max al que se le había escapado una estridente carcajada.

—No tengo cinco años ni usted es mi padre, no puede mandarme a la cama.
—Replicó enfadada.

—Diana...—Suspiró el hombre de manera paternal. Hizo una pausa, la joven era incansable y tan voluble como su hija Lizzie y en parte le recordaba a ella. Quizás por eso le confiaba tareas de poca envergadura. De todas formas Nollsbury no era un lugar para un gran departamento ni casos como aquellos que salían en las grandes cadenas de noticias. Casi lo prefería así. Que tuviera fama de pueblo tranquilo.

—¡Otra vez!

La atención de la sala de interrogatorios se centró en el pasillo que veían a través de los cristales. En concreto, en una mujer anciana pero esbelta a la que se le había caído un paraguas de color oscuro y maldecía su suerte en voz alta.

—¡Maldito paraguas!

Se agachó a recogerlo con soltura mientras se escuchaba a Blume farfullar algo así como “loca de los cojones” antes de salir por la puerta.

—Sybila, ¿Qué te trae de nuevo por aquí?—Preguntó forzosamente.

Por la presión con la que el teniente al cargo sostenía la puerta a Max le dio la impresión de que quería matar a alguien. En concreto a aquella mujer.

—¿Es su madre o algo así?—Preguntó a Josh, mitad en broma, pero sin dejar por un segundo de analizar lo que veía.

El rubio escuchó como él se reía mientras se levantaba de su silla. El joven de piel morena se guardó un documento en la carpeta que contenía la misma información del tablón y habló con suficiencia y jocosidad.

—Es una chalada. Cuanto mal han hecho las series de televisión.—Se quejó.

Max le miró extrañado mientras salían por la puerta detrás de los demás agentes asignados al caso.

—Dice ser una médium.—Contestó bruscamente el policía.

En ese momento, las luces del pasillo parpadearon emitiendo un agudo sonido como el del grito de un fantasma encolerizado. Al ver la cara de susto que se le había quedado al reportero, el policía añadió:

—Es todo mentira Max.

—¿El qué es mentira?—Interrumpió Diana girándose delante de ellos.

—Sybila.—Afirmó su compañero.

—Es un fraude pero...

Su voz por lo general sin ondulaciones tembló casi imperceptiblemente dejando en el aire aquel inacabado pensamiento. Y en aquel momento Max se dio cuenta de otra peculiaridad de la agente Thorne hasta entonces desconocida, oculta bajo aquella fachada de raciocinio. Algo que no creía posible. Su duda le confirmó lo que ya había deducido nada más conocerla, que Diana estaba construida con un engranaje complicado. Un rompecabezas sin lógica y caótico. Por muy razonable que pareciera a simple vista la joven de tez nívea y cabello oscuro creía en fantasmas. En la expresión latente de sus ojos se reflejaba sin lugar a dudas aquella inusitada creencia.

Una creencia que no le traía nada más que recuerdos.

Una creencia que no le traía nada más que dolor.

CAPÍTULO X

La luz del despacho había comenzado a parpadear pero al teniente Blume no pareció importarle porque toda su atención estaba sobre Sybila. Se llevó la mano al entrecejo, masajeando la tensión acumulada con los dedos, intentando en vano disiparla.

—Se lo puedo explicar por enésima vez pero usted va a seguir sin creerme.
—Reprochó la anciana del paraguas.—Sé lo que he sentido esta mañana, el mal. El puro mal.

—¿No será el frío?—Preguntó el agente Kazam como quien no quiere la cosa.—Esta mañana me he levantado con los dedos pequeños de los pies congelados.

—¿Está comparando el mal supremo, las experiencias extrasensoriales con el clima?—Preguntó indignada.—Sé muy bien lo que siente uno cuando está helado y no tiene ni punto de comparación con el escalofrío que he sentido al ver la foto de aquella niña en el periódico.

Max contemplaba aquello mientras su lado friki no daba crédito. Y mientras más observaba a Sybila Hopkins más emocionado parecía estar.

“Eres un insensible” se reprendió pero aun así no podía evitar sentir la excitación que provocaba la comezón de sus manos.

—Sólo una vez más para que me quede claro.— Adam Blume levantó la vista hacia la grabadora asegurándose de que ésta siguiera en marcha cuando la mujer diera de nuevo su testimonio.

La cinta siguió girando mientras la mujer sentada delante de la mesa rectangular se humedecía los labios. Max se contuvo mordiéndose la lengua para evitar preguntar a diestro y siniestro a aquella anciana que se declaraba médium.

—He visto al cisne caer, al humo convertiste en persona, he escuchado las notas del gramófono y he observado de primera mano al príncipe de las tinieblas.—Hizo una pausa mientras se retorció la sortija de su dedo anular.— Y he visto a la niña. Y como ella cinco más.

—Suficiente, apaga la grabadora.—Ordenó el teniente al rubio reportero que permanecía absorto admirando a aquella mujer.

Se puso irremediabilmente nervioso, era la primera vez que el teniente de policía de dirigía directamente hacia él. Tropezó con una de las otras sillas que permanecían junto a la mesa antes de apretar el botón naranja del aparato que se paró en cuanto puso el dedo.

—No tengo tiempo para esto.—Añadió Adam Blume enfadado.

—Le acompañaré hasta la salida señora Hopkins.—Pronunció Josh mientras se adelantaba para ayudar a la anciana a incorporarse del asiento.

Ésta rechazó descaradamente la ayuda que el joven le profería.

—Puedo ir hasta la salida yo solita, gracias.—Dijo mientras cogía su paraguas con la dignidad y majestuosidad de una reina. Parecía que eso iba a ser todo hasta que se detuvo a la altura de la puerta.

—Cuidado con los ojos de los árboles porque ellos os observarán esta noche y lloraran tu sangre.

Se marchó de allí sin volver atrás y aun habiéndose ido se escuchaba la punta de su paraguas a modo de bastón chocando contra el suelo.

Tap. Tap. Tap.

Un sonido que ensombreció todo lo demás.

—Es un poco apasionada, ¿no?—Preguntó Max intentando disipar la tensión que la advertencia de Sybila había dejado en el ambiente.

—Más bien espeluznante.— Dicho esto el jefe dejó la habitación.

El reportero y el policía se miraron el uno al otro sin saber que decir. Por suerte, aunque en realidad no lo llamaría suerte en absoluto, enseguida escucharon el alboroto que estaba teniendo lugar en la entrada donde Diana intentaba apaciguar los ánimos de un chico de la edad más o menos igual a la de ellos con pinta de gilipollas. De esos que le gustaban restregar el dinero mal invertido por la cara a los demás. Llevaba el pelo tintado de rubio platino, casi blanco en algunos mechones, un jersey de cuello vuelto que remangado hasta los codos mostraba los tatuajes modernos de su brazo izquierdo. En apariencia era todo un cosmopolita pero bajo esa ilusión seguía siendo el hijo del mecánico, una persona torpe, ruda y malhablada con un humor de perros que un día abandonó a su mujer y su hija.

—Esa zorra me lo va a pagar.—Amenazó señalando con el dedo de manera provocativa a Diana.

—Vuelve a amenazar a Bridget y te parto ese brazo pintarrajeado que llevas.—Advirtió ella.—Como te atrevas a tocarle un solo pelo a ella o a la

pequeña...

—¿La pequeña? ¿Acaso piensas que podría tenerla yo?—Preguntó gritando exacerbado mientras la vena de su cuello palpitaba de furia.—¡Ha sido esa puta! ¡Por descuidada, por mala ma...

Antes de que pudiera acabar el insulto, Diana le había retorcido el brazo haciendo chillar a Brandon como el cerdo que siempre había sabido que era.

—¡Esto es brutalidad policial! ¡Brutalidad policial! ¿Me habéis oído?—Los agentes que por allí pasaban hicieron oídos sordos y siguieron inmersos en sus quehaceres diarios.—¡Os voy a demandar! ¡A todos!

Diana le soltó porque lo último que necesitaban ahora era un pleito absurdo. Sintió como la mirada desaprobatoria de Josh se clavaba en su nuca y la culpabilidad comenzó a hacer mella en su estómago, revoloteando en su vientre con una sensación bastante distinta del enamoramiento y a la vez tremendamente semejante.

—Vete antes de que te meta en un calabozo por ser tan estúpido.—Pronunció de manera cansada mientras se colocaba un mechón oscuro detrás de la oreja y sentía sus hombros relajarse tras la tensión.

La joven se cruzó de brazos mientras veía al ex de su amiga salir de comisaría con el rabo entre las piernas. A decir verdad nunca le había caído bien y menos desde el día en que su amiga embarazada le había llamado llorando desde la parada de bus frente al restaurante asiático del pueblo colindante como era Stanheaven. Se cruzó de brazos. Había mucho que hacer y por supuesto pensaba ignorar la “sugerencia” de tomarse un descanso.

La hamburguesería de Joe’s en la pequeña Nollsbury se asemejaba más a un bar de carretera que al lugar popular por el que le tenían sus habitantes. Tenía una veintena de mesas aproximadamente y todas con su bote de ketchup y de mostaza sobre la mesa; Y una barra de madera oscura con un grifo de cerveza que era lo que más destacaba y a su vez lo más demandado en el local aparte de las patatas fritas y la Gran Joe. La Gran Joe no era otra cosa que una hamburguesa convencional en la que se untaba el panecillo en salsa picante y a la que se le añadía beicon y un huevo frito. Esto fue lo que pidieron los tres compañeros antes de reunirse con la patrulla de rescate. Nollsbury estaba rodeada por hectáreas de árboles por lo cual no era de extrañar que la niña se hubiera refugiado entre ellos. Muchos habían sido los turistas que queriendo

visitar el antiguo aserradero o el lago Boor o debido a su espíritu naturalista se habían desorientado en aquel laberíntico bosque.

Max devoró la hamburguesa y tuvo que admitir que aunque el lugar le desagradaba, era una de las mejores que había probado nunca, por no decir la mejor. Pidió otra mientras Josh y Diana aún iban por la mitad de la suya. El reportero iba a dar su segundo bocado cuando vio al ex marido de Bridget entrar por la puerta. Los demás también se dieron cuenta pues su brazo vendado no pasaba desapercibido a ninguno de los clientes.

—Menuda escenita que ha montado antes.—Pronunció Josh entre susurros mirando de reojo como el recién llegado se sentaba en la barra y pedía una cerveza.—Aunque te has pasado un poco.

La joven de ojos verdes se encogió de hombros bajo la chaqueta térmica con el logo de la policía.

—Sigue siendo tan capullo como en el colegio. ¿Recuerdas cuando coló una rana en la mochila de Ian?

El reportero escuchó ésta y más anécdotas a la vez que revisaba en su cuaderno todos los puntos del día: tanto el escalofriante interrogatorio de la señora Hopkins (Alias *La Loca*) como la huracanada aparición de Brandon Brown (Alias *El Cosmopolita*). De vez en cuando el rubio echaba breves miradas a través de sus gafas a su reloj analógico. El Teniente había sido muy claro, se reunirían con la patrulla en las inmediaciones del pueblo a las nueve en punto de la noche.

20:50 p.m

—Deberíamos irnos.—Se adelantó a decir Diana mientras se limpiaba el resto de mostaza de la boca y hacía una bola de papel arrugada con la servilleta después de arrastrar la silla y levantarse.

Josh le siguió imitando la manera brusca de incorporarse haciendo sonar las patas traseras del asiento.

“Quizás era una costumbre policial” pensó Max mientras se llevaba la última patata frita a la boca.

21:37 pm

Cuidado con los ojos de los árboles porque ellos os observarán esta noche. Y lloraran tu sangre.

El disparo sonó antes de que Max supiera en realidad que era lo que estaba haciendo. Fue un simple instinto, el instinto del miedo el que le hizo apretar el gatillo como Diana le había enseñado antes de atreverse a poner un pie en el espeso y húmedo follaje de Nollsbury. El grito sonó inmediatamente después. Un grito estremecedor que cortó el silencio retenido bajo aquellos árboles oscuros recortados en la noche. Una noche fría que hacía que su aliento se congelara formando nubes de vaho que se elevaban, etéreas y misteriosas al cielo negro bajo el que se sentía atrapado.

Atrapado y asustado.

—¡Hijo de puta!

—¿Josh?—Se atrevió a decir mientras en su mente se formaba una espiral de imágenes confusas.

—¿Max?—Su voz le llegó hasta donde estaba, trémula, llena de incertidumbre y salpicada de angustia. Sonó estrangulada mientras lo dijo.

—Mierda, mierda, mierda...—Max se puso nervioso yendo de un lado para otro mientras sus botas se llenaban de barro y su mano temblaba aún con el arma sujeta antes de dejarla caer. Se llevó las manos a la cabeza, consternado, presa del shock. “Él no era policía, a quien le mandaba ponerle una pistola en la mano, a él lo único que se le daba bien era tener una cámara y un teclado entre ellas”—Dios mío... he... he... disparado a Josh...—Masculló entre dientes intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Lo que acababa de hacer.— Te he disparado, ¡te he disparado!— No paraba de decir, de repetir como un loco antes de poder reaccionar en busca de la sombra oscura que parecía (o creía parecer) que le perseguía momentos antes. Lo buscó con la linterna que sacó del bolsillo de su cazadora.

El foco alumbró a Josh.

La mirada azabache de Kazam se encontró con la del reportero y ambas se fundieron en sentimientos de desesperación y espanto. El atractivo policía estaba apoyado como podía en el tronco de un árbol que tenía a su espalda y se cogía la pantorrilla con ambas manos. La sangre fluía de una herida de bala, de un rojo tan brillante que incluso destacaba en la oscuridad.

CAPÍTULO XI

—¡Ayuda! ¡Ayuda!—Max comenzó a gritar desesperado por llamar la atención de los miembros de la patrulla que se habían dispersado.

El policía apoyó la mano en la rugosa corteza dejando la huella sangrienta impresa en el árbol cosa que hizo una vez más recordar a Max las palabras de Sybilla Hopkins “y los árboles llorarán tu sangre”. Lo que en un principio le había hecho que se le desbocara el corazón en aquella sala de la comisaría ahora se lo oprimía al punto de estrangular su respiración que comenzó a subir frenéticamente, rápida y sonora destacando en aquel silencio sepulcral del bosque de Nollsbury. Sólo el eco de los gemidos ahogados de Josh le llegaba a sus oídos embotados por su propio malestar y culpabilidad. Sobretudo culpabilidad.

—Dios... ¡joder!—Se quejó Josh apoyado en sí mismo improvisando un torniquete con su chaqueta para detener la hemorragia tanto como pudiera.

—Lo siento, lo siento, lo siento...—Repitió el reportero con apenas un hilillo de voz ayudando al policía a mantenerse en pie.

—Coge el walkie de mi chaleco.—Le indicó Josh mientras el rubio seguía balbuceando. El policía notó como las manos del otro le temblaban dentro del interior del bolsillo de su chaleco impermeable.—Tranquilo colega no es la primera vez que me disparan aunque sí la primera que lo hace un amigo.

Amigo.

En medio de la preocupación, la culpa y el miedo, la palabra amigo logró de golpe tranquilizarle.

—Aquí agente herido, repito agente herido, cambio y corto.—Soltó Max con nerviosismo.

—¿Cambio... y... corto?—Preguntó el moreno entre jadeos mientras dejaba caer el peso de su cuerpo sobre el rubio.—Demasiadas películas ves tú.

La voz de Diana les llegó a través del walkie.

—¿Kazam estás herido? ¿Y tu ubicación?

El joven miró hacia arriba, hacia el cielo, hacia la noche, hacia las

estrellas...

Hizo una mueca de dolor antes de poder contestar.

—Cinco kilómetros al suroeste del aserradero.

Max miró al mismo cielo sin saber cómo había podido llegar a esa conclusión.

—Enseguida vamos para allá, ya está avisada la ambulancia.

—¿Diana?

Silencio.

—¿Josh?

Silencio.

—Te quiero—Dijo éste.

Y de nuevo... silencio.

Diana se quedó inmóvil con el walkie en la mano sin saber que decir hasta que balbuceó un escueto “*Estarás bien*” delante de la mirada de Carmen, una agente hispana que llevaba en el cuerpo desde que hiciera unas prácticas con el teniente nada más salir de la Academia. Carmen levantó una ceja e hizo una mueca de disgusto antes de seguir con la búsqueda que había sido inútil hasta el momento.

Diana encontró pisadas en la tierra y un rastro que sólo les guio hasta los restos de un botellón: cristales rotos, vasos de plástico en el suelo y el envoltorio cuadrado de un preservativo. No hacía mucho que ella había sido adolescente pero no le cabía en la cabeza que alguien pudiera encontrar romántica aquella parte del bosque. Las ramas con sus largos brazos huesudos parecían querer atraparla entre sus fauces de savia.

Le recorrió un escalofrío por toda la espina dorsal.

Y entonces sintió que se ahogaba, comenzó a toser mientras el viento rugía atrapando sus tobillos y observó horrorizada como sus pies se levantaban del suelo unos centímetros. Como si alguien la estuviera estrangulando.

Salvo que no había nadie.

Sólo ella levitando a ras del suelo como una muñeca rota...

Fue entonces cuando sonó el segundo disparo de la noche. Carmen sujetaba su arma con ambas manos, apuntando... a la oscuridad. La presión que Diana notaba alrededor de su cuello como una planta trepadora pareció aflojarse

pero sólo porque aquella fuerza invisible había encontrado algo mejor con lo que jugar. La pobre Carmen fue levantada en el aire arrojada con una fuerza sobrehumana contra el tronco de un árbol que se partió en dos en el momento en que la columna de Carmen chocó con un fuerte chasquido contra ella.

Diana chilló medio afónica con el terror en sus pupilas y el desconcierto a su alrededor “¿Qué estaba pasando?” No entendía nada, era como estar de pronto en una pesadilla. Se vio a sí misma avanzando hacia el cuerpo tendido de Carmen.

Un cuerpo frío.

En un bosque frío.

Cuando llegaron los auxiliares de la ambulancia no pudieron explicar que era lo que había ocurrido. El bosque de Nollsbury se había teñido de macabras visiones y los enfermeros estupefactos trasladaron a buena parte de la patrulla de rescate en una segunda ambulancia que tuvieron que pedir a toda prisa. Lo que encontraron allí fue a varios agentes consternados hablando de una oscuridad que no podían ver, varios heridos de bala, algunos con contusiones y arañazos, marcas de garras como animales, conmocionados y balbuceantes. Y un cadáver que trasladaron a la morgue bajo una sábana blanca. Un cadáver particularmente bello que parecía arrancado de las mismas manos del escultor Corradini. Salvo que bajo aquel velo fúnebre no se ocultaba ninguna virginal de mármol si no una persona de carne y hueso.

Carne que con el tiempo se pudriría.

Huesos que con el tiempo desaparecerían.

El cadáver de Abigail Thorne fue hallado el treinta de agosto de 2002 y fue sacado del Lago Boor ante la atenta mirada de su hermana mayor de tan sólo once años, Diana. La boca de la niña que cual Ophelia había caído en las aguas profundas, estaba morada y agrietada; Su pelo como algas marinas y vegetación acuosa caía lacio alrededor de su rostro blanquecino, era como observar una ninfa en su letargo. La escena parecía sacada de un cuadro prerrafaelista si no hubiera sido por un oscuro detalle: dos pentagramas invertidos grabados como estigmas en las palmas desnudas de la pequeña. Dos meses más tarde arrestaron al supuesto homicida bajo pruebas circunstanciales, sospechas y demás tejemanejes judiciales. “Black Demon”

apodado así por la prensa sensacionalista fue internado en el psiquiátrico de Stanheaven gracias al abogado de la familia que supo sacar provecho de la esquizofrenia del muchacho que por aquel entonces no tenía más que diecinueve años recién cumplidos.

Diana nunca olvidó la imagen de “Black Demon” que vio en el periódico, con once años pensó que aquella era la imagen del diablo.

Sólo quince años después convertida en policía despertando en un hospital supo que se equivocaba. Buscaban a Monique Brown y encontraron lo inexplicable. Podía sentir aquella oscuridad aferrada de nuevo en su garganta. Todavía estaba desorientada y comprobó que le costaba tragar su propia saliva. Miró a su alrededor intentando enfocar su visión aún nublada por la contusión. El blanco de las paredes no ayudaba en nada a que la joven se centrara, aquella blancura de hospital le dañaba los ojos. Notó como de aquel molesto escozor nacía una lágrima que caía por su mejilla. Se la enjugó como pudo pues llevaba una vía intravenosa abierta en su mano conectada a un gotero que no supo si serían de analgésicos o de morfina a juzgar por su desorientación. Los ruidos de los aparatos a los que estaba conectada y del pasillo llegaban a ella distorsionados, difusos, resonando como un eco turbio en sus oídos como si llegaran a través de las profundidades de un lago con una capa de basura y barro en la superficie. Y ella hundida al fondo.

Como el lago Boor. Todavía la imagen de aquellas aguas sosegadas le producía escalofríos.

—¿Eh?! ¿Adónde va?!

Diana se giró en mitad del pasillo para ver como una enfermera se acercaba a ella a toda prisa. Ella aceleró el paso sujeta a la barra móvil donde se dejaba caer el gotero, balanceándose peligrosamente debido a la carrera de la morena. Los pasos apresurados de Diana resonaban en el pasillo silencioso. Ni siquiera sabía qué hora era. Ni que día a decir verdad. Miró atrás al escuchar unas ruedas chirriando, la enfermera había sido arrollada por el carrito de la comida obligándola a detener su efímera persecución tras la hospitalizada fugitiva. Al menos eso contestaba a una pregunta, no podían ser más de las doce del mediodía. Se dirigía a los ascensores para llegar a recepción y por ende a su teléfono cuando vio a un compañero suyo saliendo de una habitación. Era Mason Thompson quien se encargaba de clasificar las pruebas en el almacén.

—¡Thompson!— Alzó la voz, con cierta angustia.

“¿Qué había ocurrido en el bosque?”

El aludido puso una cara de sorpresa, al parecer no esperaba encontrarse con uno de aquellos agentes que fueron de patrulla la noche anterior al bosque de Nollsbury. Todavía nadie sabía a ciencia cierta qué era lo que había pasado y las habladurías en comisaría eran cada vez más disparatadas. Sin embargo, después de salir de aquella habitación de hospital y de visitar a varios compañeros que estaban despiertos, el hombre ya no sabía que pensar. Mason ayudó a Diana sujetándole el gotero para que ella pudiera andar cómodamente a su lado.

—Anoche...

—No sé qué es lo que paso anoche.—Cortó ella mientras miraba brevemente la puerta por la que él había salido.

—¿Está... él...

Ambos sabían que se refería a Josh. Mientras no afectara a su trabajo a los demás agentes no les importaba lo que dos compañeros hacían en su vida privada. O lo que no hacían en este caso...

—Sí, también está...

—¡Max!—Exclamó ella al verle salir de la habitación.

Él alzó la vista de manera distraída y le saludó con un movimiento de cabeza. Llevaba las gafas en la mano, se notaba que había estado llorando recientemente, los ojos enrojecidos, ojeras violáceas abrazaban el óvalo de su mirada y la nariz le moqueaba como a un bebé de pocos meses.

—¿Estarás bien si te dejo sola?—Preguntó apurado el agente Thompson mientras miraba al reportero.—Me han pedido que le acompañe mientras vosotros estáis aquí.

Diana sonrió para sus adentros, al bueno de Thompson le habían encargado hacer de niñera. Asintió con un gesto y los vio marcharse hacia los ascensores. Ella por el contrario se dio media vuelta de cara hacia la puerta ligeramente entreabierta. Tocó suavemente dos veces antes de entrar.

—¿Josh?—Susurró.

Se paró en la puerta todavía con el pomo sujeto. Del interior de la habitación un ronco “adelante” la invitó a entrar con pasos torpes debido a las zapatillas dos tallas más grandes del hospital. La respiración de Josh era tranquila mientras que la de la joven era convulsa.

Una agitación que aunque había intentado negarlo provenía únicamente del amor.

CAPÍTULO XII

“La boca de Mason Thompson es casi hipnótica” caviló Max con asombro mientras veía una y otra vez los grandes bocados que Thompson le daba a un perrito caliente dejando mostaza, grasienta y tremendamente amarilla, en su bigote. No eran más que las diez de la mañana y el hombre ya había parado en el único puesto ambulante del pueblo al menos dos veces (que él supiera, pues sospechaba que era su tercera parada).

—Mi mujer está embarazada, ¿sabes?— Aclaró como si eso lo explicara todo.

—¿Y eres tú el de los antojos?

El hombre soltó una risotada tan fuerte que pequeños trocitos de salchicha salieron despedidos de su boca.

—Qué más quisiera, así podría comer en mi casa lo que me diera la gana.— Explicó mientras se limpiaba su hipnótica boca con una servilleta.—Le ha dado por la comida orgánica y no come nada que no sea de color verde.

—¿Nada de nada?—Replicó el otro escéptico ante la idea de que alguien siguiera una dieta por colores. Aunque ya nada le extrañaba.

Quien sí tenía una mirada extraña era Mason que había comenzado a observar por encima de su hombro como varias personas corrían calle abajo.

—¡Pero que cojones!—Exclamó al comenzar a escuchar un tumulto cercano.

Gritos, bocinas, música de sintonías... A lo largo de la Avenida Grunder un convoy de furgonetas de distintas cadenas televisivas hacía su desfile particular. Mason Thompson casi se atraganta ante la extraña mirada de Max al querer engullir de golpe lo poco que le quedaba de su segundo (o tercero) almuerzo. Sin perder apenas el tiempo siguieron a los vehículos como otros vecinos curiosos y chismosos y cuando vieron que éstas torcían a la izquierda apresuraron el paso, corriendo entre el gentío sospechando hacia dónde se dirigían.

Las puertas de la comisaría estaban a reventar de policías que impedían la entrada a los periodistas más agresivos y no sólo eso, no eran todos desconocidos los que protestaban si no la gente de a pie. El pueblo que se

había vuelto contra la ley y en concreto con aquellos agentes que parecían olvidar lo más importante: el rostro de Monique Brown impreso en numerosos carteles de protesta.

—Esto es una locura.—Esculló mascullar entre dientes a Thompson.—Todo por una cría que se habrá escapado de casa.

Dijo esto último abriéndose paso a empujones con claro disgusto. Max le siguió el ritmo con dificultad pues a pesar de lo que pudiera pensar a simple vista, Mason estaba en plena forma física.

“Echo de menos mi bicicleta” se dijo Max pensando en lo cómodo que era moverse sobre ella por la ciudad que había dejado atrás.

De repente el móvil de su bolsillo comenzó a sonar de manera urgente e insistente. Lo notó levemente vibrando en su pantorrilla anunciando el desastre que estaba por venir.

3 llamadas perdidas de Catriona Silver.

“Joder” se lamentó el rubio marcando el número de su jefa con rabia.

“Probablemente iba a despedirle”

—Estás despedido.— La voz de Catriona se clavó en él de manera punzante y breve como el pinchazo de un alfiler y tan doloroso como el impacto de un relámpago.

A su lado alguien le empujó y vio horrorizado como caía el teléfono al suelo. Entre tanta gente a punto estuvieron de pisarlo.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Sigue ahí?

Nada. Había colgado. Le había despedido y había colgado. Esta vez de verdad y sin ninguna explicación razonable.

Se quedó como un pasmarote en medio de la protesta y sólo alzó la vista de su móvil con una recién estrenada rozadura en la pantalla para ver al pie de las escaleras al imbécil de padre que tenía la niña que a través de fotografías impresas en tamaño extra grande parecía seguirle con la mirada. Decenas de rostros iguales, de sonrisas estáticas y miradas penetrantes.

—Mi hija desapareció hace ya setenta y dos horas...—Comenzó a decir Brandon Brown en cuanto el primer micrófono estuvo a su alcance. Las cámaras se quedaron fijas, grabando lo que sería un discurso seguramente conmovedor o por lo menos lo suficientemente bueno como para hacer subir la audiencia de las televisiones.—...dicen que cuando ha pasado este límite de tiempo lo más probable es que esté muerta pero me niego a perder la esperanza. Este siempre ha sido un pueblo pequeño, todos conocían a Monique y la querían como hija de Nollsbury que era. Les pido que si alguien sabe

algo, si alguien la ha visto, si alguien la tiene... que ese alguien dé un paso al frente y asuma sus actos. Tarde o temprano confío en que la encontraremos contemos o no con la ayuda de esta comisaría que hasta el momento ha sido nefasta en su labor.

Max se quedó pensativo mirando a aquel fantoche que no había hecho otra cosa que tirar el trabajo de todo el cuerpo de policía (y el suyo propio) por tierra repitiendo un cliché tras otro de lo que se espera en un padre angustiado por la pérdida. *¿Pero cómo llamar padre a esa persona que se había desvinculado por completo de su hija y de la madre de ésta?* Su pérdida había sido hacía mucho tiempo.

La imagen de Bridget se dibujó en su cabeza mientras los periodistas se abalanzaban esta vez hacia Brandon como foco de la tragedia y más tras aquel insulto abierto hacia toda la comisaría. La buscó con la mirada y reconoció brevemente la presencia de algunos conocidos como era la señorita Plum, la profesora de Monique; el propio Joe, dueño de la hamburguesería; Sybilla Hopkins también estaba allí apoyada en su paraguas a pesar del sol observando el tumulto como si no fuera con ella; Lizzie, la hija del teniente también estaba allí mientras hacía un esfuerzo por abrirse paso hasta llegar a las puertas de cristal; Ciudadanos preocupados, rostros de pena, otros simplemente curiosos atraídos por la morbosidad y el espectáculo pero no había rastro alguno de Bridget.

“Debe de estar en casa” se dijo guardándose el móvil en el bolsillo no fuera otra vez a caérsele. “Con lo torpe que era no le extrañaba” se dijo “Ella seguramente sigue en pijama en un rincón del sofá” Casi podía llegar a imaginársela apagando la televisión con tristeza al ver la cara de su expareja en el canal local.

El rostro de Brandon apareció en la pantalla y Diana bajó el volumen pues no quería molestar el descanso de su compañero sin dejar de apretar la mano de él contra la suya. Pensar que podía haberle perdido terminó por romper con el único muro que mantenía todavía en pie. Cuando entró a comisaría hacía ya varios años se encontró por sorpresa con su amigo de la infancia. Ese que le instaba a vivir aventuras, que le curaba cuando se caía y le ayudaba a levantarse. Y aún ahora lo seguía haciendo. Él le ayudaba a levantarse cada día de la cama aunque no estuviera preparada para admitirlo. Hacía un año lo

había intentado: habían tenido un par de citas, habían reído, habían cenado en el pequeño italiano de la esquina varias veces, habían tenido sexo... pero siempre había algo que impedía la completa felicidad de Diana. Y es que ella, lo único que muchas veces tenía en la cabeza era su maldita obsesión por el trabajo, aquel sentimiento enfermizo por la justicia y el fantasma de su hermana rondando continuamente sus pesadillas. Imágenes y sentimientos que no ayudaba en demasía a dejarse llevar por las mariposas del romanticismo.

Le miró de reojo esperando que no se diera cuenta pero éste no pudo evitar sonreír de manera fugaz y resplandeciente. Le habían intervenido quirúrgicamente de madrugada para extirparle la bala de su pierna que por suerte no había tocado ningún nervio importante. Aun así tenía que estar acostado, en reposo.

La morena se inclinó sobre la cama, despacio, procurando no marearse con el movimiento debido al aturdimiento que todavía bullía en su interior por la contusión. Josh anticipó lo que ella quería hacer y trató de incorporarse un poco. Sus labios se encontraron a medio camino, temblorosos, con miedo, aceptándose después de las dudas dándose una segunda oportunidad.

—Sabes que tenemos que hablar.—Dijo Josh una vez se hubieron apartado el uno del otro.

“¿Hablar de qué? ¿Del beso?... ¿había llegado muy tarde? ¿O era la otra cosa? ¿Esa cosa que no se atrevía a pronunciar? ¿Qué intentaba olvidar a toda costa?” Intentaba no pensar en nada de lo que había sucedido anoche. Intentaba apartar de su mente cualquier pensamiento sobre Carmen, la imagen de horror de su rostro cuando fue levantada en el aire por una fuerza sobrenatural. Intentaba buscar una explicación para las marcas de estrangulamiento de su propio cuello. Intentaba olvidar. Desde que tenía once años todo lo que intentaba era olvidar. En vano.

Diana frunció los labios volviendo de nuevo su atención hacia el televisor.

—No puedes ignorarme para siempre.

—¡Cállate! ¡¿Por qué eres así?!—Estalló en un ataque de rabia, de impotencia y confusión mientras sus manos temblaban, mientras toda ella temblaba en un estado incontrolable de impotencia. Comenzó a llorar a lágrima viva mientras sentía su pecho arder y ella dentro de sí misma consumiéndose en ese fuego. En su laberinto de la memoria, de puertas cerradas algo hizo clic en su interior. Las puertas de su laberinto se abrieron y los recuerdos reprimidos de una mente infantil salieron a flote. Recuerdos que tanto le había costado olvidar.

—Ya lo he visto antes... lo he visto antes... es imposible pero él... el mons... el monstruo está entre nosotros.—Pronunció a moco tendido, llorando como nunca lo había hecho. Sin dejar ni una lágrima dentro.—No estoy loca... dime que no estoy loca... por favor...

Y él, que nunca había podido negarle nada, le acarició la cabeza enredando sus dedos en su pelo mientras ella enterraba la cabeza en su hombro.

Diana podía ser muchas cosas, pero no era una mentirosa. La noche en la que vinieron de visitar aquella noria de enorme altura, la noche en que montaron en el tiovivo de luces brillantes después de aplaudir con aquel espectáculo de animales, fue la primera noche que el monstruo vino a visitarlas. Su hermana y ella compartían litera, por supuesto, ella dormía en la parte de arriba, todo un privilegio que le había concedido ser la mayor de las dos. Aunque eso también tenía sus inconvenientes pues tenía que vigilar constantemente a su hermana pequeña y si ella se metía en un lío automáticamente Diana lo hacía también. Las culpas de todo siempre serían para ella y aquel día no fue distinto. Cuando amaneció en el cuarto y su hermana no estaba donde debería haber estado, las culpas fueron a parar a ella.

—¿Dónde está tu hermana?!—Chillaba su madre una y otra vez revisando el armario, los demás cuartos, cada rincón de la casa sin éxito.—¿Diana ¿qué has hecho?!

Una bofetada, ardiente e irritante que le dejó toda la mejilla hinchada y dolorida sonó en toda su habitación.

Ella lloraba, decepcionada porque no le creían, porque pensaban que estaba mintiendo.

—¡Ya os lo he dicho! ¡No lo sé!

Una segunda bofetada hizo que quisiera gritar y así lo hizo. Chilló, pataleó y comenzó a tirar los lápices de su mesa con rabia contra la puerta.

—¡Ha sido el monstruo! Estaba hecho de humo y Abby se estaba riendo y luego... ¡plof! No estaban.

Una mirada de desdén dirigida hacía ella fue el último gesto sincero que le dedicaron sus padres antes de llamar a la policía. Después de aquello toda relación que pudo haber tenido con ellos quedó rota y la culpa pesó en Diana cada día un poco más hasta que no quedó nada más de ella que eso: el

sentimiento asfixiante de la culpabilidad.

Nunca se supo a ciencia cierta cómo desapareció su hermana aquella noche, fue un misterio del que no se habló en las noticias. Sólo cuando su cadáver apareció en el lago y cinco niños más desaparecieron en posteriores semanas para encontrarlos flotando en aquellas aguas oscuras teñidas de infancia y vida derramada, sólo entonces el pueblo de Nollsbury se volcó para vengar a estos ángeles prematuros.

CAPÍTULO XIII

—¿Bridget? ¿Estás en casa?

Max intentó ver el interior a través de la cortina que tenía echada la ventana que había junto a la puerta de entrada. Llevaba un buen rato parado en el porche esperando que ella le abriera la puerta o al menos que diera alguna señal de que estuviera viva. Se había quedado preocupado después de ver a Brandon hablando con las autoridades en nombre de la familia. Él, que era hijo de padres divorciados que continuamente estaban batallando, le extrañaba que aquella mujer hubiera decidido relegar en su expareja el peso mediático.

—¿Hola? ¿Hoolaaa?—Canturreó mientras aporreaba la puerta.

El sonido de una llave girando le acalló por completo y aferró la cámara entre sus dedos de manera nerviosa. Bridget le miró confusa, a través de unos ojos llorosos e implorantes de respuestas.

—¿Mi pequeña...—Empezó a preguntar ella con un hilillo de voz.

Max negó con la cabeza. Ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido presentarse en su casa. ¿A santo de qué? Se dijo.

—Pasa.—Le invitó a entrar.

Y él entró como buen vecino, como buen hombre, como su madre soltera le había educado, tendiendo una mano amiga hacia alguien que la necesitaba.

—Esto no puede volver a pasar.—Dijo Max mientras apartaba los rizos de ella que le hacían cosquillas en el cuello.

Estaban abrazados en el sofá, desnudos, extenuados, confundidos... y el reportero se sentía en ese instante la peor mierda del mundo. “¿Cómo había podido llegar tan lejos? Y con alguien como Bridget” se lamentó. Alguien indefenso, vulnerable, lleno de dolor, tan sólo... y se dio cuenta de que ya no hablaba de ella si no de él. Y eso era aún peor porque se dijo que entonces no era más que un egoísta.

—Perdóname...—Se disculpó.—Esto no ha sido ético... yo...

—Chisst.—Susurró ella poniéndole un dedo en los labios a modo de silencio.—Gracias por hacerme olvidar.

La abrazó con ternura tras decir esto y sintió que la quería, no románticamente si no como se puede querer a alguien bueno que aparece en tu vida. Quería ayudarla, quería protegerla, quería encontrar a su hija aunque estuviera despedido, aunque pudiera coger un tren y largarse a la primera ocasión. Aunque no tuviera ninguna obligación quería hacer esto por ella.

Se levantó y se puso los pantalones mientras Bridget dormía. Miró a su alrededor, el salón seguía igual que la primera vez que fue él, en aquella entrevista. Observó el jarrón vacío encima de la mesa y le invadió una tristeza desoladora. Salió al porche una vez vestido por completo y cortó unas flores de esas que crecían alrededor de la casa en su descuidado jardín. Volvió a entrar observando el cuerpo de Bridget encogido de frío, la arropó, le dio un beso con cuidado de no despertarla y dejó las flores en el jarrón.

Unas flores amarillas y llenas de vida que prometían un halo de esperanza para aquella madre despojada de su hija.

Le escribió una nota.

No estás sola.

Y la firmó con cariño antes de salir de allí. No sabía si había sido un error o no pero lo que sí sabía es que ahora se sentía un poco menos sólo, un poco menos inútil.

Perdido en aquellos pensamientos, paró en el puesto ambulante donde había estado antes con Mason Thompson para comprarse un sándwich, el sexo le había dado hambre. Menos mal que había perdido a su acompañante durante la protesta. Se preguntó – mientras saboreaba el pollo y los vegetales mezclados con la mahonesa en su paladar —si todavía quedaba alguien a las puertas de la comisaría. Aunque debía de ser así, de lo contrario él ya se habría puesto en contacto o quizás Catriona ya había puesto al corriente al Teniente sobre el recién despedido de su reportero. En cualquier caso parecía que sus días en la búsqueda estaban contados.

Anduvo por las calles de Nollsbury que estaban teñidas de desconfianza: vecinos que se desafiaban con la mirada, niños que no querían jugar con otros niños, adolescentes que pasaban de todo escondidos bajo unos auriculares gigantes refugiados en letras de canciones absurdas que nadie entendía. Y

entonces algo le llamó la atención, lo suficiente para parar en mitad de la acera y una lucecita divina se encendió en su cabeza. Observó el cartel del Cirque La Condamnation con sus coloridas letras invitando a ver el espectáculo de variedades y recordó un pequeño detalle sobre la desaparición de Monique. Su madre dijo que Samantha y Hunter habían llevado a la niña al circo que habían montado a las afueras y ningún policía le había dado más importancia. Pero él, que tenía más de escritor perturbado que de periodista, imaginó al instante que quizás pudieran saber algo, algo que los demás hubieran pasado por alto. Dicen que los artistas son buenos a la hora de interpretar las conductas, que ven más allá de lo que las mentes cuadradas lo hacen. Y esa sí era una esperanza con la que podría empezar a trabajar. Quizá observaron algún detalle, cualquier cosa que le ayudara a encontrar a Monique.

“Porque ahora estaba sólo” Se dijo. Sin Diana y Josh se sentía perdido en el pueblo y al mismo tiempo estaba deseando analizarlo con detalle, libremente sin ojos que miraran por encima de su hombro. Desde que llegó a Nollsbury realmente no había tenido tiempo para él y sus pensamientos. Y ahora que tenía tiempo hubiera preferido estar en compañía, distraer su mente con cualquier cosa sin importancia. No dejó de pensar que era lo que había sucedido durante la partida de reconocimiento por el bosque. Una especie de histeria colectiva podría ser lo más probable o al menos lo menos demente. Porque admitir lo que vieron... una sombra oscura que olía a azufre y muerte, que te helaba los huesos hasta romperlos...era demasiado perturbador.

—¡Señor cuidado!—Exclamó un crío en bicicleta que a punto estuvo de arrollarlo.

Max se quedó inmóvil, la realidad había venido para golpearle en la cara y despertarle tan repentinamente que apenas pudo reaccionar. Miró al niño alejarse pedaleando calle abajo con aquella bicicleta amarilla e imaginó a Monique delante del él todavía lo suficientemente pequeña como para saber montar en una de esas. Anduvo hasta el final de la calle y giró hacia la avenida principal con una sensación en el pecho que apenas le dejaba respirar. ¿Cómo podían hacer esto diariamente los policías? Hacerse responsable de las vidas ajenas, tener sobre su espalda los casos que no pudieron resolver, todas esas vidas destrozadas que sobre la conciencia pesan como una losa amenazando con aplastarte. ¿Cómo podían?

Volvió a observar el cartel del circo arrugado en su mano. Ni siquiera se dio cuenta de que tan fuerte lo estaba agarrando. Leyó las indicaciones

“Estamos junto al Bosque de Nollsbury, al final de la Avenida Principal ¡No te pierdas el espectáculo del Ilusionista Acuarelista!”

Hacia siglos que no había ido al circo, la última vez que fue sus padres aún estaban casados por lo que no podría tener más de doce años, se dijo. Sí, recordaba aquella noche y cuanto más trataba de alcanzar el recuerdo más vívido se hacía en su mente. Como una pintura que cobra forma a cada pincelada.

El asiento estaba un poco pegajoso y él contribuyó a esta sensación pegando un chicle en la parte de abajo. Se había quedado sin sabor y como todas las cosas buenas, cuando pierden el sabor hay que desecharlas... había escuchado a sus padres discutir de nuevo mientras él se tapaba los oídos en su cuarto sentado al estilo indio con un cómic de Flash entre las rodillas. A él también le hubiera gustado ser el hombre más rápido del mundo aunque hubiese sido sólo para poder salir corriendo de su habitación sin que se dieran cuenta. Por suerte, parecía que se habían arreglado lo suficiente como para querer llevar a Max al circo. Había estado pesadísimo durante la semana, impactado por poder ver a un tigre de bengala. Y de todas las cosas que vio, aquello fue lo menos impresionante.

Ella.

Ella sería lo que recordaría toda su vida.

Posada en una cuerda con las piernas cruzadas parecía estar flotando en el cielo noctámbulo bajo la carpa de estrellas pintadas. Un ángel de cabello rubio que se levantó con un giro de ballet, apoyada únicamente en la punta de sus zapatillas de seda sobre aquella cuerda serpenteante que parecía dominar con soltura. Bailó sobre ella, giró, saltó y se contoneó como una delicada libélula que parecía volar sobre sus cabezas. Sólo cuando el gramófono se silenció ella se quedó estática en un arabesque sobre el cielo de estrellas. Sola. Mientras los focos se apagaban y el público aplaudía.

Estaba en una explanada admirando el arco de luces que invitaban a entrar al recinto vallado del Cirque La Condamnation. Bombillas rojas, amarillas y blancas que parpadeaban intermitentes. Cruzó el arco y al hacerlo, por un instante fugaz volvió a tener doce años. Lo observó todo empapándose de una nostalgia engañosa.

No. Él ya no era el niño del recuerdo.

Sacudió la cabeza y se cruzó de brazos mientras avanzaba unos pasos

admirando aquel paraíso infantil desde sus ojos de adulto. Unos ojos que había cambiado su perspectiva a lo largo de los años. Los cristales de sus gafas se empañaron de golpe. De pronto tenía frío. Mucho, mucho frío. Se las quitó mirándolas con extrañeza, observando con el corazón encogido como la escarcha se adhería en los cristales. Y de golpe, su aliento se congeló delante de sus narices. Como un estallido se sintió retroceder a la noche anterior. En el bosque. Con las pisadas apresuradas. El frío en su nuca. Sumido en esa oscuridad. Con los disparos de fondo y sangre en sus manos.

—Chevalier^[1] ¿le apetecen unos dulces? Está usted pálido.

A su lado, un anciano con la cara pintada de blanco y las mejillas con colorete rojo carmesí le ofrecía de su pintoresco puesto ambulante (con acento claramente francés) una manzana de caramelo. Aquel ser esperpéntico, con el maquillaje circense cuarteado por su arrugada expresión de extrañeza, le erizó la piel. Sus ojos eran oscuros y sin apenas brillo, las bolsas bajo ellos era notoriamente palpables. El reportero volvió a sentir aquel escalofrío que le había recorrido el cuerpo al ver la sonrisa desdentada del feriante mientras seguía mirándolo fijamente.

Max apartó la mirada con incomodidad, alzando la vista para contemplar la gran carpa de rayas donde los banderines parecían a punto de ser arrancados por el fiero viento que había surgido de la nada.

—No, gracias.—Rechazó al anciano mientras se abotonaba todos los botones de la chaqueta.—Tengo otros planes.

Aferró la cámara entre sus dedos y comenzó a andar con el fantasma de todos sus miedos manifestado detrás de él.

CAPÍTULO XIV

Si de fantasmas se trataba la cosa, quien parecía ser uno de ellos era Gisele Renard, la equilibrista envuelta en capas de tul blanco que sobre la cuerda serpenteante realizaba sus piruetas con la elegancia de un cisne. Su cabello rubio permanecía atrapado en una engominada trenza que caía por su espalda. Dos gotas de sudor cayeron como perlas de su cuello. Hizo un plié antes del relevé mientras permanecía con los brazos en cuarta posición. La cuerda se tambaleó bajo la punta de sus zapatillas de ballet. Miró el patio de butacas desde la altura en la que estaba. Y ahora, el gran final. Giró y saltó al vacío alzando los brazos decorados con finas plumas blancas. En el aire, el trapecista la cogió y ella dio una voltereta impulsándose hacia arriba para dejarse caer sobre los hombros de él. Un cisne negro, violento y misterioso, con su máscara de grisáceas plumas ocultándole el rostro.

—¡Maravilloso! ¡Merveilleux ! ¡Qué espectáculo!— Exclamó Cyprien a pie de pista mientras aplaudía viendo a su hija y a su futuro yerno bajar de las alturas por la escalera de una de las columnas de la carpa.

—¡André! ¡Mon Ami !—Abrazó al cisne negro con fuerza—¡Ha sido precioso! ¡Realmente precioso!

Gisele miró a su padre con una expresión de enfado, sabía que ella había roto su compromiso con André hacía muchísimo tiempo y aun así ellos dos actuaban como si todo siguiera igual haciendo caso omiso a la opinión de ella.

—La próxima vez no me cojas con tanta fuerza.—Replicó la joven a un despreocupado André que parecía ignorarla.—Puedo sentir los moretones que me saldrán de esto.

Lo dijo con enfado y con rabia mientras se masajeara con las manos los brazos cansados y hormigueantes.

—¿Y dejarte caer? Nunca.—Pronunció con una implicación sombría que sólo ella entendía y una sonrisa ladeada tan artificial como aquel juego de cisnes que representaban cada noche.

La cogió del mentón obligándola a mirarle a los ojos. Tan cerca de ella que

podía notar su dulce piel temblando. Tan cerca de él que podía notar la violencia con la que sus labios se entreabrían. Deseando algo que Gisele nunca más le daría. André sólo le provocaba asco y hubo tiempo en que le provocó también miedo hasta que comprendió que jamás haría nada para lastimarla. En eso se resumía todo, en unas palabras repetidas en el tiempo “*¿Y dejarte caer? Nunca*”

El viento rugió al otro lado de la carpa haciendo zozobrar la lona.

—¡Maestro!

Una llamada que los dejó a todos sorprendidos en mitad de la circular pista de tierra. Madame Olga entró a la carpa buscando a Cyprien pues había visto a un joven rubio preguntar por el maestro de ceremonias. Al parecer era algo urgente.

—Le espera un muchacho en su despacho.

Antes de que el hombre pudiera responder, su hija saltó en su nombre.

—Te acompaño, vamos.

Con pasos delicados se alejó del trapecista y de su padre al lado de la exuberante dama.

Max esperaba inquieto frente a una caravana aparcada detrás de una de las tiendas menores que tenía la carpa principal a cada lado. Esperaba que la mujer con la que había hablado no le hubiera tomado el pelo. No sabía si tomarla en serio o no, vestida como iba con un batín de seda rojo con un tigre japonés en la espalda, con sus medias de rejilla, su tocado de burdel con plumas de pavo real, su barba de chivo que le llegaba hasta el comienzo de los senos y el timbre descarado y burlón con el que se había dirigido a él.

Se acercó a la caravana y se asomó a la ventana, estaba oscuro allí dentro pero se podían observar ciertas cosas como una colección de sombreros y artilugios anticuados dispersos por ahí. Sacó un par de fotos y volvió a asomarse buscando otra perspectiva.

—Un joven curioso.

El flash se disparó de nuevo, esta vez de manera accidental. El rubio dio un respingo pues había sido pillado infraganti por todo un personaje. El hombre que había hablado, un señor bajito con un traje de frac plateado y un sombrero con lentejuelas azules y verdes le tendió la mano amablemente. A su lado una bella chica le sonrió con soberbia cortesía. Max se quedó ensimismado en su

silueta curvilínea: provocadora sin proponérselo, elegante sin buscarlo, con cierto halo infantil, adorable y encantador.

Se disculpó avergonzado y probablemente con un sonrojo evidente.

—¿Entramos?—Le invitó el hombre abriendo la puerta de la caravana chasqueando los dedos.

“¿Cómo?” Pensó Max. Si en su espera él había intentado abrir la puerta que estaba cerrada a cal y canto y aquel hombre no había sacado ninguna llave. Ni se había acercado al pomo siquiera.

—Un mago nunca revela sus trucos.—Sonrió perspicazmente dejando anonadado al reportero que entró en la caravana sólo cuando los otros dos lo hicieron. El interior era impresionante, como estar en el desván de una casa antigua o en el almacén desordenado de un museo olvidado hacía tiempo. Tenía cachivaches curiosos por todos los rincones que Max no acertó a descubrir para qué servían; aparte de la colección de sombreros de época que decoraban las paredes, descubrió pilas de libros científicos, probablemente ya descatalogados, ediciones destartaladas y raídas debido al uso y el tiempo. Y allí, como un intruso en toda aquella muestra de historia y estilo vintage, un ordenador blanco y plateado sobre una mesa más antigua que las que tenía su abuela en el campo de Yorkshire.

Sus ojos brincaban de un sitio a otro, observando con admiración.

—Usted dirá.

Max volvió de los campos de Yorkshire y se dio cuenta del ridículo que estaba haciendo, parado frente a la mesa del “despacho”, mudo y asombrado.

—Nos han dicho que era algo urgente.—Añadió la bella chica.

—Perdónenme—Se disculpó Max tomando asiento a la señal de aquel hombre afable que dejó su sombrero de lentejuelas sobre la mesa.

El rubio dejó caer la cámara sobre sus rodillas. El sillón de cuero en el que estaba sentado extrañamente era cálido al tacto, reconfortable incluso.

Un carraspeo volvió a llamar su atención.

—Mi nombre es Max Chandler y soy...— ¿Reportero? Despedido; ¿Escritor? Sin novela.—Asesor de la policía.—Dijo al fin.

Al menos hasta que el teniente Blume le dijera lo contrario.

—Estoy aquí por la desaparición de Monique Brown.

El rubio se fijó en la expresión sorprendida y apenada de ella y en el enmudecimiento de él. Tratar con este tipo de situaciones no era nada fácil. Se sacó la grabadora del bolsillo de la chaqueta y una diminuta libretita con una pluma estilográfica de su pequeña bandolera.

—Espero que no les incomode.

—Para nada.—Respondió el extravagante hombre del circo. —Mi nombre es Cyprien Renard y ella es mi hija Gisele. Yo espero que ella no le incomode a usted.

Max balbuceó que no le importaba mientras torpemente ponía la grabadora a punto, de nuevo sonrojado.

Comenzó a grabar.

—¿Qué desea saber Max?

El hombre le miró fijamente a los ojos de manera enigmática como si pudiera ver a través de él con aquella falsa confianza con la que había pronunciado su nombre de pila. De una manera enigmática y con un punto escalofriante. Su voz dejó de ser cálida. Era como si... era como si fuera.... Recordaba a algo... metálico.

—No tengo todo el día.—Añadió.

Max se acomodó en el asiento.

—Monique Brown desapareció el pasado día quince de Octubre después de haber pasado toda la tarde en vuestro circo.—Comenzó a decir.— Me preguntaba si habrían visto algo u oído alguna cosa extraña.

—¡Dieu Sant !—Exclamó el hombre con indignación.—Por dios santo, esto es un circo, por supuesto que hemos visto cosas extrañas. Si le interesa Madame Olga comienza su espectáculo de fenómenos a partir de las nueve.

Max apretó los puños con rabia, “y pensar que aquel hombre le había parecido amable” se dijo sacando de su bandolera una fotografía de la pequeña. La dejó encima de la mesa, frente a ellos de manera que pudieran verla bien. El maestro de ceremonias le echó una breve mirada si tan siquiera acercarse la fotografía. La muchacha, Gisele, en cambio sí la cogió y se la acercó con el rostro compungido.

—¿Ha desaparecido una niña?—Preguntó con un hilo de voz.

El reportero se sorprendió, había salido en los periódicos y en la televisión local. El pueblo además no hablaba de otra cosa.

—Así es y por ello es muy urgente que me digan cualquier cosa. Si la reconocen, si habló con alguien del público, si un desconocido se acercó a ella. Hay gente mala por ahí, saben a qué me refiero.

—Hay gente mala por ahí...—Repitió la joven consternada en apenas un susurro.

Le devolvió la fotografía.

—Mire, con todo el respeto.—Interrumpió el hombre del frac. —Pasan

muchos niños por aquí todos los días y sin ofender, pero al final todos te parecen iguales. Yo no la recuerdo y como yo, todos los demás. El mundo se ve distinto desde la pista. Pero si recordamos algo se lo haré saber.

Max lo dudó bastante.

Cyprien se levantó de su asiento tras la mesa del despacho dando por finalizada la conversación con un apretón de manos mientras la joven pájaro garabateaba algo rápidamente en un trozo de papel detrás de él.

Gisele imitó a su padre y le estrechó la mano a Max. Cuando éste salió de la caravana y se hubo alejado lo suficiente de ella, desplegó la bolita de papel arrugada que había guardado en su puño, lejos de miradas indiscretas.

Reúnete conmigo frente a la caseta de tiro. En veinte minutos. G.

—Venga, venga...—Apremió Max disparando con la pistola de agua hacia la boca abierta de un payaso de cerámica. Por supuesto el tiro no dio en el blanco y el feriante le birló las pocas monedas sueltas que le quedaban. —Mierda.

—Trae.

Gisele había llegado y le había quitado la pistola de entre las manos. Disparo sin ápice de duda y llenó de agua la boca del payaso sin derramar ni una sola gota. Una música estridente estalló cuando lo hizo mientras las bombillas de colores comenzaron a parpadear al ritmo de la música.

—El premio gordo G.—Le dijo el feriante en tono amistoso.

Max observó como ella se quedaba pensativa mirando los premios de la caseta. Era preciosa y vestida de calle aún más. Los vaqueros ajustados le quedaban terriblemente sexys y el jersey de lana de color aguamarina combinaba con sus ojos a la perfección. Además contrastaba su melena rubia, que suelta y ondulada le caía por el jersey como los rayos del sol que se reflejan en el agua. Se había deshecho de su maquillaje por completo y así, al natural, era incluso más guapa.

—Para ti.

Un cisne de peluche con el pico ligeramente naranja y los ojos bordados.

—Para que te acuerdes de mí.

Si hubiera sido más atrevido la hubiera besado allí mismo. “Y no necesitaba un recordatorio” se dijo, “no para aquel rostro de ángel”

—¿Por qué me has citado?

La joven le cogió del brazo con disimulo y lo arrastró lejos de allí, de la carpa y de las casetas como si estuviera enfrascada en una conversación anodina y banal. Sólo cuando estuvieron solos, ella contestó.

—Porque yo si recuerdo a la niña.

CAPÍTULO XV

—¿Cómo es que no sabías que había desaparecido? Ha salido en todas partes: la radio, la televisión, la prensa...

Gisele se cruzó de brazos, sin chaqueta el jersey parecía no ser capaz de abrirla. Una costumbre después de cada ensayo, estaba tan acalorada que nunca se abrigaba lo suficiente.

—El maestro prohibió toda clase de comunicación. Vivimos en el circo, allí comemos, ensayamos, nos relacionamos los unos con los otros... pero nunca con los demás ¿para qué ser conscientes de unas noticias que nunca van a afectarnos? No nos alejamos de la carpa principal.

Ésta vio como el chico le miraba horrorizado mientras caminaban por la linde del bosque.

—Allí nacisteis y allí moriréis...—Dijo él con cierta solemnidad como quien recita un poema.—¡Eso es horrible!

“Allí moriréis” repitió la joven equilibrista en su cabeza.

“Ojalá pudiera saber qué está pensando” se dijo Max al ver como ella sonreía con una sonrisa triste y lúgubre. Anduvieron bajo el follaje del bosque. De día no parecía ser tan aterrador, sin embargo, el joven seguía sintiendo la angustia que sintió aquella noche bajo esos mismos árboles que ahora se elevaban tan dóciles e inofensivos.

—Si sabes algo debes decírmelo ya.—Pronunció él.—No tienes por qué tener miedo.

Miró a la chica y se dio cuenta de qué no era el miedo lo que le paralizaba. Quizás otra cosa más compleja que no llegaba a entender del todo... era difícil de descifrar.

Toda ella era difícil de descifrar.

Observó cómo se mordía el labio antes de contestar.

—Vi a la niña...—Titubeó antes de hablar.—Dijo que nunca había visto la laguna, se lo dijo al otro pequeño, un niño que lo acompañaba.

“El hijo de Samantha y Hunter” se dijo él. “El mejor amigo de Monique, Samuel”

—Debemos ir antes de que alguien del circo se dé cuenta de que no estoy.

—Tengo que avisar a la policía, puede que esté allí.

Se sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

Sin cobertura.

—¡No hay tiempo!

La mirada apremiante de la rubia le incitó a dejar de intentar que su móvil volviera a funcionar. Ni siquiera lo guardó. Gisele ya había comenzado a correr delante de él con una rapidez y una agilidad mucho mayor que la suya. La siguió con el corazón acelerado, las hojas crujendo bajo sus pies y la cámara fotográfica golpeándole en el pecho.

—¡Monique! ¡Monique!—Gritó en su carrera, dando traspiés, esquivando los árboles y las piedras.

Se paró un momento a coger el aire y apoyó sus manos en las rodillas liberando el fatigoso peso de su espalda. Observó el bosque a su alrededor, atrapado como estaba, rodeado de naturaleza lánguida y apagada.

—¡Monique!—Alzó la voz entrecortadamente.—Soy amigo de tu madre, no vamos a hacerte daño. Si estás aquí sal de tu escondite. Nadie se va a enfadar.

Un crujido detrás de él.

Un movimiento rápido.

—¡Joder!—Exclamó Max con la mano en el pecho.—Me has asustado.

La rubia había aparecido de la nada.

—Te había perdido.—Replicó éste.

—He estado dando una vuelta y me ha parecido ver una caseta para botes a dos minutos de aquí. ¡Vamos!

Y el reportero fatigado volvió a verla correr delante de él. Pero... ¿podía fiarse de ella? Tenía mucha insistencia para alguien que acababa de conocer la noticia y que como ella misma decía, no se había relacionado con nadie del pueblo. Ni la conocía. O tenía el corazón más grande que hubiera visto nunca. O aquella chica extraña de extraña profesión le ocultaba algo.

Corrió como nunca había corrido.

Llegaron a la caseta al cabo de unos instantes. Era vieja, de madera combada por algunas partes, algo decrepita por las inclemencias del tiempo. Al fondo se extendía la laguna, calmada, impasible. Era un rincón solitario plagado de eco; Un eco que repetía el nombre de la niña desaparecida

haciéndolo rebotar en el melancólico paisaje.

Sus llamadas de auxilio fueron en vano.

—Está vacío. No está aquí.— Comprendió él mirando el interior de la caseta.

La impotencia estalló por si sola. Arrojó con rabia unos remos que estaban sujetos a la pared que al tocar el suelo levantaron una fina capa de polvo. Durante un instante reinó la quietud, las motas de polvo flotando en el ambiente era lo único que parecía moverse allí dentro. Gisele le puso la mano en el hombro.

—No todo está perdido. Quizá por los alrededores...— Sugirió ella.

Max suspiró llevándose las manos a la cabeza. Después limpió sus gafas torpemente con la manga de su chaqueta.

"Tenía razón, sólo tenía que seguir buscando" pensó. "En algún momento todas las cosas perdidas vuelven a nosotros"

Se paró en el umbral de la puerta.

—¿Vienes?

Vio a Gisele de espaldas, agazapada al lado de un bote con la pintura desconchada.

—¿Eh?— Se giró para después ponerse en pie. —Si... vamos.

—¿Había algo?— Pregunto él, interesado en saber que estaba mirando.

—¿Qué?—Sacudió la cabeza— No nada, no había nada especial.

—Espera, voy a hacer un par de fotos.

"No sabía porque pero las fotografías tenían el don de revelar la verdad"

Fotografió las paredes, el interior de cada bote, cada cosa que le despertara un mínimo interés. Se detuvo en el mismo sitio donde ella se había parado antes, parecía que había un tablón suelto y allí el polvo no se había acumulado aunque podría haberse disperso cuando ella se puso de cuclillas. Fue a arrancar la madera pero la chica le detuvo.

—Creo que he oído algo.

Max se levantó y volvió a comprobar su móvil. Si allí fuera había alguien aparte de Monique, alguien que le quisiera hacer daño, él sólo no podría hacer mucho. Vio que la cobertura había vuelto a la normalidad.

—Comisaría de Nollsbury, le habla el agente Danvers.

—Wilson soy Max, tengo una pista sobre el Caso Boogeyman. Puede que Monique se encuentre por los alrededores del Lago Boor, necesito una patrulla de búsqueda...

—¡Max!—Le interrumpió Gisele a orillas de aquellas aguas sosegadas.

El joven se acercó corriendo hacia donde estaba, alejándose de la destartalada y solitaria caseta, todavía al teléfono con el policía.

“Ahí hay algo”

—Es un cadáver.

—No es sólo un cadáver... es Monique.

—¿Chandler? ¿Sigues ahí? Enseguida mandamos unos agentes.—Se escuchó a través del móvil.

Max estuvo un segundo en silencio, paralizado por la trágica escena que se hallaba ante sus ojos vidriosos.

—Olvida la patrulla de búsqueda, envía una de rescate...—Hizo una pausa tragando saliva. Las palabras que salían de su boca ahora mismo le parecían irreales como en un sueño. O en una pesadilla.—...y avisa a criminalística.

El tiempo se detuvo para Diana. El teniente había ido en persona a visitarla al hospital y cuando lo vio allí, parado junto a su cama sin tan siquiera poder mirarla a los ojos, supo que algo iba mal.

Que algo iba muy mal.

—Diana...—Comenzó a decir él sin saber cómo abordar lo que vendría a continuación. —Han encontrado a la niña en la... en la laguna.

Tuvo la valentía de mirarla por fin a los ojos y lo que la joven policía vio en ellos le hizo romperse por dentro. Le quebró en más de dos mitades.

—No.—Dijo ella.

Sólo eso.

No. No.

No era posible.

—Es el mismo modus operandi.—Dijo su superior.

Comenzó a temblar y de manera inquieta, casi enloquecida, trató de levantarse de la cama pero el hombre le frenó.

—¿Dónde te crees que vas?

—¿Dónde crees tú que voy?!—Chilló con la cara roja y la mirada enfurecida. Esta vez no pudo frenarla y se puso en pie. —Voy a encontrar al hijo de puta que ha hecho esto y... y...

Iba de un lado para otro, cogiendo sus cosas: la ropa que su vecino, el señor Kerrington, le había traído en una visita; su móvil, las llaves de su casa y de su pequeño automóvil entre otras pertenencias. El teniente Blume la dejó hacer

viendo la locura momentánea que se había apoderado de ella.

“Aunque no era para menos” Se dijo. “*Si después de tantos años una niña hubiese aparecido muerta de la misma manera en que su hermana sufrió. ¿Cómo estaría él?*” “*Si sobre una herida que comenzara a cicatrizar volviera a repetirse la cuchillada que abrió su piel ¿Cómo estaría?*”

La mente de Diana era un hervidero de angustias, sentimientos y malestares ya vividos. Sólo le quedaba recoger las flores que le había traído Bridget y se iría de aquel maldito lugar con el alta médica o sin ella.

“Bridget” se dijo, “su amiga, la que había abandonado todo siendo adolescente para cuidar de su bebé”

—Oh Bridget...—Se lamentó.

CAPÍTULO XVI

La vuelta al motel fue silenciosa, devastadora y fría. Max caminaba lentamente con las manos guardadas en los bolsillos como si cada paso que diera le costara la vida. Era un peso enorme el que arrastraba tras de sí. Comenzó a anochecer y las farolas que habían dispuestas a cada lado de la calle se encendieron de golpe iluminando la silueta del joven mientras subía el peldaño que daba a la entrada de la pensión. Esperaba no encontrarse con nadie a esas horas porque era cuando la dueña comenzaba a preparar la cena, sin embargo, se quedó sorprendido al ver como la pobre pareja de octogenarios no daba abasto. Se había formado una cola de viajeros bastante extensa y Max pensó que como él, se trataba de trabajo.

“Sin duda, periodistas que querían sacar tajada de aquello” pensó asqueado por la sociedad morbosa y los tabloides.

“Eres un hipócrita” Se dijo. “No eres mejor que ellos. Tú eras así al principio”

No habían pasado ni siquiera dos semanas desde que estaba en Nollsbury y le pareció que su llegada había ocurrido hacía una eternidad. Parado como estaba en medio de la entrada alguien le arrolló golpeándole la espinilla con el equipaje.

—¿Max?

—¿Steven?

No se lo pudo creer pero allí estaba el capullo de la oficina que le había hecho la vida imposible. Quien diga que el bullying se termina en el instituto es un necio. Personas crueles como él habían en todas partes tuviesen la edad que tuviesen. Es más, Max creía que con la edad más agravante se hacía el problema porque uno ya tiene experiencia en salirse con la suya.

—¿Qué haces aquí?—Preguntó su ex compañero con la sorpresa reflejada en el rostro.

—Podría preguntarte lo mismo.—Contestó él.

Steven puso esa cara de gracioso que siempre le daban ganas de aporrear.

—Al contrario que tú, yo sigo trabajando para Catriona.

—Si claro, si se le llama trabajar a ir todo el día lamiéndole el culo.

El periodista se puso rojo pero después se rio con sorna. Le paso un brazo sobre los hombros a Max zarandeándole con esa brutalidad amistosa de la que presumen los machos alfas.

—Te molesta, ¿eh? Que te haya quitado la noticia.—Sonrió maliciosamente y Max que era muy perspicaz lo supo. Aquel tono extremadamente burlón le había delatado.

—Tú has tenido algo que ver, ¿verdad?

—Puede que sí, puede que no.—Se encogió de hombros.—Pero míralo por el lado bueno ahora puedes centrarte en tu blog de fracasado como un millennial de papá.

No se lo vio venir. El puñetazo. No se lo vio venir.

—¡Joder!—Masculló Max entre dientes sujetándose la mano con los nudillos magullados.

Ni siquiera sabía dar un puñetazo en condiciones sin hacerse daño él mismo aunque sonrió al ver a Steven sujetándose la nariz rota mientras le caía la sangre.

Las personas que había en recepción se pararon estupefactos a observar a los dos hombres.

—Señora Ellis.—El rubio alzó la voz dirigiéndose a la encantadora dueña.—Traiga una toalla limpia y por favor esta noche cenaré en mi habitación.

La pobre mujer con los ojos como platos sólo llegó a asentir antes de que éste se dirigiera al ascensor.

El rubio metió la mano en el bol con agua y cubitos de hielo que tan amablemente le había traído la mujer junto con la bandeja de la cena. Pequeñas gotas calientes cayeron al recipiente. Todavía llevaba el pelo humedecido. Había salido de la ducha con el pelo mojado y una única toalla (que antaño debía haber sido azul cielo) rodeándole la cintura. El vapor había llenado la habitación sumergiéndola en una caldeada niebla que empañaba los cristales de la ventana. No le hizo falta encender la estufa que la miró al lado del rincón donde había dejado la ropa sucia junto a la cama. Una cama que si bien no era el colmo de la comodidad, cumplía de manera humilde su cometido. Sobre ella, había dejado el peluche del cisne que aquella tarde le

había regalado la joven circense.

Antes de todo.

De nuevo una gota cayó al recipiente que rompió con la superficie mientras él abría y cerraba la mano notando como la hinchazón se calmaba. No obstante, esta vez, la gota no provenía de su cabello mojado si no del llanto que había tenido tanto tiempo atrapado en su garganta.

Desde que encontrara el cadáver.

El cadáver de Monique.

La niña flotaba sobre el agua como un pequeño querubín arrancado del cielo y de la vida para caer en una tierra de maldades sin nombre ni rostro. ¿Por qué Monique? ¿Acaso saliste de casa en plena noche solo para ver tu reflejo en el agua? ¿Acaso tropezaste en tu intento de jugar con las sirenas? ¿Tu madre siempre trabajaba para llevarte ella misma al lago? ¿O viniste obligada? ¿O te empujaron hasta caer perdida en las profundidades? ¿Por qué? ¿Por qué esta injusticia donde te arrebataron la niñez?

Max miró como los agentes establecían el perímetro nada más llegar y comenzaban a hacer un despliegue de su instrumental por todas partes. Vio a la hija del teniente, Lizzie, haciendo fotos de la escena: el cadáver varado en la orilla inerte y blanquecino como una muñeca de porcelana, la tierra húmeda alrededor de su cuerpo, las palmas de sus manos donde la carne se abría dibujando un estrella de seis puntas. El rubio aferró la cámara entre sus dedos incapaz de hacer una sola fotografía. Por primera vez en su vida le pareció repugnante como si violara un acto puro que no debe ser molestado. Apartó la mirada cuando metieron el cadáver en una bolsa de plástico mientras su cabeza seguía llena de interrogaciones.

—Monique Brown, seis años, caucásica, muerte alrededor de las dos o las tres de la madrugada, probablemente por ahogamiento, no parece haber marcas de violación o violencia salvo los estigmas de sus manos que a priori parecen ser premortem. Necesitaremos un estudio más a fondo.— Escuchó como el forense se lo decía a los agentes que trasladaban el cuerpo.— Directo a la morgue.

Y se la llevaron, sin ningún miramiento ni delicadeza, sin ninguna ceremonia, la echaron en la parte de atrás de una furgoneta blanca equipada para el traslado de cadáveres.

Por desgracia aunque la cena parecía estar deliciosa, el rubio apenas pudo

probarla, estuvo dando vueltas por la habitación de manera errática para al final, quedarse dormido sobre la cama.

Despertó al cabo de un rato con la angustia en su pecho y un miedo irracional a la oscuridad que se había adueñado de su habitación. Sintió que no estaba solo, que alguien le observaba con los ojos fijos puestos en él. Quiso pensar que era una pesadilla así que volvió a cerrar los ojos pero cuando los abrió sintió a aquel espectador de su sueño más cerca. Hasta que en la oscuridad notó como alguien rodeaba su cuello hasta asfixiarle con unos dedos largos, finos y resbaladizos, mojados. Encendió la lámpara de noche como pudo pues apenas llegaba al interruptor con la punta de sus dedos. Cuando se hizo la luz, la presión de su cuello desapareció pero entonces lo vio, a esa cosa que le había estado observando. Estaba en un rincón, agazapado y riéndose como un despojo del diablo. Un payaso de sonrisa siniestra y mirada demente, de pelo rizado rojo tan rojo como la sangre que cubría su disfraz y que pronto comenzó a teñir las manos de Max. Gritó como pudo y en cuanto lo hizo, aquel ser maldito se contorsionó como un insecto hasta la cama y le rebanó la garganta con las uñas de sus huesudos dedos, dejando a aquel grito mudo y a aquel cuerpo sin vida.

Ahora sí, despertó y encendió la luz de la habitación bañado en un sudor frío que se le pegaba a la piel desnuda. Alguien tocaba a su puerta con golpes dubitativos pero insistentes. Max se levantó de la cama sin importarle que todavía estuviera envuelto en la toalla de baño.

Era Diana.

Sus miradas se cruzaron envueltas en una espiral de dolor, culpa y miedo.

—¿Estabas durmiendo?—Preguntó ella.

Max negó con la cabeza.

—No... no puedo.

—¿Quieres dar un paseo?

Max se giró hasta ver el rincón donde en su pesadilla había estado el payaso.

—Sí, por favor.—Contestó de manera apremiante.

Aquella noche conoció a la verdadera Diana Thorne, aquella capaz de marcharse de un hospital a toda prisa sólo para estar al lado de su amiga.

Caminaron amparados en la soledad nocturna mientras sus pasos resonaban en medio de la carretera vacía. Los ojos de ella estaban igual de rojos que los suyos, igual de perdidos.

—Sé lo que se siente.—Dijo ella rompiendo el silencio.

Max la miró perplejo mientras ella continuaba hablando dejando de lado su forzada indiferencia y su aspecto de fortaleza.

—¿Sabes que encontré a mi hermana muerta en el lago?

Max negó con la cabeza, algo le había contado Josh pero tampoco había entrado en detalles. En cambio Diana parecía querer hacerlo y concentrada en sus pasos siguió hablando mientras caminaban.

—Lo primero que pensé es que estaba dormida, que no estaba pasando, que no era verdad. Cuando por fin pude asimilar que lo que estaba viendo era real, me quede paralizada. Tenía miedo y rabia. Pensé, ¿porque ella? ¿Porque no yo? no era justo, la vida no era justa. No había sido justa para Abby.

—No ha sido justa para nadie.—Dijo él.

—Perdona si te he asustado esta noche... es sólo que la primera noche es lo peor... esas pesadillas...

—¿Pesadillas?

Diana se encogió de hombros.

—Supongo que era demasiado pequeña y estaba todavía traumatizada porque había leído un libro de Stephen King de la biblioteca de mi padre esa semana.—Explicó.—Soñé que un payaso venía a visitarme, un payaso cubierto de sangre de dedos esqueléticos acabados en un punta y...

—Y me rebanaba la garganta.—Dijeron al unísono.

Diana pareció sorprendida.

—Ah, ¿entonces sí hablaste con Josh? ¿Te lo ha contado él?

El horror que inundó el cuerpo de Max le hizo palidecer a ojos de la castaña.

—No, pero lo he visto.

CAPÍTULO XVII

—¿Qué quieres decir con que lo has visto?

Diana le miró en medio de aquel frío gélido en plena madrugada. Su voz en medio de la soledad retumbó sobre las fachadas de las casas devolviéndole un eco distorsionado que a Max le hizo estremecer.

—Estoy tan sorprendido como tú, Diana... lo que está ocurriendo...— Insinuó.

—No es normal.—Terminó de decir ella.—Pero no, tiene que ser una coincidencia, estoy segura de que hablaste con Josh y no lo recuerdas, tiene que ser eso.

Él negó con la cabeza poniéndola a ella más nerviosa de lo que estaba. Diana continuó hablando mientras se dirigían a la plaza de las fuentes. No sabía por qué le llamaban plaza de las fuentes cuando sólo había una. Se sentaron al borde de la misma mirando los bancos que se disponían alrededor de ella, los columpios a lo lejos mecidos por el viento como si los empujaran niños fantasmas, rodeados de farolas que alumbraban con una luz blanca e impersonal.

Silencio.

—¿La pudiste ver?

Ambos sabían que se refería a Monique.

—La vi de pasada, no quería mirar, me parecía horrible mirar y aun así lo hice.

Silencio; Viento; Y el chirriar de un columpio.

—Nos atrae la muerte como una polilla la luz.

La voz llegó de detrás de ellos y ambos se giraron con el corazón acelerado. No esperaban ver a nadie pasear por las calles de madrugada. Como no, no podía ser otra que Sybilla Hopkins. Iba en bata pero no de esas que podría llevar tu abuela los domingos en casa si no de esas más propias de una madame, de seda turquesa con cuentas plateadas en las mangas. Paseaba a su gato con una correa dorada, un gato egipcio de esos que parece un pellejo

rosado. Max se quedó mirándolo con grima y el gato a él, con esos ojos enormes como bolas de billar.

—Ramsés no seas maleducado.

El gato bufó y miró a otro lado con la soberbia de un faraón. El nombre le venía perfecto.

—La muerte tiene muchas caras, el demonio muchos seguidores.—La anciana hizo una pausa.—Es bueno que estén aquí, pronto el cielo gritará y necesitaréis recoger los pedazos.

Aquella mujer siempre tan crítica, pensó Max e iba a replicarle pero Diana se adelantó.

—¿Podrías por una maldita vez en tu vida dejar de hablar como una chiflada?!—Exclamó.—Si tienes alguna forma de ayudar, ayuda, pero no con mierdas de acertijos sin sentido.

Se levantó de la fuente recogiendo el pelo en una coleta con los dedos.

—Vámonos Max.

Se sintió indeciso por un momento pero la siguió dejando atrás la mirada acusadora del felino y la de la mujer.

—Venid a verme cuando los culpables se demuestren inocentes.—Dijo ella.

—¿Qué habrá querido decir con eso?—Le preguntó el rubio a Diana mientras ella caminaba con los brazos cruzados sumida en sus pensamientos. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados de la rabia que acumulaba en su diminuto cuerpo.

—Creo que se refiere a Black Demon.—Contestó al cabo de unos minutos mientras caminaban por la Calle Horborn.

—¿El asesino en serie? ¿El que...? ¿El que asesino a esos niños en el lago? ¿El que asesinó a tu hermana?

Ella asintió.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque el nombre real de Black Demon es Blake Hopkins. Es su nieto.

Aquello le cayó como un jarro de agua fría. “¿Y él se consideraba periodista?” Se quedó quieto un segundo, lo suficiente para que Diana siguiera andando unos pasos más antes de girarse en medio de la carretera.

—Tenía entendido que había sido un chaval enfermo, que ni siquiera vivía en el pueblo. Pensaba que no tendría relación con nadie de aquí.

Siguió caminando.

—¿Y qué era un simple turista?—Le miró incrédula.—Que va, ojalá lo hubiera sido, venía cada verano a quedarse con Sybila. Le recuerdo, era

mayor que yo pero le gustaba jugar con los niños pequeños, siempre tan callado y con esa mirada retraída que me ponía los pelos de punta.

—Y ¿ella cree que su nieto es inocente?

—Pues claro, ¿qué va a pensar? Es su nieto.— Hizo una pausa mientras se acercaba al porche de una de aquellas casas que franqueaban cada lado de la calle.—Pero no tenía coartada, ni siquiera recordaba cómo había llegado al bosque donde lo encontraron, cerca del lago, escondido, empapado, con sangre en su ropa y barro en sus pies. Estaba en shock. Con todo eso y con su historial clínico era bastante evidente que había sido él.

—Pero... ¿y las anteriores muertes?

Diana sacó unas llaves del bolsillo y las giró en la cerradura de la puerta de su casa. En cuanto lo hizo, el ruido de unas patas correteando por el pasillo se hizo evidente.

—¡Ey! Mi amor.—Se agachó un poco hasta acariciar las orejas de Biscuit. —¿Te ha cuidado bien el señor Kerrington? ¿Te ha cuidado bien mientras no estaba? ¿Sí? ¿Sí?

El perro babeó sobre la chaqueta de ella.

—¿Me has echado de menos?

Le lamió los dedos de las manos de manera cariñosa mientras ella dejaba con la otra, las llaves sobre un cuenco del recibidor.

—Vamos pasa, no te quedes en la puerta.

Max cruzó el umbral de la casa de manera dubitativa observando todo cuanto su vista le permitía. El recibidor estuvo a oscuras un instante antes de que ella le diera al interruptor de la luz y él pudiera cerrar la puerta principal. El perro iba de un lado a otro, contento, moviendo la cola y ladrando a los pies de su dueña.

—¡Sschst!—Chistó a su mascota poniéndose un dedo en los labios.— Biscuit yo sé que estás contento pero vas a despertar a los vecinos.

Max se puso de cuclillas después de dejar su chaqueta en el perchero.

—Ven bonito, ven.—Llamó a Biscuit y le acarició el pelaje corto del lomo. Enseguida se tranquilizó y calmado, Max vio como el perro se adentraba en la oscuridad del comedor.

—Le has caído bien.—Pronunció Diana mientras subía escaleras arriba.

—Al parecer suelo caer bien.—Max se incorporó y comenzó a subir los peldaños observando las paredes.— Menos a ti claro. No creas que no lo he notado.

Siguió observando las paredes conforme avanzaba y enseguida se dio

cuenta de la desolación y la angustia que dominaba la vida de ella que había hecho oídos sordos a sus palabras. No había cuadros, ni pinturas colgadas de aquellas paredes blancas si no recortes de periódicos enmarcados según el tamaño del artículo. Recortes tan diminutos como un esquela a noticias tan grandes que ocupaban una página entera.

"Desaparecida niña en Nollsbury"

"Siguen las investigaciones sobre los seis niños desaparecidos"

"Hallan el cadáver de la pequeña Abigail Thorne sumergida parcialmente en el lago Boor"

"Adolescente esquizofrénico principal sospechoso"

"Black Demon, la oscuridad de Nollsbury, ingresa en un hospital psiquiátrico"

Se detuvo un momento a leerlos, deteniéndose en la fotografía de un joven que miraba a la cámara con unos ojos profundamente oscuros y aterrados.

—No te cortes, puedes leer a gusto pero si de verdad quieres saber algo sobre Black Demon lo tengo todo en mi despacho.

El rubio vio como la chica abría la puerta de enfrente de las escaleras y encendía la luz. Max la siguió intrigado por saber que podía saber ella sobre el joven detenido por los asesinatos de los niños de Nollsbury hacía quince años.

El despacho como lo había llamado Diana no era más que un habitación sin ventanas, con una estantería de madera clara llena de archivadores y cajas, cajas y cajas de cartón desparramadas por el suelo. Ni mesa, ni ordenador, ni alfombra ni nada. Archivadores y cajas.

—Parece el almacén de pruebas de Mason Thompson.

—Me inspiré en él.—Replicó ella irónicamente.—Aunque con menos envoltorios de comida basura.

—Voy a hacer café, ¿quieres?—Le ofreció la agente mientras se apoyaba en el marco de la puerta y dejaba a Max destapar la primera caja dedicada a "Black Demon"

—Sí.

—¿Solo?

—Con leche y azúcar si puede ser.

"Nenaza" pensó ella con cierto tono jocoso antes de desaparecer escaleras abajo para dirigirse a la cocina.

La chica echó una mirada al comedor y vio la silueta de Biscuit recostada bajo la mesa de té. Tanto dinero invertido en juguetes y camitas y a él lo que le gustaba era dormir escondido bajo la mesa (o en su defecto a los pies de su

cama) y jugar con los volantes de la cortina como si fuera un gato. A veces pensaba que Biscuit se parecía más a un gato que a un perro.

Puso la cafetera en marcha y después abrió la nevera. Estaba prácticamente vacía porque no había tenido ni un momento para ir a comprar. Quedaba una pizza de peperroni.

—¿Tienes hambre?—Preguntó sacando la cabeza parcialmente de la cocina, hablando desde el piso de abajo al reportero que permanecía abducido por cajas de cartón y archivadores policiales.

Max se masajeó la barriga, pizza y café a las cuatro y media de la madrugada. Mortal y deliciosa combinación. Habían acabado en la cocina y se habían bajado las fotocopias de los documentos sobre Black Demon que tenían en comisaría. Algo no del todo legal pero entendía por qué Diana necesitaba aquello.

—A ver, recapitulemos, Blake Hopkins, hijo de padres divorciados desde los cuatro años y después, huérfano de madre a los diez. Desde entonces cada verano, su padre, arquitecto de oficinas, lo manda con Sybilla, la abuela materna.—Hizo una pausa dejando de lado los documentos.—No lo entiendo, ¿por qué? ¿Por qué enviar a un niño casi tres meses lejos de un padre? ¿Era por su enfermedad? ¿El padre lo odiaba?

Diana negó con la cabeza.

—¿Te lo vas a comer?

—Adelante.

Pegó un mordisco al último trozo de pizza que había quedado antes de hablar.

—Al parecer era todo lo contrario. El hijo odiaba al padre y fue cuando se echó novia que el niño comenzó a tener los brotes paranoides.—Comenzó a leer un informe.—Pensaba que todo el mundo estaba en su contra, que la novia de su padre quería envenenarle y comenzó a tener profundos sentimientos de egocentrismo e incluso comenzó a hacerse daño, pensaron que pasar tiempo alejado de la casa familiar le haría algún bien.

—¿Hacerse daño?

—Iba a todos lados con una cuchilla de afeitar en la mochila, cuando sentía que todo le superaba se hacía un corte en el brazo.—Max miró a Diana de manera horrorizada.— Superficial pero lo bastante para dejar marca.

—Eso es horrible.

Diana pegó otro mordisco antes de replicar al rubio que se había quedado paralizado por el estupor.

—Por suerte comenzó a tomar antipsicóticos a tiempo. O eso pensaban ellos.

El chico se fijó en como ella se llevaba una mano a la cabeza, rozando sutilmente su frente.

—¿Te duele la cabeza?—Se preocupó él.

—Un poco, desde que...

—Un 10-50 en la Avenida Heaven, se precisa patrulla nocturna y asistencia sanitaria.—La voz del interfono que ella llevaba siempre cerca interrumpió aquel breve momento de complicidad.

—¿Diez-cincuenta?

—Accidente de tráfico, vamos.

CAPÍTULO XVIII

Un asfalto lleno de cristales. Un rastro de carburante.

Cuando llegaron allí, Diana corrió a socorrer al conductor que había quedado atrapado en el vehículo volcado cabeza abajo. Ellos fueron los primeros en llegar.

—Vas a estar bien ¿me oyes?—Diana desesperada intentaba que el conductor permaneciera despierto.

El tufo a gasolina la distrajo y miró rápidamente el morro del coche donde los líquidos inflamables del motor se liberaron cubriendo con su espesa oscuridad el jardín de la casa donde se había empotrado.

Los gritos de angustia esquivaron su atención, creyó que provendrían del hombre pero vio a Max en mitad de la carretera intentando tranquilizar a una mujer rubia, en camión, que apenas se sostenía en pie.

Las sirenas se escucharon a lo lejos.

Diana miró fijamente a los ojos aterrados del herido. Ella intentó abrir la puerta del conductor, tenía que sacar a aquel hombre para alejarlo lo más que pudiera de un posible incendio.

—Míreme, va a estar bien ¿de acuerdo?

El hombre giró el cuello despacio todavía aferrando las manos al volante, aterrado de mover un solo músculo de su cuerpo. Asintió comprendiendo con lentitud las palabras de la joven.

“De acuerdo, ninguna lesión cervical” pensó ella con alivio al observar la reacción del ciudadano en apuros.

Lo que si llegó a ver era el fuerte golpe de su cabeza de donde sangraba. Los *airbags* no habían saltado y él se había golpeado la cabeza con la parte superior del volante, manchado de sangre.

Las sirenas doblaron la esquina con los gritos de la mujer rubia como sonido de fondo y Diana pudo abrir la puerta atascada. Metió medio cuerpo dentro del vehículo y puso la mano en el pecho del hombre.

—Todo va a estar bien, no se preocupe.—Le miró a los ojos habiendo hablado con la mayor calma posible. —Ahora tiene que confiar en mí. Rodea mi cuello con tus brazos y yo soltaré el cinturón, ¿de acuerdo?

El hombre hizo lo que le pedía y ella lo liberó de la cinta de cuero que le mantenía atrapado. Supo sobrellevar el peso y con extremo cuidado sacó el medio cuerpo del coche llevando con ella al herido que lo dejó tumbado boca arriba sobre la hierba del jardín donde se había estrellado. A partir de ahí se encargaron los sanitarios de la ambulancia y Diana se apartó dejándoles hacer lo que mejor sabían: Salvar la vida a los heridos.

Unos brazos la cogieron con brusquedad pillándola por sorpresa. La mujer rubia a la que Max había atendido no era otra que Samantha Moon, la vecina a la que Bridget le había dejado el cuidado de la fallecida Monique. Parecía ida, estaba pálida y con una expresión indescifrable. Diana procedió a escuchar como a sus espaldas un enfermero le preguntaba al herido que era lo que había ocurrido y él balbuceante sólo acertaba a decir “estaba...en medio...de la carretera... la mujer...”

De pronto comenzó a chillar, la mujer, chilló y se retorció en brazos de Diana que atónita no supo que hacer más que sujetarla y esperar a que se tranquilizara.

“Mierda” pensó mientras sujetaba a Samantha que se había vuelto loca. “¿Dónde está Max?”

Lo buscó con la mirada pero todo lo que alcanzó a ver fue el coche volcado, la ambulancia subiendo en camilla al hombre, los pedazos del tubo de escape desparramos por el asfalto, la señal de la Avenida Heaven imperturbable al desastre, las luces de los vecinos encendiéndose, las siluetas chismosas en las ventanas, una única casa con la puerta abierta de par en par...

“Pronto el cielo gritará y necesitaréis recoger los pedazos” parafraseó a Sybilla en su mente embotada por la locura del pueblo y de la vida que parecía ser la suya en esos instantes. Embotada por la locura del escenario que presenciaba sin saber la locura real a la que tendría que enfrentarse todavía. Por un instante quiso sumarse al grito de desesperación de Samantha.

Max salió corriendo de la puerta de la casa abierta de par en par.

“No está” Leyó los labios de su compañero mientras los enfermeros se llevaban a la mujer rubia a la parte de atrás de la ambulancia para suministrarle unos calmantes. Diana corrió hacia la puerta donde el reportero permanecía con las manos sujetas a cada lado del marco.

—No está.—Repitió consternado por la habitación vacía que había visto en

el interior.

—Max, ¿Quién no está?

—El niño. Diana ha desaparecido otro niño.

DE DESAPARICIÓN A HOMICIDIO

Nollsbury, Octubre.

A expensas del optimismo ilusorio por parte del cuerpo policial, la pequeña niña de seis años desaparecida en lo que se creía un caso de custodia por parte de sus padres ha derivado a una tragedia aún mayor. Monique Brown ha sido encontrada en las inmediaciones de una alejada cabaña para botes, ahogada y mutilada en las aguas del Lago Boor. Unas aguas tranquilas que han visto más muertes de las que debería.

Sólo unas horas más tarde del hallazgo del cadáver, Samuel Moon, un niño de ocho años de la localidad ha desaparecido en circunstancias también sospechosas. ¿Estamos ante un brote de Black Demon? ¿Estaremos presenciando el fin de la poca reputación que se merecen estos agentes ineptos? ¿Podremos poner fin a la historia oscura de Nollsbury?

Steven Rogers, Periodista de The Silver Mirror.

—No me puedo creer lo que ha publicado este... este...

—Gilipollas.

Josh se sentó al lado de Max que furioso dejó el periódico encima de la mesa de la comisaria. Una comisaria donde no habían dejado de sonar los teléfonos, donde, cabreados los policías iban de un lado para otro informando a los medios, interrogando a los ciudadanos, recabando pruebas. No había rastro de Diana, desde el amanecer, la joven se había convertido en un monstruo ataca personas. Ahora mismo estaba chillándole a uno de los vecinos de la familia Moon.

El reportero escuchó como Josh se quejaba.

—¿Cómo vas?

Josh le miró extrañado.

—Con la pierna digo.—Señaló las muletas que llevaba el policía.

—¿Cómo voy a estar?—Replicó él.—Me siento un inútil y además el teniente me ha echado la bronca por pedir el alta voluntaria del hospital.

—Bienvenido a mi mundo. Con lo de inútil y eso.

Los dos chicos se quedaron cabizbajos en sus incómodas sillas de madera mientras el ajetreo y la frenética actividad los engullía.

Al cabo de unos segundos, Max preguntó:

—¿Crees que estará muerto? ¿Igual que Monique?

El agente esquivó la mirada y lo que Max intuyó como mala educación en realidad escondía una fragilidad extrema. Los ojos de Josh estaban empañados por la tristeza cuando le volvió a mirar. Se llevó una mano al rostro y se frotó los lagrimales intentando que la emoción no fluyera desbordada por la situación que parecía superarle.

—Espero que no.—Hizo una pausa.—Por dios, la pobre niña. ¿Sabías que una vez fui su canguro?

Max negó con la cabeza sorbiendo su café aguado de máquina. Necesitaba descansar, llevaba cuarenta y ocho horas sin apenas lograr dormir una hora seguida. Se frotó los ojos notando como las bolsas púrpuras colgaban de ellos. Josh siguió hablando con ternura, con nostalgia, con tristeza... con dolor.

—Era una de las veces que salía con Diana, me lo pidió como un favor para que ellas pudieran tener su noche de chicas. Era un bebé de apenas diez meses y era tan bonita.

El rubio se levantó para dejar caer el vaso de plástico en la basura mientras seguía escuchando a su amigo parlotear sobre las inventivas de la pequeña. De pie como se había quedado, apoyando la mano en el respaldo de la silla de Josh vio como una cabellera rizada pasaba rápidamente por delante de ellos.

—¡Bridget!—Max alzó la voz y levantó la mano para llamar su atención.

Cuando ésta se giró, lo hizo apesumbrada sin apenas vitalidad, más muerta que viva. Dicen que los ojos son el reflejo del alma. Sus ojos no reflejaban nada más que una angustia contenida y un sufrimiento indescriptible. Se echó a llorar y Max no pudo hacer otra cosa más que abrazarla de manera que ella pudiera estallar, llorar con más fuerza, maldecir y gritar para al final tranquilizarse.

—Sschst— Susurró el rubio acariciándole la cabeza, acunándola en sus brazos.— Eres fuerte, saldrás de esta y lo superarás.

Ella se quedó inmóvil dejándose abrazar.

—Todavía hay esperanza, puede que no sea ella.—Susurró la chica para sorpresa de Max que se quedó helado mientras ella se zafaba de su abrazo.

Se giró hacia Josh que estaba intentando pasar desapercibido. El policía lo había visto muchas veces, la negación, lo había visto más veces de las que pudiera pensar. Padres, familiares destrozados de víctimas que se negaban a creer lo que sucedía. Que en el mundo pasan cosas malas y que podrían no ser tan ajenas a nosotros como pensamos.

—¿Verdad Josh? Tú lo habrás visto, a veces se trata de una falsa alarma.

Por la manera en que Bridget lo dijo le dio a entender que de verdad se

creía aquello. Que de verdad podía ser que su hija siguiera viva. Pero la realidad, la maldita realidad era distinta. Se incorporó apoyándose en las muletas contestando esquivamente a su pregunta.

—¿Estás aquí para ir a la morgue? Te enseñare el camino. Por aquí.

Josh y Max cruzaron miradas cómplices, Bridget estaba negando la realidad de una forma tan evidente y repentina que los hizo sentirse incómodos.

—¿Quieres que vaya contigo?—Preguntó el rubio a la mujer.

Ella negó con la cabeza.

—Voy a esperar a Brandon antes de entrar.—Hizo una pausa.—Al fin y al cabo sigue siendo su padre.

—Por supuesto, perdóname, no quería insinuar algo que no era.—Se disculpó avergonzado mientras sentía la mirada de Josh sobre él, seguramente preguntándose que había entre ellos dos, si es que había algo.

—¿Te veo luego? Diana y yo vamos a ir al Coffee&Drinks.

—Sí, ¡nos vemos!—Exclamó antes de que ellos salieran de la sala de espera rumbo a las escaleras que llevaban al sótano, a la morgue. Donde para desgracia de aquella madre, le esperaba su hija.

CAPÍTULO XIX

Josh se apoyó en la pared, descansando un momento de estar con las muletas arriba y abajo. Miró a Bridget que a su vez miraba la pantalla del móvil.

—¿Viene ya?

Ella le miró, enfadada.

—Le he llamado cuatro veces. No responde.

—No tienes por qué hacerlo con él. Tú siempre has sido la única figura de autoridad en tu hija, ni Brandon ni mierdas. Sólo tú.

—Estoy harta de empeorar las cosas.

Se quedaron en silencio. Josh apoyado en la puerta; Bridget sentada en una silla que había fuera. Sentada y cruzándose de brazos después de guardar el teléfono en el bolso. Hacía frío. Mucho frío.

—¿Siempre hace este frío aquí abajo?

Josh le quiso decir que era por la conservación de los cadáveres pero le pareció demasiado insensible.

—Sí. Siempre lo hace.

Se quedaron un segundo en silencio. Un segundo que pareció eterno. En la planta de arriba se escuchaban los zapatos de los agentes andando por todo el piso; Allí abajo en cambio se escuchaba el roce que hacían las muletas contra la pared y los pies nerviosos de Bridget que aún sentada no paraba de moverse. No había ni un momento en el que no se respirara la ansiedad.

—No puedo esperar más. Vamos.—Le dijo ella mientras se levantaba del asiento y se paraba frente a la puerta que anunciaba la entrada al depósito de cadáveres en una placa blanca y gris.

Entraron a la morgue, un lugar donde simplemente el tiempo se detenía, donde nada volvería a envejecer. Los pasos de una afligida madre resonaban dudosos en aquel suelo de baldosas negras, frías y con olor a antiséptico que inundaba las fosas nasales de todo aquel que se atreviera a entrar. Josh la siguió con lentitud y en silencio.

—¿Doctor Rollins?— Llamó él al ver que allí no había nadie.

Tras la puerta de la cámara refrigeradora se escucharon varios ruidos inconexos que el agente no pudo descifrar. Se puso tenso, y no es que pensara que un zombie fuera a salir de allí pero aun así no pudo evitar erizarse. Bridget al contrario que él permanecía inmóvil. Parecía que al haber entrado al lugar todo el nerviosismo que antes se había apoderado de ella, lo hubiera dejado allí, en el pasillo. Sin embargo el policía lo entendió todo al ver hacia donde se dirigía la vista de ella. Era una mesa rectangular de acero inoxidable y allí, bajo una sábana demasiado grande, se podía adivinar el diminuto cuerpo que se escondía bajo la impoluta tela.

La joven se adelantó un par de pasos hacia la mesa del forense con miles de pensamientos aterradores agolpándose en su cabeza, chillándole a su subconsciente que huyera, que saliera corriendo hacia su casa donde le esperaba su niña, que aquello era un sueño, una pesadilla; Que no podía fiarse de sus sentidos, que aunque lo viera no era real.

MONIQUE NO ESTABA MUERTA.

Salvo que sí lo estaba.

—¿Señorita Brown? ¿Es ella? ¿Es ésta su hija?

Las preguntas se diluyeron en su mente de manera confusa. ¿Cuándo había llegado el forense? ¿Cuándo había destapado la sábana? ¿Cómo es que se encontraba mirando una estatua de mármol semejante a Monique?

Porque esa no podía ser su hija de verdad. Porque estaba fría. Porque no se movía.

No era ella.

—¿Bridget es esta su hija?—Repitió el forense.

Al final la realidad pareció golpearle, darle una paliza hasta dejarla sin sentido. Sin respiración.

No dudó.

—Es... es ella...—Balbuceó trémulamente mientras le ardía la garganta y se nublaba su vista. Nunca pronunciar unas palabras le había producido tanto tanto dolor.

Alguien la sostuvo cuando ésta se tambaleó debido a la impresión solo para sentir como la empujaban con fuerza hacia las estanterías de acero inoxidable que tenía a su lado. Ella no se resistió, apenas notó el dolor al escuchar como sus costillas se quebraban al golpeárselas con una de las bandejas de hierro donde se clasificaban algunos de los productos químicos. Cayó sobre la estantería que había impactado en el suelo. Quieta como otro cadáver más de los que podría haber allí, recibiendo los insultos de manera estoica pues

apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo.

—¡Hija de puta! Es por tu culpa. Ella está muerta por tu culpa.

Brandon había irrumpido en la morgue, había visto el cadáver de su hija y en su histeria había golpeado a la mujer que debiera de haberla cuidado y que no lo hizo mientras dos policías lo sacaban de allí ante el espectáculo que no había pasado desapercibido más allá del pasillo.

—Debí habérmela llevado, debí habérmela llevado cuando pude.—Chilló con rabia su expareja mientras la vena de su cuello se hinchaba y su rostro ardía.—Eres una inútil, una desgracia, una...

Siguió. La lluvia de insultos siguió pero ella ya no escuchaba nada. Hacía rato que no escuchaba nada. Absolutamente nada. Para ella el mundo se había quedado en blanco y negro, se había apagado, se había quedado en silencio como quien presiona el botón de mute en el televisor. Y como en una de aquellas películas dramáticas que veía en los canales de pago, la escena que la rodea pareció ralentizarse pudiendo apreciar los detalles más insignificantes de lo que sucedía junto a ella: frascos de limpieza con hipoclorito de sodio se derramaban sobre las baldosas del suelo; una caja con guantes de látex y tapabocas se había espachurrado bajo el peso de la estantería; el forense... ¿Rollins había dicho? empujaba la mesa con el diminuto cadáver lejos de los policías; Se fijó en que una rueda de ésta chirriaba más que las otras y en que los policías la miraban con lástima.

—¿Se encuentra bien?

Bridget miró a los ojos de uno de aquellos agentes, estaba claro que en realidad no le importaba lo más mínimo. Giró su vista a Josh que cojeando recogía como podía las cosas del suelo.

Habían echado de allí a Brandon y el silencio y el nerviosismo que antes los había acompañado volvió a resurgir de nuevo.

—Señorita Brown levántese la camisa.

Era el forense el que había hablado y ella, recelosa, se quedó quieta mirándole extrañada. El hombre que tenía el cabello encanecido y sonrojado por la vergüenza de lo que la joven estaría pensando añadió:

—Se ha dado un buen golpe, podría echarle un vistazo si me deja, al fin y al cabo he sido médico antes de esto.

Ahora era ella la sonrojada, la que quiso desaparecer y no volver a elevar la mirada nunca más. Se levantó la camisa y el hombre con sus arrugadas pero confiadas manos palpó la zona bajo el pecho donde la piel ya se había enrojecido. Ella soltó algún quejido que otro.

—La buena noticia es que no hay nada roto pero te va a doler. Y mucho. Ya está comenzando a salir el hematoma. Y será de los grandes.

Y a ella le dio igual.

El dolor cada vez que respiraba. Le dio igual.

Le dio lo mismo porque lo que deseó en el fondo era estar muerta al final del día y no magullada por un triste hematoma que no le devolvería a su hija.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?—Preguntó Josh.—Yo le dejaría al menos una noche en el calabozo.

Bridget asintió. Seguían en comisaría pues al parecer el papeleo y la identificación de Monique les llevaron más tiempo de lo esperado. A eso se le sumaba que Brandon había sido arrestado por agresión, violar la tranquilidad del orden público y amenazar a un agente de la ley.

—Voy a pagar la fianza. —Contestó ella con los ojos todavía enrojecidos del llanto que no había podido evitar que se le escapara al salir de la morgue. Aun así, incluso ahora, disimuladamente se llevaba una manga de la camisa a los ojos y se los frotaba con suavidad dejando atrapadas las lágrimas que de vez en cuando se le escapaban en el tejido de algodón.

Josh puso mala cara mientras se acercaban a la recepción donde esperaba Max apoyado en una de las columnas de la pared.

—No tiene a nadie aquí, no se habla con su padre.—Explicó ella.— Y los pocos amigos que le quedaban del colegio siendo él tan capullo como era (y es, puntualizó el policía a su lado) dejaron de serlo cuando se marchó a la ciudad. Sólo nos...me... me tiene a mí.

Bridget rectificó a última hora. Porque Brandon igual que ella había perdido también a su hija y Bridget estaba segura de que la había querido con toda su alma aunque no lo hubiera sabido demostrar.

—Quería pagar la fianza de Brandon, ¿Cuánto es?—Preguntó en el mostrador mientras Max se acercaba a ellos y ella sacaba del monedero una tarjeta de crédito.

La mujer tras el mostrador la miró con extrañeza.

—Su fianza ya ha sido pagada.

—Eso no puede ser. ¿Puede comprobarlo en el ordenador?

La mujer alzó una ceja indignada ante la incredulidad de Bridget.

—No me hace falta comprobarlo. Se fue con una mujer.

—¿Qué mujer?

—No tengo permitido revelar ese tipo de información.

—¿Perdona?

—Atentan contra la privacidad del individuo.

Al ver que la recepcionista no daría su brazo a torcer, la joven la miró con rabia y se sostuvieron las miradas un breve momento antes de que Josh interrumpiera.

—Gracias por todo Cecile. Nos vemos mañana.

La mujer se despidió con un gesto de cabeza y volvió de nuevo su atención al ordenador dando por zanjada la conversación.

Bridget se quedó con ganas de más. Después del choque emocional, de la negación y del llanto llegaba la rabia. Y tenía mucha rabia para sacar. Tanta que parecía desbordarla, desprenderse por cada poro de su piel. Max la obligó a que diese media vuelta y saliera de allí. Y como no se fiaban que cambiara de opinión una vez en las puertas de cristal, ambos amigos la acompañaron hasta la salida con la intención de verla subir a su coche.

Sin embargo, lo que vieron una vez en el parking de comisaría fue una cosa bien distinta. En los asientos delanteros de un Renault parado al ralentí, Brandon y Jocelyn, la profesora de primaria de Monique, se besaban apasionadamente como dos adolescentes en celo.

Al menos ya sabían quién era esa otra mujer que había pagado la fianza.

CAPÍTULO XX

—¡Bridget no!

Max, sujetando a Josh, intentó detener a la joven para que no cometiera una estupidez pero al parecer ya era tarde para eso. Ella le había quitado las muletas a su compañero e iba, encolerizada y decidida, hacia el vehículo con una rapidez pasmosa. Comenzó rompiendo las luces traseras, golpeando con una de las muletas el maletero del coche. Llamó de esa manera la atención de la pareja de tortolitos que había sido pillada infraganti.

—¡Eres un cerdo!—Gritó ella con rabia a la vez que de un golpe, como si de un bate golpeando una pelota se tratase, rompía la luna trasera hasta hacerse añicos. La alarma antirrobo del vehículo comenzó a pitar sólo entonces.

Brandon salió del coche hecho una furia y Jocelyn le imitó con expresión de sorpresa y miedo, tan recatada siempre como se esforzaba en aparentar.

A Bridget ya no le importaban una mierda las apariencias. No tenía nada que perder porque todo lo que había perdido era a ella.

—Bri déjame que te explique.—Imploró él mientras alzaba las manos hacia ella como si ésta sujetara entre sus manos una pistola cargada en lugar de una muleta con trozos de cinta adhesiva.

—¿Explicar qué?!—Acto seguido rompió una ventanilla.— ¿¿Que estabas muy ocupado para venir al pueblo a estar con tu hija pero no para venir a follarte a su profesora de primaria?!

Otro golpe. Otra ventanilla. De nuevo, cristales rotos.

—¿¿Y tú te atreves a llamarme mala madre??

Perdió los estribos. Completamente y Brandon tuvo que advertirlo porque abrazó a Jocelyn como queriendo protegerla. Como si fuera a hacerle daño, pensó con impotencia. Fue a asestarle otro golpe al maldito coche-nidito-de-amor pero Max le quitó la muleta al vuelo.

—¿Te has vuelto loca?!—Le dijo éste.

Ella le miró con los ojos empañados. Era obvio que sí, se había vuelto loca.

—¿Tú también?!—Replicó enfadada mientras le quebraba la voz.

Bridget miró a su alrededor. Toda la gente le estaba observando y juzgando pero la mirada que más le dolió era la de su amiga Diana que había salido de comisaría como el resto de policías al escuchar los gritos y sostenía el peso de Josh sobre su hombro. La miraba con desaprobación y reproche, incluso (y esto fue lo que más daño le hizo) una punzada de lástima.

Escuchó el coche arrancar detrás de ella y cuando se giró, aún con el peso de las miradas sobre sí misma, lo único que quedó de su locura fueron los cristales rotos que con la luz dibujaban reflejos sobre el asfalto de gravilla.

Coffee&Drinks, a pesar de su nombre pomposo propio de una ciudad pija, no dejaba de ser un bar de mala muerte donde servían el café cargado y las bebidas más cargadas aún. Tenía un tocadiscos ochentero de esos que van con las monedas sueltas y casi siempre tenía puesta alguna canción de Stevie Ray Vaughan porque el barman parecía gastarse el sueldo en hacer más soportable su trabajo escuchando *música de verdad*, como él la llamaba. Aquella noche no fue distinta, así que cuando Josh entró en el bar lo hizo acompañado de las notas de *Cold shot*.

Buscó a sus compañeros con la mirada y encontró a Max, sentado en la barra completamente solo. Fue hasta él y éste al verle esbozó una sonrisa.

—He estado a punto de irme pero joder esta mierda es buena.—Soltó de golpe zarandeando un vaso bajo de cristal de esos con los que se suele servir el whisky.

Josh le miró, claramente divertido, parecía que el periodista estaba disfrutando de lo lindo de estar ahí. Quizás demasiado. Después miró a Nando, el barman, con una expresión recriminatoria.

—¿Qué coño le has puesto?

—Parecía estresado.

—¿Y...

El camarero exhibió una sonrisa mordaz.

—Y le he puesto un poco de todo.—Hizo una pausa mientras se echaba un trapo al hombro.— Lo llamo Kamikaze.

—¿Si? Pues yo no pienso morir esta noche así que ponme una cerveza.

—Marchando.—Se alejó de allí para coger un botellín de la nevera.

Josh se sentó con dificultad en uno de aquellos taburetes altos.

—¿Así que aquí es donde venís a despejaros?—Preguntó interesado Max cogiendo una aceituna y llevándosela a la boca para después hacerle un gesto a Nando llamando la atención sobre su bebida vacía.

—Un poco más despacio, ¿no?

El reportero le miró a través de sus gafas.

—Después de todo lo que he visto ¿quieres que vaya más despacio?—Era una pregunta retórica.—No. Necesito alejar las pesadillas. Tío, ocurrió algo muy raro con Diana la otra noche...

Y en ese momento ella entró por la puerta y Josh dejó de escuchar. Todavía no habían hablado de ellos, del beso e intuía que esa noche pasara lo que pasara cambiaría las cosas entre ellos dos.

La miró con anhelo. Le daba miedo amarla de nuevo. Le daba miedo que esta segunda oportunidad echara por tierra definitivamente su amistad. Y es que él la quería con toda su alma, con todo su ser. Siempre lo supo y nada cambió con ella desde entonces. Amar para él no era tener una pareja para presumir, el postureo de una sociedad autómatas o llenar el vacío que nuestra propia compañía no sabe llenar. Amar no era el sinónimo de celos y manipulaciones que veía él en las películas de los domingos cuando no encontraba otra cosa más interesante que eso. Amar era la libertad y valentía para dejarse querer y ser querido. El amor no era una etiqueta preestablecida, el amor era sólo eso, amor. Y él amaba a Diana. Lo que no sabía era si su corazón soportaría otro rechazo porque él era el típico chico que tropieza con la misma piedra dos veces. De hecho ya lo había hecho. Porque al verla allí, caminando hacia él con aquellos ojos verdes buscándole, supo que se había hecho ilusiones de nuevo.

—Casi llego.—Pronunció ella echándose un mechón oscuro por detrás de la oreja.

Miró a Josh con el mismo anhelo con que él la había mirado momentos antes.

—¡Diana ey!—Interrumpió Max bajando del taburete y dando un gran abrazo a la chica que se quedó estupefacta mirando a Josh en busca de una explicación.

—Creo que nuestro barman favorito se ha pasado con él.—Dijo éste.

—Solo quería darle una buena bienvenida al pobre. Para vosotros todo es trabajo.—Replicó el barman.

—¿Puedes culparnos con todo lo que está ocurriendo?—Preguntó Diana mientras se sentaba al lado de Josh.

El barman se encogió de hombros como si aquello no fuera con él y le puso un botellín de cerveza delante. Claro que Nando no conocía a Bridget (salvo quizás de vista) ni había conocido a su hija.

Una niña tan dulce como Abby, Pensó Diana comparando a las dos niñas mientras evocaba en su memoria a su hermana pequeña. Creía que al menos su asesino estaba pudriéndose en una habitación del psiquiátrico de Stanheaven y eso era lo que le hacía levantarse, en parte, cada mañana desde entonces. Sin embargo, saber que con Monique habían utilizado el mismo *modus operandi* y que otro niño había desaparecido... Cuando su hermana desapareció en 2002 fue la quinta niña en hacerlo y después el quinto cuerpo encontrado en el lago. Esperaba que no tuvieran que llegar a esa cifra.

—¿Diana? ¿Me escuchas?

Era Lizzie, la hija de su superior. Había estado tan sumida en sus propios pensamientos que ni siquiera se percató cuando ella se acercó a su pequeño grupo. Diana la miró y por un momento tuvo un episodio de envidia. Lizzie no había vivido con ningún trauma, nunca había tenido que marcharse del pueblo, tenía a su familia cerca y siempre había sido hija única. Intentaba demostrar lo diferente que era en un pueblo donde lo normal era tan de revista que resultaba extravagante. Llevaba la oreja perforada desde el lóbulo hasta el hélix, un pintalabios morado y una camiseta con el lema *valar morghulis* en referencia a una serie de fantasía de la televisión.

—¿Me decías algo?

La chica pareció molestarse.

—Te he preguntado por la desaparición de Samuel Moon. ¿Podrías adelantarme algo para Nollsbury's Reporter?

—No.

—¿Perdona?

—¿No me has oído?

—Pero somos amigas.

—Sí.

—¿Y no piensas decir nada?

—No.

La chica se cruzó de brazos en una actitud levemente infantil. Miró la cerveza de la policía.

—Te invito a una ronda.

Diana se rio a carcajadas ante aquel banal intento de sonsacarle información.

—Oye, oye aquí quien hace las preguntas soy yo guapa.—Interrumpió Max bajándose del taburete con el equilibrio ligeramente distorsionado.

—¿Crees que soy guapa?

Lizzie pestañeó varias veces con rapidez de manera coqueta para después reírse con una risa dulce y algo estridente.

—Era una broma campeón.—Aclaró la chica ante el estupor del rubio.

—No. Pero es cierto.—Interrumpió Josh haciéndose oír por encima de la música.—¿Por qué estás tú haciendo el trabajo de Clark? ¿No eras fotógrafa?

Lizzie le fulminó con la mirada.

—Y soy fotógrafa, fotógrafa criminalística para tu información pero me gusta colaborar con el periódico local.—Explicó antes de pedir una coca-cola a Nando.—Lo que pasa es que la mayoría que trabaja en el periódico supera los sesenta y tantos y Clark se ha fastidiado la pierna en el baile de la tercera edad. Algo así como tú.

Le miró las muletas con condescendencia y el policía no pudo evitar asesinarla con la mirada.

Ella sonrió sabiéndose victoriosa y pegó un gran trago al refresco mientras su lengua estallaba con las burbujas.

CAPÍTULO XXI

—Perdona niña pero yo recibí un disparo así que no compares.—Replicó Josh enfadado.

—Sí.—Lizzie hizo una pausa señalando a Max.—Menudo equipo hacéis.

—Oye que yo no me he metido contigo.—Protestó el rubio. —Mira y aprende, así lo hace un reportero de verdad.

Diana observó cómo Max se dirigía a ella con dificultad y antes de que el pobre pudiera decir una sola palabra más le vomitó sobre los tejanos. De un salto la joven morena se puso en pie alzando las manos.

—¡Agght! Te voy a matar Max Chandler ¡Qué asco!

—Así se hace si.—Lizzie se rió tanto que se llevó las manos a las costillas, doblándose de la risa.

—Me voy a casa a cambiarme.—Diana le dirigió a Max una mirada de profundo odio y recogió su chaqueta apoyada en la barra.

Era la oportunidad de Josh.

—Te acompaño.—Dijo éste mientras la seguía hasta la salida apoyado en las muletas.

—¡Oye!—Llamó Max con clara embriaguez.—¿Y yo qué?

Lizzie le miró con pena. Parecía un perrito apaleado. Muy mono a decir verdad, pensó.

—Venga, que te llevo a la pensión.—Dijo ella después de dejar un billete de diez dólares sobre la barra del bar.

El chorro del agua caliente pareció llevarse todas las preocupaciones de Diana mientras ella se pasaba las manos por el pelo mojado y veía como a su alrededor la mampara se empañaba por el vaho que parecía inundar el baño en una fantasmagórica niebla. Con el dedo dibujó un corazón en el vidrio para inmediatamente borrarlo con la palma de la mano.

Josh estaba allí, esperándola en el piso de abajo. Escuchó ladrar a Biscuit y dedujo que estaría jugando con él en el comedor. A su perro siempre le había encantado su compañero y Biscuit era muy bueno a la hora de reconocer a las personas. Si él intuía que eras bueno es porque debías serlo. Y por ello una tímida sonrisa asomó en su reflejo. Sí que era bueno. Josh siempre había sido el mejor con ella.

Bajó envuelta solo en una toalla para ver como él se quedaba embobado mirándola. Se sentó a su lado en el sofá mientras pequeñas gotas humedecían la tapicería. Aunque no pareció importarle. No, realmente era lo menos importante.

—Todavía no hemos hablado.—Dijo ella.

—No.

Podía verse la expectación en los ojos oscuros de él y ella se sintió fatal por haberle dejado la primera vez pero es que su entrada al cuerpo de policía de Nollsbury fue algo duro con lo que lidiar y no se había sentido preparada para todos los cambios que conllevó empezar una relación con su mejor amigo. Porque hasta entonces eso es lo que siempre fue él. Su mejor amigo. Ya desde niños, antes de que ella se mudara para volver años más tarde, siempre había sido así. Habían sido vecinos, compañeros de fechorías, la había defendido de los matones, le había enseñado a ser fuerte y ella le había ayudado con sus problemas en casa, le había acompañado las tardes de verano a la cabaña para botes, le había ayudado en el colegio y él hizo lo más importante de todo: había estado a su lado cuando su hermana murió, la había creído cuando nadie más lo hizo.

—Te quiero.—Soltó de repente para sorpresa de él pues ella no era de las típicas personas que demostraban sus sentimientos con soltura.

A ella le costaba. Y mucho.

—Yo también te quiero.

—Esta vez será diferente.—Prometió Diana.—Tuve miedo, cuando rocé la felicidad tuve miedo y fui cobarde. Di un paso atrás porque me entró el pánico.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Cuando estuve en el hospital recordé algo. Algo que me juré que había sido una ilusión.—Explicó ella mientras sus dedos rozaban levemente los de él y se entrelazaban como si siempre debieran haber estado así.—Recordé el momento en que desapareció mi hermana y nadie me creyó salvo tú y eso que lo que dije fue de lo más descabellado.

—Me dijiste que fue un monstruo lo que se llevó a tu hermana. Un monstruo de humo y huesos.—Dijo él. Ya casi ni siquiera lo recordaba.

Ella asintió.

—Y pensar que casi te pierdo me hizo sentir como si aquel monstruo de la infancia se te hubiera llevado.—Hizo una pausa.—¿Crees que soy egoísta?

Él negó con la cabeza.

—Creo que me quieres y yo siempre te he querido Diana.

Ambos se fundieron en un beso, largo y húmedo. Un beso que duró toda la noche en forma de mordiscos, susurros y gemidos intensos antes de que el alba interrumpiera el reencuentro de dos amantes haciendo el amor.

Las horas pasaron en un parpadeo. Más rápido incluso que eso.

—No quiero levantarme.—Susurró ella al oído del chico mientras veía como la luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas.

Se enredó entre los cojines mientras se desperezaba.

—Tenemos que trabajar.—Dijo él antes de besar el hombro desnudo de ella.— Y no sabes lo que me ha costado decir eso.

Sonrió.

—Pero tienes razón.— Contestó ella levantándose del sofa.— Además hoy es un día importante.

—¿Importante?

—El teniente me dio permiso ayer para visitar a Black Demon antes de que ocurriera la escenita del parking.

Él pareció preocuparse a ojos de ella. Sabía lo que estaba pensando. Que no era una buena idea. Así que ella siguió hablando como quien no quiere la cosa, cambiando de tema.

—No me puedo creer lo de Jocelyn, tan de mosquita muerta y resulta que se tiraba a Brandon.—Se quedó pensativa.—De hecho creo que alguien debería volver a interrogarla. Está claro que nos mintió en la cara aquel día en el pasillo de la escuela. Dijo que no conocía la vida de Monique más allá de su clase pero está claro que un poquito más conocía.—Hizo una pausa.— Por eso de tirarse a su padre. Y Samuel Moon... Cada vez que pienso que otro niño ha desaparecido se me revuelven las tripas. Ya se ha organizado otra partida de búsqueda, aunque con la mitad de nosotros todavía en el hospital no podremos abarcar tanto como quisiéramos en una noche. Se va a hacer largo.

—Quizá deberíamos dejar que el pueblo ayudase, buscar voluntarios que quieran participar en las rondas por las calles y los alrededores como el

bosque.—Sugirió él mientras se ponía los calzoncillos.

Ambos se quedaron en silencio, sin duda, rememorando los hechos que sucedieron durante la partida cuando Carmen perdió la vida y la oscuridad se instaló en sus corazones.

—Podrías encargarte tú.

Josh la miró sin entender.

—De reclutar ciudadanos para buscar al niño.—Explicó mientras se iba poniendo las prendas de ropa de camino a la cocina a preparar café.—Cuando hablé a Samantha dijo que el niño estaba muy afectado por la muerte de su amiga. Quizá se está escondiendo, pasando el duelo en algún lugar que los niños compartieran. Algún lugar secreto.

—Podría ser. Pero ¿y si nos equivocamos? ¿Y si es otra víctima?

—Esperemos que no lo sea. Por el bien de todos.

Diana le miró con todo un pasillo de por medio. Él sacó el móvil y llamó por teléfono.

—¿A quién llamas?—Preguntó ella interesada sobre a quién podría querer llamar el chico tan temprano.

Puso leche a hervir. Sabía que a Josh le gustaba el café matutino con un punto de leche entera. Sin nada de azúcar.

—A Max.—Contestó él mientras se llevaba el móvil a la oreja.

Diana volvió a sentir el tufo del vómito en su nariz al recordar al periodista. “Menuda resaca debe llevar encima” Pensó, quitando la olla del fuego.

Vertió la leche en el café ya preparado y lo dividió en dos humeantes tazas. Por suerte tenía tazas limpias, Diana nunca había sido del tipo de mujer que se preocupara de los quehaceres de la casa. Quizá porque ya tenía demasiadas preocupaciones encima. Colocó el desayuno en una bandeja. A ninguno de los dos le gustaba atiborrarse de comida nada más despertarse por lo que era un punto a favor para Kazam. Llevó la bandeja con cuidado a la mesa de té frente al sofá que tenía los cojines revueltos.

“Había sido una noche movidita” pensó para sí con una leve y nerviosa sonrisilla al recordar como ella se había sentado sobre él; recordando el sentimiento estremecedor que le recorría el cuerpo cada vez que hacía mover sus caderas en un vaivén de seducción que culminó en una petit morte sobre el pecho de su compañero.

Miró a Josh que todavía hablaba por teléfono así que encendió la televisión con el volumen en la justa medida para escuchar sin molestar a su compañero.

Estaba puesta la cadena local y justo hablaban del Caso Boogeyman y de

Monique y ahora de Samuel. “Por suerte la información de los estigmas era confidencial” caviló ella sorbiendo su café. Lo había calentado demasiado. “Si llegara a saberse cundiría el pánico al creer que alguien estaba recreando al asesino Black Demon” De hecho, aún sin apenas información, el periódico de Catriona Silver The Silver Mirror ya había dejado caer que podría tratarse de un imitador y aquello no le gustaba nada. Sólo servía para dar más satisfacción a quien estuviera detrás de aquello. Si realmente se trataba de un imitador, no debían darle el gusto de reconocer su “éxito”.

Comenzaron a sudarle las manos que sujetaban el café con fuerza así que lo dejó en la mesa esperando que Josh no se percatara de su nerviosismo. Saber que iba a enfrentarse cara a cara con el responsable de la muerte de su hermana pequeña le provocaba una inquietud aterradora. Ni siquiera se había atrevido a enfrentarse a sus padres que la habían llamado por teléfono seguramente al saber la noticia por los medios. No podía hablar con ellos. ¿Cómo había pensado que podría hablar con aquel monstruo?

Escuchó como Josh colgaba el teléfono y la miró.

Y su cara, la de ella, debió de reflejarlo todo: las dudas, los miedos, la incertidumbre, el orgullo.

—Puedes librarte de mí cuanto quieras pero no voy a dejar que vayas a ver a Black Demon tú sola. Yo me encargo de los voluntarios para la búsqueda del hijo de los Moon.—Dijo cogiendo su café.— Max te acompañará a Stanheaven y dejará constancia de todo lo que diga ese demente.

—¿Para eso era la llamada?

—Para eso era la llamada.—Repitió antes de pegar un sorbo a su taza.

Sonrió para sí al ver que ella aún recordaba cómo le gustaba el café.

CAPÍTULO XXII

El psiquiátrico de Stanheaven era un lugar lúgubre y marchito, no hacía falta más que mirar la entrada para saberlo. Una hilera de árboles medio desnudos franqueaban sus puertas y las hojas muertas que crujían bajo sus pies se amontonaban en el rellano cruzando unos peldaños llenos de colillas provenientes de las enfermeras hastiadas de su trabajo que en la mayoría de los casos consistía en drogar a los enfermos a base de pastillas hasta que estos olvidaran incluso su nombre.

—¿Entramos o qué?

Diana miró a Max con cara de pocos amigos aunque se alegró de ver el estado en el que el otro se encontraba.

La imagen de la resaca podría reflejarse toda en él.

Que se jodiera.

—Te has levantado tú muy susceptible. ¿Aun te dura la borrachera?—Le preguntó subiendo los peldaños.— Es para mantenerme lo más alejada de ti, por eso de los vómitos.

El rubio se colocó bien las gafas mientras suspiraba de manera exasperada.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte perdón?

—Me debes unos tejanos nuevos.—Contestó la chica antes de pararse en la puerta.

—Trato hecho.—Dijo él al llegar a su lado. Hizo una pausa mirando atentamente a la joven. —Puedes hacerlo.

Ella le miró antes de coger aire y tirar de la manivela.

Por un segundo todo se quedó en blanco hasta que escuchó su nombre. Y es que la impersonal blancura de las luces que irradiaban las lámparas del techo la cegó por completo.

—¿Diana Thorne?

Una enfermera de mediana edad, de labios finos y de mirada cansada preguntó por ella. Al parecer no podían ni dar dos pasos en aquel lugar si no era acompañados de una de aquellas enfermeras autómatas.

La agente de policía miró a su alrededor reafirmando en aquella primera impresión. Ella ya sabía que antes de convertirse en un psiquiátrico la construcción había sido obra de una familia rica siglos atrás, un palacete de verano, aun así le sorprendió el estado en el que se encontraba. Decir que las paredes eran viejas o que las escaleras que daban a una planta superior estaban para el arrastre era poco. Las paredes estaban en sus últimas y como un moribundo al que la piel comienza a mostrar los signos de la muerte, aquellas paredes con una mano de pintura blanca estaban desconchadas y agrietadas por algunas partes dejando ver los papeles pintados y descoloridos de una vida anterior y una muerte inminente.

Ambos siguieron a la enfermera a través de los recovecos de aquel laberíntico lugar aislado de Nollsbury por carreteras secundarias que llegaban al pueblo colindante de Stanheaven. Los tacones de Diana resonaban a destiempo sobre la moqueta con los latidos de su corazón que iban mucho más rápidos que de costumbre. Aquella mañana Josh le había aconsejado que se vistiera de traje y dejara atrás su cazadora, que dejara atrás a la Diana más personal para mostrar su imagen más objetiva y profesional. Parecía más una abogada de Nueva Jersey, con la camisa planchada y el cabello suelto y ladeado, más que otra cosa.

—Deben saber que es bastante inestable.—Advirtió la enfermera antes de pararse ante una puerta del pasillo. Una puerta con el número treinta y nueve. —Deberán hablar con cuidado.

Diana tragó saliva. Tenía la boca seca y demasiada humedad en los labios. Max le cogió de la mano, un gesto que no pasó desapercibido para la empleada que levantó las cejas con disgusto. Diana se apartó un poco con extrema lentitud.

—Estaré detrás de la puerta por si necesitan cualquier cosa. También hay un telefonillo dentro. Si aprietan el número dos les conectará directamente con recepción.—Explicó.—Si necesitan sedantes, el número uno.

“Los calmantes antes que todo lo demás, por supuesto” Se dijo el reportero cavilando sobre la verdadera finalidad del psiquiátrico. Una finalidad que a su parecer estaba, desde luego, centrada en retener a aquellas personas más que en ayudarlas.

—Gracias.—Contestó él al ver que Diana permanecía callada, mirando la puerta.

La mujer se alejó unos pasos sin dejar de mirarles con cierta desconfianza.

—Diana podemos volvernos atrás si quieres. No tienes por qué ser tú la que

pase por esto. Podemos llamar al Teniente y que venga cualquier otro. —Le dijo.

—No. Tengo que ser yo.

Abrió la puerta tras decir aquello y Max no pudo hacer otra cosa más que seguirla dentro de la habitación y esperar que la situación no se fuera de las manos.

El cuarto era todo lo contrario a lo que esperas ver en un demente, esa habitación que las películas de terror nos retrata con dibujos espeluznantes, camisas de fuerza y una blancura que daña la vista. No. No era así. Estaba pulcramente ordenada, pintada de un verde muy pálido, con una gran ventana desde la que ver el jardín. O desde la cual meditar porque allí en medio de la habitación, un hombre joven permanecía sentado de espaldas hacia ellos, mirando por esa misma ventana en pose de meditación.

—¿Blake Hopkins?

El hombre se giró con una sonrisa inocente en los labios.

“Demasiado perturbador” pensó el rubio.

—Hacía mucho que nadie me llamaba así.—Dijo con una voz que distaba mucho de ser la de un monstruo imaginado por una niña.—Normalmente se refieren a mi como Treinta y nueve.

—O como Black Demon.

Cada músculo del cuerpo de Diana permanecía tenso, una tensión que se adueñó del treintañero que tenía enfrente, pues el nieto de Sybila no podría tener entonces más que unos treinta y pocos.

El hombre la miró casi inexpresivamente de no ser por un leve destello de reconocimiento en el fondo de sus ojos.

—Prefiero que no me llamen así.

Su voz se tornó fría y acompasada con el movimiento que hizo al levantarse del suelo.

—Pero por eso estás aquí.—Siguió Diana.—Por ser Black Demon, por asesinar a todos esos niños.

Max la miró, preocupado, sé estaba pasando de la raya nada más empezar. Ni siquiera le había dado tiempo a dar al play de su vieja grabadora.

La cinta comenzó a correr nada más presionar el botón. Con un sonido rítmico y metálico que marcó todo el fondo de la conversación. Blake Hopkins cerró los ojos y una leve sonrisa nerviosa asomó en su rostro. Estaba recordando, sin duda, abriendo los cerrojos de una memoria perturbada psicológicamente.

Me gustaba Nollsbury, el olor de los pinos que te inundaba las fosas nasales desde la carretera sentado al copiloto de un asiento con quemaduras de cigarrillos en la tapicería. Podía ver la tensión de mi padre al volante, sus nudillos blancos y su ceño fruncido, fingiendo una sonrisa que no podía ocultar el miedo que sentía bajo la superficie. El miedo que me tenía. Y cuando hablaba recuerdo su aliento a tabaco mezclado con café; mezclado con el olor de los pinos. Aunque no hablaba mucho salvo para repetirme siempre las mismas palabras “te quiero hijo” y me dejaba allí, abandonado, aliviado de no tener que pasar más tiempo conmigo.

—Encontramos otro cuerpo en el lago Boor, Hopkins.

Un cuerpo, todos esos cuerpos en la pantalla fingiendo ser lo que no eran. Odiaba que Sybila viera esas telenovelas patéticas y sin presupuesto en el salón. Odiaba que no fuera mi casa para poder levantarme y cambiar de canal en los ratos aburridos. Aunque Sybila me quería y yo a ella, a pesar de algunos de sus gustos de persona mayor. Por muy moderna que ella quisiera aparentar no dejaba de ser una abuela, me daba dinero, todo el que quisiera dentro de un límite, para gastármelo en lo que quisiera que siempre solía ser en petardos que explotaba en el bosque con los niños.

—Háblame de los niños, ¿tenías algún amigo íntimo? ¿Alguien que pudiera seguir tus pasos ahora?

Oh... los pasos. Escuchaba tan claramente los pasos agitados de mis pequeños amigos cuando hacía explotar una sandía y los diminutos trozos salían dispersos en todas direcciones. Aunque en realidad no es que fueran amigos míos, yo les enseñaba: a esconderse mejor de sus hermanos mayores, a robar alguna piruleta sin que se dieran cuenta, a mentir. Era un genio de la mentira aunque siempre prefería la verdad, aunque fuera hiriente. La gente pensaba que no era lo suficientemente empático. Y por eso siempre he estado solo.

—¿Nos estás mintiendo ahora?

Ellos querían mentiras, los policías, les dije la verdad pero sólo querían escuchar la mentira. Les dije... les dije que había ido al bosque a probar un nuevo súper petardo en un nido de pájaros, que acabé en el lago porque

cuando explotó la madre pájaro apareció persiguiéndome y corrí hasta allí. Corrí hasta quedarme sin aliento. Y cuando estuve sin aliento aquel monstruo me miró desde la orilla, como si fuera un regalo.

—¿El monstruo? ¿Te refieres a ti mismo como el monstruo? ¿Viste allí a Abigail Thorne y pensaste que era un regalo para ti? ¿Para qué pudieras matarla? ¿Cómo los otros niños?

Silencio.

La voz de Diana se detuvo; la grabadora siguió su curso; la habitación parecía más pequeña por momentos. Y Black Hopkins, apodado Black Demon, parecía encogerse por segundos del terror que le provocaban sus recuerdos.

—¿Cómo era el monstruo?—Preguntó Max antes de que la policía le echará una mirada de esas que podían decir perfectamente no-alimentos-su-fantasía.

—Era un monstruo de humo y huesos. Era el diablo. El de verdad. Belcebú, Samael, seguido de un cortejo de personajes deformados por las máscaras y el artificio.

—¿Sigues pensando que tú no lo hiciste?

Blake los miró, a ambos, esta vez con la tristeza destellando en su mirada. Se levantó de la cama con una energía que los dejó a los dos anonadados. Rebuscaba en su mesita y sacaba hojas de papel de sus cajones sin parar mientras rezaba por lo bajo a Dios; mientras se santiguaba y rezaba por su alma.

Max cogió uno de aquellos folios al vuelo mientras la lluvia de papeles les inundaba los pies.

“Ahora sí. Dibujos espeluznantes” se dijo para sus adentros pensando que tal vez la locura del cine no se alejaba tanto de la realidad como pensaba.

Trastornado, Blake Hopkins comenzó a tararear una melodía mientras los dibujos seguían surgiendo de los cajones de su mesilla. Diana supo en ese momento que lo había perdido, que su mente ya no estaba con ellos; Y la de Max tampoco, porque mientras escuchaba a aquel perturbado entonar su canción observaba con estupor el retrato de una bailarina circense; un retrato hiperrealista de Gisele Renard fechado en Septiembre de 2002 y que podía haber sido perfectamente del día en que la conoció. La voz del asesino en serie Black Demon sonó más fuerte mientras el reportero se quedaba mudo y paralizado.

El circo es grande, es especial.

Tiene juegos sin parar.

Un niño jugó.

Y cinco más.

Bajo el agua jugarán.

Niño bonito, niño especial.

Pronto al diablo encontrarás.

SEGUNDA PARTE

Bajo las fauces del Diablo

“La figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa.”

Miguel de Cervantes.

CAPÍTULO XXIII

El circo es grande, es especial. Tiene juegos sin parar.

Era un cántico que odiaba y aun así aun con el paso de los años no había podido quitárselo de la cabeza. Gisele Renard se colocó un mechón rubio detrás de la oreja mientras levantaba los tablones de madera del suelo para la cabaña de botes.

Un niño jugó. Y cinco más. Bajo el agua jugarán.

Escuchó los sollozos que llegaban desde el final de las escaleras desplegadas. Estaba oscuro como la boca de un lobo. Comenzó a bajar las escaleras mirando por última vez la caseta, esperaba que nadie la hubiera seguido, pensó mirando una última vez a su espalda con su aliento entrecortado helándose delante de sus narices. Cuando volvió la vista vislumbró una pequeña silueta en un rincón de dónde venía el llanto asustadizo.

Niño bonito, niño especial. Pronto al diablo encontrarás.

—¿Samuel? ¿Eres tú? ¿Samuel Moon?

El llanto cesó de golpe y se escucharon pequeños pies arrastrarse con temor hacia atrás. Los ojos de Gisele se acostumbraron levemente a la oscuridad pudiendo confirmar lo que ya pensaba que encontraría en aquel sótano tapiado bajo la cabaña de botes junto al lago: un niño sucio y tembloroso.

—Te he traído comida.—Dijo ella alzando una bolsa con panecillos de azúcar y miel en señal de buena fe.—Voy a sacarte de aquí.—Afirmó con total seguridad como si hubiera estado en esa misma situación en anteriores ocasiones.

Dio un paso más con sus delicados y fuertes pies de gimnasta, bajando otro peldaño de la escalera; pero en cuanto lo hizo una oscuridad mayor a la que ya habitaba allí abajo le arrolló haciéndola caer por las escaleras. Los panecillos rodaron por el suelo impregnándose de mugre y barro hasta chocar con una muñeca de trapo manchada de sangre olvidada en el fango por su ausente propietaria. El llanto volvió a escucharse mientras la bailarina permanecía en

el suelo, inconsciente. Unas garras de huesos surgieron de la oscuridad más lúgubre y la arrastraron de los tobillos hasta colgarla del techo cabeza abajo y balancearla como el títere que era para aquella criatura para la que el mundo constituía su gran escenario. El niño comenzó a llorar de nuevo intentando no mirar directamente a aquel ser surgido de sus peores pesadillas.

—Ellos son míos.—Dijo aquel monstruo de formas esqueléticas rodeado de desfigurados contornos volátiles como el humo y las cenizas que olía a muerte y destrucción e impregnaba aquel lugar con el aroma de la pólvora y el infierno.

Gisele abrió los ojos sólo para verse colgada cabeza abajo a merced del Diablo. El diablo que por su culpa se alimentaba de pobres criaturas desde la peste bubónica que asoló su barrio francés.

Gritó; Y su grito enmudeció cuando las garras le cortaron el cuello.

—¡Viene a por mí! ¡Y vendrá a por vosotros!—Blake Hopkins deliraba agonizando tras las correas que le sujetaban a la cama.—¡El diablo vendrá a por todos nosotros! ¡Soltadme! ¡Soltadme! ¡Soltad...

La jeringuilla y la morfina que contenía hicieron efecto enseguida sedándolo hasta dejarle plácidamente a merced de los sueños. La enfermera que antes los había acompañado hasta la habitación, los miró con disgusto.

—Les advertí de su estado, que era inestable, que no lo alteraran. ¿Acaso me escucharon? ¡Por supuesto que no!

Diana echó una breve mirada a las correas que sujetaban fuertemente los tobillos y las muñecas de aquel desgraciado trastornado. Se fijó en las marcas antiguas de su piel y por un brevísimo instante sintió lástima de él. Por suerte fue solo un instante.

—Gracias por todo, ya nos marchamos. —Dijo ella quedándose parada ante el marco de la puerta.

—Pueden encontrar la salida solos, no creo que les sea muy difícil. Escaleras abajo y a la derecha.

La joven policía asintió antes de salir de la estancia entornando la puerta del paciente treinta y nueve después de que Max saliera tras ella. El rubio tenía la mirada perdida y estaba silencioso cosa que ella agradecía al mismo tiempo que le inquietaba.

—¿Qué ocurre?—Le preguntó Diana mientras bajaban por las escaleras uno

al lado del otro.

"¿Qué ocurría?" eso mismo se preguntaba Max. "¿Porque Black Demon tenía dibujado el rostro de Gisele Renard tal y como estaba ahora de tan solo unos meses después de su arresto con dieciocho años? Era imposible" se dijo.

A no ser que comenzaras a creer en lo imposible.

Él mismo había creído en cosas más allá de su comprensión cuando era pequeño, ¿porque no creerlas ahora? Porque te internarían en un lugar como este, se dijo.

"El paciente cuarenta al lado de Blake Hopkins", caviló en su imaginativa mente.

—¿Max? ¿Estás bien?

El chico miró a Diana que tenía cara de preocupación.

—Y tú te preocupabas por mí.—Soltó ella sarcásticamente.— Estás raro Chandler.

—¿No he sido siempre raro?—Esquivó él mientras su cerebro aun intentaba encontrarle un sentido a todo esto.

—Más raro que de costumbre.— Contestó ella mientras se dirigía hacia la salida y empujaba la puerta.

Antes de que pudieran seguir conversando, la marea mediática se abalanzó sobre ellos como un tsunami que amenaza con arrasar todo a su paso. Corrieron hacia el coche de policía aparcado a tan solo unos metros de allí. Unos metros que parecían kilómetros mientras tuvieron que soportar la lluvia de flashes y preguntas.

"Así que así debía sentirse una estrella" "Acosado, mareado y con angustia" pensó el rubio mientras veía como una joven, muy bonita la verdad, le cortaba el paso.

—¿Es cierto que Black Demon pueda estar actuando a través de un cómplice? ¿Creen que sigue un patrón? ¿Abrirán de nuevo el caso de Nollsbury? ¿De los niños muertos en el lago? ¿Sospechan que sea inocente? ¿Que la policía cometiera una negligencia? ¿Podría decirnos cuál es su papel en el caso? ¿Es verdad que Bridget Brown...

Ya no la escuchó. No quiso seguir escuchando, la apartó lo suficiente para hacerse un hueco y pasa por él atravesando a los buitres busca noticias. Verse desde el otro lado le recordó que tenía que empezar a ser más cuidadoso con sus futuras preguntas si es que acaso volvía a trabajar claro. Nadie sabe el peso que puede estar soportando la otra persona hasta que ya es demasiado tarde. Y cuando se cruza esa línea nadie sabe que es lo que puede ocurrir a

continuación. Como nadie supo el motivo real por el que Diana golpeó a un periodista esa mañana. De repente la masa de buitres se dispersó oliendo el caos que había desatado una afirmación no escuchada de boca de un reportero demasiado entusiasta en su trabajo. Diana lo dejó allí sujetándose sus partes con gesto de dolor antes de entrar al coche y arrancar en cuanto su compañero se acomodó de copiloto.

De nuevo estaban en la carretera y en su viaje, aunque no se dirigieron la palabra, podía escucharse, si estabas lo suficientemente atento, una conversación subyacente entre ellos mediante el nerviosismo de sus movimientos: la forma en la que se arqueaba la espalda de Diana con aquella tensión que subía desde su coxis hasta la punta de sus dedos aferrados al volante; en los juegos de muñeca que Max usaba para limpiar una y mil veces los cristales de sus gafas, la subida y bajada de pecho que parecía comunicarse entre los dos como los zumbidos de las abejas. Respiraciones lentas y profundas en algunos momentos; rápidas y frenéticas en otros. Respiraciones que parecían exclamar *¿Qué está ocurriendo?*

El circo la envolvía; abrió los párpados; el sonido del gramófono le dio la bienvenida.

—Eres una estúpida.

André estaba delante del diván donde ella descansaba. Se llevó una mano a la garganta allí donde las garras le habían rebanado el cuello.

Nada.

¿Qué esperaba?

—Lo estás echando todo a perder Gisele.

Ella le miró, con una furia en su mirada que no era de este mundo.

—¿Yo lo estoy echando a perder? ¡Son niños! ¡Por el amor de Dios!

André se sentó donde terminaban sus pies. La miró con un amor que rayaba la enfermedad, tenía un brillo en su mirada que sólo se lo concedía a los soñadores. O a los locos.

—Cada quince años la misma conversación ¿no te aburres Gisele de estar siempre peleando?

—El siempre es lo único que tengo.

—Me tienes a mí.—Dijo él poniendo su mano en la pierna de ella, subiendo con una delicadeza nauseabunda hasta que la rubia le apartó.

—Y es algo que lamentaré siempre.—Escupió.

“Igual que lamentaré siempre haber pactado con el Diablo” se dijo, mientras veía las luces reflejadas en la carpa como sombras de los condenados que hacían malabares en el exterior.

CAPÍTULO XXIV

— ¡¿Estás loca?! ¡¿Cómo se te ocurre agredir a un periodista?!

Diana estaba parada de pie frente a su teniente soportando el aluvión de críticas y malas palabras. Soportando en sus carnes el enfado de él y el suyo propio.

—La suspendo del caso.

—¿Pero...

—¿Y aún tiene el descaro de imponerse?—El teniente Blume golpeó la mesa en una culminación de rabia.— ¡Maldita sea Diana! Te he dejado hacer siempre lo que has querido, he hecho la vista gorda con usted y con el agente Kazam, le he dejado ver a ese psicópata.

Diana miró hacia otro lado, no era de las que huía de un contacto visual confrontativo pero las lágrimas, la rabia, la frustración amenazaba con desbordarla. Apretó los puños hasta que sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

—Entregue la placa y la pistola.

Se lo dio todo, le hubiera entregado hasta su alma de haber podido. Para que comprendiera su dolor, por un instante, para no soportar el peso que ella misma se había cargado sobre los hombros. Es raro, en que momento recordaba a sus padres, pero en aquel momento Diana lo hizo. Recordó una conversación al teléfono con ellos cuando estaba en la primera semana de su formación como policía. *“Diana déjalo por favor. No queremos que nos lo recuerdes siempre, que te enquistes, que te hagas mala sangre. Aún estás a tiempo, de tener una bonita familia, de estudiar una carrera donde no haya muerte. Cariño queremos lo mejor para ti, no queremos perder a otra hija.”*

—¿Es todo?

—Es todo.

Dio un portazo y salió de allí.

Toda ella enquistada; toda hecha mala sangre.

Había pasado más de hora y media en la que ella entregó su placa y se había ido a la cafetería más cercana. Se había pasado hora y media sentada en una silla mirando por la cristalera a los habitantes de Nollsbury pasear con sus compras, sus perros, sus bebés... y había tomado café con azúcar; Y más azúcar con los dulces; Y por supuesto no había bajado la guardia del todo pero allí estaba sentada en la cafetería con la mente en blanco. Blanca como el azúcar que pringaba sus dedos. Le sonó el teléfono y se limpió las manos antes de cogerlo. Era Max. Colgó. Llevaba todo el rato llamando. Vale, estaría preocupado pero no le debía nada a nadie. Si quería estar sola ¿Por qué no la dejaban en paz y ya?

Volvió a sonar el teléfono. Era Josh.

Era Josh y el cuerpo se le removió entero, desde los huesos hasta el corazón. A él no podía colgarle, no después de todo. Tampoco es que estuviera hecha de piedra.

—¿Josh?—Dijo ella.

—¿Dónde estás? Acabo de enterarme.

—En la cafetería de las tartas.

Se escuchó una risa ahogada a través del auricular.

—Voy para allá.

Diana dibujó una débil sonrisa.

—Te espero.

“La cafetería de las tartas” se dijo mirando el expositor con dulces, galletas y pasteles delicados. “Tercera cita, cuando le dije te quiero a una tarta de red velvet y él pensó que se lo decía a él, por lo que fue su primer te quiero” Al cabo de unas semanas se lo confesó todo y se echaron a reír. Rieron tanto que el estómago les dolió otra semana más.

Miró su mesa vacía. Hacía rato que se había terminado el café y un pastelito de mermelada de melocotón. Llamó a la camarera y le pidió una porción de la tarta red velvet. Por los viejos tiempos que poco a poco comenzaban otra vez a ser los nuevos.

—¿Te ha cogido el teléfono?

Max miró a Josh mientras se alejaba el móvil de la oreja.

—Sí.—Asintió él.—Está en una cafetería. Voy a buscarla.

El reportero observó a Kazam mientras este hacía malabares con las

muletas para guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Ella te necesita.—Le dijo sin más. Sin querer inmiscuirse más de lo debido. Al fin y al cabo él sólo quería ayudar. Es lo que había estado intentando hacer desde que llegó.

Josh le miró y asintió de nuevo, comprendiendo como se debía sentir el rubio.

—No te preocupes por nosotros. Preocúpate más por el teniente. Si ocurre algo, nosotros no seremos de gran ayuda: una sin placa y yo tullido relegado a la oficina. ¿Sabes lo que te quiero decir no?

Max le entendía perfectamente, a partir de ahora estaba prácticamente sólo. Pondrían a otro policía para llevar el caso y él tendría que empezar de nuevo a ganarse la confianza de su compañero que todavía era una incógnita. Por supuesto, vería a Josh cada día y compartiría con él los datos del caso pero no saldrían juntos a investigar. Aunque eso era lo que se creía el teniente Blume porque si pensaba que iba a seguir las normas a raja tabla iba de listo. No por ello le había mandado su exjefa a aquel pueblo alejado de la mano de Dios.

—Nos vemos luego en la iglesia.—Se despidió él.

—El homenaje de Carmen empieza a las siete.—Le recordó el moreno.—No llegues tarde.

Le miró con un gesto de advertencia. Sabía que el reportero se iba a meter donde no le llamaban. Tenía esa determinación retratada de manera tan clara en el brillo de sus ojos que era imposible obviarla.

Max le guiñó un ojo y acto seguido llamó a la puerta del teniente Blume viendo como Josh se alejaba por el pasillo de la comisaría.

—Adelante.

Max entró al escuchar la invitación.

—Siéntese señor Chandler.

Él se sentó, no sin antes, hacerse una idea más personal de quien era en realidad el teniente Adam Blume. La gente no se daba cuenta de cuanta información podía estar transmitiendo al receptor que supiera ver los detalles tras la decoración de un simple lugar de trabajo. Era un hombre familiar, no había duda, la oficina perfectamente parecía estar empapelada de fotografías viejas con su hija Lizzie. También era seguidor de los yankees de Nueva York y hortera hasta decir basta. El terrier cabezón de decoración, que no paraba de asentir con sus muelles, le daba la razón desde la mesa del policía.

—Cuéntame.

Le pilló desprevenido y apartó la vista del monigote de plástico.

—¿Qué?—Balbuceó, no sabía que quería que le contase.

—Cuénteme porque aún despedido por Catriona Silver y sin utilidad para mí no debería de echarle la patada.—Soltó mirando su ordenador con disgusto.—No sólo los periódicos hablan de un cuerpo policial inepto y de conjeturas chifladas. Con internet todo se difunde cómo la pólvora y multiplicado por mil.

Max asintió despacio, comprendiendo hacia dónde se dirigía la conversación. De pronto se volvió a ver en su pequeño estudio de Manhattan, sin poder pagarlo, sólo, en la jaula que suponía una ciudad de edificios altos y grises. Sin el olor de los pinos de Nollsbury, sin las hamburguesas caseras de Joe, sin pasear por aquellas calles pequeñas donde podías cruzarte con ancianos amables y gatos egipcios. No le gustó. No le gustó la idea de dejarlo y aquello le aterrorizó. Siempre se había visto en un futuro no lejano con un gran trabajo, haciendo cosas importantes en una gran ciudad, no en un pueblo que sólo recordarían por ser el lugar de paso hacia un destino mejor. Pero allí estaba haciendo algo importante. Algo más importante que cualquier cosa que pudiera haber pensado, porque la vida de un niño dependía de aquel viejo departamento en el que él ayudaba.

—Tengo información relevante sobre el caso, de hecho le quería ver antes de que me llamase. Creo que lo está enfocando mal.

El teniente Blume dejó de mirar su ordenador, sorprendido. Tenía los ojos muy abiertos y había entreabierto la boca como queriendo decir algo pero arrepentido en el último minuto. Max siguió hablando. Esta era la oportunidad que tenía para demostrar que no estaba ahí perdiendo el tiempo o para hacer turismo. Estaba ahí para asesorar y tenían que escucharle.

Se envalentonó, irguiéndose levemente sobre la silla.

—Estamos enfocándolo desde un punto de vista en que creemos que pueda tratarse de un imitador de Black Demon pero ¿y si se equivocaron? ¿Y si no cogisteis al responsable de las seis muertes de niños hace quince años? ¿Y si sigue ahí y un inocente ha estado recluido por nada?

El teniente se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el respaldo, dejándose caer.

—¿Cree que no he pensado ya en eso? Pero el chaval estaba loco, cuando lo encontramos estaba desvariando, un monstruo, un monstruo decía.—Dijo mofándose.—¿Quieres decirme que tendría que haberle creído? ¿Qué crea que una especie de hombre del saco se ha llevado a todos esos niños, los ha mutilado y los ha ahogado hasta morir? ¿Quieres decirme eso?

Max se quedó avergonzado pero no iba a cesar en su empeño. Había algo no del todo natural en todo eso.

—No estoy diciendo que fuera un monstruo pero ¿y si Blake Hopkins vio a un tipo disfrazado y su mente de niño lo camufló como un mal de cuento? Los psicólogos han demostrado que cuando alguien sufre un trauma nuestra propia mente pretende salvarnos haciéndonos olvidar o deformando ciertos recuerdos.

—¿Ahora también es psicólogo aparte de periodista?

Aquello le cabreó pero siguió hablando.

—¿Y si le diera pruebas? Cuando estuvimos en el psiquiátrico esta mañana Hopkins nos empezó a enseñar dibujos, algunos incluso de cuando entró siendo un adolescente ¿y sabe lo que había en esos dibujos? Un retrato de la hija del maestro del circo que casualmente está en la ciudad.

Max esperaba otra reacción que no fuera la indiferencia.

—¿Y?

—¿Cómo qué y?!—Alzó la voz, estaba empezando a perder los nervios.— ¡Estaba exactamente igual que ahora! ¿No deberíamos investigarla aunque sea sólo para descartar todas las posibilidades?

Silencio.

Un segundo en el que todo fue silencio, acompañado del movimiento del terrier de plástico de la mesa. El teniente Harris se frotó las sienes, pensando.

Más silencio acompañado del movimiento de pies nervioso del ex reportero.

El teniente carraspeó.

—Puede seguir esa línea de investigación si así lo desea, no quiero descartar nada por muy descabellado que sea. Sería una negligencia por mi parte y no les voy a dar el gusto a los periódicos de pacotilla de que hablen mal de mí y de mis hombres.

Max suspiró. Aliviado.

—Volviendo al tema de Black Demon hay algo que anunciaré en cuanto salgamos de aquí, confío en que se lo haga saber a Diana con el máximo tacto.

El rubio le escuchó, intrigado y a la vez preocupado pues sospechaba de qué se trataba.

—El fiscal ha pedido reabrir el caso de Blake Hopkins. Es probable que para lo que quede de semana haya salido en libertad.

CAPÍTULO XXV

— ¿Estás bien?

—Me lo has preguntado ya cinco veces Josh.—Replicó Diana mientras se cambiaba de ropa al uniforme de gala de la policía para ocasiones especiales. Ocasiones que sería mejor no celebrar.

—Y tú siempre me eludes.—Contestó él acercándose a ella por detrás y abrazándola con un solo brazo.

Ella se dio la vuelta de cara al espejo del armario y lo besó. Un besó roto con sabor a tristeza.

No.

No estaba bien.

Sobre la cama, un móvil comenzó a vibrar. Era el de Josh con un mensaje de Max:

“¿Dónde coño estáis?”

Tanto insistirle con que no llegara tarde y ahora era el policía el que iba con retraso. Y es que estar entre los brazos de Diana le hacía querer quedarse allí para siempre.

Aporreó las teclas rápidamente.

“Ya vamos”

La iglesia de Nollsbury en la ladera de la montaña junto al cementerio municipal se había preparado a fondo para dar una digna despedida a Carmen Santana, la agente que perdió la vida durante la partida de búsqueda de Monique Brown. Y allí también estaba Bridget con un vestido negro hasta las rodillas y una chaqueta gris de punto, con su pelo rizado echado hacia atrás y una expresión desorientada en el rostro. Max la saludó con el brazo esperando que ella se diera cuenta pero había mucha gente allí. La capilla estaba concurrida de pasos, de voces, de berridos de niños, de ruido que hacía eco en

las paredes eclesiásticas. El altar en comparación parecía irreal, que no perteneciera del todo a la escena: sólo una fotografía de la joven sacada de la orla de la academia de policía arriba de dos coronas funerarias que rezaban “*No te olvidaremos*” y “*Descanse en paz*”; y por supuesto el ataúd, un ataúd cerrado, con su madera brillante por el barniz dejándose ver en las partes que no llegaba a ocultar la bandera americana con la que la habían tapado.

—¡Bridget!—La llamó alzando la voz y el brazo esperando que ésta le viera pero no lo hizo. En cambio se sentó en uno de los bancos de atrás alejada de miradas indiscretas que siempre iban a parar hacia ella. A excepción de cuando entró el matrimonio Moon por la puerta, cuando Samantha y Hunter entraron las habladurías se hicieron más fuertes que antes.

“Pobre familia” “Estarán destrozados” “Pobre niño” escuchó decir.

Y cuando el matrimonio buscó hueco al lado de la solitaria Bridget el eco de los murmullos fue devastador. Las dos afligidas madres se abrazaron, consolándose en una pena que sólo ellas podían entender. Hunter no derramó ni una lágrima pero estaba tan tenso, tan absorto que podía notarse su dolor consumiéndole por dentro. Y de repente, los murmullos cesaron.

El diácono había entrado silenciosamente por un lateral de la iglesia y cuando Max volvió la vista de nuevo a los presentes, estos guardaban asiento en el más absoluto silencio. Miró de nuevo, nervioso hacia la puerta “¿Dónde se habían metido Josh y Diana?”

Se sentó removiéndose nervioso en el banco de madera al lado de una mujer mayor en el momento en que Sybila se sentó a su lado. La miró de reojo y ella se quedó observándole sin ningún tipo de pudor. Lo miró fijamente como si estuviera pensando que decir o si decir algo porque se quedó callada volviendo la vista al diácono que comenzaba a soltar una retahíla de fábulas sobre el cielo y el infierno, sobre Dios y el Diablo, sobre la vida y la muerte y la segunda vida más allá de la última. Hicieron un bonito homenaje donde se recalcó la buena labor que hizo la agente fallecida; le pusieron una medalla sobre la tumba y el coro entonó la melodía de Hallelujah con increíble maestría y sentimiento.

Max se sorprendió tarareando la letra y dando golpecitos con los dedos sobre su rodilla siguiendo el ritmo hasta que el diácono le miró con furia asesina mientras seguía su discurso. No había sido una buena idea sentarse en primera fila pero en algún momento de su despiste de nuevo se hizo el silencio seguido del sonido de los pies de los feligreses poniéndose en pie. El teniente, junto con otros agentes, desfilaron con el sepulto a costas hasta salir de allí y

dar la vuelta a la esquina donde se hallaba la entrada al cementerio. Max se puso en pie antes que Sybila y caminó en la misma dirección que los demás.

Alguien exclamó su nombre en medio de toda la marabunta que se agolpaba a las puertas de la Iglesia. Era Josh que alzaba el brazo con dificultad saludándole con la mano en medio de la marea de gente. Max esquivó a un grupito de adolescentes antes de llegar al lado de sus amigos.

“Cualquier cosa con tal de saltarse las clases” pensó.

—¿Habéis llegado a entrar? No os he visto.

—Nos hemos sentado por las últimas filas, no queríamos interrumpir.

—DiDi...

La que sí interrumpió fue Bridget que se acercó a ellos con cierta angustia. Diana se giró.

—¿Por qué mi pequeña no puede tener un funeral como este?

Un silencio incómodo les recorrió de arriba abajo. Diana miró a su amiga que mostraba un aspecto destrozado. Ojalá hubiera podido hacer algo más por ella. Ojalá que su hija no hubiera desaparecido nunca. Pero lo que deseamos no siempre se cumple por mucho que se pida a las estrellas fugaces.

—El caso no está cerrado, podríamos necesitar su cuerpo.—Dijo con todo el tacto que pudo pues no era nada fácil tener que decirle eso a una madre y menos a ella que le miró con odio. Un odio profundo y oscuro como el abismo que esconde un agujero negro.

—Puede que nunca esté cerrado, lo que necesitamos es paz.—Pronunció Bridget con el corazón desgarrado.

Diana miró a los chicos buscando algún tipo de ayuda.

—Bridget...—Comenzó a decir el rubio.

—No pudimos hacer más.—Contestó Josh.

Ella le dedicó una fría mirada que los dejó a todos helados.

—Siempre se puede hacer más.

Se fue a pesar de que Diana le cogió de la mano queriendo consolarla de algún modo. Pero su amiga le rechazó y aunque lo entendía, no pudo evitar romperla por dentro.

De nuevo se hizo el silencio incómodo mientras la gente seguía pasando alrededor de ellos que se había quedado parados en mitad de la entrada. Vieron a Jocelyn la profesora de primaria cogida del brazo de Brandon, al parecer ya no tenía que ocultar su affair. Max se percató de que ambos policías buscaban con la mirada, inspeccionando a cada persona que salía de allí o remoloneaba por los alrededores. El rubio fue muy agudo en su

razonamiento.

—¿Creéis que el asesino podría estar aquí?—Hizo una pausa mirando a todos lados.— Porque está claro que Blak Demon no lo hizo.

—¿Por qué estas tan seguro?—Le soltó Diana de malas maneras.

—Sólo había que verlo bien, era un niño desatendido, uno enfermo y sin amigos más allá de los pequeños con los que sí podía estar. Para él los otros niños eran la familia que le faltaba.

La joven alzó una ceja, incrédula y comenzó a andar hacia el cementerio donde los más íntimos (y los más curiosos) presenciaban el enterramiento de Carmen Santana. Los otros dos no tuvieron otro remedio más que seguirla caminando entre las tumbas.

—Le van a dar la libertad condicional.—Soltó de pronto Max.

Diana le miró, centrando toda su atención en el rubio.

—¿Qué?—Preguntó perpleja. Creía haber escuchado bien pero se negaba a creerlo. Apretó el paso con los puños cerrados. No era posible, se dijo. No podían dejar en libertad a ese monstruo.

Max le devolvió la mirada de manera nerviosa y se paró junto a ella cuando estuvieron a una distancia prudente para ver la ceremonia sin llegar a estorbar.

—El fiscal va a reabrir el caso debido a los acontecimientos recientes.—Hizo una pausa cogiendo aire.— Creen que se equivocaron.

—¿Por supuesto que lo hicieron!

Los tres amigos dieron un brinco asustados por la voz que había surgido detrás de ellos. Sybila interrumpió la conversación y su expresión mostraba una clara indignación.

—¡Os dije que era inocente!—Proclamó a los cuatro vientos.—Pero decidisteis no creerme, lo llevo repitiendo quince años y lo repetiré otros quince más si hiciera falta.

Diana la ignoró.

—Mantened los ojos abiertos, si Blake es inocente lo más probable es que quien atacara en el bosque a Carmen y el secuestrador-asesino de niños sea la misma persona. No me extrañaría nada que se escondiera a plena vista en un acto como este. —Siguió buscando con la mirada y saludó con la cabeza al teniente que al parecer pensaba lo mismo que ella pues parecía estar buscando también entre la multitud cualquier signo de sospecha.—Fijaos si alguien sonrío más de lo normal o alguien que esté muy pendiente de los familiares. Esos putos retorcidos disfrutaban con el sufrimiento de la familia. Actitud extraña... cualquier cosa que...

De repente calló.

—¡Allí!— Señaló una figura vestida de negro observando desde la distancia la escena que había echado a correr en cuanto la policía le puso el ojo encima.

—¡Él de la capucha!

Fue dicho y hecho. Echaron a correr con dificultad, entorpecidos por el barro esquivando al mismo tiempo las lápidas tras el sospechoso de capucha oscura que ágilmente parecía danzar sobre las tumbas como un diablillo... o quizás como una acróbata. Porque tras la oscuridad de la capucha, después de una persecución reñida y embestida por un agente hasta caer sobre la hierba, se escondía el rostro de Gisele Renard. Diana llegó a tiempo para ponerle las esposas. Max llegó un instante después, acalorado y resollando.

—Tienes... mucho... —Cogió aire de nuevo.—... que explicar.

CAPÍTULO XXVI

La bombilla de la sala de interrogatorios seguía parpadeando a pesar de haber pasado el técnico a revisarla en anteriores ocasiones por suerte Max ya estaba acostumbrado al igual que los policías. La única que parecía incomodarle era a la chica rubia que tenían sentada al otro lado de la mesa. Gisele había dejado de ser un deslumbrante cisne a ojos del reportero si acaso, una bella banshee de esas que arrastran a la locura a los hombres, viles y retorcidas. Su aurea que desde que la conoció había descrito como de un encantador misterio no era más que el halo oscuro que parecía rodearla y acompañarla en cada paso.

—Te lo preguntaré las veces que haga falta.—Dijo Diana cruzándose de brazos sobre su silla cansada del silencio de la delgada chica.—¿Por qué has salido huyendo?

La joven circense la miró directa a los ojos sin abrir la boca. El silencio era el peor modo que tenía de responder. Diana estaba perdiendo los nervios por momentos y el rubio lo notó. Como para no notarlo. El silencio de la joven parecía empequeñecer la sala de interrogatorios sobre ellos con la amenaza siempre presente de hacerles perder los estribos.

—Necesito tomar el aire.—Le susurró a Max y él asintió.

La morena se levantó algo engarrotada mientras se masajeaba el cuello.

—Voy a por un café ¿quieres uno?—Preguntó antes de abrir la puerta.

Él asintió echando una breve y rápida mirada a la sospechosa.

—Tranquilo, está esposada a la mesa, poco puede hacer.

Él la miró avergonzado, al parecer su rostro era un espejo reflejando todo aquello que pasaba en su cabeza.

—Ya... claro.—Respondió él no muy convencido antes de que la agente saliera de allí.

En el silencio de la sala se escucharon los tacones de Diana alejarse por el pasillo.

—Max...—Suplicó Gisele para el susto del joven que ya la hacía muda.

El reportero no hizo otra cosa más que detenerse a mirarla unos instantes. Envuelta el aquel jersey negro masculino y con capucha no parecía la misma persona a la que había conocido.

—Sé que nos ocultas algo.—Hizo una pausa.—Tu actitud era demasiado amable cuando nos conocimos, demasiado preocupada. Creí que tenías un gran corazón pero querías saber lo que sabíamos ¿no?

La joven miró a cada rincón de la sala, a cada cámara que grababa la escena y después se fijó en la pared que el chico tenía a su espalda.

—Es una pared falsa ¿verdad?

—Tranquila, no hay nadie.

“Mierda” se reprochó él por ser tan bocazas “ella no es tu amiga, ella te ha utilizado”

—¿Ya viste a Bob?

—¿Qué?—Preguntó perplejo pues no entendía la pregunta.

Y ella no tenía nada que perder.

—El payaso del circo, el del pelo rojo rizado, cubierto de sangre y garras de hueso. A mí lo de la sangre me parecía excesivo pero es un payaso, adora el maquillaje.—Hizo una pausa.—Ojalá fuera eso realmente. Maquillaje.

Max tardó un segundo en responder. Parecía que el aliento se le hubiera quedado congelado en la garganta, como un cubito de hielo, atascando su tráquea, incapaz de respirar. En su cabeza se materializó la pesadilla que tuvo la noche en que encontró el cadáver de Monique Brown. Era imposible que ella lo supiera.

—Apaga las cámaras y te contaré todo pero tienes que tener la mente abierta.

Max miró de reojo una de las cámaras que estaban en la esquina de la habitación. No podía hacer eso, no podía apagar las cámaras sin más, no podía dejar que ella le persuadiera. ¿Con qué? ¿Con una historia inventada? Ya había demostrado que era mentirosa y las mentirosas por mucho que puedan creer en su historia seguirán siendo unas mentirosas para el resto del mundo.

—Apaga la cámara y te diré dónde está Samuel Moon, vivito y coleando.

Le pudo el impulso, las ganas que tenía de poder salvar a aquel niño como no lo hizo con la hija de Bridget.

Apagó las cámaras y echó un vistazo a la puerta nervioso porque le interrumpieran.

—Recuerda que tienes que tener la mente abierta.—Dijo ella.

Él solo se limitó a asentir mientras Gisele comenzaba a desgranar con

palabras su secreto mayor guardado.

París era un nido de ratas en 1904 y a las ratas les gustaba el espectáculo. Tanto era así que el Circo La Condamnation a orillas del río Sena nadaba en la opulencia, el opio y el esplendor. La joya de aquel circo ambulante que pensaba hacer su residencia permanente en la ciudad del vicio era El cisne Blanco: Gisele Renard. Una bella muchacha, rubia y de ojos de zafiros que antes de que se diera cuenta había caído en las redes de la perversión. Cada noche visitaba un burdel de las calles de Montmartre. Una casa de putas donde sus artes acrobáticas era bien recibidas y donde su padre y su prometido no pudieran echarle el ojo encima.

Durante unos meses fue el ángel más adorado de todos y todos sus amantes deseaban verla tanto es así que al circo llegaba más y más clientela de aquel burdel para verla caer de la cuerda floja y volar sobre sus cabezas maravilladas. Era un tiempo en el que ella estaba guardando dinero, bastante dinero como para que una mujer sola en aquella época pudiera ser libre. Hizo de su camerino su propia casa de putas, cada noche después del espectáculo un hombre diferente la visitaba, con joyas, con flores... y con muerte. Se contagió de aquella enfermedad que asolaba los barrios más precarios de la sociedad. Y hubiese muerto si una noche un joven no hubiera interrumpido en su camerino. Llevaba un sombrero de copa y un traje que cualquier rico de entonces hubiera envidiado. Estaba mordiendo una manzana con la soberbia de un niño de bien y la lujuria de un hombre que había recorrido el mundo.

Pero él no era un hombre, era el Diablo arrastrándose por el mundo de los mortales como una serpiente para hincar el diente a ángeles desesperados temerosos de la muerte como Gisele Renard. Aunque ella no estaba tan desesperada como creía. Rechazó su trato, un pacto en que la obligaba a servir al diablo cosechando seis almas puras cada quince años. Entonces todo se torció, André interrumpió en la carpa, pues como hemos dicho los hombres siempre tienen un vicio y el vicio de su prometido era ver a escondidas las sesiones de sexo que mantenía la joven. Habló por ella, dijo que estaba demasiado enferma para pensar, que la inmortalidad y la juventud era un precio bastante más que razonable por una mera firma de nada. Recordaría siempre las palabras que le dedicó “¿y dejarte caer? Nunca”; El trapeceista se olvidó que aquello les convertiría para siempre en los títeres de aquella misteriosa figura e instó a Gisele para que firmara el

acuerdo. Ella que ya estaba bastante febril firmó su condena envuelta en sudores fríos y en las notas de un gramófono que no paraba de sonar. Sólo cuando hubo vendido su alma y la de todos bajo aquella carpa, el Diablo dejó atrás su disfraz para mostrarse como el monstruo que era.

Un monstruo de humo y huesos que cada quince años reclamaría su alimento.

Max escuchó la historia fascinado pero pensando que era una historia al fin y al cabo. Un intrigante y bello cuento por el que su lado de escritor trabajaba por rellenar los huecos con una imaginación desorbitada. Su corazón iba a mil y miró a Gisele con otros ojos. Estaba claro que era una demente. Quizás de eso era de lo que la muchacha conocía a Blake Hopkins, quizás estuvieron en el mismo psiquiátrico o quizás estuvo con su madre que era muy parecida a ella. Gisele visitaría a su madre en el psiquiátrico y siendo amiga de Black Demon querría seguir con su fantasía, matar a esos niños... quizás...

—Samuel Moon está escondido en la cabaña de botes tras unas tablas falsas del suelo. Hay un sótano allí escondido.

Max corrió a la puerta en cuanto lo dijo pero antes de que sus dedos rozaran siquiera el pomo, Gisele volvió a hablar.

—¿No me crees verdad?

El rubio se giró.

—Tendría que estar loco para creerte.

—Pensaba que eras diferente.

Fue un instante. Un instante en que ella se libró de las esposas con un sencillo juego de manos y rompió el vaso de agua en el que él había estado bebiendo antes. El filo del cristal se llenó de sangre cuando se rebanó la garganta.

Max gritó.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Desesperado cogió a la chica entre sus brazos, su cuerpo blanquecino y débil, manando la sangre a borbotones salpicando la mesa, la silla, el suelo... llenando la ropa de él con su sangre, sus manos intentando taponar el corte sin éxito. Se escucharon muchos ruidos en el pasillo, gente corriendo suponía... o esperaba. Él estaba muerto de miedo, temblando, los ojos le ardían enrojecidos por las lágrimas nacidas de la más absoluta impotencia.

—¡Ayudadme! Por favor...

Estaba a punto de desmayarse cuando Diana entró por la puerta. El café

cayó al suelo y rodó por él hasta mezclarse con la sangre.

—¡Traigan una ambulancia!—Gritó por el pasillo.—¡Rápido! ¡Rápido!
¡Rápido!

La voz de ella sonó temblorosa y apremiante mientras se dejaba caer en el suelo, manchándose las rodillas con la sangre, al lado de ellos dos.

—¿Qué ha ocurrido?

Max solo balbuceaba. Era completamente inútil intentar hablar con él en aquellos momentos. Diana miró a todos lados buscando alguna evidencia de lo que había ocurrido en su ausencia. Vio las esposas en la mesa, el rastro de cristales del vaso roto... y las cámaras apagadas.

—¿Por qué cojones has apagado las cámaras?!—Rugió enfadada pero Max ni se inmutó, por el contrario, siguió temblando mirando los ojos vacíos de la rubia.

Sus ojos vacíos.

Diana dejó de intentar salvarla.

Ya estaba muerta.

Se llevó las manos a la cabeza mientras otros agentes irrumpían en la habitación intentando separar a Max del cuerpo. “Me van a acusar de negligencia o en el peor de los casos de homicidio involuntario” Miró a Max “Le acusarán de asesinato, va a ir a la cárcel” se dijo. “Y yo voy a ir con él” Se derrumbó sujetándose a una de las sillas para no caerse, dejando la huella de su mano ensangrentada sobre el metal.

Como podían cambiar las cosas en lo que duraba un trayecto a la cafetera.

El teniente entró por la puerta, todo hecho una furia al mismo tiempo que dejaba paso a los sanitarios de la ambulancia.

—¿Qué ha ocurrido?!

—El niño...—Max habló por primera vez desde que Diana le había dejado en la sala de interrogatorios.—Samuel Moon está vivo en un sótano tapiado de la cabaña para botes en el lago. No hay tiempo.

CAPÍTULO XXVII

— Mantened los ojos abiertos, no sabemos quién puede estar ahí abajo.

Los agentes habían entrado a la cabaña con sus equipos especiales y el que dirigía la pequeña operación apuntaba con una linterna los tablones del suelo que al parecer podían levantarse, levantando así el polvo sobre la madera, elevando el olor a tierra húmeda, a rancio, a muerte. Dejaron las tablillas sueltas de cualquier manera en el interior de uno de los botes que ajenos a los acontecimientos permanecían quietos en la soledad del fresco otoño. Con cuidado y al mismo tiempo con premura, los agentes de la policía de Nollsbury descendieron con las armas preparadas hasta aquella oscuridad escondida bajo tierra. Y sólo se encontraron con eso, oscuridad, aunque había signos más que evidentes de que habían retenido a los niños desaparecidos allí. El lugar destilaba el hedor de la putrefacción y de la orina, había marcas de arañazos en la piedra y una muñeca enterrada en la oscuridad de un rincón. Uno de los agentes la alumbró con su linterna observando detenidamente los hilos deshilachados, los botones manchados de sangre y la sonrisa bordada que sempiterna adornaría aquel rostro dulce e infantil. Reconoció en ella a la muñeca de Monique Brown pues el periódico había mostrado a la niña en su patio con columpios sujetando en su regazo a aquella muñeca olvidada para siempre en el fango. Tal y como su dueña había aparecido, como una muñeca tirada al fango que se acumulaba en el fondo del lago Boor. Tal y como encontrarían a Samuel Moon si no se daban prisa.

—Todo despejado muchachos.—Pronunció por walkie el agente.—
¡Maldición!—Añadió solo cuando nadie más le escuchaba.

“¿Dónde estás Samuel?”

—No sé cómo... ella se quitó las esposas y cogió el vaso... el cristal...
ella...

Max estaba siendo interrogado por uno de los policías que no conocía a la salida de comisaría.

—Yo no he hecho nada.

—Ha apagado las cámaras.—Replicó el agente que en su placa se identificaba como Ford.

Max le ignoró mirando la ambulancia aparcada allí fuera pues ejercía una fuerza magnética hacía él. Apretó con fuerza la manta echada sobre sus hombros con el puño cerrado y los nudillos blancos.

Alguien se la había dado. No recordaba quien.

“Él no había hecho nada” caviló en su mente embotado por el shock. Sin embargo aún le esperaba un impacto más fuerte precedido por el grito de un paramédico: Gisele abrió su propia bolsa funeraria y salió andando por el parking para el asombro de todos los que miraban la escena y como la joven empapada de sangre caminaba hacia el reportero que sujetaba la manta como si le fuera la vida en ello.

El rubio se quedó mudo, paralizado, miró a quien le interrogaba y éste incrédulo miraba a la joven con el mismo asombro y estupefacción que él. Le costó pronunciar palabra al principio, solo después de varios intentos logró pronunciar algo que tuviera sentido.

—Tú... ¿Tú también la ves?

“No puede ser real” pensó. “Todo esto es una locura” “Una puta locura”

El agente asintió mientras el bloc de notas en el que apuntaba el intento de interrogatorio del reportero pasaba a mejor vida. Los sanitarios salieron corriendo detrás de la chica para examinarla con las manos temblorosas y el miedo en sus pupilas. Nunca un cadáver había salido andando.

Max escuchó como ella repetía una y otra vez que estaba bien, mientras los paramédicos la envolvían en aparatos. Un tensiómetro confirmó que aquel corazón seguía muy vivo, examinaron su cuello... Y nada. Sin corte, sin sangre, sólo piel suave y sonrojada. Miraron con enfado al reportero y a los policías que estaban rondando por la entrada de la comisaría.

—Si esto es una clase de broma no tiene gracia.—Solto de golpe y con enfado un auxiliar al agente Ford. Él hombre miró a Max.

Qué curioso que aun viendo las cosas seamos incapaz de ver. Qué curioso que aun cuando no podamos explicar algo intentemos hacerlo de la manera más racional.

—Así que una maldita broma.—Pronunció el agente dando una palmada en el hombro al rubio con tal fuerza que casi lo tira al suelo.

—Me puedo esperar esto de niños de quince años pero no de un hombre.— El sanitario miró a Max de arriba abajo—La próxima vez asegúrese de que el muerto esté muerto o de que haya una urgencia de verdad. No nos haga perder el tiempo.

Hizo un gesto a sus compañeros que confundidos junto a la puerta abierta de la ambulancia sujetaban todavía un desfibrilador entre sus manos paradas por el estupor y el desconcierto. Max vio como el enfermero se marchaba pasando junto a la rubia que parecía sacada de una novela de Stephen King mascullando “puta chiflada del circo” para añadir en voz de grito a sus compañeros de trabajo “¡Una broma chicos! Falsa alarma, nos vamos” La ambulancia se fue, y con el parking despejado y una explicación que aún con lagunas tranquilizaba el raciocinio de las personas, éstos se fueron dispersando para ocuparse de cosas mejores.

Y Max se quedó con la manta, la palidez y el horror.

—No creas que esto se va a quedar así.—Le advirtió el policía.— Tendremos que informar a nuestro superior de la imbecilidad que has hecho y los recursos que has malgastado con la llamada de emergencia.

Se fue y con él toda la cordura posible. ¿Podría ser que estuviera delirando? ¿Qué aquel pueblo despertara en él la locura latente de su alma? ¿Fue así como Black Demon comenzó? ¿Con pesadillas? ¿Con delirios? ¿Y si todo era un producto de su imaginación? ¿Era Gisele Renard retratada en los dibujos de Black Demon la personificación de la locura?

La rubia le sujetó del brazo y él con los ojos llorosos y desesperados miró hacia su mano notando la fuerza con que ella le agarraba. Ella era real, su historia era real, el Diablo... *oh, el Diablo era real.* Y aquel monstruo se estaba llevando a los niños de sus camas como en cuento con moraleja.

Pero sin cuento y sin moraleja.

La carpa de colores parecía brillar con una fantasmagórica luz propia, envuelta en una excentricidad fastuosa propia de principios del siglo diecinueve. Madame Olga fumaba un cigarrillo tumbada entre boas de plumas mientras el humo se elevaba hasta la cúspide de la tienda. André por su parte jugaba a las cartas con el prestidigitador de bigote engominado, mientras tras la lona se escuchaban los berridos de lo que podría ser algún animal exótico.

—Tienes que darle de comer.—Ordenó el trapecista a la ociosa Madame.

Ella hizo una mueca mientras daba una calada de nuevo al cigarrillo.

—Te deja las manos con olor a podrido. Aliméntale tú.—Le dijo ella.

Por un momento solo se escuchó el roce que producían las cartas pasando de una mano a otra.

—No soy yo quien tiene un espectáculo de fenómenos.—Le replicó éste con toda la calma posible mientras sacaba un rey de espadas.

La peculiar dama se levantó grácilmente del diván para después pasearse por la mesa en la que jugaban los muchachos y echarle el humo en la cara a aquel engreído trapeceista. André espantó la neblina con las manos disipándola con disgusto.

—Llévate a Bob contigo.—Dijo éste.

Ella alzó una ceja y dirigió su mirada al tocador de señoras donde el payaso se refugiaba bajo la mesa. Era un guiñapo de rizos rojos y mirada perdida que hacía gracia en los números de animales por meter la cabeza entre sus fauces o bailotear como un gorila junto a los monos amaestrados. Bob era todo ternura bajo la luz de los focos pero en la oscuridad el payaso dejaba salir su propia lúgubrez dejando patente el profundo sadismo que le acompañaba.

La voz de Madame Olga cambió totalmente de registro cuando se dirigió hacia él. Como si se comunicase con un niño de cinco años.

—¿Bob? ¿Quieres dar de comer al Hombre Tiburón?

El payaso la miró y ella dio un respingo pues la miró directamente a los ojos cosa que rara vez hacía. Asintió y salió de su escondite para ir a coger el cubo de latón que había a la entrada. Pero antes de que pudieran salir de la comodidad de la carpa, el maestro de ceremonias Cyprien Renard entró en ella, todo engalanado con su sombrero de copa sobre el cabello encanecido y sujetando su bastón. Al verle, André se levantó dejando ver sus cartas echando la partida por tierra.

—¿Y el niño?—Preguntó al dueño del circo.

El otro le miró asombrado mientras se quitaba los guantes que ocultaban sus manos llenas de manchas en la piel.

—¿Ya os habéis enterado?

Los circenses se miraron unos a otros, avergonzados por espiar al maestro.

—Samuel Moon está a buen recaudo, hemos tenido que acelerar las cosas dadas las circunstancias.—Explicó Cyprien mientras caminaba hacia el tocador y dejaba su sombrero de copa sobre la mesa. Miró al espejo observando su reflejo que no había cambiado ni un ápice desde 1904. Por el rabillo del ojo le pareció ver al Diablo, allí, mirándole por encima de su hombro. Se dio media vuelta para ver sus caras antes de volver a hablar.—

Nuestro señor tiene hambre y es nuestro deber alimentar a la bestia de almas castas e inocentes. Ya sabéis que nos pasará si nos negamos.

Todos miraron a Bob, el payaso de rizos rojos, sus miradas fueron inevitablemente a parar en sus manos que siempre permanecían ocultas bajo la protección de los guantes.

—No seríamos más que huesos.

CAPÍTULO XXVIII

Un pasillo largo y ruinoso, a oscuras, en silencio.

Una habitación con camas de hospital y cristales rotos.

Sollozos de niños mezclados con la melodía de un carrusel de juguete.

El rostro de un monstruo en la oscuridad.

Sangre.

Gritos.

Asfixia.

Muerte.

Max despertó en su habitación de la pensión y encendió la luz enseguida. No podía seguir soportando la oscuridad. Llevaba días con pesadillas, sin dormir, sin descansar, sin apenas ser una sombra de lo que era. Se incorporó de la cama dejando arrastrar la sábana sobre el suelo. Fue hacia el baño y se lavó la cara, frotándose bien los ojos antes de mirarse en el espejo. Había adelgazado un par de kilos desde que estaba allí y sus ojeras se habían hecho más pronunciadas así como su mirada se había ensombrecido. Él que siempre pecaba de infantil e inmaduro parecía haber perdido todo su entusiasmo en los últimos días. Obviamente después de la escena que protagonizó en la comisaría el teniente al cargo le había dicho que se marchara educadamente por dónde había venido. Su segundo despido en menos de un mes.

Supiró y regresó a la habitación. Miró el reloj de su móvil, todavía faltaba bastante para que amaneciera y seguía sin saber qué hacer. De momento tenía dinero para poder quedarse al menos un par de semanas más pero después tendría que volver a la ciudad o a casa de sus padres. Y no quería volver a casa de sus padres. Se sentó con las piernas cruzadas sobre el colchón y miró el ordenador que a los pies de su cama le tentaba a cogerlo.

Lo cogió.

Y escribió.

Describió su pesadilla en el blog de su personaje ficticio Sam Porter al que

había tenido abandonado desde que llegara a Nollsbury. Y cuando terminó se quedó mirando a la nada con los pensamientos en blanco. Estuvo así al menos un rato hasta que se hartó y aún con el portátil en su regazo comenzó a buscar información sobre demonología. Echó una breve mirada a la cómoda que hacía su vez de mesa de estudio, allí se acumulaban los documentos que había podido reunir sobre todo aquello que tuviera que ver con el Diablo: historias como la del Fausto de Goethe o la de Nicolo Paganini, leyendas urbanas sobre invocaciones, instrucciones de foros góticos sobre rituales satánicos, titulares de periódicos con testimonios de haber sido testigos de lo oculto y paranormal. Todo en saco roto, sin saber discernir lo que era un bulo de lo que podría ser verdaderamente plausible. Se frotó los ojos de nuevo, esta vez debido a la molestia que suponía para sus ojos el brillo de la pantalla del ordenador.

Cerró los párpados un instante y apoyó la cabeza en la pared con gotelé. Estuvo así sólo durante unos minutos antes de volver de nuevo su atención hacia el portátil. Abrió otra pestaña del navegador, esta vez no para buscar algo si no para revisar su correo, abrir alguna red social, despejarse un poco del pesimismo que comenzaba a consumirle lentamente. En su correo no podía faltar el spam y los miró por encima con desgana hasta llegar a un email que hizo que sus ojos se abrieran de asombro. En el asunto ponía todo en mayúsculas destacando sobre los demás YO TE CREO y el remitente era de Dthorne25.

“Diana” se dijo él mientras clicaba sobre el asunto. En los dos días que habían pasado, Max no había querido hablar con nadie, avergonzado, confuso, refugiado en las paredes de la pensión como un ermitaño. Por supuesto había seguido las noticias de los periódicos. La búsqueda en la cabaña de los botes había sido un fracaso y mientras Samuel Moon seguía desaparecido, el pánico había cundido en el pequeño pueblo. La escuela permanecía cerrada hasta próximo aviso, en la Iglesia habían comenzado a reunirse las familias preocupadas de la protección de sus hijos, el ayuntamiento había promovido charlas de concienciación social dedicada a los más jóvenes con el mensaje de no hablar con desconocidos, de no alejarse de la vista de sus padres, niñeras, hermanos o primos. Habían empapelado las calles con carteles que aunque no recordaba exactamente las palabras que habían utilizado, venían a protestar sobre la inminente salida de Black Demon de la seguridad del psiquiátrico.

Leyó el correo intentando que su mente no se dispersara a cada palabra

leída.

YO TE CREO

Para: **@chandlerescritor**

De: **@Dthrone25**

No sé si llegarás a leer este correo pues no me coges el teléfono. Josh y yo estamos preocupados. No sabemos nada de ti desde el interrogatorio de Gisele Renard. Sé que los demás policías se rieron en tu cara y que el Teniente tuvo que echarte de comisaría y del caso pero no por eso tenemos que dejar de vernos. Somos amigos y queremos estar ahí para ti. No dejes que te confundan, YO TE CREO y sé que es una locura. ¡Dios, es una completa locura! Pero nunca una locura había tenido tanto sentido. Yo sé lo que vi de pequeña y ahora sé que no fueron imaginaciones mías. Sólo quiero hablar contigo.

Por favor.

Ya sabes dónde encontrarme. Ven a casa, comeremos pizza ;)

Xxx, Diana.

El rubio se levantó con una energía que no había sentido desde que la apatía se había hecho con su cuerpo. Se vistió de manera abrigada y cómoda. Miró la cámara apartada encima de la silla. La cogió y también cogió su mochila de trabajo. Salió al pasillo y al ver la oscuridad del fondo el vello se le erizó sobre la piel de sus brazos. Era de noche, el resto de huéspedes estaría durmiendo. Caminó sin hacer ruido pasando por cada puerta.

Se escucharon gemidos lascivos a través de la habitación junto a las escaleras. No. Al parecer no todo el mundo estaba dormido.

Sus manos recorrieron el pecho de ella, turgente y sensual. Sus dedos masajearon uno de sus pezones rosados mientras arrancaba suspiros de placer de la boca húmeda y jadeante de Diana. Con su lengua, Josh jugueteó con el otro seno y siguió el camino de su piel hasta la clavícula... hasta su cuello, sensible y pálido. La besó haciendo que ella se estremeciera, la mordió con lujuria y delicadeza provocando la excitación entre sus piernas. Ella estaba mojada y él con una erección más que evidente. Diana se deleitó de la forma masculina que tenía ante sus ojos, él la miraba con deseo como si ella fuera una reina pero lo que él no intuía es que ella le miraba como si fuera un Dios. Un dios de ébano que al embestirla con fuerza hacía de ella un manojito de sensaciones placenteras. Gimió, gritó, susurró, apretó con su mano las sábanas con fuerzas, arañó con sus uñas la espalda de su amante. Se devoraron

hambrientos como dos animales salvajes, piel con piel, lengua con lengua, lentamente, rápidamente, lentamente otra vez para culminar en un éxtasis abrumador que los dejó a ambos palpitando, con fuego bajo la carne.

Él la besó en los labios hinchados por el frenesí.

—No ha estado mal ¿eh?

La miró juguetón y con picardía mientras acariciaba su vientre dibujando círculos alrededor de su ombligo con la yema de sus dedos. Ella se acomodó sobre su pecho, interrumpiéndolo a mitad de un círculo que sobre su piel la hacía estremecer.

—Eres un idiota.—Le dijo, cuando lo que le quería decir es que le quería.

Él enredó sus dedos en el cabello de la morena acariciándola con ternura. Cerraron los ojos y no supieron el tiempo exacto que permanecieron así porque les despertó el timbre de la casa y los golpes en la puerta.

Escucharon a Biscuit ladrar en el piso de abajo. Enseguida ambos policías se incorporaron y en menos de treinta segundos ya estaban vestidos y con las armas preparadas. Vale que estaban sin cargar pero aquello, como a menudo pensaba Diana, disuadía de cualquier intento de robo solo con mirarla.

Volvieron a llamar a la puerta y al darse cuenta de que nadie intentaba entrar a la fuerza Diana dejó la pistola en la mesita del recibidor junto a la de Josh que se había adelantado para recibir al causante de todo ese ruido.

—¡Abre! Soy Max.

El chico le lanzó una mirada desconcertante a Diana que se excusó con un gesto que mostraba su misma confusión.

Miró el reloj de la cocina. Las cuatro de la mañana y Diana tuvo una sensación de dejavú cuando Josh abrió la puerta de la casa y Max pronunció:

—Diana tenemos que hablar.

Josh le invitó a que pasara.

—Vamos no te quedes en la puerta.

CAPÍTULO XXIX

El rubio miró a uno y luego al otro. Sus cabellos revueltos, sus rostros enrojecidos, su ropa de cama...así que oficialmente estaban juntos...y Josh... ¡Josh no llevaba la muleta! Se sintió inmediatamente reconfortado, aliviado de su culpa al ver que el policía se estaba recuperando del disparo.

—Todavía me estira un poco la cicatriz al andar pero los puntos se han quedado bastante bien.—Le dijo él al ver a Max mirar con disimulo el origen de su leve cojera.

Cojera apenas imperceptible. Por no decir casi nula.

Diana los dirigió a la cocina y allí comenzó a preparar café mientras el perro reclamaba las atenciones de su dueña jugueteando entre sus piernas. La joven sospechaba que la visita del reportero necesitaría de toda su concentración e intuición, cosas tales que le eran imposible darlas si andaba todavía con los ojos cerrados.

—¿Has visto mi email?—Preguntó ella mientras el ruido de la cafetera eléctrica los martilleaba en el silencio de la casa.

—Si no fuera así no habría venido.—Contestó el rubio con una rotunda urgencia que a sus amigos les alarmó.—Sé que ya no estoy en el caso pero no puedo dejar las cosas así.

Max se miró las manos, sentado como estaba junto a la circular mesa de la cocina. Sus manos temblaban y él se las masajeaba una a la otra con nerviosismo; con impaciencia. Sólo cuando Diana repartió las tazas verdes sobre la mesa se dio cuenta de que había permanecido absorto en su mente, mirando sus manos, callando su locura. Los dos policías se miraron entre sí, preocupados, a lo que Max únicamente pudo elevar la mirada, coger la taza y dar un sorbo pensando que diría a continuación. De camino a casa de Diana había tenido todo el discurso dictado en su cabeza pero una vez allí se sentía paralizado, incapaz de que las palabras salieran de su boca.

—Yo te creo Max.—Afirmó Diana cogiéndole del brazo y sentándose a su lado.

—Yo también te creo amigo.—Le dijo Josh mirándole con aprecio.

El rubio colapsó y balbuceó con apenas un hilillo de voz que fue sofocado por los constantes ladridos de Biscuit.

—¡Ahora no!—Exclamó la morena al perro que parecía mirarle apenado.—
¡A dormir!

Diana señaló el pasillo y el perro obediente desapareció de la cocina.

—Lo siento.—Se disculpó ella.

Los tres sorbieron de sus tazas con el reloj haciendo tic-tac a cada segundo que pasaban en silencio mirándose las caras y con la respiración acelerada.

—Mira...—Comenzó a decir Diana.—Hablé con Ford, el agente que te interrogó, todos piensan que fue una broma de mal gusto y que tú picaste como un bobo arrastrándonos a todos los demás. Pero... me contó lo que le dijiste, aquella historia que la chica del circo te relató. Y...

La joven no sabía cómo seguir, miró a Josh y éste dejó entrever una fugaz sonrisa que como un bálsamo recuperó su ánimo.

—Cuando mi hermana desapareció le dije a mis padres que un monstruo se la había llevado.—Hizo una pausa bebiendo su café.—Por supuesto no me creyeron y con el tiempo ni yo misma podía seguir creyéndomelo. Me agarré como un clavo ardiendo a que Blake Hopkins era el culpable pero después de escuchar la historia de Gisele Renard...

—Me preguntó si habíamos visto al payaso.—Interrumpió Max y al hacerlo el rostro de la morena perdió el color, tornándose tan blanca como la volátil y escurridiza cortina de la ventana.

Dejó la taza en la mesa.

—Esto es demasiado.—Hizo una pausa removiendo la cucharilla con nerviosismo.—Si todo es real, lo que vi, el testimonio de la acróbata, el diablo en Nollsbury...¿Qué podremos hacer? Nosotros no sabemos nada de temas sobrenaturales. Está más allá de nuestras capacidades.

—Sybila...

Josh que hasta el momento había permanecido en un respetuoso silencio interrumpió con algo en lo que nadie más había caído.

—Imaginemos que es verdad.—Max y Diana se miraron con mala cara ante el supuesto imaginar.—Si existen fuerzas que no entendemos, Sybila Hopkins es nuestra mejor baza. Ella entiende más de esos temas que cualquiera de nosotros.

Se quedaron un segundo en silencio.

Un tic-tac sonaba descompensado.

—Tenemos que ir a verla en cuanto amanezca.—Pronunció Max.

—¿Recordáis aquello que dijo en su interrogatorio?—Preguntó Diana a lo que Max contestó enseguida.

—Por supuesto, era la primera vez que la veía y me impresionó bastante a decir verdad. He visto al cisne caer, al humo convertirse en persona, he escuchado las notas del gramófono y he observado de primera mano al príncipe de las tinieblas. Y he visto a la niña. Y como ella cinco más.—Parafraseó las palabras de la anciana evocando en su mente el interrogatorio al que fue sometida.

—Monique fue la primera, ahora Samuel...—La voz de Diana sonó estrangulada y con pesar añadió.—Si nos atenemos a lo que predijo, cuatro niños más desaparecerán de Nollsbury.

“Y aparecerán muertos”

Josh se levantó del asiento para sorpresa de los otros dos que le miraron con creciente interés.

—En ese caso no tenemos tiempo que perder, jugamos contrarreloj.

Max comenzó a montar su propio cuarto rojo en el despacho de Diana. Sacaron todos los bártulos que no eran otra cosa más que las decenas de cajas acumuladas por el tiempo: apiladas; precintadas y alguna que otra rota por las esquinas dejando al descubierto de esa manera los misterios que en su interior escondía. El rubio se deshizo también entre otras cosas de los archivadores pesados y negros que ella mantenía a resguardo en las estanterías. En su lugar desplegó el instrumental necesario para el revelado de fotos, como recipientes con distintos químicos que sacó de su mochila, así como pinzas metálicas y cuerdas de nylon que colocó cruzando la habitación de lado a lado. Cuando la chica tiró de la cuerda que encendía la lámpara, la luz roja bañó toda la estancia sumiendo el despacho de la casa bajo la influencia de un halo siniestro y sanguinolento. La bombilla tenue y cálida de antes había sido retirada como las cajas de cartón que esperaban en el pasillo al comienzo de las escaleras.

—¿Qué piensas encontrar ahí?—Preguntó Josh con interés mientras miraba por encima del hombro al reportero que de manera metódica y concentrada vertía los líquidos en las bandejas. Los vapores enseguida emanaron como una niebla que olía a ácido y amenazaba con marearles.

—Cualquier cosa que me ayude a probar que hay algo extraño en ese circo. Cualquier detalle que nos ayude a corroborar la historia de Gisele Renard.— Contestó él recordando como hacía un par de años un compañero de la facultad había sacado en una fotografía una extraña presencia rondando en la biblioteca a la chica que por entonces le gustaba.

Por supuesto en aquel tiempo creían en cualquier cosa que hiciera a su pulso dispararse. Y los fantasmas eran más que atrayentes.

—¿Y si es así? ¿Si probamos que es cierto?

Max no contestó “¿Qué podía a decir?” Casi nadie iba a creerles.

De repente, las primeras manchas comenzaron a formarse en el papel fotográfico, manchas que tomaron forma poco a poco de rostros: rostros esperpénticos, rostros ajados por la edad, rostros maquillados pálidamente y rostros hermosos. Sin embargo todos aparecían con la mirada en blanco, como muertos, como fantasmas, como cadáveres en vida, como títeres a los que se habían olvidado de pintar las pupilas. Y por si eso no era suficientemente extraño aún podía ponerse peor, porque allí, tras la lona de la carpa principal podía verse un ente. Una figura oscura y etérea como el humo que parecía rodear con sus garras la lona como un niño sujeta su juguete favorito. Y en cuanto el trío fue consciente de la verdad, la oscuridad se hizo presente llamada por esa fotografía, atraída por su propia imagen. Un ser diabólico que sumió la casa de la policía en temblores y los hizo gritar cuando los objetos comenzaron a volar por toda la habitación. La bombilla parpadeó un par de veces hasta que explotó haciendo llover los cristales por encima de sus cabezas.

Todo se quedó oscuro y los chicos notaron en su piel el frío que había aparecido súbitamente entre aquellas paredes. Sus respiraciones se volvieron profundas y rápidas antes de ver y escuchar con horror como la puerta del cuarto rojo se cerraba de un portazo dejándoles encerrados.

Había algo allí con ellos, en aquella profunda oscuridad. Algo que Diana ya conocía. El monstruo. El Diablo.

—¿Qué quieres de nosotros?!—Gritó ella en un desgarró de su alma. En un momento de flaqueza. En su mente podía ver el rostro de Abby antes de que aquel ser se la llevara fuera de su cama.

Se escuchó una respiración metálica y palpitante. Era como un susurro y un grito al mismo tiempo. Una voz que parecía penetrar bajo su piel. Comenzaron a escuchar una canción que no era más que un juego, una burla. Una retorcida burla de una criatura aberrante. La peste que aquel ente emanaba se adhería

sobre ellos como una capa de putrefacción. Escucharon los ladridos de Biscuit detrás de la puerta y estuvieron escuchándose durante unos segundos antes de cesar por completo. Un silencio que se llevó la peste. Diana giró rápidamente del pomo de la puerta y ésta se abrió sin dificultad alguna.

Una calma extraña que los dejó inquietos, mirando hasta su sombra mientras bajaban corriendo las escaleras. La chica se paró en seco a la entrada haciendo que los otros dos chocasen con ella.

El cuerpo del perro estaba en una postura extraña, con el cuello girado hasta lo imposible y las cuencas vacías, con la panza abierta y los intestinos colgando. Diana gritó y su dolor pareció llamar a la Bestia, hambrienta de sufrimiento, insatisfecha con la carne del animal. Salieron corriendo de la casa mientras ésta volvía a temblar y los objetos salían disparados como proyectiles en todas direcciones.

Corrieron calle abajo sin importar como estuvieran vestidos, sin importar todo lo que habían dejado atrás, sin importar que el corazón les retumbara hasta en los oídos.

Corrieron hasta quedar sin aliento sintiendo todavía la oscuridad más maligna vibrar en sus huesos.

CAPÍTULO XXX

Sybila Hopkins tuvo un mal presentimiento, lo tenía desde hacía semanas y mucho antes de las desapariciones. Era una sensación de angustia y malestar físico que se apoderaba de ella. Tenía fuertes jaquecas y aunque había intentado por todos los medios deshacerse de las malas vibraciones como lo hacía con el mal de ojo, parecía que algo la rondara constantemente. Algo oscuro y violento que la hacía sentirse débil y torpe.

Puso una tetera al fuego y sacó un paquete de galletas de la despensa, no sabía exactamente por qué pero intuía que tendría visita. Quizás se tratara de su nieto ya que en cualquier momento estaba segura de que volvería con ella. Sus ojos se empañaron de melancolía al pensar en Blake.

"Mi pobre muchacho" pensó lamentándose de todo lo que le había ocurrido a su nieto.

Preparó la mesa del salón sin reparar mucho en lo que estaba haciendo pues su mente seguía pensando en aquel adolescente con esquizofrenia que había dejado atrás por las circunstancias nefastas a las que había sido expuesto. Al mirar la mesa reparó en que había colocado cuatro tazas.

Y se sentó a esperar con Ramsés paseando alrededor de su sillón. Esperó con inquietud hasta que el sonido de la tetera hirviendo le hizo levantarse. La apartó del fuego pero sin dejar de mirar las pequeñas llamas azules de su cocina de gas. Allí, en el interior de las llamas le había parecido ver un hombre. Un hombre con sombrero de copa y sonrisa afilada. Un hombre que al siguiente vaivén de aquel fuego había metamorfoseado en un monstruo de oscura áurea. Se sintió mareada, sin fuerza alguna en su enjuto cuerpo, como si aquella visión maligna le hubiera robado las fuerzas. Pensó en echarse de nuevo en la cama cuando escuchó los golpes en la puerta. Golpes desesperados y apremiantes. Después llegaron las voces que la llamaban con urgencia desde la calle.

Cuatro tazas para tres invitados.

Miró sus caras de horror y supo que no estaba equivocada, había una

presencia en Nollsbury, una oscuridad que los rodeaba, que se filtraba en cada casa, en cada patio, en cada cabeza...

Una sombra hambrienta, una bestia incorpórea se elevaba sobre el tejado de la vivienda. Si alguien hubiera podido mirar por sus ventanas en aquel momento, hubiera puesto el grito en el cielo: el cadáver del perro sobre la alfombra; la sangre que salpicaba las escaleras; las vísceras que se extendían hasta la puerta principal; el caos que se adueñaba de cada habitación donde los muebles aparecían cambiados de sitio; los cojines y colchones desgarrados por marcas de arañazos; espejos rotos; fragmentos de cerámica en el suelo... y ni un alma en la casa. Sólo quedaba el eco de una muerte tácita y de un silencio hueco.

La sombra se elevó atraída por el hedor de la pérdida y el sufrimiento. Había alguien en Nollsbury que estaba sufriendo más que cualquier persona de allí.

Bridget estaba sentada a la sombra de un jarrón sin flores. Lloraba. Sin su hija no era más que una sombra marchita de lo que algún día fue. Tenía varias llamadas perdidas de Brandon y algún que otro mensaje de voz. Una voz que sonó fuera de lugar en aquella casa vacía de alegría, ausente de una niñez que llenara de felicidad cada rincón de la casa.

“Bridget cógeme el teléfono por favor, también era mi hija por mucho que te pese”

Una pausa.

Un suspiro desde el altavoz.

Los hielos de un vaso con alcohol chocando unos con otros.

“Háblame Bri te lo suplico. Al menos deja a Jocelyn al margen.” “Ella no se merece tu desprecio, siempre ha estado para nuestra hija”

Si hubiera tenido fuerzas se habría hasta reído.

“Pobre Jocelyn” se dijo ella. “Le hará lo mismo que a todas”

Lo pensó con verdadera compasión. Había podido conocer a la dulce Jocelyn en las reuniones del colegio. La profesora de primaria era una mujer tímida e irradiaba inocencia cualidad que siempre había atraído a Brandon que se cansaba de las mujeres como quien se cansa de un determinado aparato electrónico. Siempre habría un modelo más nuevo.

Bridget volvió a llenarse el vaso hasta el borde. Se levantó de la silla una

vez se hubo terminado la copa número... número... no sabía decir cuantas se habría tomado pero la botella recién estrenada estaba prácticamente vacía. Caminó hasta el lavabo, abrió el grifo de la bañera y mientras el vaho comenzaba a llenar la habitación ella se desvistió. Su reflejo en el espejo le devolvió la mirada; una mirada ojerosa y triste que observó casi con vergüenza su cuerpo desnudo. Un cuerpo que había perdido volumen peligrosamente marcando los huesos de sus caderas. Miró su reflejo una vez más antes de meter un pie en la bañera. Había abierto el grifo del agua caliente y a pesar de eso estaba helada. Se sumergió hasta el cuello provocando con su inmersión que el agua rebasara por los bordes hasta salpicar la moqueta. Sus músculos se relajaron mientras miraba al techo durante unos minutos sintiendo como dejaba que su cuerpo flotase en calma. Acarició con los dedos la superficie del agua dibujando pequeños círculos concéntricos. Su piel comenzó a erizarse y sus pezones se pusieron duros. Volvió a abrir el grifo del agua caliente pero parecía que se congelara a medio camino. Hasta su respiración pareció helarse suspendida ante sus ojos como un ente sin saber que otro comenzaba a susurrarle al oído aferrándose a la bañera con sus garras.

La joven se sintió mareada, sin fuerzas. Se aferró al borde con las dos manos e intentó impulsarse para salir del agua pero no pudo. Quizá se había pasado con el alcohol. Escuchó el inconfundible sonido del grifo y dio un respingo, éste giraba solo y el agua volvía a correr. Se asustó de nuevo, esta vez por otro motivo. Desde el pasillo escuchaba el tintineo de la botella de licor rodando por el suelo. Ésta chocó con la bañera y se paró.

—¿Hola?—Preguntó Bridget asustada.

Nadie contestó.

El grifo seguía abierto.

El sonido del agua recorría toda la casa.

Sacó el brazo hacia la botella viendo el reflejo en el vidrio de una mancha negra moverse muy deprisa. Probablemente un efecto de la lámpara, un reflejo del espejo o de la luz de la ventana. Cogió la botella y en cuanto lo hizo sintió como una mano le cogía del pelo y la echaba hacia atrás. Se golpeó la cabeza y el agua se tiñó de rojo.

La médium escuchó atenta el horror que había asolado la casa de Diana

momentos antes. Removió el azúcar de su té de frambuesa, hipnotizada por el movimiento de la cuchara sumergida en el agua caliente teñida de rojo.

—Entonces...—Comenzó a decir—¿El Diablo? ¿Él es quien está haciendo esto a los niños? ¿Quién lo hizo cuando acusaron a mi nieto?

—Eso pensamos sí.—Pronunció Max mirando de reojo a sus dos amigos.

—¿Usted también?—Sybila señaló a Diana con resentimiento y desconfianza.

Y Diana no podía culparla por ello. La joven asintió cruzada de brazos como estaba. No había probado el té.

—Necesitaré agua bendita, algo de canela en rama... sal... no puede faltar la sal.—Sybila se quedó dubitativa.—Hablaré con el diácono aunque no me tiene en mucha estima.

Se levantó y en el momento en que lo hizo el gato egipcio que había estado observando la conversación, saltó a la mesa derramando el té por todo el mantel verde lima. La visión del líquido rojo extendiéndose por la superficie hizo que Diana temblara, que apartara la vista con la visión de su dulce y cariñosa mascota sangrando grabada en la retina.

—Voy a por un trapo.—Pronunció la anciana dejando a sus invitados donde estaban.

Sybila anduvo hasta la cocina con pasos lentos y pesados. Pensó en todo lo que había visto en el hombre en las llamas, en el Diablo. A su edad había presenciado cosas insólitas como alguna presencia en casas viejas alquiladas a parejas en el verano pero que no suponían ninguna amenaza. Como su madre siempre decía “hay que temerle a los vivos y no a los muertos” Pero la oscuridad que asolaba el pueblo, la violencia con que marcaba a familias felices robándoles a sus pequeños... era más de lo que nunca había presenciado.

Abrió el tercer cajón de la encimera y sacó un rectangular paño morado. Cerró el cajón al mismo tiempo que el teléfono de la cocina comenzó a sonar.

Descolgó el teléfono con cierta incertidumbre. Que fuera una médium no significa que no hubiera situaciones imprevistas en su vida.

—¿Diga?

—¿Señora Hopkins?

—Sí soy yo.

—Le hablo desde el psiquiátrico de Stanheaven para comunicarle que su nieto ha sido dado de alta, saldrá del centro esta mañana.

Sostuvo el auricular unos segundos antes de reaccionar, le dio las gracias a

la enfermera y colgó, una vez se hubo dicho todo, mientras el labio le temblaba.

“Mi pobre muchacho” volvió a pensar Sybila y esta vez no por las desgracias que en su adolescencia acontecieron si no por la desgracia inminente que estaba a punto de ocurrir; porque con su salida, el inocente Black Demon se enfrentaría a sus propios demonios a la llegada a un pueblo que no lo quería. Y que nunca lo iba a querer. Un pueblo con la sombra del verdadero demonio escondida bajo la lona de un circo ambulante.

CAPÍTULO XXXI

Los flashes de las cámaras le dejaron ciego. Se tapó la cara con una mano pues la otra mantenía sujeta, con inusitada fuerza, una maleta. Blake Hopkins no estaba acostumbrado a la luz al menos no a esa luz tan brillante y cegadora que producía la cámara. Bajó los peldaños del psiquiátrico con ayuda de una de las enfermeras.

“¿¡Blake que puedes decirnos de tu estancia en este lugar?!”

De nuevo las luces cegadoras.

“¿Piensas demandar al juez que llevó el caso?”

Anduvo unos pasos guiados por la enfermera. Ni siquiera sabía por dónde caminaba.

“¿Qué es lo primero que harás como un hombre libre?”

No podía respirar.

“¡Blake!”

Todo comenzó a dar vueltas.

“¡Blake!”

Destellos de luces que no conocía.

“¡Blake!”

Enfocó el rostro de su abuela Sybila entre todos aquellos desconocidos. Periodistas, ciudadanos y maleantes que sólo querían abuchearle, tirarle cosas a la cabeza, escupirle y humillarle. La vio, fuera de lugar con su aire de hippie setentero, sus talismanes rodeándole el cuello y su paraguas de pico a modo de apoyo. La seguía un hombre joven, de piel oscura y ojos azabaches.

—¡Hopkins por aquí!—Saludó el chico abriendo la puerta trasera de un viejo coche. Empujó la maleta arrastrándola por los asientos y cerró la puerta tras de sí dejando que la carroña mediática se apiñara sobre la ventanilla. “Blake mira aquí” “¿Qué puedes decirnos sobre el homicidio de Monique Brown y la desaparición de Gabriel Moon?” “Sólo una pregunta para The Silver Mirror” Dejó de escucharlos en cuanto el joven moreno puso la radio, una emisora de música jazz. Música que amortiguó las voces, las de fuera y

las de su cabeza. Pronto no quedó del psiquiátrico más que la silueta difusa alejada de la carretera.

—¿Tienes hambre? Podemos parar en la hamburguesería de Joe como hacíamos antes.—Sugirió Sybila.

—Claro, me parece bien.—Contestó Blake echando la cabeza a un lado apoyándose en la superficie helada del cristal.

—Ahora hacen patatas con chili y están de muerte.—Dijo el conductor mientras hacía un stop.

Blake Hopkins alzó la mirada para observarle con detenimiento intentando descifrar si le había conocido en algún momento de su infancia. Sin embargo por mucho que se esforzara no lograba recordarle.

—¿Te conozco?—Preguntó a expensas de parecer grosero.

Josh echó un breve vistazo al hombre elevando la mirada al retrovisor.

—Soy Josh Kazam, vivo en el pueblo.

Hopkins asintió entonces sin entusiasmo a su escueta respuesta y Josh se centró de nuevo en la carretera.

Nadie dijo ni una palabra más.

—Por supuesto, es el Diablo el que está orquestando todo esto. El mal que radica en el interior del hombre como una raíz de un árbol podrido que no puedes cortar para evitar que se extienda.

Max y Diana habían ido a la Iglesia esperando toparse con el diácono y que éste les orientara en temas que se escapaban por mucho de sus habituales saberes. En busca de una mano amiga en la lucha contra la oscura barbarie que tenía lugar en la historia del pueblo. Sin embargo el religioso no hacía más que evadirse en palabras grandilocuentes, escondiéndose tras fragmentos de salmos e ideas preconcebidas.

—No es una metáfora.

—Lo estamos diciendo en serio.

“El pobre hombre no sabe dónde meterse” pensó Max mientras inconscientemente daba golpecitos a la mesa del despacho, golpecitos rítmicos que comenzaron a molestar a su compañera. Diana le cogió de la mano disimuladamente y se la dejó apoyada en el reposabrazos del asiento.

—Mire... si no nos cree estupendo, por mi genial se lo juro, pero necesitamos agua bendita. ¿Nos la dará?—Preguntó ella yendo directamente al

grano.

El diácono se santiguó.

—Por supuesto que no, esa agua está destinada a proteger esta iglesia y a todos los feligreses bajo su techo.—Dijo con indignación llevándose la Biblia hacia el pecho, sujetándola con saña.—Si habéis venido a mofaros de Dios estáis en el lugar equivocado. Lo siento pero no puedo ayudaros.

Se levantó y abrió la puerta del cuartucho que estaba camuflado en un lateral del altar. El diácono volvió a apretujar la Sagrada Biblia contra sí mismo mientras observaba a los dos jóvenes marcharse de allí.

“No tiene gracia” pensó el religioso “Ninguna”

Sin embargo, lo que en verdad no tenía gracia alguna era el hecho de que a Max y Diana los hubieran tomado por locos. La Iglesia estaba vacía y los pasos de ambos resonaron por todo el recinto eclesiástico. La bella policía se paró frente a la virgen mirándola con descaro, su rostro esculpido en la pena y el sufrimiento. Encendió una vela, era la primera vez que lo hacía y no supo muy bien porqué, quizá sólo quería sentirse reconfortada por un instante. Se giró en cuanto percibió a Max por el rabillo del ojo parado frente al recipiente que contenía el agua bendecida.

—Si cree que he venido a pedir permiso lo lleva claro.—Dijo éste antes de sacar una petaca de la chaqueta, beberse el contenido de un último trago, poner una mueca de infinito asco y rellenar la petaca con el contenido de la fuente. —Además él mismo lo ha dicho, esta agua está para proteger a sus feligreses.

Max miró como Diana le observaba con desaprobación.

—¿No crees que pase nada porque se mezcle con una gotita de whisky verdad?—Lo preguntó con auténtico desconcierto.

—Vámonos antes de que nos echen de aquí a patadas.—Contestó ella empujándole hacia la puerta.

Bajaron las escalinatas con prisa. La joven ojiverde miró su reloj de muñeca. Estaba nerviosa. Josh había acompañado a Sybila a recoger a Blake Hopkins en su coche y todavía no habían vuelto. Y temía del momento en que lo hicieran. Los pueblos pequeños estaban rodeados del encanto o desgracia que suponía que los rumores corrieran como la pólvora. No sabía como se habían enterado en tan poco margen de tiempo pero allí estaban desfilando por las calles, ciudadanos manifestándose en nombre de su seguridad y la de sus hijos. Y al frente de esta manifestación callejera estaba el matrimonio Moon. Un padre destrozado y una madre afligida que se cogían de las manos mientras

enseñaban al mundo el rostro de Samuel.

Hace demasiado frío, pensó Diana abrazándose a sí misma, caminando por el asfalto y que Josh le hubiera prestado su ropa le hacía tener mucho más frío con aquel abrigo holgado que no se adhería nada bien a su silueta. Miró las casas a cada lado de la calle, apenas podía mirar la suya y sabía que tenía que volver, recoger los pedazos rotos, darle a su compañero de cuatro patas una digna despedida.

Se quedó un instante con la mente en blanco antes de volver a prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Los porches de cada casa habían comenzado la tradición de sacar calabazas y colocarlas en los peldaños. Nunca le habían parecido tan siniestras, tan macabras, con aquellas sonrisas picudas y las linternas alumbrándolas desde dentro.

—Diana ¡mira!—Exclamó su compañero.

La joven se giró para mirar calle abajo allí donde el Ford de Josh se acercaba hacia ellos a toda velocidad. El vehículo se paró en el semáforo y ellos fueron corriendo hacia allí, tenían que avisarles para que cambiaran de calle, que se desviarán de la manifestación que asolaba aquella parte de Nollsbury. Eso quisieron pero el semáforo no estuvo en rojo el tiempo suficiente.

Vieron como el coche se alejaba.

Fueron directos a la boca del lobo.

Blake miraba por la ventanilla como el semáforo cambiaba de color y se ponían de nuevo en movimiento. Nollsbury no había cambiado apenas un ápice desde su niñez. Las mismas librerías, los mismos bares, el mismo banco... quizás el cambio más llamativo fuera que la tiendecilla de ultramarinos había sido remplazada por una franquicia bastante conocida de supermercados; y bueno... su tienda de pirotecnia favorita ya no existía. Había muchas cosas que habían dejado de existir para él.

Se perdió en sus pensamientos, se ahogó en ellos inundándose de imágenes pasadas y recurrentes, era algo que le sucedía a menudo, se dejaba llevar por las imágenes como un tren de juguete arrastrado por un hilo grueso. Recordó aquel día en el bosque cerca del lago Boor. Él día en que la policía le arrestó con tan sólo diecinueve años.

No había ni un alma bajo el follaje, nadie que pudiera molestarle mientras hacía estallar el súper petardo que había comprado con sus ahorros en la tienda del viejo chiflado. El dueño era un hurraño solitario pero a Blake le gustaba, era tranquilo y eso era reconfortante para él. Le gustaba el silencio, escuchar como las hojas de las copas de los árboles se rozaban con las puntas unas a otras, el crujir de las ramas, le mecha encendiéndose y el estallido que venía después; y la calma que precedía a todo eso. Sin embargo, aquel día la calma era extraña, demasiado inquieta, se podía notar impregnando cada tronco, cada rincón de aquel paraje verde y húmedo. El petardo estalló sobre un nido y la madre ave persiguió al adolescente hasta el lago donde el pájaro desapareció volviendo con sus crías. Blake decidió acercarse entonces a la orilla después de la carrera aprovechando que estaba sólo. Además había robado un par de cigarrillos del paquete que su padre guardaba en el bolsillo antes de que éste le dejase a cargo de Sybilla como cada verano. Se había hecho con un mechero, hurtado también de la barra de la hamburguesería mientras los clientes conversaban entre ellos ajenos al muchacho. Cruzó un montículo de barro antes de divisar la cabaña para botes. Fue hasta allí pero a mitad de camino se detuvo. De allí salió toda una corte de encapuchados, de formas oscuras y siniestras que caminaban al unísono. Blake se escondió tras el amparo de un tronco con la respiración acelerada, el cigarro partido por la mitad de la fuerza que había hecho sujetándolo y al volver a mirar se fijó en el destello rojo sobre la tierra: su mechero. Se envalentonó, salió corriendo pensando en cogerlo y llegar a la arboleda del otro extremo sin ser visto. Se equivocó.

Aquellos espeluznantes personajes...

Aquella oscuridad fría e inhóspita...

Aquella niña inerte en la orilla...

—¡Mierda!—Exclamó Josh pisando el freno de golpe.

Blake Hopkins siguió mirando por la ventanilla, preocupado esta vez, no por la imagen que rondaba su cabeza si no por la que comenzaba a formarse en la calle.

Atisbó a vislumbrar algunas pancartas recortadas sobre la marabunta enfurecida.

FUERA BLACK DEMON.
JUSTICIA PARA LAS FAMILIAS.

NO AL DEMONIO.

Siluetas grises y deformes que se acercaban más y más hacia ellos, parados como estaban sin poder avanzar ni un milímetro, hasta que las luces azules dispersaron los tonos grises.

Las luces azules de la policía.

Luces parpadeantes que le traerían para siempre unos recuerdos dolorosos que parecían no querer abandonarle jamás.

CAPÍTULO XXXII

La policía comenzó a dispersar a los ciudadanos hasta que poco a poco no quedó nadie en la calle salvo ellos. El vehículo volvió a ponerse en marcha, de nuevo en silencio, un silencio incómodo y devastador.

—Esos... esos...—Se lamentó Sybila sin apenas saber que decir.

—No te preocupes, no me molesta.—Contestó Blake.—Apenas importa.

—Claro que importa.—Rebatió Josh mientras intentaba aparcar en la calle de Joe's.— Hasta hace poco los del pueblo apenas toleraban a las personas como yo y algún viejo en la calle todavía me mira como si fuera unapestado. Y no es agradable, para nada.

“Era cierto” se dijo Josh. Cuando sus padres se mudaron a Nollsbury estuvieron meses soportando las hostilidades de sus habitantes, no de todos por supuesto, pero sí constituían una gran mayoría. Y aún después de años y años allí les seguían apodando “esos extranjeros”. Sólo cuando su padre se puso enfermo, el matrimonio se trasladó a un piso en la ciudad vecina de Stanheaven y únicamente porque quedaba al lado del hospital. Era raro encontrar en esos días un nollsbureño de pura cepa.

Entraron en la hamburguesería y el olor de las patatas fritas y el aceite refinado les impregnó enseguida la ropa y el cabello. Había pocos clientes pero los suficientes para que se formara un murmullo conjunto que hizo a la anciana desquiciarse. Sybila anduvo por delante escoltada por los dos jóvenes con la cabeza elevada y un gesto impertinente reflejado en su deteriorado rostro.

—¿Qué puñetas estáis mirando? Panda de cotillas, hipócritas y...— Masculló entre dientes haciendo ininteligible la retahíla de adjetivos que dedicó a todo aquel que se les quedaba mirando con curiosidad.

Se sentaron en una mesa al fondo, cerca de la puerta del baño donde nadie quería ponerse. Una camarera de redondeadas facciones y algo regordeta fue a tomarles nota bolígrafo en mano.

—¿Carrie? ¿Eres tú?

Josh y Sybila, extrañados, miraron a Blake que parecía reconocerla. La joven se quedó desconcertada, no parecía saber quién era él a pesar de que su rostro había salido en las noticias. Teniendo en cuenta además que las habladurías corrían por todo el pueblo inclusive el restaurante de comida rápida, constituía todo un milagro y un respiro para el joven.

—¿Te conozco?

Un breve destello de esperanza cruzó la mirada de Blake Hopkins.

—¡Soy yo! ¡B.H!—Se levantó del entusiasmo corriendo la mesa unos centímetros llamando la atención de los mirones.

—¿Blake?!

Ella le abrazó emocionada haciendo que toda la clientela contuviera el aliento, los murmullos fueron in crescendo hasta el punto de escucharse por encima de la música country que ambientaba el local.

—Ven aquí Carrie, no sirvas a esa chusma. A ese... ese asesino.—Le dijo un hombre sentado a la barra.

—¡Cállate Dallas!—Protestó ella.—Les serviré si me da la gana que para eso es mi trabajo.

El hombre de nombre Dallas, ofendido ante la respuesta de la chica, aún le dijo algo a Josh antes de marcharse de allí sin dejar propina.

—Espero que como agente de la ley esté con él para vigilarle y no para hacer lo que sea que esté haciendo compartiendo la mesa con ellos.

Esta vez metió a Sybila en el saco que de manera indignada observó como éste salía por la puerta. Mientras la anciana pedía algo para comer, Josh revisó su móvil, tenía una llamada perdida de Diana.

—¿DiDi?—Preguntó en cuanto notó que ella estaba al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás? He intentado avisarte de la manifestación.

—No te preocupes, está todo solucionado, no ha sido nada. Estamos en Joe's.

Se escuchó un suspiro aliviado por parte de ella.

—Nosotros vamos de camino a la comisaría, necesitaremos refuerzos si queremos dismantelar el circo de Cyprien Renard.

—¿Tenéis el agua bendita?

—La tenemos.

—Ten cuidado, recuerda que no estoy para vigilarte la espalda.

—Tranquilo, me tiene a mí.—Se escuchó decir a Max.

—¿Diana me tienes en altavoz?

—Tengo que colgar, estoy en la puerta. Te quiero.

Y colgó antes de que él pudiera decir alguna palabra, justo a tiempo para que la camarera trajera la comida. Aunque después de saber que Diana estaba a punto de meterse en la boca del lobo se le quitó el hambre por completo. Aun así hizo el amago de coger una hamburguesa envuelta en una clásica servilleta antes de que Carrie le detuviera.

—Esa es para Blake.—Soltó antes de girarse y contonearse hasta la barra con la bandeja debajo del hombro.

“¿Y qué más dará?” pensó él con una molesta irritación hasta que se dio cuenta de los garabatos que la camarera había escrito con bolígrafo en una esquina del papel manchado de queso fundido: un número de teléfono.

—Increíble.—Masculló entre dientes.

La comisaría estaba prácticamente vacía, a expensas de la recepcionista y algún que otro agente que andaba de aquí para allá. Diana contuvo el aliento mientras se dirigía al despacho de su superior.

—Espera aquí.—Le dijo a Max que había insistido en acompañarla a pesar de las muecas de desagrado y miradas burlonas que recibía por parte de todo el departamento.

La joven cerró la puerta tras de sí.

—¿Blume?—Preguntó en dirección a la silla que estaba girada hacia la ventana de manera que pudiera examinar el exterior de la comisaría.

El teniente se giró y se levantó preocupado al ver en qué estado había aparecido Diana en su puerta. Estaba pálida y parecía más pequeña de lo que era con la ropa ancha de hombre que aquel día vestía.

—¿Qué ocurre?—Preguntó.

Ella se sentó frente a él mirando una última vez hacia la puerta donde le había parecido escuchar unas risas. Parecía nerviosa, inquieta más bien.

—Traigo novedades sobre el Caso Bogeyman, sobre la muerte de Monique y la desaparición de Samuel.

El teniente, escéptico pues ellos no habían podido encontrar apenas un rastro que desaparecía sin llevar nada concluyente, arqueó una ceja pero no le dejó mostrar sus dudas.

—Cuénteme.

Diana volvió a mirar hacia la puerta antes de hablar. Le costó al principio, el nerviosismo le secaba la boca. Sentía la lengua adormecida y al mismo

tiempo rígida mientras rozaba su paladar.

—Max decía la verdad. No es ningún vecino el que está haciendo esto al igual que no fue Blake Hopkins el culpable de las muertes de los niños en su día.

A él se le fue el color de las mejillas de golpe y atónito miró a Diana con los ojos como platos.

—Diana... me sorprende que hables así.—Le interrumpió él.—Has pasado por mucho, siempre supiste que él lo hizo ¿y ahora le defiendes? ¿Qué ha cambiado?

“He visto al diablo” pensó pero no lo dijo. Se mordió el labio con tanta fuerza que saboreó la sangre en la boca.

—Sé que no va a creerme igual que no creyó a Max aquel día.

—El día en que interrogaron a la señorita Renard.—Hizo una pausa en la que se frotó los ojos. Estaba cansado.—Lo recuerdo y todo lo que dijo. “El circo es el culpable de todo” “El diablo, el mal en Nollsbury” Demasiada fantasía para un tema tan delicado.

—Pero es la verdad.—Diana apenas parpadeó, le miró fijamente cosa que ponía a Adam Blume incómodo y de un humor de perros. —Tengo pruebas de que algo sobrenatural está asolando el pueblo. En mi casa, esta mañana... mi perro...

—¡Por Dios Diana!—Exclamó interrumpiendo a la joven de nuevo.—¿Qué tiene que ver un puto perro en...

Se calló de pronto dejando a la morena con la palabra en la boca que a punto estaba de protestar.

Un policía entró sin avisar en el despacho.

—Jefe, han dado la alarma en casa de Bridget Brown.

El teniente se masajó el entrecejo con agotamiento.

—Esto tendrá que esperar.—Se dirigió a Diana mientras se levantaba tras su mesa.

—¡No puedo esperar!—Chilló ella de pura rabia levantándose del asiento.

Cara a cara con el teniente.

—Llévese a Thompson y a Ford, que la ayuden en lo que sea que esté tramando pero si ocurre algo yo no me hago responsable, técnicamente ni siquiera deberías estar en el caso. ¡Y ahora sal de mi comisaría y no vuelvas hasta que hayas recobrado el sentido común!—Le gritó mientras hacía un gesto con la mano al otro policía para que entrase en su despacho.—Cierra la puerta al salir.

Diana dio un portazo y miró a Max que estaba apoyado en la pared del pasillo de brazos cruzados.

—No te ha creído.—Afirmó él andando detrás de ella. Intentando seguirle el ritmo.

—Ni siquiera me ha dejado explicarme.—Contestó enfadada mientras andaba deprisa dando largas zancadas hasta la recepción.

—¿Dónde están Thompson y Ford?—Preguntó a la recepcionista.

—Buenos días a ti también.—Diana no sonrió no tenía tiempo para bromas. —Mason está en el almacén de pruebas archivando viejos casos y Ford está fuera, creo que ha ido a fumar.

—Gracias.

—Un placer.—Contestó la recepcionista con sarcasmo.

Max le echó una breve mirada antes de seguir a su compañera escaleras abajo hacia el sótano donde estaba el laboratorio forense y el almacén. El pasillo estaba en silencio, no había nadie allí, hasta ellos dudaron de que Mason Thompson siguiera en el almacén pues no se escuchaba ni un alma. Nada. Silencio absoluto. Por ello se asustaron cuando una de las cajas del tercer estante se cayó delante de ellos desparramando su contenido por el suelo.

—¿Mason?

El policía, que había hecho a su vez de niñera de Max en una ocasión, asomó la cabeza por el hueco vacío de la estantería. Al verles puso los ojos en blanco.

—¿Por qué me temo que no traéis nada bueno?—Preguntó dando la vuelta a la estantería para encontrarse con ellos.

Max y Diana se miraron entre sí con complicidad.

—¿Hace cuánto que no vas al circo?—Preguntó la morena.

El desconcierto que cruzó el rostro del policía bastó para saber que sí, realmente aquellos dos se traían algo extraño entre manos. Lo que no sabía era cuan extrañas estaban a punto de ponerse las cosas.

CAPÍTULO XXXIII

La joven rubia estaba atada de pies y manos con una mordaza en la boca sintiendo su cuerpo traquetear al ritmo de la camioneta. Un bache hizo que Gisele rodara por la parte trasera hasta golpearse el hombro con la jaula. En su interior se escuchó movimiento aunque débil, casi imperceptible. El niño emergió de la oscuridad de la jaula y la miró con sus grandes ojos pero ella no podía hacer nada. Intentar salvarle era lo que la había llevado a estar allí, en la parte trasera de la camioneta transportada de igual forma que los animales de feria.

¡Maldito André! se dijo y maldijo también a su padre, y a todos, inclusive ella misma.

Una curva.

Volvió a rodar esta vez al lado contrario, alejándose del pequeño hasta quedar boca abajo con la punta de la nariz rozando el suelo. Éste estaba frío y ella magullada, golpeada debido al tortuoso camino.

Y no sabía a dónde se dirigía. Y eso era lo peor. Aunque por supuesto no temía por su vida pero sí por la de él.

Sintió las ruedas bajo su vientre moviéndose a toda velocidad. Escuchó el frenazo antes de sentir como era arrastrada hacia delante y de nuevo el consiguiente golpe que sufrió.

“Un semáforo” supuso al sentir el vehículo detenido.

Escuchó voces por encima de los gemidos ahogados del niño desaparecido.

No, no era un semáforo. Se equivocaba.

—¿Documentación?

“Un policía” se dijo mientras golpeaba con los pies la pared del vehículo. Estaba haciendo ruido, la verían y entonces al niño. Esa era su esperanza. Siguió golpeando, intentó pedir ayuda, gritar, pero la mordaza se lo impedía; estaba bien prieta sobre su nuca.

—¿Que lleva ahí?— Escuchó decir a la voz del hombre desconocido y después a André contestar.

—El tigre del espectáculo se nos ha puesto enfermo, hay un veterinario en Stanheaven. ¿Quiere ver al animal? Aunque ya le digo que no está de humor y con estos bichos nunca se sabe...

—No, no, tranquilo, prosiga.

En la mente de Gisele casi podía llegar a distinguir los aspavientos que acompañaban al policía.

—Gracias agente.

Y la sonrisa del trapecista.

Esa sonrisa que confirma que ha ganado el juego.

Gisele chilló aunque nada se escuchaba salvo unos gruñidos ininteligibles que como bien había dicho el trapecista podían llegar a confundirse con los de un animal. La camioneta volvió a ponerse en marcha y la joven pataleó, gruñó y rodó de nuevo por el suelo. Notó como su cara comenzaba a ponerse roja porque le ardía y los lagrimones comenzaron a surcarle el rostro mojando la tela que estaba mordiendo.

—¡Ayuda!—Gritó ella aunque lo que se escuchó fue algo bastante distinto.

Miró al niño y éste le miró con ojos aterrados. En todo el camino no había dicho ni una palabra, solo estaba ahí, en un rincón mirándolo todo con los ojos de par en par, paralizado. La rubia sabía que el pequeño se había hecho pis encima. Podía oler el efluvio ácido desde dónde estaba.

Siguieron unos minutos en silencio escuchando el motor de la camioneta hasta que Gisele se dio cuenta de que estaban disminuyendo la velocidad. Fuese dónde fuese que los hubiera llevado ya no le quedaba mucho por llegar.

André comenzó a silbar *La vie en Rose* de Édith Piaf mientras conducía. A la rubia siempre le había gustado esa canción tan romántica pero en aquel momento sólo pudo sentirla como escalofriante.

Un frenazo; otro golpe. El sonido de un portazo y la lona descubierta.

Por un segundo quedó ciega pero solo era el sol de la tarde lo que la deslumbró por completo envolviéndola en la blancura más irreal. En un invierno aterrador. Cuando Gisele pudo acostumbrarse a la luz distinguió a André abriendo la jaula que usualmente utilizaban para los animales exóticos. Sacó al niño de ella y se lo cargó al hombro sin ningún miramiento. Samuel sollozaba pero André comenzó de nuevo a silbar amortiguando cualquier sonido que profería el niño.

—Llegamos tarde.—Pronunció él antes de caminar unos metros bajo el follaje alejándose de la oxidada camioneta.

Una camioneta desde la que se escuchaban los berridos de la joven que

había dejado abandonada, atada en la parte de atrás, mientras ellos seguían distanciándose cada vez más.

La melodía de La vie en Rose alejándose fue lo último que Gisele escuchó antes de que el silencio la embargara.

La habían dejado sola.

—No me coge el teléfono.— Pronunció Max.

—¿Quién? ¿La rubia chiflada?—Preguntó Ford con interés.

—Bridget.—Contestó el rubio colocándose bien las gafas.

Se guardó el móvil en el bolsillo mientras caminaban por la avenida principal hasta llegar a las afueras de Nollsbury. Desde allí podía verse la noria recortada contra el cielo a lo lejos. Y las luces. Esas luces que nunca dejaban de parpadear con sus colores rojos, amarillos, azules y verdes.

—En la comisaría he escuchado cosas.—Interrumpió Mason que iba por detrás de ellos a unos pasos de distancia.

—¿Qué cosas?—Preguntó Max preocupado.

—No hay que hacer caso de los rumores, deberías saberlo Mason si fuera así tendrías que hacer caso a Dallas cuando dice que llevas una cornamenta de campeonato.—Soltó Ford sin ningún tipo de tacto.—Y no es así ¿no?

El otro policía se indignó.

—Pues claro que no, eso son chismes que se inventa porque todavía no me perdona que le requisara su escopeta de caza.

Max comenzaba a impacientarse.

—Pero, ¿qué es lo que has escuchado sobre Bridget?

—La encontraron en la bañera, un intento de suicidio dicen. Su expareja la llevó al hospital y ahora está estable.—Hizo una pausa mientras veía la angustia de Max reflejarse en su rostro por momentos.— Dicen que estaba borracha. —Añadió.

—¿Has oído eso?—Preguntó el rubio dirigiéndose a Diana que los seguía en la distancia, cruzada de brazos sumida en un silencio atronador por el cual parecía concentrarse únicamente en sus pensamientos.

—Con todo lo que ha ocurrido...—Comenzó a decir.— Tendría que haber estado ahí para ella.

“Soy egoísta” se dijo la policía, “centrada en mi propio dolor incapaz de

ver el de los demás”

Continuaron andando unos metros más hasta llegar al arco de luces que anunciaba la entrada al Circo La Condamnation. Mientras esperaban el viento les peinó los tobillos e hizo tambalear los toldos en un baile hipnótico de telas rojas y blancas. También, el viento trajo hasta a ellos el aroma del caramelo, del algodón de azúcar y los perritos calientes.

A Mason le rugió el estómago y los demás le miraron con reproche.

—¿Qué? Todavía no he comido.—Se disculpó de manera casi avergonzada.

—¿A qué cojones estamos esperando Throne?—Preguntó Ford mientras se frotaba las manos congeladas.

La joven morena le miró antes de contestarle con mal genio.

—Esperamos a Josh, estaba de camino, le he avisado.

—Entiendo que seáis compañeros pero no creo que necesitemos tantos agentes y un lo que sea que sea Chandler ahora para registrar un par de carpas.

—Pronunció el policía de forma que dejara claro su descontento e inconformidad.

—No son sólo un par de carpas.—Pronunció ella con gravedad.

El grupo se calló y la mecánica música del ti vivo se escuchó por encima del vendaval.

—Hay algo que no nos estáis diciendo.—Replicó Ford antes de que la llegada de Josh le interrumpiera.

—Has tardado.—Pronunció Diana dirigiéndose a su compañero que venía fatigado y llegó a ellos resollando y frotándose las manos del frío que hacía.

—Tenía que asegurarme que Sybila y Blake Hopkins llegaran sanos y a salvo a su casa. El ambiente está que echa humo.—Explicó él.

—Y no es para menos.—Añadió Mason mirando de reojo los puestos ambulantes de chucherías.

El equipo se puso en marcha aun con el escepticismo de Ford. Las armas y las placas colgaban de sus cinturones visibles para los feriantes. Sus rostros de mimos caricaturizados hasta el exceso los observaron con sumo recelo mientras éstos se separaban en dos grupos para abordar más rápidamente las numerosas caravanas. Anduvieron de manera coordinada con las botas provocando que se levantara una neblina de tierra sobre sus pies manchando los bajos de sus pantalones. Max se quedó con Mason mientras que los otros tres se dirigían al despacho con ruedas del maestro de ceremonias Cyprien Renard.

—¿Te importa si...?—Preguntó Mason echando la vista hacia atrás hacia el

puesto de patatas fritas y gofres.

El rubio estaba centrado en el ventanuco de la caravana, en su interior a oscuras y en silencio. Le hizo un gesto al otro para que se fuera tranquilo mientras él seguía mirando a través del cristal. Rodeó el remolque con disimulo y miró hacia donde Mason estaba. No había sido del todo una mala idea acercarse al puesto de comida, de esa manera el feriante no pudo ver al rubio mientras forzaba la entrada de la caravana y se colaba dentro con la rapidez de un ladrón. Una rapidez impropia de la torpeza que siempre parecía acompañar al ex reportero.

Encendió una linterna, a pesar de ser de día el interior estaba sumido en una penumbra tenue y a Max le costaba distinguir con claridad los detalles de los objetos. La última vez que había entrado en una de esas caravanas lo había hecho en la de Cyprien Renard que parecía un museo viviente. Y de pronto cayó en la cuenta, todos aquellos objetos antiguos, toda aquella fila de sombreros de copa expuestos con orgullo y presunción. El reportero había supuesto que se trataba de objetos de colección o heredados por antepasados, que antes que él, habían sido atrapados por el festivo y surrealista escenario circense.

“Pero no” se dijo, “todas aquellas pertenencias habían sido propiedad de un sólo hombre. Un hombre que desafiaba las leyes naturales; Un hombre que había visto la construcción de la torre Eiffel; la guerra civil española; la llegada del hombre a la luna; y la caída del muro de Berlín. Un hombre que había vivido demasiado y demasiado tiempo.”

Deambuló por la diminuta estancia, que al contrario de la caravana de su memoria, parecía mucho más grande. Quizá se debiera a que ésta no estaba atestada de cosas, de hecho era bastante impersonal. Tenía un sofá-cama de piel en un lateral, ni una sola fotografía y un micro-baño que consistía de únicamente la cisterna.

Se giró y enfocó la pared que tenía al lado. La linterna se le cayó de entre las manos debido a la impresión. Gritó con el horror en su garganta que por suerte quedó mitigado por la melodía de la noria y de los puestos de golosinas con sus bocinas, su maquinaria y su música estridente mezclándose además con las frágiles notas del tiovivo. Con el pulso acelerado y la respiración ahogada recogió con lentitud la linterna del suelo sin apartar la mirada de la sombra que tenía delante. Enfocó de nuevo la pared haciendo acopio de toda su valentía.

Su reflejo. Aquella sombra había sido tan sólo su reflejo en el espejo.

Suspiró aliviando de esa manera la tensión de su cuerpo entumecido provocado por un miedo irracional. Se acercó un poco más hacia el espejo sintiéndose estúpido. Una de sus esquinas estaba rota, le faltaba un trozo y eso provocaba a su vez una fina grieta que lo cruzaba todo de extremo a extremo. Pasó el dedo por el filamento irregular y una gota de sangre cayó al suelo.

Se había cortado.

Con la mirada y la linterna alumbrando el recorrido, siguió la caída de aquella gota roja, rojísima, hasta impactar en el suelo... mezclándose con la otra. Allí había mucha pero mucha más sangre y Max se apartó de un salto alejándose unos pasos del espejo roto. Se llevó una mano a la boca ahogando el segundo grito que se le había quedado atascado esta vez en el pecho haciendo que su corazón se encogiera dejándole sin apenas aliento. Su mano tembló levemente mientras sujetaba, con una fuerza impropia de él, la linterna y la luz iluminaba un reguero de sangre formando con perfecta y aterradora claridad una estrella de cinco puntas.

La estrella inequívoca del Diablo.

CAPÍTULO XXXIV

—¡Me cago en la puta!—Soltó de repente de manera que se le atropellaron las palabras.

Max deshizo sus pasos con precipitación volcando una silla giratoria por el camino. El sonido de las ruedas girando en la penumbra le persiguió hasta llegar a la entrada de la caravana. Salió de allí rápidamente empujando la puerta con ansia.

—¡Auch!

Una queja seguida de un ruido sordo.

Vio unos pies asomando por el bajo de la puerta, que debido a los grandes neumáticos que tenía la caravana, quedaba por lo menos a dos palmos por encima del ras del suelo.

—¡Ten un poco de cuidado!—Protestó Lizzie mientras se levantaba con cierta torpeza.

“¿Qué estaba haciendo ahí la hija del teniente?”

Max le tendió la mano y la ayudó a levantarse.

—Estás sudando.—Dijo ella limpiándose la mano en la chaqueta. Después miró al rubio y se preocupó, tenía un aspecto lamentable y paliducho.

Max no hizo caso de Lizzie y anduvo hasta el puesto de comida donde debería de haber estado Mason. Miro a un lado y a otro, recorrió cada callejuela que formaban los toldos buscándole a él o al menos esperando encontrar a los otros pero en la caravana de Cyprien no había nadie. La chica le siguió, pisándole los talones.

“Joder” masculló para sí el rubio. “Déjame en paz, necesito pensar, necesito un minuto”

Su pulso seguía acelerado y su cabeza embotada.

—¡Vete! Llama a tu padre, a la científica ¡a quien sea! Que vengan a examinar la sangre de la caravana.—Le gritó Max mientras se alejaba y ella se quedaba ahí parada como si lo que le hubiera dicho no fuera lo bastante importante como para moverse. O quizás es que era demasiado importante

como para reaccionar con soltura.

Necesitaba pensar, pensar, pensar...

Vio la carpa principal delante de él y a pesar de estar cerrada logró esconderse tras la lona. Sólo tuvo que tumbarse y rodar por el hueco de uno de sus bajos. Quedó con la cara hacia arriba admirando por un segundo las estrellas pintadas de rojo que decoraban el cielo artificial de la cúspide. Parpadeó y aunque él no pudo apreciarlo, otra estrella se sumaba a aquel firmamento borgoña. Otro niño, otra muerte anunciada sin que el reportero ni nadie pudiera evitarla.

Porque buscaban el rastro perdido de aquellos niños en el sitio equivocado; Porque buscaban una explicación racional para lo que no la tenía.

Bruscamente Max se levantó antes de caer rodando de nuevo al ser arrollado por Lizzie, que imitando al reportero, se había colado en la carpa de aquella misma manera inusual.

—¿Se puede saber por qué no paras de seguirme?! ¡Te he dicho que te fueras! ¡Vete! ¡Avisa a comisaría!

Ella enseñó su móvil con un gesto que indicaba que ya lo había hecho. No es que mandar un mensaje a su padre le llevase mucho tiempo...

Max estaba cabreado mientras se erguía por segunda vez sacudiéndose la tierra de la ropa.

—Si no actuaras de forma tan sospechosa quizá ni siquiera te habría mirado.—Le dedicó entonces una mirada profunda, inquisidora.—¿Qué demonios está ocurriendo?

El rubio se llevó las manos a la cabeza y anduvo en círculos recorriendo el borde de la carpa ignorando a la chica por completo. “Mierda, mierda, mierda” En su cabeza seguía viendo la sangre, toda la sangre que formaba aquel símbolo pagano en el suelo de la caravana. “¿Sería de Samuel?” No. No quiso pensar eso. Lizzie le agarró de la manga y lo frenó.

—Ya. Basta.—Hizo una pausa.—Me estas asustando.

Max se rio.

—Oh... si tú supieras.—Sus ojos se mostraron reticentes como si se negaran a expresar todo aquello que habían presenciado.—No sabes nada...

—Jon Nieve.—Terminó ella la frase con jocosidad. Sin embargo al ver que éste le apartaba sin ganas de bromas su expresión cambió. De manera seria añadió.—Pues explícamelo. ¿Qué está pasando Max?

En ese momento de duda donde los dos permanecían callados, el sonido de los disparos traspasó la gruesa carpa hasta llegar hasta a ellos.

—¿Quieres ver que está ocurriendo?—Le preguntó él casi como un demente.

Lizzie no hizo nada, ni siquiera asintió pero él ya la estaba arrastrando hacia afuera cogida de la mano mientras que con la que tenía libre se dedicaba a abrir los fuertes nudos donde estaba la obertura de la lona.

Los disparos provenían de la parte de atrás allí donde una nueva atracción a medio montar centraba toda la atención. Un pasaje del terror sin duda a la espera de ser inaugurado para la inminente fecha de Halloween. Max y Lizzie volvieron a escuchar los disparos en el interior mientras corrían hacia allí: el primero con temor, la segunda con desconcierto.

La entrada estaba a oscuras, todo lo oscuro que podía ser el principio de un túnel con raíles de acero sin vagón alguno. Anduvieron en la penumbra, guiados por el tacto y el sonido hasta atravesar una cortina de flecos de terciopelo que acariciaron sus cuerpos como tentáculos antes de que éstos pasaran a una habitación con espejos en el techo y paredes con murales de payasos de dientes afilados pintados con pintura de neón. Sus rostros deformados por las luces de colores y las sombras escudriñaron con dificultad el lugar y de pronto lo sintieron, un aliento gélido y pútrido sobre su nuca, respirando. Salieron disparados al techo antes de poder huir, guiados por una fuerza invisible y malévola. Cayeron al suelo momentos después junto a una lluvia de cristales y sangre. Lizzie comenzó a gritar presa de unas alucinaciones que sólo existían en su cabeza. Se convulsionó en el suelo, su ojos se giraron hasta volverse blancos, tan blancos como una luna llena.

Max se acojonó pero se acojonó de verdad. Se irguió como pudo y corrió a alejarse de ella mientras se arrancaba los pequeños fragmentos de cristal que se le habían clavado en el hombro. Ni que decir que todo su rostro, su piel visible, estaba plagada de marcas de cortes igual a los de ella. La miró con horror, balbuceante mientras la chica seguía en el suelo presa de lo que se asemejaba mucho a un ataque epiléptico. El rubio chocó contra una pared, espalda a ella ya no podía alejarse más y temió lo peor. Por ello, cuando la pared pareció desaparecer haciéndole caer gritó pensando que iba a ser devorado por las fauces del Diablo. Pero sólo era una puerta, abierta en el momento exacto en el que éste se apoyó en ella. Los demás agentes entraron en aquella sección del pasaje del terror y vaya que si daba miedo, pensó Josh que sin separarse lo más mínimo de Diana apuntaba con el arma al espectro. Las balas, por supuesto, no hicieron otra cosa más que atravesar el cuerpo incorpóreo de aquella siniestra oscuridad.

Y como una muñeca con hilos imaginarios, Lizzie dejó de convulsionarse para elevarse unos centímetros del suelo y cada vez más hasta acabar elevándose por encima de sus cabezas con los ojos en blanco abiertos de par en par y la cabeza ladeada dejándose caer sobre el hombro.

Su boca se movía pero su voz no le pertenecía. Era otra, con un deje metálico, gutural. Una voz que les penetraba en los huesos, retorciéndolos, machacándolos, haciéndoles sufrir. Las pistolas cayeron al suelo y ellos también, de rodillas con las palmas de las manos tapándose los oídos en un ridículo intento de que aquel dolor se alejara de sus cuerpos.

El Diablo habló a través de la hija del teniente con las pinturas de los payasos fluorescentes como únicos testigos que con sus ojos abiertos parecían mirar la escena con cierto aire de burla en las pupilas pintadas.

—Vuestros hijos serán míos y ellos me alimentarán. Y así será hasta el fin de los tiempos.

Una vez transmitido el mensaje Lizzie comenzó a sangrar por sus orificios, tanto por los oídos como las fosas nasales, mostrando así un espectáculo dantesco y repugnante. La voz se silenció, el frío dejó de ser tan punzante y la chica cayó al suelo inconsciente. El monstruo había desaparecido y Max corrió a socorrer a la chica mientras los demás se miraban unos a otros. Mason y Ford estaban consternados, casi traumatizados, incapaces de hablar, pálidos y helados.

—¿Qué... qué ha sido eso?—Preguntó Ford.

Mason ni siquiera tenía fuerzas suficientes para hablar.

—¿Eso? Eso... eso era el Diablo amigos míos, el verdadero Black Demon de Nollsbury.—Pronunció Josh mientras recogía su pistola.

El teniente estaba que echaba humo, la vena del cuello parecía a punto de estallarle y no era para menos la verdad. Que llamasen a comisaría dando la alarma de que su hija se había visto envuelta en un suceso extraño y estaba inconsciente en el hospital del pueblo vecino no era nada agradable. Y que además de eso estuviera en ese momento con parte de sus agentes no era nada esperanzador.

—Señor...

—¡Ni una palabra Chandler!

El segundero del reloj de pared martilleaba incesantemente aquel corredor

del hospital donde el teniente y los cinco involucrados esperaban a que saliera el médico de urgencias.

—Nosotros no...

—¡Cállese Thorne!

El silencio perturbado por el reloj volvió a ser protagonista de aquel momento. Diana desde su silla fue testigo de la preocupación del hombre por su hija. Su superior iba y venía por el pasillo echando breves y directas miradas a la puerta. Solo se paró cuando vio llegar a su mujer que casualmente fue el momento exacto en que la puerta se abrió. Los presentes miraron a otro lado, callados, centrándose en sus propios asuntos, dando algo de intimidad al matrimonio aunque lo que dijo el doctor se escuchase en todo el pasillo.

—Su hija está bien, hemos podido estabilizarla pero queremos hacerle una resonancia magnética por si acaso para descartar posibles traumas que no hayamos percibido a simple vista.

—Todo lo que haga falta doctor.—Contestó el teniente mientras abrazaba a su esposa.

Un abrazo que duró menos que un suspiro pues el busca del agente comenzó a pitar. Éste miró Josh en cuanto acabo de leer para sí el código de emergencia que provenía de la comisaría de su ciudad colindante.

—Parece que su idea Josh de contar con la ayuda de civiles ha dado sus frutos. Un senderista ha encontrado el cuerpo sin vida de Samuel Moon en el lodazal que cruza el pantano de Stanheaven.

—¿Se sabe si ha sido el mismo modus operandi?— Preguntó Ford con interés mientras a su lado Mason permanecía pálido y sudoroso, todavía en shock por lo que los agentes habían presenciado en aquel túnel del terror.

Menuda pregunta gilipollas, pensó Diana. Claro que había sido el mismo modus operandi. El Diablo se estaba riendo de ellos, estaba jugando con ellos de la misma manera en la que jugaba con los niños antes de llevárselos de sus camas.

—Llamaré a la cuadrilla de Sanders, que se dirijan allí.

—Nos tiene a nosotros señor.—Pronunció Diana.

—Sí y mira todo lo que me habéis costado.—Replicó el teniente.

—Pero quizás si no nos hubiera apartado eventualmente del caso le hubiéramos comunicado lo que pretendíamos y podría habernos respaldado para que esto no llegase a suceder. —Max hizo una pausa.—Así que técnicamente la culpa es suya.

Los presentes se quedaron estupefactos. Nadie, incluso Diana, se habría

atrevido a hablarle de aquella manera en unos momentos tan delicados.

—Si...—El hombre se quedó pensativo.—Quizás la culpa es mía. Diana pásese en un par de horas por mi oficina le devolveré la placa pero no el mando ¿me oye? Hará todo lo que su compañero le diga.

Miró a Josh.

—Espero que sepa que confío en usted y en su prudencia.—Después se acercó a su oído para que sólo él escuchara.—Y por lo que más quiera, no más líos, no se deje influir por su nuevo amigo de gafas o por su compañera por mucho que ella le tienta y ambos sabemos a lo que me refiero.

Josh sabía exactamente a lo que se refería y miró de reojo a Diana cuando ésta estaba distraída. Se prometió que mantendría la mente fría como un buen profesional aunque su entropierna estallara en llamas. Ella se dio cuenta de que la miraba y sus ojos verdes le penetraron sin remedio.

Iba a ser difícil. Muy difícil, se dijo.

CAPÍTULO XXXV

—Tienes que comer algo.

Bridget cerró la boca a cal y canto, negó con la cabeza y dirigió su vista a las persianas de la ventana. Estaban a medio bajar y el sol se filtraba por sus huecos dibujando sombras en las paredes blancas. Las paredes de la habitación de hospital en la que se hallaba.

Ella no había intentado suicidarse, ni siquiera se le había pasado por la cabeza cuando se metió en la bañera pero ahora todo el mundo lo creía. Por eso estaba allí Brandon. Se sentía culpable y solo el peso de aquel sentimiento le movía a cuidarla.

—Si no quieres estar conmigo al menos deja que venga otra persona. No quiero que te quedes sola.

—No te importó dejarme sola cuando te marchaste con otra.

—¡Por dios Bridget! Deja de estar a la defensiva, intento ayudarte.

Ella se incorporó con lentitud y fue a protestar cuando vio por el rabillo del ojo a Diana cruzar el pasillo.

—¡DiDi!—Exclamó mientras Brandon giraba la cabeza para ver qué era lo que le había llamado la atención.

Una cabellera oscura y unos ojos confusos asomaron por la puerta.

—¿Bridget?

Diana cruzó el umbral y se acercó a la cama para sentarse a los pies de la hospitalizada. Bridget tenía un aspecto lamentable y ceniciento con toda su melena recogida en una despeinada coleta.

Está más delgada desde la última vez que la vi, pensó Diana.

En la habitación irrumpieron entonces Max y Josh que apenas llegaron a dar dos pasos dentro de ella.

—¿Qué haces ahí? Tenemos que irnos.—Le dijo Josh metiendo prisa a la chica antes de darse cuenta de que era Bridget la paciente de aquel dormitorio.

—Lo siento... no me había dado cuenta.—Se disculpó mientras notaba la mano de Max apoyada en su hombro para rebasarle.

Y mientras ellos entraban a ver a la joven, Brandon se escabullía de la habitación disimuladamente pues no quería tener nada que ver con los policías. Anduvo hasta la máquina del café y en la pequeña televisión de la sala de espera vio con una profunda pena la noticia: el niño de Nollsbury también desaparecido había sido encontrado muerto. Se cagó en todo y pegó un puntapié a la máquina expendedora que tenía al lado. La superficie reflectante le devolvió su reflejo pensativo. Hizo bien en largarse de allí en su día aunque siempre le removería la conciencia no haberse llevado a su hija consigo. No haberla protegido. Lo que Brandon desconocía era que a menudo no puedes proteger a las personas pues es algo mayor, llámalo sino, lo que está detrás de ellas acechándolas hasta su final.

Su mierda de final.

—¡Joder!—Exclamó Max mientras revisaba la suela de su bota.

Efectivamente, había pisado una mierda de perro.

Josh le miró por encima del hombro.

—A lo mejor nos da un poco de suerte. No nos vendría nada mal.

Caminaban por la acera con las manos en los bolsillos y los hombros caídos. Desganados con el trascurso de los acontecimientos.

Habían fallado. Otra vez.

Los tres jóvenes miraban los escaparates de los bares y los supermercados sin decir nada. Vieron a Nando, el barman del Coffee&Drinks colocando una pizarra en la acera anunciando el cóctel especial de Halloween: El diablo rojo; Una mezcla de granadina, zumo de naranja, whisky y tequila.

El diablo rojo, se dijo Max, tan dolorosamente irónico.

—Me dan tanta pena las familias.—Comentó Diana después de que se cruzara un carricoche por delante de ellos. —Bridget está destrozada igual que Samantha Moon debe de estarlo en estos momentos.

—Son fuertes.—Pronunció Josh.—Saldrán adelante, como todos nosotros.

—¿Pero y si no?—Volvió a insinuar ella.

La pregunta quedó suspendida en el aire como la inminente tormenta sobre ellos. Comenzó a llover, primero fueron tan sólo unas gotas que sintieron estallarse en sus coronillas; Diana estiró la mano y sobre su palma murió una lágrima de agua; después oscureció el suelo por el que caminaban. Enterró la mano en el bolsillo y allí se dio de bruces con el tacto de su placa metálica.

Estaba fría y llena de relieves. Después de ver a Bridget en el hospital, habían regresado en autobús hasta Nollsbury y de allí hasta la comisaría para recoger de nuevo su placa. El teniente quería que esta vez hubiera transparencia entre ellos pero eso era algo imposible para el que no creía en charadas ni aspectos de más allá de una experiencia terrenal. No, el teniente Blume no creía en demonios y por lo tanto la transparencia que tanto quería se vería para siempre enturbiada.

—Voy a ir a casa a cambiarme y comer algo antes de ir a la escena del crimen.— *Y a recoger los pedazos rotos; y a enterrar a mi perro*, añadió para sí.

—Te aviso cuando vaya a recogerte ¿vale?

Diana miró a Josh y asintió. Habían llegado al final de la calle y allí es donde ellos se separaban pero antes éste la abrazó como si fuera la última cosa que fuera a hacer ese día. Un abrazo largo y lleno de amor de esos que te reinician para seguir aguantando. De aquellos que te hacen sonreír y te dan fuerzas. La joven esbozó sin darse cuenta una débil sonrisa y sus mejillas ardieron a pesar del frío. Josh corrió para protegerse de la lluvia en la dirección opuesta a ellos mientras a Diana se le pegaba el cabello húmedo sobre el contorno de la cara.

Ahora eran dos lo que intentaban esquivar la lluvia bajo los techados de las tiendas que cruzaban en el camino de vuelta.

—Es aquí.—Pronunció Max llamando la atención de Diana que caminaba unos pasos por delante de él.

La joven se despidió de Max con un dulce beso en la mejilla.

No me puedo creer que al final le haya cogido cariño y todo, pensó ella.

—Intenta dormir aunque sólo sea por solidaridad a tus compañeros, descansa todo lo que nosotros no podemos.

—¿No hay...

—No hay ninguna posibilidad de que nos acompañes.—Interrumpió Diana.
—Eso sólo empeoraría las cosas en comisaría.

El rubio asintió antes de subir los peldaños de la entrada hasta desaparecer por la puerta.

Una vez sola, Diana comenzó a correr, primero despacio y luego in crescendo hasta acabar resollando, doblada sobre sí misma, con la piel ardiendo y mojada de arriba abajo por la lluvia. Pero necesitaba desquitarse, gritar. Dios, de haber podido, hubiera gritado hasta quedarse afónica. Se quedó un rato en el porche, le daba miedo entrar y alargó la espera todo lo

posible antes de meter la llave en la cerradura. Estaba dando el segundo giro de muñeca cuando su vecino la llamó desde la acera. El viejo era un amasijo de bufandas y chaquetas superpuestas resguardado bajo la sombra de un paraguas a cuadros escoceses. Daba una imagen de lo más pintoresca.

—¿Has detenido a los ladrones chica?—Le gritó escuchándose la voz cascada por encima del murmullo de la tormenta.

—¿Los ladrones?—Preguntó ella extrañada quitando la mano de la llave.

El anciano señaló las ventanas rotas de la casa.

—Ah... los ladrones.—Comprendió la policía.— Por desgracia todavía no. Pudo ver la mueca de desagrado de su vecino desde allí.

—No tardes mucho en detenerlos, no quiero tener que dormir con un ojo abierto esta noche.—Dijo el hombre que hizo el amago de echar andar e irse pero de repente se detuvo como si se acordara de algo.

—Ten.—Dijo mientras subía las escaleras del porche y sacaba de la bolsa de la compra una cajita verde rectangular.—Son las chucherías que le gustan a Biscuit. Saluda a ese bichejo de mi parte.

Y a ella se le rompió el alma.

—Claro. Lo haré.—Le dio las gracias con un fuerte apretón de manos y vio como el viejo se alejaba hasta su casa.

Giró la llave, la puerta chirrió y el hedor casi le hace vomitar.

El interior de la casa estaba levemente iluminado por la luz del día y puesto que estaba nublado, apenas se llegaban a distinguir el contorno de las cosas. Fue hasta el interruptor de la luz sintiendo como se despejaban las botas del suelo a cada zancada. Una vez estuvo el recibidor iluminado, se percató con horror de que la pegajosidad del suelo no se debía a otra cosa que la sangre. Casi como una autómatas, se quitó el abrigo y comenzó a recoger los pedazos de cerámica y cristales más grandes, los otros tuvo que barrerlos con la escoba para luego tirarlos en la papelera de la cocina. En todo el rato que estuvo poniendo orden, evitó mirar el rincón donde yacía el animal.

Se puso los guantes de goma que usaba para fregar y cogió una bolsa de basura.

Suspiró preparándose para la peor parte.

CAPÍTULO XXXVI

Enterró a Biscuit en el jardín trasero junto a su caja de chucherías favoritas. Había dejado de llover pero la hierba seguía húmeda y el barro se formaba junto a pequeños charcos de agua enturbiada. Se quedó unos segundos mirando el montículo de tierra irregular del jardín antes de echar a andar hacia el cobertizo para dejar la pala donde estaba. Rápidamente volvió a entrar a la casa. Ya no le llegaba el tufo a muerte, ahora era el desinfectante y la lejía lo que la echaba para atrás. Había tapiado las ventanas rotas con celofán e injertos de plástico transparente de ese que usaba para envolver los alimentos congelados y el frío se colaba por las rendijas como un indeseable invitado. Se recogió el pelo en una coleta y se puso una chaqueta de lana azul marino encima de su camisa de franela. La placa y la culata de su arma le asomaban por encima del cinturón de piel que las mantenía sujetas. Se cogió una bufanda color oliva oscuro mientras leía de nuevo el mensaje de Josh.

Cinco minutos.

Miró el reloj de la cocina, un tic-tac más y ya habría pasado ese margen de tiempo.

Justo.

Un tic-tac.

Una bocina sonando.

Diana salió de la casa para que el viento le abofetease en la cara. Podía notar la punta de la nariz congelarse por momentos. Josh llevaba el coche patrulla y ella se sentó al copiloto cerrando la puerta de golpe y poniendo las palmas de las manos sobre la calefacción.

El coche arrancó silencioso, sin la sirena puesta. Diez minutos más, diez minutos menos, Samuel Moon seguiría en el pantano de Stanheaven. Ya nunca podría ir a ningún otro lugar que no fuera la tierra sobre la que se ahogaba.

—Está...—Comenzó a decir Josh.

—Sí. Lo está.—Contestó ella mientras ladeaba la cabeza de manera que pudiera observar mejor la carretera a través de la ventanilla empañada.

No hacía falta que le dijera a qué se refería. De haber querido se hubiera comunicado toda la vida con Josh a través de los ojos y mediante leves gestos. Las palabras sobraban entre ellos y el silencio era de todo menos incómodo.

Una carretera larga y sinuosa por la que apenas existía el tráfico les acompañó en su viaje hasta el lugar de la investigación. Escasamente llegaron a estar media hora en el vehículo hasta llegar allí. A pesar de que la lluvia había desaparecido, los nubarrones que la acompañaban seguían dando al cielo un aspecto grisáceo y melancólico. Aparcaron el coche junto a los de la policía de Stanheaven al lado de la carretera donde comenzaba un camino de piedras que llevaba al pantano. Diana pasó por delante de Josh de manera que éste solo alcanzaba a ver la espalda de su compañera. Intentó seguirla a buen ritmo pero su pierna, aunque recuperada, sentía que no era ni por asomo lo que en su día fue. Las piedras resbalaban y a punto estuvo de despeñarse de no haber sido porque sus manos seguían tan hábiles como siempre. Se había agarrado a un matorral y vio como Diana se giraba para ofrecerle su ayuda.

La denegó.

No hacía falta.

Siguieron camino abajo y las piedras dieron lugar al fango. Allí abajo olía a tierra húmeda, a pino y a almizcle. Había huellas de animales cerca de la orilla del río. Quizás de un ciervo, bastante improbable que fuera un oso, eso seguro. Esquivaron el cordón policial y avanzaron por el lodazal con el barro en los talones. Enseguida fueron recibidos por dos hombres de mediana edad y complexión sedentaria, uno bastante alto y el otro de estatura media y barba poblada.

—No puede estar aquí señorita.

Diana le miró con mala cara acordándose de la primera vez que se encontró con Max. ¿Porque la gente siempre tenía que hacer suposiciones estúpidas?

Le enseñó su placa y Josh la imitó.

—Policía de Nollsbury.— Dijo ella.

El hombre se disculpó.

—Supuse que eran periodistas.

—Al periodista lo hemos dejado en casa.— Bromeó Josh pensando en su amigo al que imaginaba mordiéndose las uñas en la habitación del hotel por no haber podido ir con ellos.

—¿Qué tenemos?— Preguntó la joven con impaciencia mientras se

acercaba al diminuto cuerpo que permanecía en la orilla como un pescado fuera del agua.

—Yo responderé a eso si no es molestia.

Les interrumpió una mujer que rondaba la cincuentena de cabello corto y rojo escarlata, tintado lo más probable, de rostro ovalado y fino que hacía resaltar las gafas que llevaba a conjunto con su pelo. Se agachó junto al cuerpo clavando el tacón de sus botas en la tierra. Llevaba los guantes puestos y les enseñó las marcas del pequeño que rodeaban su cuello como garras.

—¿Ven?—Preguntó la forense indicando el enrojecimiento de la zona.—Lo obligaron a meter la cabeza bajo el agua hasta ahogarlo. También muestra signos de una hemoconcentración y estoy segura de que si lo examinara en el laboratorio encontraría un edema pulmonar por absorción de agua en los alvéolos. Pero... y esto es lo raro, nunca había visto nada como esto.

La mujer giró la muñeca del cadáver con cuidado notando como el rigor mortis hacía cada vez más difícil la manipulación del cuerpo. Señaló los estigmas de las manos en forma de estrella de seis puntas.

—Parece que se lo hicieron con algo afilado antes de ahogarlo.

—Es horrible.—Pronunció uno de los hombres que los habían recibido al llegar.

—¿Habían visto algo como esto?

A juzgar por las expresiones que pusieron, sí, los policías de Nollsbury habían visto algo como eso.

—No podemos decir nada.—Dijo Josh guardando el bloc de notas donde había estado apuntando todo lo que la forense había dicho. Aunque únicamente para aparentar delante de los compañeros y poder así hacer llegar un informe al teniente. Por supuesto, conocían demasiado bien estas muertes como para no conocer los detalles al milímetro. Ya nada les podría sorprender.

—¡He encontrado algo!—Exclamó un chico joven y larguirucho que asomaba por detrás de unas matas.

Los otros agentes no disimularon las muecas de burla. A Diana aquello le molestó sobremanera.

—Su agente al mando a encontrado algo ¿y usted se ríe?—Le preguntó la chica al más alto de los dos.

—No es un agente solo ayuda a la forense, es mi hijo y no se crea ni la mitad de lo que le cuenta.

La joven le fulminó con la mirada y anduvo con dificultad sobre el barro hasta donde el chico estaba.

—Mire, ahí.—Indicó éste señalando con la mano el matorral donde semioculto se encontraba una zapatilla infantil con suela de goma y cordones azules.

—Josh nece...

Antes de que pudiera seguir hablando Josh ya le había pasado una bolsita de pruebas y un guante para que pudiera coger el zapato. Por la comisura de los labios rosáceos de Diana asomó una sonrisa cómplice que desapareció en cuanto cogió la zapatilla.

Era tan pequeña en su mano...

Se sintió una estúpida, ¿Cómo podía haber pensado que un hombre estaba detrás de esto? Sin duda se trataba de un monstruo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al evocar en su mente los siniestros contornos del Diablo al que se enfrentaban. Al principio solo era una sensación, la del frío absoluto, el aliento de la muerte; después el humo se volvió denso y asfixiante dejando ver los huesos que tras los volátiles contornos se ocultaban. “Se hace más fuerte con cada muerte” concluyó ella.

Desconocía, sin embargo, que una fuerza mayor siempre conlleva a un hambre más voraz.

Un hambre que se elevaba sobre el pueblo de Nollsbury como un ángel de la muerte que observa a través de las mirillas y cerrojos cerrados a cal y canto. El monstruo que acecha en las pesadillas de grandes y pequeños esperaba impaciente un próximo banquete con el que poder nutrirse y sobre las nubes de lluvia se escondía al acecho. El Diablo se sintió atraído como los ordinarios hombres a adentrarse en la hamburguesería local. Y no, no era el olor a carne quemada ni a patatas friéndose lo que le abrió el apetito. Era algo más sofisticado, ambrosía para los dioses, el efluvio de unas almas cándidas y puras para su macabra colección.

Allí nadie podía verle, tan solo era una sombra, un espejismo, una sensación gélida en la nuca de los clientes.

—¡Carrie! ¿Quieres hacer el favor de arreglar la calefacción? ¡Hace un frío de cojones!—Exclamó un hombre desde la barra mientras veía con asombro como sobre su vaso aparecía la escarcha y el líquido se iba congelando poco a poco.

El vaso explotó.

—¡Ya estás haciendo de las tuyas!—Exclamó la camarera con enfado

mientras cogía un paño y una bolsa de basura para limpiar el estropicio.

La joven miró el plato del cliente al que le habían caído diminutos cristales.

—Te cambiaré la hamburguesa pero si vuelves a romper algo de la vajilla te tiro a la calle, ¿me has oído Regi?

—¡Esta vez no he sido yo!

—Ya claro, sabemos que tienes las manos de mantequilla y si no mira lo que sucedió en el último partido de baseball.

—No es culpa mía que se me resbalara el bate, “alguien” lo había encerado de más.—Alzó la voz para que le escuchara el hombre que había sentado dos sillas más allá.

El aludido se indignó.

—¡Como sigas echándome a mí la culpa verás lo que es bueno!

El Diablo disfrutó con la visión del iracundo individuo. Allá donde iba el caos le seguía.

—Verás lo que es bueno.—Se burló el otro.

Comenzó la pelea, si la camarera no quería que le rompieran la vajilla aquel no iba a ser el mejor día para evitarlo porque los cubiertos volaron, las sillas se volcaron y en un arranque de ira irracional el otro hombre que no era Regi cogió un cuchillo de los de cortar los filetes y se lo clavó en el estómago a su adversario. La sangre brotó, caliente y espesa, sobre el cuerpo de Regi.

La camarera chilló y los pocos clientes que había en el local de comida grasienta salieron despavoridos. Algunos se detuvieron a ayudar al herido, otros avisaron a emergencias. Era la disputa más tonta que habían presenciado en años y también la más sangrienta.

—¿¡Os habéis vuelto todos locos!?

Joe, el gran Joe, el de la hamburguesería de Joe's, salió de la cocina aún con la espátula de la plancha en una mano. Detrás de él, salieron dos personitas a fisgonear.

—Volved dentro.—Les dijo Joe.— Esto no va con vosotros niños, seguid dibujando en la mesa del almacén.

Oh, pero sí iba con ellos. El monstruo había elegido a sus próximas víctimas.

Los niños desaparecieron tras la puerta de la cocina ajenos a la sangre que había empezado a expandirse por el suelo del local. Ajenos a su propia sangre, que si nadie lo impedía, correría bajo las fauces del Diablo.

CAPÍTULO XXXVII

Sybila tuvo una visión, en ella vio a dos niños alejándose y unos ojos verdes que cerraban sus párpados bajo burbujas de agua. Quitó la mano del mango de la sartén donde estaba cocinando el pollo especiado que tanto le gustaba a Blake. Tenerle de nuevo en la casa había cambiado las cosas para ella, que de golpe y porrazo, se veía nuevamente cuidando de una persona frágil e incomprendida. Y por supuesto, expuesta a los abucheos y críticas que esta situación le provocaba. El padre de Blake, o sea su hijo, no había querido saber nada de él. Siempre había sido un obstinado corto de miras, la anciana no sabía cómo había tenido un hijo así con esa mente tan cuadrículada: todo era negro o blanco y toda la gama de grises que existía desde un punto a otro no tenía relevancia alguna para él.

—Déjame a mí.

Su nieto había entrado en la cocina y se había acercado a su abuela al verla ensimismada en la nada, perdida en la inmensidad amarilla de los azulejos de la pared.

Sujetó el mango con fuerza y le dio la vuelta a la carne con el tenedor. El aceite abrasador le saltó encima haciendo que éste encogiera el brazo a la par que se alejaba.

—Trae que tú no has cogido una sartén en tu vida.— Le dijo ella mientras cogía de nuevo la batuta.—¿A qué os dedicabais en el psiquiátrico?

—La mayoría dedicaba el tiempo a no volverse loco de verdad.—Contestó él con cierta amargura en su voz.

Ella intentó no darle importancia pues de poco valía preocuparse por cosas que ya habían pasado y en lugar de seguir insistiendo como cualquier persona chismosa, le ordenó que se encargara de meter lo cocinado en un tupper cuando dejase de estar ardiendo.

—¿Acaso vas a salir?—Preguntó él mientras el gato mordisqueaba sus talones.

Sybila asintió antes de coger la caja de comida para gato del estante y vertía

el contenido del mismo en el cuenco tibetano de Ramsés. Hasta para eso el animal era un presuntuoso.

—Sabes que están en la puerta de casa.

—Lo sé, estoy vieja pero no sorda.—Le regañó ella mientras apagaba el fuego y salía al pasillo. —Además ¡¿y a mi qué?! Si temiera a la gente del pueblo no iría a misa los domingos.—Farfulló entre dientes.

Blake la siguió por el corredor de la casa mientras veía como la anciana se ponía el abrigo morado que pendía del perchero. Los abucheos se escuchaban como un murmullo enfurecido, un zumbido en los oídos, desesperanzador e hiriente.

Sybila observó disimuladamente por la mirilla de la puerta. Allí estaban, esperando, siluetas borrosas recortadas en el cielo. Giró el pomo y tan solo llegó a abrir la puerta de la casa unos milímetros antes de que su nieto la interrumpiera.

—Voy contigo.

—No.

Sybila fue rotunda con él.

—Ya no soy un niño.

“Era un hombre, de eso no tenía ninguna duda” se dijo la anciana mientras observaba a su nieto de pie junto a la entrada. Era alto y bastante atlético para una persona que ha pasado encerrada en una habitación de un psiquiátrico todos los días desde hacía quince años. A ella le recordó a los hippies que en los setenta sólo querían recorrer el mundo con su extraña visión y su música relajante. Iba vestido algo pasado de moda pues le había dejado la ropa de su difunto marido. Aunque no se parecía en nada a él salvo en su descarada forma de llevarle la contraria. Blake tenía unos profundos ojos negros y una melena alborotada que le llegaba hasta los hombros justo donde terminaba su ancho cuello.

—Sé que eres inteligente y sé que sabes qué pasará cuando atraveses esa puerta.—Le dijo ella.

Blake lo sabía, por supuesto que lo sabía pero aun así no podía evitar querer salir. Parecía que había cambiado una cárcel por otra, que aunque distinta, no dejaba de serlo.

Perdió aquella partida. Vio a la anciana girar de nuevo el pomo para desaparecer tras la puerta de la casa con un portazo mientras el pollo especiado seguía enfriándose encima de una olvidada sartén.

La comisaría estaba vacía, no había rastro ninguno de ajetreo o movimiento, ni siquiera Cecile, la recepcionista, estaba en su puesto. La anciana anduvo un par de pasos por el recibidor, dando vueltas, buscando a alguien, a quien fuera, le daba lo mismo.

—¿Hoolaa?—Preguntó a un largo pasillo que no le pudo dar respuesta.

Con nerviosismo estuvo dando vueltas frente a la máquina expendedora. A punto estuvo de sacarse una chocolatina para calmar el malestar que estaba comenzando a apoderarse de ella. Sin embargo, no lo hizo, podía imaginar a su médico regañándola pues el exceso de excitantes le provocaba subidas de tensión que no eran buenas para su edad. Se sacó un zumo de frutas con la esperanza de que al recrearse apareciera alguien por allí dispuesto a escucharla.

El zumo se acabó y por allí no había pasado ni Dios.

Se levantó de la silla de plástico dónde había estado descansando, tiró el envase a la papelera que había junto a las escaleras y comenzó a bajarlas con lentitud. Peldaño a peldaño, respiración a respiración, la médium percibió de nuevo la soledad de uno de los corredores de la comisaría. Fue entonces cuando la música le llegó a los oídos. Una melodía clásica y vibrante que se proyectaba a través de las paredes como el eco de un fantasma. Un eco que se hacía más y más fuerte y parecía provenir de una puerta cerrada a su derecha. Tocó sobre ella pero la anciana dudó de que alguien fuera a escucharla. Entró sin esperar una invitación.

Se dio cuenta demasiado tarde de que aquello era la morgue. Vio a un hombre con bata blanca sobre el pequeño cuerpo de un niño. Supuso con acierto que se trataba de Samuel.

—¿Dónde le dejo esto?

Diana había aparecido de detrás de un estante e iba con una bolsa de pruebas en la mano. Una zapatilla. El hombre no parecía haberla escuchado gritar. Ni ninguno se había percatado de su presencia. La anciana fue a darse la vuelta, a salir de allí y esperar a que éstos terminaran pero la policía la vio. Su mirada confusa le penetró hasta el alma.

Apagó la radio.

—Sybila ¿ha... ha ocurrido algo?

La anciana percibió la urgencia y la preocupación en la voz de Diana. Podía decirse que incluso una punzada de miedo parecía teñir sus palabras. La miró

y cuando los ojos verdes de la policía se encontraron con los suyos comenzó a sentirse mareada, casi sin aire, como si una masa de agua le hubiera inundado la tráquea. Era ella, en su visión, los párpados que bajo el agua se cerraban... se trataba de la señorita Throne. Pensó en avisarla, decirle cualquier cosa pero sus visiones no siempre se hacían realidad y no pudo sumar una preocupación más a la joven. Decidió quedarse callada.

La policía se acercó a ella y la rodeó con sus brazos sujetándola con fuerza.

“Dios... era más fuerte de lo que aparentaba” se dijo Sybila recuperando el aliento.

El hombre de la bata blanca le ofreció un vaso de agua pero ella, todavía con la sensación de asfixia en su garganta, rechazó el ofrecimiento con educación negando a su vez con un leve gesto de cabeza.

—¿Dónde está todo el mundo? Necesito hablar con el teniente.—Explicó ella mirando a ambas personas.

—Te acompañaré.—Pronunció Diana despidiéndose del forense con la mano y guiando a Sybila hacia la puerta.—Están en la rueda de prensa.

Al final de ese mismo pasillo, tras una puerta doble que parecía la de un armario, estaba el salón de actos de la policía donde la jungla mediática hacía su reino. A Sybila le costó trabajo imaginar la repercusión que se estaba llevando a cabo tras esas puertas pues allí, en el pasillo, sólo había silencio.

Y si, nada que ver con el salón.

Los flashes disparaban hacia el escenario donde se hallaba una mesa rectangular presidida por el teniente Blume, una mujer y otro hombre a los que no había visto nunca y Hunter, el padre del niño hallado muerto.

—¿Están relacionados el homicidio de Monique Brown con el homicidio de Samuel Moon?—Preguntó una periodista gritando su pregunta por encima de las demás voces.

—Estamos barajando varias líneas de investigación.

—¿Creen que hicieron bien en soltar al asesino Black Demon?

Obviaron la pregunta.

—¿Podría darnos más detalles de la línea que están barajando?

—No podemos dar más detalles salvo los que anteriormente hemos mencionado.—Pronunció el teniente después de que la mujer que Sybila desconocía aunque Diana reconoció como la forense de Stanheaven le

susurrase algo al oído.

El teniente guardó silencio y en el otro extremo de la mesa, el hombre de pelo ralo interrumpió implorando unos minutos de silencio. Adam Blume carraspeó antes de hablar cuando los murmullos y preguntas se extinguieron poco a poco como un fuego controlado.

—Estamos aquí porque queremos hacer llegar un mensaje. Seas quien seas, estamos detrás de ti y no descansaremos hasta que estos asesinatos tengan la justicia y la paz que se merecen. Todo el departamento de policía y ahora con la ayuda de nuestros vecinos, trabajamos incansablemente por la seguridad de nuestros pueblos y de nuestros niños que...

El móvil le interrumpió y ante una fracción de segundo en la que caviló el cogerlo o no, optó por lo primero. Las cámaras grabaron con expectación el imperturbable rostro de Blume que fue perdiendo el color por momentos.

Descolgó y en cuanto lo hizo los periodistas se abalanzaron sobre él.

—La rueda de prensa ha terminado y no contestaremos a más preguntas sacadas fuera de contexto.

La indignación que recorrió la sala fue devastadora y rotunda. Los periodistas trataron aún de hurgar información mientras los ponentes abandonaban la mesa y se retiraban escoltados por parte de su equipo.

—Si no me hubiera echado yo habría sabido manejar a todos esos pájaros.

La voz de Max les llegó flotando a sus oídos. El ex reportero había aparecido detrás de ellas. Diana fue a contestarle pero al ver que la anciana corría para llegar junto al teniente, salió detrás de ella esperando que no hiciera ninguna estupidez. Que al teniente no le gustaba Sybila no era ningún secreto y la joven ojiverde estaba segura de que si en ese momento se encontraban alguien saldría escaldado. Y probablemente con la suerte que tenía seguro que sería ella la escarmentada.

—Llévensela de mi vista.—Ordenó el superior antes de que la médium pudiera siquiera comenzar a hablar. —No estoy de humor para sus chifladuras.

La anciana le miró con una mirada de hielo que le congeló hasta el alma a punto de quedarse parado a medio camino de abrir la puerta-armario y salir corriendo de allí. Sin embargo, no fue la mirada de hielo lo que más escalofríos le dieron si no la amenaza que brotó de los labios de ella.

—Si no me escuchas ellos morirán como los otros.

Diana y Max que presenciaron el breve diálogo con el corazón en un puño no sabían a qué se estaba refiriendo la anciana pero el teniente sí; porque la llamada que había recibido era la de su agente Josh Kazam notificándole que

dos niños más habían desaparecido.

CAPÍTULO XXXVIII

Cuando estaban de camino a Nollsbury después de acudir a la escena del crimen del pequeño Samuel Moon, la llamada del teniente Blume les sorprendió.

—Ha habido un altercado en la hamburguesería de Joe's, quiero que vayais para allá.

—Sí señor.—Le dijo entonces el moreno.—Encontramos una zapatilla en el pantano, Diana puede hacérsela llegar al forense en cuanto lleguemos a Nollsbury.

—Muy bien Kazam, estaba seguro de que no me defraudaríais, recordad que el tiempo corre.

Y colgó.

Y Josh siguió conduciendo.

Y Diana y él se separaron.

El atractivo policía llegó a la hamburguesería pensando que tardaría cinco minutos, que como dicen sería pan comido pero se equivocó. Y tanto que se equivocó. No esperaba encontrar tanta sangre. En realidad no esperaba encontrar sangre alguna, quizá un borracho con los pantalones bajados meando en una esquina (no era la primera vez que había ocurrido algo así en el pueblo) o un pilluelo intentando robar de la caja, pero nada como eso. Nada como la sangre que vio.

Los de emergencias llegaron un segundo después que él y se llevaron corriendo al hombre que tenía sujeto un cuchillo sobre el estómago.

Esas manos sangrando...

Esa herida sangrando...

Esos ojos inyectados en sangre...

La mirada de un loco, eso era lo que tenían en común el herido y el atacante, ambos tocados por la mano de la locura que si bien Josh no lo sabía en aquel momento no era otra que la mano del Diablo. Un Diablo que había desaparecido del local como la bruma vespertina llevándose con él a

dos nuevas víctimas.

—¡Josh!

El agente se giró para ver al dueño, a Joe, ir corriendo hacia él.

—¡Han desaparecido!—Exclamó.— ¡Mis nietos! ¡Mis pequeños! Tienes que encontrarlos, ¡tienes que encontrarlos!

El buen hombre le zarandeó mientras balbuceaba tienes que encontrarlos una y otra vez como si el policía con tan sólo desearlo pudiera hacer aparecer de nuevo a los niños de la nada. Sacárselos de la chistera como un mago. Pero él no podía, ojalá pudiera.

Hizo lo que tenía que hacer, lo que estaba obligado a hacer. Llamó a su superior y le informó de lo que ocurría. Que dos niños más habían vuelto a desaparecer.

A Max no le dejaron estar presente en el interrogatorio de Sybila pero era lo suficientemente listo y había estado el suficientemente tiempo en comisaría como para saber que desde los lavabos de señoras, en concreto el último retrete a la izquierda, podía escucharse la sala donde se llevaban a cabo las preguntas. Así que allí estaba bebiéndose de un trago uno de los cafés de la máquina y usando a modo de amplificador el recipiente cuyo aroma a torrefacto le cosquilleaba en la nariz. Era una imagen cuanto menos grotesca: él en el lavabo de señoras con la puerta atrancada, sentado sobre el retrete (con la tapa bajada por supuesto) y haciendo malabares entre su mochila y el vaso que sujetaba con la oreja sobre la pintarrajeada pared. Daba igual donde fuese, cualquier baño público que se precie tenía que estar adornado con un “Fulanita estuvo aquí” “Llame a X número para sexo” y para los más artistas, diversas reinterpretaciones del aparato reproductor masculino tanto a bolígrafo como rotulador permanente.

Distinguió la voz del teniente y en su imaginativo cerebro de escritor recreó la escena a la perfección.

Una grabadora con la cinta girando...

La anciana sentada con indignación a la mesa...

Y el teniente que si pudiera se daría de golpes contra la pared. Y no, esta no estaría cruelmente garabateada.

—¿Estaba usted cocinando y se le han aparecido de la nada dos niños? ¡Esto ya es el colmo!—La voz del teniente se escuchó a través de la pared.

Podía imaginar los golpecitos nerviosos de Sybila que con sus dedos toqueteaban una y otra vez el extremo de su paraguas.

—No me está tomando enserio.

Los ojos en blanco del teniente.

—Pero ¿Cómo tomarla enserio? ¿Usted se escucha cuando habla?

—Perfectamente.

Un golpe furioso a la mesa.

El sobresalto de la anciana.

Y el silencio.

Un silencio denso y pesado reptando por cada rincón de la sala de interrogatorios.

Max apartó el vaso de plástico pegado a la pared al escuchar la puerta del baño abrirse. Aguantó la respiración en su cubículo levantando los pies del suelo en un intento de pasar desapercibido, rogando por dios que ninguna mujer le descubriera pues ya se había ganado una pésima fama en el círculo íntimo de comisaría como para necesitar otro bochorno como el ser encontrado espiando en el lavabo de señoras. Escuchó unos pasos y acto seguido tocaron a su puerta.

“Oh no” se dijo Max antes de echar la vista hacia la rendija de la puerta por la que se veían dos zapatos de hombre.

—Abre Max, soy Josh.

El ex reportero estrujó el vaso de plástico con alivio entre sus dedos, puso los pies en tierra y abrió la puerta de un manotazo.

Josh le miró con una mirada a medio camino entre la diversión y el reproche. El policía estaba cruzado de brazos y tras él, el reflejo del espejo devolvió la imagen del reportero avergonzado. Éste salió del cubículo mirando que no entrase nadie a la vez que tiraba el plástico a la basura.

—¿Qué haces aquí tío?

Max no supo que responder. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué estaba haciendo con su vida? ¿Espionando tras la mirilla como un voyeur? Suspiró, se llevó una mano a la cabeza y poco a poco fue ocultando su rostro tras ellas.

—No sé qué hago aquí de verdad. —Murmuró yendo al lavamanos, dejando las gafas junto al grifo para luego echarse agua fría a la cara.

Agua helada.

—Sé que estás mal Max, por no poder ayudar.—Confirmó Josh pues no hacía más que confirmar sus pesares.—El teniente Blume me ha puesto al cargo de esta investigación, quisiera que me ayudaras pero tiene que ser extraoficial y para ser extraoficial tienes que estar fuera de aquí. ¿Me has entendido? Vuelve a la pensión, dúchate, duerme, haz lo que sea que hagas

para relajarte. Te quiero fresco para que puedas ser mis ojos y oídos por el pueblo. ¿Comprendes?

Josh le miró con afecto pero con severidad. Eso era lo máximo a lo que podía aspirar Max.

—Entendido.—Le respondió antes de volver a colocarse las gafas.

Antes de que salieran de allí.

Max notó como una policia los miró con curiosidad cuando salieron del lavabo.

—¡Me he confundido!—Exclamó el rubio a la desconocida mientras Josh lo sacaba a rastras.

—No des tanta explicación por dios, se va a pensar algo raro.—Masculló Josh entre dientes mientras le guiaba hacia la puerta.

En recepción tuvieron un encontronazo con el teniente y Sybila que ya se marchaba. Max se puso rojo de vergüenza al ver la mirada que el teniente Blume le dirigía.

—¿Se iba ya señor Chandler?—Le preguntó el teniente con mordacidad como diciendo sí, vete, sobras aquí.

—Ya me iba sí, he venido...—Ambos se miraron sin saber qué demonios decir— a invitar a Josh a tomar algo más tarde, en plan sólo chicos ¿eh?

Le dio un codazo al teniente.

—Usted me entiende ¿no?—Añadió.

Max sonrió pero a su lado Josh parecía morirse de la vergüenza ajena. El rostro del teniente permaneció con cara de póker incluso cuando le dijo:

—Claro, le entiendo. Quizá pueda apuntarme yo también ¿no? ¿Nos vemos en lo de Nando?

Los amigos se miraron presos del pánico. Ir de copas con el teniente no era precisamente lo que habían imaginado hacer más tarde.

—¡Claro!—Exclamó Josh.—Nos vemos allí.

El teniente se marchó, satisfecho de sí mismo.

—¿Eres idiota o que te pasa?—Le preguntó Josh a Max en cuanto cruzaron la puerta de comisaria.

—Hasta yo creo que ha sido una mala idea.—Interrumpió Sybila mientras bajaba con dificultad los peldaños.

Max se cruzó de brazos y no sólo por el frío. Había reaccionado rápido. ¿Qué iba a decir? ¿Qué había estado espiando el interrogatorio como un morbosos?

—¿¿Dónde cojones están mis nietos?!

Vieron llegar a Joe gritando por el parking, encolerizado y violento mientras Carrie, su camarera, intentaba en vano frenarle. La joven le cogía de los bordes de la ropa, de cada pliegue y arruga, tirando hasta lo imposible. Pero no pudo frenarle. No pudo frenarle en su empeño de acabar con aquellos que estaban intentando ayudarle como era el caso de los policías.

—¿Dónde mierdas están Josh?!

Le cogió de la camisa y lo zarandeó, o al menos eso intentaba, porque Josh permaneció rígido aguantando el chaparrón de insultos y vejaciones que aquel viejo cocinero le propinaba. Gritos y blasfemias que llamaron la atención de algunos, como Cecile, la recepcionista que salió a ver qué ocurría, o como Diana, que enseguida corrió a separarles aunque esos dos hombres fueran mucho más grandes que ella.

—¿Es que tiene que morir cada puto niño de este pueblo para que hagan algo?! ¡¿Para que muevan un PUTO DEDO?!

—Estamos haciendo todo lo posible Joe.—Le explicó Diana mientras tenía aún sus manos puestas en él.—Estamos haciendo pruebas de ADN a los objetos encontrados, hemos hablado con familiares e interrogado a desconocidos, hemos hecho búsquedas por el bosque y los alrededores, estamos haciendo todo lo posible para que esta ola de homicidios quede atrás. Así que por favor, cálmate de una maldita vez porque lo único que estás consiguiendo así es retrasarnos a todos.

—¿Y tú no quieres retrasarles verdad Joe? —Interrumpió Carrie, mirando a Joe con afecto.—Te llevaré en coche a casa, ¿de acuerdo?

El hombre asintió para ella. Calmado.

Calmado y vacío por dentro.

—Vamos.—Murmuró la camarera llevándose de allí.

Sybila vio como éste se marchaba con la joven, como se alejaban hasta cruzar la calle y perderse entre las pequeñas tiendas y los pequeños cafés. Los vio alejarse hasta desaparecer del mismo modo que había visto a esos dos críos asustados desaparecer entre la oscuridad de su visión. Los adorables nietos de Joe. Pobre, pobre Joe. Pobre, pobre Nollsbury que veía desaparecer a sus retoños sin hacer nada para impedirlo.

—¡Kazam!—Un agente salió a la entrada buscando al joven moreno con urgencia.—Vienen los de la científica, parece que han encontrado coincidencias con la sangre de la caravana feriante.

“La sangre...” pensó Max evocando en su mente el encontronazo con aquella macabra imagen de una estrella roja. “Que no sea del niño por favor...”

por favor”

Que no sea la del niño.

CAPÍTULO XXXIX

A menudo lo que deseamos no llega nunca a cumplirse por mucho empeño que pongas en el mismo.

Por mucho... mucho que lo deseáramos.

Esto era lo que reflexionaba Max mirando la pantalla de su portátil, sentado en el borde de la cama de la pensión mientras sus dedos escribían un artículo nuevo en el blog que había creado especialmente para el caso de Nollsbury.

Para un caso que se le había ido de las manos.

Revisó las pestañas del navegador que tenía abiertas, la mayoría de ellas no eran otra cosa que periódicos online donde había saltado la noticia de los niños ahogados en Nollsbury y Stanheaven. Miró la página web de *The Silver Mirror*, su antiguo empleo, por enésima vez. *No tenían ni idea*, pensó. Ninguno de ellos tenía ni idea de la maldad que se ocultaba tras la investigación policial. A decir verdad, ni el mismo sabía a ciencia cierta que ocurría o cómo acabaría la historia. ¿Encontrarían a los nietos de Joe antes de que el monstruo acabase con ellos o por el contrario era algo inevitable?

Mordió una manzana arrancando un buen pedazo de un solo mordisco y miró el reloj, había quedado en el bar de Nando a las ocho por culpa de su boca... su tremenda boca; y tendría que salir ya si no quería que se le hiciera tarde.

Cerró el portátil, se levantó y cuando el viento golpeó la ventana éste corrió a bajar la persiana con el propósito de que el viento no helase los cristales. Tenía las manos en la cinta cuando la luz se fue previo parpadeo inusitado. La habitación se quedó sumida en la penumbra y el rostro de Max, hasta entonces inexpresivo, reflejó la sorpresa y el desconcierto en una fracción de segundo.

El viento siguió haciendo de las suyas...

Dejó la persiana para luego pues en la oscuridad era únicamente la luz de la farola que entraba por la ventana lo que permitía descubrir el contorno de los muebles del dormitorio. Aun así, no pudo evitar golpearse el meñique con

la pata de la cama y maldijo dolorido antes de ir hacia la puerta.

Con la mano en el pomo sintió el frío sobre su nuca, un frío que parecía agarrarse a su garganta y se dio la vuelta rápidamente esperando encontrarse con alguien, con algo... cualquier cosa. Estaba muy susceptible desde que sabía la verdad... que había cosas inexplicables rondando por la tierra, que no estaban solos...

Se rio. Parecía un loco de esos que a veces pasaban por la redacción de su antiguo trabajo hablando sobre ovnis y vida extraterrestre.

Salió al pasillo viendo a su vez como otros huéspedes salían como él de sus habitaciones preocupados por el corte de luz. Y como el agua de un río, la electricidad volvió a su cauce, lentamente pero sin dejar de fluir. Las lámparas parpadearon instantes antes de coger fuerza para iluminar el corredor de nuevo.

Sin embargo, para Max, una sensación de angustia parecía no despegarse de sus talones desde el fugaz apagón.

Volvió a mirar el reloj.

19:50 p.m

19:50 p.m

Josh caminó entre las callejuelas con las manos metidas en los bolsillos resguardándose en parte del frío que asolaba aquella zona del pueblo. Pensaba en sangre, en la sangre analizada por la científica, la sangre que había resultado ser del pequeño Samuel Moon y de otra persona hasta entonces desconocida. Una incógnita que se sumaba a todo lo que tenían hasta entonces y que estaban investigando en el laboratorio los profesionales, algo que estaba fuera de su alcance como policía.

Siguió caminando y torció la calle con el insufrible sentimiento de no poder hacer nada. Nada más por ayudar a la familia. El sonido de sus pasos resonó por la acera con ecos rítmicos y solitarios. En aquella calle, por lo general tranquila y de tránsito, llamó su atención toda la frenética actividad que se estaba llevando a cabo en la trastienda de la ferretería mientras el cartel de su puerta principal rezada un “CERRADO” tan claro y tan grande que le resultó especialmente singular.

Y a su eco solitario se le fueron sumando los otros.

Josh se quedó mirando la persiana subida conforme caminaba y al darse cuenta de que lo que se preparaba allí iba a ser el detonante de una revuelta se dirigió hacia la trastienda a pesar de que iba con el tiempo justo. Allí estaban algunos de los vecinos más irritables y mojigatos que tenían en Nollsbury, yendo de un extremo a otro transportando sospechosas cajas de cartón en su camino y hablando entre dientes pero sin ningún tipo de recato. *“La policía de este pueblo es ridícula” “¿escuchaste la rueda de prensa?” “Yo creo que...” “pues yo he escuchado que...” “¿visteis la ambulancia aparcada frente a la hamburguesería?” “¿Sabéis que...?”*

—Ejem, ejem...—Carraspeó Josh al llegar a la altura en la que los demás estaban mientras se apoyaba a un lado de la persiana.

Se dio cuenta enseguida de los rostros rojos de vergüenza y de los violáceos de ira. De quien estaba allí arrastrado como una oveja y de los cuatro pastores que habrían empezado todo aquello: el irritante de Brandon, la cándida Jocelyn, el iracundo Joe y el propio pastor de la iglesia.

Josh echó un breve vistazo al interior de una de aquellas cajas preguntándose qué era lo que estaban haciendo.

—¿Me podéis explicar qué estáis tramando?—Quiso saber.—Porque está claro que algo os lleváis entre manos.

La hostilidad que desprendió entonces aquel grupo de vecinos le pilló por sorpresa como una grande y estruendosa bofetada.

Pero vamos a ver..., se dijo, ¿acaso pensaban que él no estaba ya lo suficientemente frustrado consigo mismo?

El policía percibió el cambio en el rostro de Joe, un rostro desencajado por el sufrimiento, la pérdida, el dolor y la cólera... esa rabia que irracionalmente inundaba cada facción de su semblante. Y la profesora de primaria, que ya se lo estaba viendo venir, frenó a Joe como lo haría con un niño antes de que estallase su berrinche.

—Sssh... ssh... déjame a mi.—Le dijo al hombre antes de dirigirse hacia Josh mientras los demás guardaban silencio como las buenas ovejas que eran.—Esas pancartas que ves, —Continuó diciendo ella.— son para la junta del ayuntamiento de esta noche. Vamos a convencer al alcalde de que prohíba la noche de Halloween. Como padres preocupados no podemos dejar que los niños campen disfrazados a sus anchas una noche en la que cualquier asesino puede ponerse una máscara.

El policía trató de procesar toda aquella información lo más rápido posible. A punto estuvo de echarse a reír.

—Toda persona lleva una máscara, da igual la época del año que sea y de quien se trate. Nunca puedes saber quién es realmente una persona o que esconde cuando nadie está mirando. Cualquiera de los que estáis aquí podríais ser un asesino en cierto momento de vuestra vida así que no me vengáis con gilipolleces. —Josh habló de manera concisa y con palabras duras que calaron en la gente como un jarro de agua fría. —Si queréis proteger a los niños lo mejor que podéis hacer es estar con ellos. ¿Dónde están vuestros hijos, sobrinos o nietos mientras vosotros estáis aquí?

Se miraron entre sí. ¿Sabían dónde estaban? Josh lo dudó mucho y aquello terminó por sacarle de sus casillas. Decidió marcharse antes de abusar de su estado de poder, podría haberlos arrestado allí mismo por tan sólo incitar a la violencia o por cualquier cosa en realidad que se le hubiera ocurrido.

Pero no quería ser esa clase de policía.

Ni ese tipo de persona.

Se marchó, dejando a sus vecinos perplejos y pensativos y volvió a caminar con el sonido de sus pasos persiguiéndole. Miró de soslayo el reloj ceñido a su muñeca.

Llegaba tarde.

20:10 p.m

El bar de Nando estaba a rebosar y es que ya se sabía que en los tiempos de crisis la gente tendía a ahogar sus lamentaciones en alguna barra ingiriendo una botella tras otra de alcohol hasta que el mundo no fuera más que un sueño sombrío. El policía saludó al joven dueño con la mano y éste le indicó la mesa al fondo donde los demás esperaban. Llegó y saludó a Max y al teniente Blume de la misma manera en que lo había hecho con Nando. Cuando llegó casi podía ver la incomodidad que los rodeaba como una presencia más, sentada a la mesa entre el rubio reportero y el canoso teniente; esto se disipó en cuanto el tercero se sentó entre ellos intentando banalmente centrar las conversaciones en puerto seguro mientras corría la cerveza como si fueran chupitos, pequeños tragos dorados que pronto comenzaron a aletargarles.

—Y va el muy imbécil y me dice que Cecile está buena. ¡Nuestra Cecile!— Suelta el teniente con las mejillas encendidas después de un largo soliloquio sobre las mujeres de su vida después de beber y beber y de echar a la

incomodidad de la mesa para hacer hueco a la embriaguez.

Max le miró y sin importarle que aquel hombre le diera miedo (o probablemente sin recordad exactamente delante de quien estaba) se soltó:

—¡Lizzie sí que está buena!

El otro le miró, queriendo parece intimidante, pero el ojo izquierdo comenzó a cerrársele involuntariamente cosa que le quitó cualquier atisbo de amenaza a su rostro.

—Como se te ocurra acercarte a mi hija...— El teniente hizo un gesto con la mano simulando el corte de unas tijeras.

Los tres sabían a qué se refería.

—¿Qué no tienes bastante con la rubia extraña?—Le preguntó Josh refiriéndose a la equilibrista del circo, quien Max había apodado como la mujer más hermosa del mundo en su primer encontronazo.

Curiosamente, no habían vuelto a coincidir desde ella se sincerara en comisaría. El rubio se preguntó dónde estaría Gisele Renard en ese momento evocando al mismo tiempo en su cabeza el peluche del cisne que cada noche le esperaba como un centinela sobre la cama de la pensión.

Pero ni con toda la cerveza del mundo, ni con toda la imaginación que poseía llegaría nunca ha imaginar donde estaba ella.

Y de quien huía asustada.

CAPÍTULO XL

Hacia mucho rato que Gisele había podido dejar atrás la camioneta en la que André le había metido como medida de precaución tras su sincera confesión en comisaría. Pero se sentía desorientada, confusa, sedienta... no sabía dónde la había dejado así que corrió sin dirección alguna. Una carrera angustiosa que levantaba la tierra y las hojas muertas elevando hasta sus fosas nasales el olor a pino y madreselva. Corrió hasta que el sonido del agua le llegó a los oídos. Se paró de golpe con lágrimas en los ojos pues cada vez que pensaba en el agua...tan cristalina, tan etérea, tan mortífera... Cada vez que oía la corriente de un río, el chapoteo de un charco, las olas del mar o las fantasmagóricas ondulaciones de un lago llegaban a sus largos recuerdos las imágenes de niños sin vida, de todos los niños a los que el circo había ahogado en nombre del Diablo a cambio de una eternidad que no hacía más que hacer de sus vidas un infierno. Porque si hubiera sido por ella... si hubiera sido por ella hubiera muerto hacía mucho tiempo, en su viejo París con su anticuado gramófono sonando, escuchando por última vez un suave vals.

Bajó montaña abajo por el barro preguntándose si era allí a donde André había llevado al pequeño Samuel.

Entonces lo vio.

Y ella tuvo que detenerse, escondida entre los pinos.

Figuras enmascaradas ataviadas por la parafernalia propia de su personaje.

Vio a su padre Cyprien que aún con el rostro oculto por el velo que salía de su sombrero de copa pudo reconocer a la perfección; también estaban Madame Olga con un antifaz de arlequín y la boa de plumas de la que nunca se separaba; El demente payaso que ocultaba sus facciones tras el maquillaje exagerado; el prestidigitador escondido tras unas gafas oscuras; Grant, el forzudo; Silver y Gold, los siameses unidos; Y por supuesto André con aquella máscara de cisne negro que tanto había

utilizado en su presencia. Sólo una cosa en común los unía: todos ellos portaban largas capas negras que los hacía ver imponentes, mucho más altos de lo que eran. Capas que desfiguraban sus siluetas hasta llegar al esperpento creando aterradoras visiones de monstruos y sombras para el espectador. Y todas ellas miraban al lodazal donde el grito de un niño rasgó el aire como un cuchillo bien afilado.

Gisele profirió un grito ronco, casi exhausto por la carrera pero un grito al fin y al cabo que se mezcló con el de Samuel antes de que este dejase de moverse, de chillar... de respirar.

Ahora la joven había vuelto a correr y se encontraba huyendo de su propia familia.

Las sombras.

Los monstruos.

Familia.

Era extraño como una única palabra podía unir las vidas de las personas. Y era extraño como esos vínculos se enredaban o se estiraban hasta romperse como si se tratase de una madeja de hilos. Diana estaba en el salón de casa de Sybila viendo a la anciana con su nieto y casi podía jurar haber visto el hilo que los unía.

—¿Quieres más?

Los ojos verdes de la joven alzaron la vista del vaso que sostenía para ver delante de sus narices la tetera que Sybila había utilizado para el té. Declinó la oferta con un nudo en el estómago. Pensaba en su propia familia, sus padres que habían perdido a una hija, en ella misma que había perdido una hermana. ¿Cómo sería Abby ahora? ¿Viviría en Nollsbury? ¿Tendría hijos? ¿Un buen trabajo? ¿Y ella, como sería de seguir su hermana con vida? ¿Se habría hecho policía de igual modo? No, probablemente no. Aunque seguro que seguiría ayudando a la gente. Quizás hubiera estudiado medicina. Pensó en su pobre mascota... no. Hubiera sido veterinaria seguro.

El gato de la anciana se subió sobre su regazo de un salto y ella no pudo evitar acariciar aquella piel sonrosada. Ninguno parecía estar dispuesto a hablar del tema que subyacente se elevaba discretamente como el humo que procedía del té negro.

—Esos dos niños...—Comenzó Blake.

—No va a ocurrir lo mismo con ellos. No otra vez.—Pronunció Diana levantándose del sillón dejando su vaso sobre la mesa y a Ramsés sobre el suelo.

El gato huyó de la habitación como si intuyera lo que iban a hacer allí.

Iban a invocar al Diablo.

A acabar con esa locura de una vez por todas.

La joven policía sacó la petaca de Max con agua bendita de su chaqueta; también todo lo demás: canela en rama, una piedra de cuarzo blanco, una tiza y un pequeño mechero azul. Por su parte Blake había ido a la cocina y traía con facilidad entre sus brazos un paquete industrial de más de cinco kilos de sal. Sybila sin embargo, cogió un velón que tenía sobre la mesa y lo llevó hasta el espejo de la entrada. La dejó en el suelo e indicó a Diana que la ayudase a bajar el espejo para llevarlo al salón. La joven pudo transportarlo ella sola y siguió a la anciana hasta dejarlo apoyado sobre uno de los pilares de la habitación. Solo entonces comenzaron a dispersar las cosas y colocarlas donde la anciana indicaba con una seguridad pasmosa en sí misma. Con la tiza dibujaron un círculo enorme en el suelo encerrando el espejo en su interior. Después, sobre la tiza, volcaron la sal que siguiendo el dibujo, formó un círculo salino perfecto. Frente al espejo colocaron el cuarzo y junto a él, el velón encendido, cuya llama se reflejó en la superficie de cristal. Por último, encendieron un extremo de la rama de canela con el pequeño mechero, que al igual que lo hace el incienso, comenzó a dejar una humareda por todo el salón. Sybila dio tres vueltas al círculo con la canela encendida antes de apagarla al meterla en el foso de té que quedaba de su vaso. La petaca con agua bendita había sido reservada para otros menesteres.

Esperaron en silencio y expectantes con el corazón acelerado.

Nada.

Diana miró a Sybila pidiendo explicaciones pero la anciana le hizo un gesto para que esperase. Y esperaron. De nuevo. Con la impaciencia como acompañante.

—¿No debe...

—Ssssh —La anciana interrumpió a su nieto mientras miraba fijamente el círculo de sal que contenía el espejo, el mineral y la vela.

Entonces lo vieron. La llama que se había reflejado antes en el espejo se había apagado mientras que la verdadera seguía encendida.

Algo la había apagado.

Algo en el espejo.

La médium, una vez apagada la llama de ese otro plano de realidad, comenzó a murmurar para sí, tan deprisa que los otros no llegaron a distinguir las palabras aunque por el tono, Diana supuso que era una especie de rezo.

—Alcánzame la petaca deprisa.—Ordenó Sybila aunque Diana no entendió a qué venía de pronto esa urgencia en su voz.

Y no lo entendió hasta que la vibración en el espejo comenzó a centrar su atención. Su superficie había dejado de ser reflectante y en ella el humo denso y oscuro parecía recubrir el esqueleto de una persona. Poco a poco, la figura del Diablo de Nollsbury fue haciéndose tan tangible como el cuarzo que a los pies del espejo había comenzado a tornarse caliente y tres veces más oscuro.

Petrificados, los tres fueron incapaces de dejar de mirar casi con una fascinación morbosa al monstruo de humo y huesos que a su vez los miraba con furia desde su cárcel de cristal. Sybila tartamudeó antes de indicar que tanto el espejo como el círculo de sal, la luz y el cuarzo lo mantenía preso. Después de eso y sin poner un pie dentro de aquel círculo salino esparció pequeñas gotas de agua bendita sobre el cristal ordenando al Diablo que se alejase para siempre, que liberara a los niños que no pertenecían a nadie salvo a sus amados padres. La risa del Diablo rebotó en el cristal y una lengua viperina parecía escupir lo que supusieron se trataba de una burla. Se estaba burlando de ellos pero a través del cristal solo pudo llegar hasta ellos un sonido embotado como quien escucha una canción a través de unos auriculares estropeados. Era un sonido lejano del que apenas distinguieron la última frase antes de que el espejo estallase en mil pedazos, la llama de la vela se apagase y el Diablo saliese de su frágil y fugaz encarcelamiento dejando a todos inconscientes sobre el suelo.

Todos salvo el gato egipcio que dedicó una mirada felina a aquella sombra que no tardó en desaparecer de la casa.

Sólo quedó un rastro de estragos.

El olor de la canela quemada y el té.

Y una voz que provenía del walkie de Diana.

“Actividad sospechosa en el aserradero junto al robledal. Necesitamos refuerzos. Aviso: necesitamos refuerzos”

CAPÍTULO XLI

Cuando Josh escuchó el aviso de su walkie-talkie dejó sobre la mesa su refresco sin azúcar e intercambió miradas de preocupación tanto con el teniente como con el ex reportero.

—Tengo que irme.—Se disculpó Josh levantándose de su silla. El joven hizo el amago de sacar el dinero de su cartera pero el teniente no le dejó.

—Ya pago yo. Corre. Te veo en comisaría, voy a acercarme por si hubiera alguna novedad de última hora. Mantenme informado de todo lo que suceda ahí fuera.

—Entendido.

El policía no esperó que le siguieran y aun así Max lo hizo. De manera atropellada.

—¡Espera! — Volcó una silla cuando lo dijo y el rubio tuvo que disculparse con los clientes de la mesa que le miraron con indignación.

“No” pensó Josh. “Ahora no”

—¿A dónde crees que vas?—Le soltó a Max, que sin pretenderlo, sonó más agresivo de lo que quería transmitir.

Su amigo le miró a través de las gafas con una expresión de sorpresa.

—Voy contigo. A ayudarte.—Explicó él sin llegar a entender porque Josh parecía de repente tan molesto.

—Has bebido.—Le dijo el policía como si aquello pudiera explicarlo todo. Miró hacia la puerta del bar con impaciencia.—No te ofendas pero si vienes conmigo sólo serás un lastre. Recuerda la última vez que estuvimos en el bosque.

Max lo recordaba ¡por supuesto que lo recordaba! Había disparado al policía, había entrado en pánico y la sangre...

—Tengo que irme.

Ya no le dio tiempo a replicar. Josh se fue. Dejando el bar en su camino. Dejando a su amigo en su camino. Rumbo al bosque de Nollsbury. Un bosque sombrío y húmedo.

La pistola se mantenía erguida, sujeta por la firme mano del policía que miraba a sus compañeros esperando la señal. Y para qué mentir, también la había buscado con la mirada.

¿Diana dónde demonios estás? Se preguntó en medio de la tensión en lugar de preguntarse si era allí, en el aserradero, donde los acólitos circenses del Diablo habían llevado a los dos hermanos de siete y nueve años desaparecidos.

Debería de haber sido esa su prioridad pero él no era un hombre perfecto.

Miró la construcción de madera, una instalación única construida a finales del siglo diecinueve y que a pesar de todo —y de su posterior abandono por la modernizada empresa maderera de Stanheaven— seguía en pie. A pesar de los peligros que suponían los oxidados raíles de cantonado y las afiladas guillotinas para el tronzo, aquel había venido siendo, de aquí a una parte, el lugar favorito para que los grafiteros erigieran sus obras de arte en sus decrepitas paredes. Los ojos pintados de un viejo demonio en un mural que parecía rezumar sangre con sus distintos tonos de rojo, naranjas y amarillos parecían juzgar sin descanso a las personas que osaran adentrarse en la ruinosa instalación. Una advertencia que al parecer había caído en saco roto.

Josh advirtió el gesto de sus compañeros que se habían dividido en las diferentes entradas. Uno; dos; tres. Echaron la puerta abajo con una facilidad pasmosa y el equipo de policía comenzó a entrar en tropel enfocando con las linternas las mugrientas máquinas que entre sus filos y dientes de hierro elevaban castillos de polvo y telarañas.

—¡Policía de Nollsbury!—Alzó la voz un agente de los que habían sido los primeros en entrar. —Está rodeado. Deje salir a los niños sanos y salvos y podremos negociar.

El eco de su voz se perdió en la inmensidad del lugar amortiguado por las capas y capas de serrín sin ninguna respuesta más que silencio.

Josh seguía con el arma en alto mientras enfocaba con la linterna el comienzo de unas escaleras de metal que llevaban al piso superior. Un crujido sobre sus cabezas hizo caer una lluvia de pequeñas motas de suciedad que se había ido acumulando en la madera con el paso del tiempo.

“Quizás sólo es un animal” pensó él mirando el techo. “Un perro muy lejos de casa”

Él sabía que no existía secuestrador, pedófilo o asesino que no fuera el

Diablo. Que no iban a encontrar a otra persona que no fuera el monstruo que acechaba las noches de Nollsbury o bien a algunos de aquellos personajes esperpénticos que bajo la carpa de estrellas elegían a sus inocentes víctimas.

El compañero junto a Josh —el que había tomado la palabra y parecía ser el cabecilla de la operación— se llevó el dedo índice a los labios para acto seguido señalar el techo sobre ellos. El policía encabezó la fila de agentes que subieron silenciosos como fantasmas los peldaños de las escaleras.

Allí había alguien.

Lo supieron en cuanto observaron el rastro limpio de unas pisadas dibujadas sobre la alfombra polvorosa del suelo. En cuanto escucharon la respiración acelerada de alguien que había estado huyendo por el bosque hasta acabar allí.

Gisele aguantó la respiración escondida bajo una de las mesas de trabajo mientras escuchaba las voces y los pasos, temerosa de que fuera André o su padre uno de los que estaban allí. Sin embargo se dio cuenta enseguida de que no era ningún miembro de su familia de artistas pues nunca, nunca jamás, ninguno de ellos hubiera usado unas botas de goma con cordones tan anodinas como las que asomaban por el hueco de la mesa.

—Policía de Nollsbury.—Escuchó con alivio.

Aunque el alivio pronto se convirtió en miedo.

En incertidumbre.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarse allí escondida hasta que el Diablo la encontrase para castigarla o salir a pesar de las dudas? ¿Enfrentarse a aquella gente que tan ajena y lejana la sentía?

—Parece que los niños no están aquí.

Aquello le llamó la atención. ¿Tan rápido? Se preguntó. Después de alimentar al monstruo con el niño en aquel lodazal del pantano, ¿tan rápido se había hecho con nuevas víctimas? ¿Cuánto tiempo había estado huyendo? ¿Cuánto tiempo estaba escondida? ¿Había sido un rato? ¿Un día? ¿Dos?

Lo malo de la eternidad es que había dejado de medir el tiempo.

A la mierda.

La joven salió de su escondrijo y se ocultó rápidamente la cara con las manos cuando la luz de una linterna la enfocó directamente.

Había estado mucho tiempo en la oscuridad.

Josh no pudo creer lo que veía. La loca del circo, la que parecía tener una fijación magnética por Max. Estaba sucia y andrajosa, con el serrín y la mugre pegada a su ropa. Tenía la mirada más triste que hubiera visto nunca. Unos ojos enormemente redondos y tan melancólicos como los que dibujaba Margaret Keane en sus cuadros.

Temblaba y murmuraba como una lunática. Josh la rodeó entre sus brazos como hubiera hecho con cualquier otra víctima. Con un gesto denegó el ofrecimiento de un compañero para llamar a los auxiliares. No. Ella no necesitaba una ambulancia. Necesitaba saber.

El murmullo de una pregunta le llegó flotando hasta su oído. Una pregunta que solo Josh pudo escuchar.

—Los niños... ¿Han desaparecido más niños?

La voz de ella sonó rota, destrozada, malherida, fue como escuchar el lamento de un animal que lleva demasiado tiempo con la correa atada a su cuello. Él asintió con un gesto y ella estuvo a punto de desmayarse.

—Hay que sacarla de aquí, llevadla al hospital.—Sugirió un policía a su espalda mientras el resto seguía buscando en cada rincón del aserradero.

—¡No!— exclamó ella. — Llevadme a comisaría. Tengo algo que testificar.

Josh y ella intercambiaron unas miradas que parecían mantener un diálogo silencioso.

"Si dices toda la verdad te tomaran por loca, te encerrarán como hicieron con Blake Hopkins"

"No hablaré del diablo. No soy idiota pero no puedo más"

— No puedo más.—Murmuró.

CAPÍTULO XLII

Inútil, así le hacían sentir, caviló Max caminando por la acera mientras volvía a la pensión. Miró las calles que recorría sin apenas llegar a fijarse en nada salvo en sus pies. Caminaba con las manos en los bolsillos, los hombros caídos y la mirada cabizbaja perdido en su propio mundo. Sacó su móvil. Parecía que había pasado un siglo desde que revisara sus redes sociales. Nada. Nadie le esperaba. Ni una llamada perdida. Aquello terminó por hundir más todavía sus hombros hasta el punto de parecer una tortuga escondiéndose del mundo en la comodidad de su caparazón. Max se puso a pensar, más todavía, en que extrañamente era en Nollsbury donde había podido conectar con la gente. Era irónico que en una ciudad llena de personas se sintiera solitario y que en un pueblo que no era más grande de lo que era su distrito en Manhattan pudiera haber encontrado amigos tan cercanos como los que tenía ahora.

“O eso creía”

Las palabras de Josh todavía le escocían aunque en cierta parte sabía que su amigo no le había excluido con mala intención. Sabía que no podía ir detrás de ellos todo el rato, era sólo que después de estar tanto tiempo a su aire era agradable hacer las cosas en compañía. Y pensar que había algo inexplicable rondado las calles por las que paseaba hizo que quisiera estar acompañado más que nunca. Pasó por delante del ayuntamiento y no pudo evitar mirar el cartel. Aquella fotografía... Las caras sonrientes de la joven Kyle Norton y su hermano Charlie, los niños que siempre andaban por el negocio familiar de la hamburguesería, miraron a Max y aunque sus bocas impresas permanecían cerradas parecían echarle en cara su fracaso.

"Encuétranos" suplicaban sus rostros de papel "antes de que el mal nos devore"

El rubio apartó la vista incapaz de seguir torturándose de aquella manera para ver como un anciano le observaba fijamente desde la esquina. Se sintió violado, como si aquel viejo representase al padre que pilla infraganti a su

hijo haciéndose una paja. Se sintió desnudo. Vulnerable.

— ¿Y usted que mira?— le soltó de mala manera.

Acto seguido un perro guía torció la esquina y el anciano pudo seguir caminando sin percatarse de nada. Probablemente no le había ni escuchado pero aun así Max se sintió la peor persona del mundo.

En ese momento, las puertas del ayuntamiento se abrieron de par en par pillando por sorpresa al ex reportero y los vecinos comenzaron a salir de la asamblea que había tenido lugar allí dentro. Por los comentarios que se sucedían Max sacó en claro dos cosas: que Bridget Brown había salido esa noche del hospital tras su supuesto intento de suicidio en la bañera y que la fiesta de Halloween se celebraría al día siguiente tal y como siempre, sin ninguna alteración. El rubio volvió a caminar esta vez más deprisa para evitar toparse con la desconsolada Samantha, la madre del pobre Samuel, aun así sus miradas se cruzaron y el odio de aquella mujer le traspasó tan brutalmente como lo hubiera hecho un cuchillo de carnicero. Max recordó con dolor el incidente que tuvo con su ya antiguo periódico y su artículo modificado por Catriona Silver.

Dios... echaba de menos escribir, se dijo.

Con el móvil aún en la mano y alejándose del pequeño tumulto decidió llamar a Diana. Lo último que supo de ella es que quería ir a visitar a Sybilla después de que esta hubiera pasado por comisaría. Al saber durante la rueda de prensa que dos niños más habían desaparecido Diana quería ponerse enseguida a órdenes de la médium pues creía que solo ella (familiarizada en temas poco convencionales) podría saber cómo acabar con esta locura. Pero locura hay en todas partes y pararla es casi imposible. Max la hubiera acompañado de buena gana pero su metedura de pata con el teniente le había obligado a tomarse unas copas donde Nando.

"Oye que nadie te ha obligado a beberte una segunda *Guinness*" se reprendió a sí mismo con el sabor de la cerveza aun en su paladar.

Un sabor amargo a malta tostado.

A frío invierno.

Los pitidos seguidos que emitían su teléfono le indicó que al otro lado de la línea el móvil de Diana estaba sonando. Sonaba pero sin respuesta. Aquello le extrañó pues de ellos tres, Diana era la que más atenta estaba a su teléfono por si ocurriera alguna novedad.

Calle abajo las ruedas de un triciclo chirriaron sobre la acera yendo directamente hacia él. Él se quedó paralizado viendo al triciclo abalanzarse

sobre él sin nadie que lo condujera. El miedo le paralizó. Últimamente el miedo que sentía en Nollsbury iba en aumento y pronto amenazaría con terminar de convertirle en una estatua petrificada por el horror. Su corazón volvió a latir solo cuando apareció un niño corriendo tras el triciclo sin frenos. El niño se disculpó tímidamente mientras su madre le reprendía detrás de él.

Estás paranoico Max, se dijo a si mismo mientras los latidos le martilleaban en las sienas. Pero no todo era paranoia, se dijo a su vez después de llamar a Diana por segunda vez sin que esta lo cogiera. Dio la vuelta y camino a casa de Sybila sin pensarlo dos veces, quizá todavía la encontrase allí.

Josh se masajeó las sienas. Estaba cansado, cansado y preocupado pues Diana había dejado de contestarle al móvil. No sabía nada de ella. Ahogó un suspiro y miró a Gisele Renard sentada en la silla de plástico frente a la mesa de los interrogatorios. Parecía más pálida y delgada que otras veces en que la había visto. Tenía una mano esposada a la mesa, por precaución, pero a ella no parecía importarle. De hecho parecía que ni siquiera la notase, como si se tratase de un accesorio, como si llevara una simple pulsera.

Josh no sabía que ella también estaba cansada.

Gisele se había cansado de huir, de la vida itinerante del circo, de fingir día sí y día también de que no ocurría nada anormal a su alrededor. De que no estaban haciendo nada malo. Pero sí lo hacían. Ellos traían el mal bajo su carpa en cada pueblo que paraban, les daba cobijo, lo alimentaban, lo hacían más fuerte y todo ¿para qué? Para seguir eternamente con aquella vida que no era vida en absoluto.

—Si tienes algo que confesar habla ya. Esos niños podrían estar a punto de morir mientras hablamos. —Le soltó el teniente de mala manera sentado al otro extremo de la mesa mientras el agente moreno se mantenía en pie. Ella sabía que preparar el sacrificio llevaba un mínimo de tiempo. Los niños no estaban muertos. Al menos no por el momento.

—Sé a quién deberían de arrestar. Quien es el responsable.—“Yo” pensó. Hizo una pausa en la que se miró los pies. Parecía que el peso del que estaba a punto de deshacerse la hiciera flotar tan alto como lo hacía sobre la cuerda del circo.— André es el único demonio. André, mi padre... ellos cogen la infancia y la retuercen con sus manos hasta romperla en mil pedazos. Siempre

seis niños, siempre con estigmas en las manos y ahogados hasta que la vida desaparece de sus pulmones.

En la sala se hizo el silencio y un frío tan atroz como lo que la joven acababa de confesar. Gisele decidió omitir los verdaderos detalles de la historia: el pacto con el diablo, la deuda que los convertía en asesinos y pesadillas, la causa de todo ese mal... Un gran plato principal como es la verdad siempre debía de ir aderezado de pequeñas mentiras si uno quería evitar la asfixia.

—¿Y tiene alguna prueba de lo que dice?— Preguntó Adam Blume enarcando una ceja a la vez que dejaba de escribir las palabras de la chica en el bloc de notas.—No me malinterprete quiero coger a ese hijo de puta lo antes posible pero no por ello voy a encerrar a alguien sin prueba alguna. Por lo que sé André es su prometido y a juzgar por la cara que me está poniendo justo ahora, eso no le hace mucha gracia.

La joven miró a Josh buscando alguna señal de ayuda. Él conocía la verdad y sabía que Gisele sólo estaba intentando parar a su familia sin saber muy bien cómo hacerlo.

—Podría querer a André lejos del mapa para poder continuar su vida en solitario o incluso con otro pretendiente, no es la primera vez que tenemos que lidiar con pruebas falsas, la última vez...

—Perdón...—La forense de pelo rojo y gafas rojas asomó la cabeza por la puerta sin invitación alguna.— es urgente.

El teniente echó una última mirada de desconfiada a la joven rubia esposada a la mesa.

Algo en la mirada a través de las gafas de la forense les hizo moverse. Parecía algo urgente de verdad, tanto como para interrumpir un interrogatorio sin ni siquiera llamar a la puerta.

Los policías salieron de la estancia y cerraron la puerta tras ellos. El corredor estaba vacío a expensas de ellos mismos, dado las horas que eran allí ya apenas quedaba nadie, algunos seguían de búsqueda mientras las patrullas que habían salido la noche anterior cenaban en sus casas con sus familias.

—La zapatilla de Samuel Moon que hallamos en el pantano ya ha sido analizada. Hemos encontrado rastros de *Erodium Cicutarium*, comúnmente llamado alfilerillo, una flor que solo crece en los alrededores del prado donde tienen puestas las carpas antes de llegar a la linde del bosque. ¿Alguna sospecha señor? —preguntó la mujer sin saber que tenía en su conocimiento la

clave para arrestar a Cyprien Renard y su circo ambulante.

Adam Blume miró a Josh y después hacia la puerta cerrada tras la que Gisele Renard esperaba.

—Alguna sospecha, sí.

CAPÍTULO XLIII

Una pesadilla sabía que era una pesadilla y aun así tuvo miedo. Miedo de no despertar y quedarse a vivir para siempre en aquella vorágine de imágenes inquietantes e inconexas. Pero despertó.

Blake Hopkins abrió los ojos con lentitud y por una fracción de segundo pensó que seguía en la pesadilla. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras intentaba ponerse en pie. Parecía que le hubieran dado una paliza. Sentía los músculos rígidos e inmóviles y unas articulaciones pesadas como rocas que tiraban de él hacia el suelo. Pese al dolor físico que seguía sin serlo tanto como el emocional logró ponerse en pie. Observó el salón destrozado, como un Hiroshima de bolsillo. Los muebles volcados, la sal esparcida por toda la habitación como una niebla blanca y salobre, cristales rotos a cada paso que daba y ellas tiradas en el suelo como él había estado hacía un segundo. Corrió a socorrer primero a la anciana rogando porque el golpe o lo que fuera que los hubiera hecho caer no hubiera sido demasiado fuerte para ella. A menudo olvidaba lo frágil que podía ser su abuela. Comprobó que respiraba y aunque intentó despertarla ésta solo pudo abrir un poco los párpados antes de volver a cerrarlos. Necesitaba descansar, se dijo. Así que acunó a la anciana entre sus brazos para después dejarla recostada sobre el sofá al que había vuelto a levantar. Ramsés apareció de sopetón maullando alrededor de ellos y los escombros para recostarse a los pies de su dueña. Solo entonces, Blake acudió en ayuda de Diana.

La policía respiraba y a juzgar por los rápidos movimientos oculares que se adivinaban tras la cortina de sus ojos cerrados y los leves quejidos que se escapaban de sus labios, parecía hallarse en la misma pesadilla en la que Blake se había sumergido.

—Diana despierta.—Ordenó él de cuclillas sobre la chica.

Ella no despertó.

Comenzó a ponerse nervioso. Se miró las manos. Temblaban.

“No, no otra vez” pensó con miedo al ver a la chica ahí tirada. Si le ocurría

algo... si le ocurría algo y estaba en su casa cuando aún muchos de los ciudadanos de Nollsbury seguían pensando que era Black Demon volvería al psiquiátrico. Y eso en el mejor de los casos.

Y no. No quería volver a ese sitio.

Nunca más.

El timbre...

Blake alzó la mirada hasta el pasillo. Habían tocado al timbre de la casa. Pero eso no podía ser. No en ese momento. Esperó. Quizás se lo había imaginado. Como había imaginado tantas cosas...

Pero ahí sonaba de nuevo. El timbre de la casa.

Con el corazón en un puño Blake se incorporó y anduvo hasta la entrada después de cerrar las puertas del salón como si allí no hubiera sucedido nada.

Como si allí no hubieran invocado al Diablo.

A través de la mirilla, Blake reconoció a Max, el amigo periodista de la agente Diana Thorne.

Sabía que era de fiar.

Lo dejó pasar pero su nerviosismo seguía a pie de guerra haciendo creer al pobre de Max que estaba sufriendo un episodio esquizofrénico. Blake sabía que no era nada de eso, hacía muchísimo tiempo que el tratamiento que llevaba no le había dado problemas. Que él era tan normal como cualquiera. Pero tartamudeaba y un leve temblor persistía en todo su cuerpo, ya no solo sus manos. Abrió las puertas del salón ante la atenta mirada del chico rubio con gafas antes de que éste se precipitase dentro al ver el estado en el que se encontraba su amiga.

Max miró a su alrededor. Todo el destrozo...

—¿Ha servido de algo? —susurró.

Blake no llegó a entenderle.

—¿Qué?

—¿Ha servido de algo?— Volvió a preguntar. —¿El Diablo ha desaparecido?

Blake miró el espejo, el cuarzo, la sal, el rastro de gotas de agua bendita... todo había sido una pérdida de tiempo.

—No.

Max salió de la estancia, furioso.

—¡Espera!

Pero el joven no se detuvo. Abrió la puerta con rabia y antes de salir pegando un portazo le dijo a Blake:

—Por tu bien, haz que despierten.

La amenaza quedó suspendida entre ellos como una soga que ceñida a ambos les oprimía cada vez más. Y es que Max sintió que el aire le faltaba mientras sus dedos tecleaban torpemente el número del policía una vez hubo bajado los peldaños de la casa de Sybila.

—Josh, tenemos que hablar.

Una queja se escuchó al otro lado de la línea pero Max no se daba por vencido. Nunca.

—Voy para allá.

Max durmió como pudo en la sala de espera de comisaría. El teniente le había prestado una manta que tenía guardada en el fondo de un cajón en su despacho. Parecía que poco a poco Adam Blume iba ablandándose con él o eso quería pensar. Cuando se la dio, apenas puso mala cara, claro que también tenía cosas mejores en las que pensar que en el reportero. Max se resguardó en la burda manta aquella noche como si le fuera la vida en ello.

Allí hacía un frío de cojones, se dijo.

Pestañeó varias veces antes de llevarse una mano al cuello. Había permanecido en una posición extraña sobre la improvisada cama hecha con varias sillas de plástico que encontró. Aquello lo había dejado molido. Supuso que ya era de día pues volvía a escuchar los pasos en el corredor, las voces de los compañeros saludándose y comenzó a percibir como el leve aroma del café de máquina lo inundaba todo hasta llegar a él. Josh le había hecho esperar todo lo que quedaba de noche en comisaría con el pretexto del papeleo acumulado y el preventivo arresto de Gisele Renard en un celda durante las próximas veinticuatro horas tal y como dictaminaba la ley en Nollsbury.

Max se llevó una mano a la frente y a pesar de que estaba tan fría como de costumbre sentía el ardor bajo su piel. Le dolía muchísimo la cabeza pero lo achacó al cansancio que acumulaba desde el día anterior. Lo primero que hizo antes de ponerse en pie fue coger sus zapatillas que había dejado discretamente a un lado. En ese momento entró la señora de la limpieza y le miró con una pena profunda al ver allí al muchacho ojeroso con los rotos de sus calcetines. Max no necesitaba su compasión, lo que necesitaba era que algo saliera bien por una puta vez en su vida. Miró su móvil y se alegró al ver

un par de mensajes pendientes.

La alegría duró muy poco.

“Publicidad” se dijo Max. “Qué asco de publicidad” se dijo una vez más antes de enviar los mensajes directamente a la papelera de eliminar.

Estaba preocupado por Diana. Y no sólo por ella, un día más los niños desaparecidos permanecían a merced del monstruo.

—Te traje café.

Josh entró en la sala de espera con un vaso de plástico en la mano cuyo humo iba siguiéndole todo el camino como un perro.

—Siento no haber podido hablar antes contigo.—Se disculpó él.

Max sólo pudo limpiarse las legañas con el puño cerrado mientras con la mano libre aceptaba de buena gana el café que le ofrecían.

—Ojalá no me hubieras obligado a dormir.

—Todos tenemos que descansar.

—Todos no.—Max miró a Josh fijamente.—Ella tiene que despertar.

—¿Ella?

—Te lo hubiera dicho anoche pero no me dejaste. Diana fue a casa de Sybila y ella está...

De repente un estruendo, gritos ahogados. Una puerta que se abre lentamente ante la atenta mirada de la limpiadora. A ella nada le perturba, sólo retuerce con fuerza un mocho antes de ensuciarlo de nuevo con el suelo.

—Ella está aquí...—Susurró con alivio el reportero al ver a Diana entrar por la puerta.

Lo que no esperaba es que entrase acompañada de Blake Hopkins.

“Aaah” comprendió el rubio “por eso los gritos contenidos en el pasillo”

—¡Estás aquí!— Exclamó Josh antes de correr a estrecharla entre sus brazos.—Estaba muy preocupado por ti.—Le susurró al oído para placer de ella.

—No me aprietes tan fuerte.—Le dijo Diana mientras se llevaba una mano a la cabeza.

—¿Te encuentras bien?—Le preguntó Josh inspeccionándola de arriba abajo.

Llevaba la misma ropa que el día anterior, su cabello ligeramente desaseado, parecía que cada hueso de su cuerpo le costase diez mil quilos de mover.

—¿Qué ha ocurrido?— Josh miró a Max con reproche y a Blake en el que no se había fijado hasta el momento. Cuando Diana aparecía por la puerta el

mundo parecía quedarse en un segundo plano.

—Intenté decírtelo antes de quedarme dormido.—Replicó Max haciendo esfuerzos todavía por despejar su mente de los sueños.

Sueños de niños devorados.

Sueños de niños ahogados por aguas tan oscuras como el epicentro de un agujero negro.

Donde todo desaparecía.

Donde no éramos más que ceniza.

Un vacío inmenso sin gota de esperanza.

CAPÍTULO XLIV

El reportero puso al día a su amigo y él a su vez relató con pelos y señales como habían encontrado a la hija del maestro de ceremonias del circo en el aserradero y como ésta había confesado saber quién tenía secuestrados a los pequeños ángeles de Nollsbury. Una patraña a medias tintas que sólo podía satisfacer a quienes no conocían la doble cara que la carpa de estrellas escondía. Unos sospechosos de carne y hueso a los que la policía podía echar el guante.

Cosa que ya estaban poniendo en marcha.

Mientras los amigos hablaban entre ellos, a las afueras de la ciudad una patrulla de agentes de paisano ponía un pie en el prado donde las flores de alfilerillo delataban los más perturbadores actos. Cyprien Renard ensayaba un grandilocuente soliloquio sobre la magia del espectáculo para inaugurar la velada de esa noche en la arena bajo la carpa principal. En su mano llevaba un espejo, manías de actor para memorizar y revisar una y otra vez sus gestos faciales. Ese día a pesar de los intentos por mantener una expresión serena, la realidad sobre cómo se sentía jugaba malas pasadas en su rostro. No lograba concentrarse.

Pensó en su hija. Y es que cada pensamiento de su vida lo había estado dedicando a ella. Su bello cisne. Su elegante estrella.

Sabía que su hija era desgraciada, que el precio por el cual toda la compañía seguía allí era demasiado alto para ella. Los demás habían tenido sus épocas, como todos, pero nunca antes se había actuado con tanto descaro. Nunca antes ninguno de ellos se había atrevido a enfrentar al Diablo, a osar salvar a alguna víctima. A interferir. Ninguno de ellos. Claro que todos habían tenido debilidades, dudas... pero había algo que con la eternidad recordaban: que la vida era efímera y que podía acabar en cualquier momento. Para ellos las vidas de aquellos niños pronto serían otros recuerdos, otras estrellas que pintar de rojo en la tela de su carpa. Otra muesca en su zapato. Nada importante.

"Concéntrate" se dijo.

Pero cuando fue a mirar el espejo de nuevo allí estaba. Mirándole. Aquella cosa. Una masa sanguinolenta semejante a un cráneo envuelto en una marea de sombras de oscura ceniza. Con unos ojos teñidos de locura y sangre.

El espejo cayó al suelo y Cyprien ahogó un grito. A pesar de que debía estar acostumbrado, la sola visión del Diablo siempre le impresionaba.

Miró el fragmento de cristal y aunque no quiso hacerlo lo cogió apretándolo con fuerza en su palma hasta que un reguero de sangre cayó de su mano como culebras escarlatas.

Supo que estaba allí con él.

Lo sintió por todo su cuerpo.

Inundándolo.

Controlándolo.

—¿Qué más quieres de mí?— preguntó al borde de la cólera.

Se puso el cristal sobre las venas de su muñeca y apretó.

Carne. La voz del Diablo resonó en su cabeza, grave y demoledora obligándolo a sujetar firme el filo del cristal.

CARNE.

—Tenemos a dos niños más, esta noche los marcaremos y haremos el sacrificio. Serán todo tuyos, solo tienes que tener paciencia.

Con la mano hizo fuerza en el cristal que sujetaba dejando escapar un leve quejido.

Paciencia, repitió el monstruo.

Entonces Cyprien se cortó las venas. Un corte profundo, doloroso y sangriento. Chilló de dolor y cayó de rodillas sobre la arena. Su chaqueta de lentejuelas se ensució de rojo carmesí... Y en lo que dura un segundo ya no había nada. Ni corte, ni sangre, ni espejo, ni monstruo. Nada. Así era como le gustaba jugar al Diablo, retorciendo las mentes, volviéndonos locos. El hombre se levantó con las rodillas temblando y en estado de alerta. Tanto era así, que pudo percibir que algo malo ocurría y antes de que la patrulla de policía se internase en la carpa con las armas en alto, él desapareció entre volutas de humo.

Como en un truco de magia.

—¿Y estás seguro de que eso es lo que se debería hacer?

Sybila estaba al teléfono y ensortijaba entre sus arrugadas manos el cableado retorcido como una serpiente. Escuchó atenta la voz a través de la línea. Había decidido llamar al profesor Fernando Navarro, un antiguo compañero de la Asociación de Ocultismo de Maine. Lo había conocido durante una ponencia en la que hablaban de demonología alrededor de las distintas culturas de mundo. No había nadie mejor que él para ayudarla. La anciana tuvo que hacer un esfuerzo por escucharle, todavía estaba algo aturdida por el golpe recibido y no ayudaba que de vez en cuando Fernando soltase por su boca palabras y expresiones españolas que aunque formaban parte de su lengua natal, ella no podía entender.

Colgó al cabo de unos minutos y comenzó a masajearse las sienes para su alivio antes de llenar el comedero de Ramsés hasta el borde. Suspiró antes de volver a coger el teléfono fijo y se desplomó sobre el taburete de madera que solo utilizaba para llegar a los estantes más altos de su cocina. Mientras sonaba el pitido incesante de la llamada, tocaron al timbre y ella pensando que podría haber vuelto su nieto, dejó el teléfono pausado y se dirigió hasta la entrada.

—¿Truco o trato?

La anciana vio a un niño vestido de hombre lobo acompañado de una pequeña brujilla mientras el padre esperaba desde la acera varios metros atrás.

Pip. Pip. Pip.

El pitido del teléfono volvió a sonar en sus tímpanos y aturdida colgó el auricular. Sybila se levantó del taburete con lentitud, esperando que tocasen a la puerta mientras el gato exigía su comida. A menudo las visiones de la médium se realizaban solo segundos antes de que ocurrieran y la mayoría de las veces se trataba de cosas tan corrientes como saber quién iba a llamar a su puerta momentos antes de que sucediera. Abrió la puerta de la casa preparada ya con un puñado de caramelos que depositó en las cestas del hombre lobo y la bruja antes de que estos pudieran terminar su pregunta y sin apenas detenerse a mirarles. Cruzó la casa de nuevo hasta llegar a la cocina evitando a toda costa mirar el salón. Su viejo amigo se había mostrado interesado en todo momento por su caso pues en las noticias ya había escuchado alguna cosa sobre las muertes de Monique Brown y Samuel Moon. Lo que el profesor le explicó es que el Diablo estaba en el mundo gracias a un vínculo, un pacto y

que había que romperlo. Hacerlo desaparecer. Si lo que vinculaba al Diablo en la tierra desaparecería, él también debía de hacerlo. Parecía simple pero no lo era. En la mayoría de los casos los objetos que vinculaban al Diablo acababan siempre perdidos por el paso del tiempo.

Imposibles así de destruir.

Sybila suspiró de cansancio antes de volver a coger el teléfono.

Atentamente Blake escuchó las directrices de la anciana mientras le daba indicaciones a Diana de todo lo que su abuela le decía. Estaban en una de las salas de interrogatorio, con la puerta cerrada, intentando pasar desapercibido en un edificio lleno de investigadores natos. Y no debían levantar sospechas.

Blake, Diana, Josh y Max se miraron entre sí una vez el primero hubo colgado el móvil. Después miraron la hoja en la que la policía había escrito las palabras DESTRUIR y VÍNCULO en letras mayúsculas.

—Esto se nos escapa de las manos.—Pronunció Josh mientras se apoyaba en la mesa metálica con las piernas y los brazos cruzados.

Arriba sobre su cabeza la bombilla comenzó a parpadear con un molesto tintineo de luz. Y a nadie pareció importarle.

Se quedaron callados y desanimados mientras el ruido de los pasos, el fax y la máquina de café llegaba hasta a ellos.

Blake Hopkins miró a cada uno de los presentes con una rabia que no había sentido en años. No. Esto no iba a acabar aquí.

—Me niego.—Murmuró él.

A su lado el periodista levantó la cabeza.

—¿Eh?

—¿Y esas caras tan largas? ¡Tenemos todo lo que necesitamos!—Exclamó Blake.

Los demás le miraron extrañados. Como si estuviera loco.

Una sensación de desagradable familiaridad se instaló en su estómago. Sabía demasiado bien como se sentía esa mirada.

—Gisele Renard me dijo que había firmado un pacto con el Diablo. ¿Y si no era una metáfora? —Sugirió Max levantando la cabeza con una brizna de pasión en sus pupilas. La esperanza que tanto había perdido parecía florecer de nuevo en sus ojos más viva que nunca.

Blake se envalentonó.

—¿¡Lo véis!?! Destruimos el pacto, paramos las muertes. Una cosa tras otra. Un efecto dominó.—Soltó Blake más emocionado como nunca le habían visto.

“Seré un hombre libre de nuevo” se dijo. “Cuando todo esto termine, cuando el verdadero monstruo desaparezca mis demonios se irán con él. Nunca más se oirá el apodo de Black Demon. Nunca más volverá su recuerdo para atormentarme”

Los demás presenciaron la desesperación que emanaba el joven. Sus ojos redondos y castaños, tristes y cansados, que esperaban iluminarse de nuevo con la libertad. Que ansiaba ser aceptado por encima de todo después de toda una vida de rechazos.

Les tocó el corazón. Tenían que ayudarle pues en el fondo Blake Hopkins no era más que otro niño al que le habían robado su vida.

—Tenemos que llegar a Gisele antes de que el teniente dé la orden de liberarla. Si le preguntamos ella nos ayudará.—Convencido Josh logró poner en marcha a los demás. “Estoy seguro de que nos ayudara” se dijo después de recordar el estado en que la había encontrado.

Al borde del derrumbe.

CAPÍTULO XLV

La pared de la celda sobre la que había dejado caer su espalda estaba fría pero aquello la reconfortaba. Le hacía pensar en otra cosa, alejaba su mente de las abrumadoras imágenes que había presenciado con la muerte de Samuel Moon. La alejaba del sufrimiento causado por su familia. La compañía. Cerró los ojos y apoyo la cabeza en la pared. No quería seguir dando vueltas y vueltas a lo mismo y aun así su mente lograba justo lo contrario. Seguía pensando en que ella era la culpable de todo. Y la rabia y el asco que sentía hacía ella misma no podía soportarlo.

—Hija...

Escuchó la voz de su padre y apretó los párpados con más fuerza esperando que así la voz se silenciase. Pero aquella llamada no venía de la profunda culpabilidad de su mente. Aquella voz resonaba tan cerca que casi podía notar como el la acompañaba en su jaula de hierro.

Una mano apretó la suya. Y eso ya no eran imaginaciones. Gisele abrió los ojos de golpe y se apartó, mirando a su padre con miedo. Un miedo infantil e irracional como el de una hija que espera la regañina tras la travesura.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a llevarme con él?—Escupió ella alejándose de su padre hasta chocar con el otro extremo de la celda. Tampoco es que fuera una celda muy grande.

Su padre la miró apenado, le dolía que su hija pensase que estaba en su contra. Él solo quería protegerla, protegerla de todo y de todos.

—No cariño, vengo a...

Los pasos interrumpieron la charla. Cyprien miró a su espalda el pasillo por el que varias siluetas se acercaban cada vez más. Miró a su hija y aunque quiso liberarla, sacarla a rastras de allí, sabía que de nada serviría. Su mirada decidida lo dijo todo por ella. El tiempo que habían pasado de prestado se acababa ese día.

Cyprien desapareció por segunda vez esa mañana y las sombras que habían interrumpido lo que iba a ser una melancólica conversación padre e hija llena

de reproches, se hicieron cada vez más nítidas. Gisele ni siquiera les prestó atención, estaba sumida en una pena mayor que la de estar allí encerrada en comisaría.

De nuevo escuchó los pasos y estos se detuvieron en su puerta. La joven elevó la cabeza para toparse cara a cara con Max y por un segundo se le iluminó el rostro. A Max le siguieron el policía y otro joven al que no conocía.

El rubio se acercó a los barrotes al mismo tiempo que ella se levantaba e iba hacia allí preguntándose qué era lo que querían pues de no haber querido nada de ella no estarían allí.

—¿Qué...

Antes de que pudiera hablar Max la interrumpió mientras el chico al que no conocía la miraba fijamente de arriba abajo con expresión sorprendida. Pronto comenzó a sentirse incómoda.

—Sé que quieres salvar a esos niños tanto como nosotros. —Le dijo el rubio.

Sin embargo toda su atención la tenía el desconocido al que había alcanzado a escuchar por debajo de lo que Max decía. “*Está como la recordaba, ni siquiera ha cambiado un poco*” farfullaba entre dientes una y otra vez el joven de cabello castaño y fina barba.

Se dio cuenta de que ellos esperaban una respuesta, impacientes y desesperados.

—¿Qué?—Soltó ella al volver a la realidad.

No había escuchado ni una palabra de lo que le habían dicho.

—¡Daos prisa!—Se escuchó al otro extremo del corredor.

Gisele les miró confusa empapándose del nerviosismo que cada uno de ellos reflejaba.

—El pacto que firmaste con el Diablo no era metafórico ¿verdad? ¿Dónde lo tienes?

“Así que no se andaba con rodeos” Se dijo ella mirándose a sí misma reflejada en las gafas del periodista.

—Lo escondí en una doble tela cosida a la cúspide de la carpa principal, tan alto que solo yo pudiera alcanzarlo.

Al ver que sin más preámbulos éstos corrían hacia la salida exclamó.

—¡Esperad!

El único que se detuvo fue Max que la miró tan apenado como la había mirado su padre. Sólo un instante.

—Lo siento.—Dijo él antes de dar media vuelta y salir corriendo como

alma que lleva al Diablo.

Como alma que lleva al Diablo.

Gisele rio una última vez con amargura antes de que las lágrimas la desbordasen.

Nollsbury se había teñido de naranja por cada calabaza en las escaleras, puerta o ventana de las tiendas y las viviendas. Y a pesar de que el ambiente no podía ser más tenso de vez en cuando alguna inocente risotada les llegaba a los oídos como una lejana melodía. Risas de los niños más pequeños que ajenos al oscuro mundo de los adultos nada sabían de los arrestos que salían en las noticias. En el bar de Nando el televisor acaparaba todas las miradas y en la calle no hacía falta ser muy avisado para enterarse pues los periodistas que asaltaban cada casa de los familiares afectados parecían haber salido hasta debajo de las piedras. Como una plaga. Por un lado tenían a Joe y su hijo que callados se veían incapaces de decir una palabra coherente al tener una cámara a centímetros de su nariz. Por otro lado estaba el matrimonio Moon que afligidos parecían ser el contrapunto perfecto pues no paraban de hablar nerviosamente sobre su hijo aún sin haber asimilado del todo lo que sucedía. Y por último estaba Bridget que una vez recuperada de su incidente con la bañera había vuelto a una casa vacía en la que se había encerrado. De ella los periodistas ya lo habían sacado todo ahora solo tenían su silencio y una puerta que permanecería cerrada a cal y canto.

Nollsbury se había teñido de risas y calabazas sí pero también de un dolor tan profundo del que iba a costar un tiempo recuperarse.

A Diana le había costado quince años pero con la verdad de lo sucedido a su hermana Abby parecía que el dolor ya no lo era tanto; Y que amortiguado estaba cada día más cerca de desprenderse de él. Caminaba rápidamente a la carrera seguida de los chicos recorriendo las callejuelas y avenidas mientras los viandantes seguían su marcha en un segundo plano; como extras de una obra de teatro. Llegaron al terreno donde el *Circo La Condamnation* daba su espectáculo.

El circo... el circo estaba solitario, sin risas, ni música, ni aroma a caramelo... un circo sin luz devorado por las circunstancias. Habían sido arrestados por la policía sin éstos saber que los circenses llevaban a sus espaldas más crímenes de los que se pudieran contar. Y tanto André como

Cyprien habían desaparecido. Habían desaparecido del mismo modo en que había desaparecido la magia. Bajo la lona se podía sentir los rastros del abandono y el frío de unas butacas que permanecían vacías y que seguirían estándolo esperaban que para siempre. Los cuatro se disponían a inspeccionar la carpa de arriba abajo cuando el viento comenzó a morderles los talones. Un viento gélido que hacía mover la carpa como un postre de gelatina. Tela que con la fricción parecía susurrar una canción.

“El circo es grande, es especial, tiene juegos sin parar. Un niño jugó y cinco más bajo el agua jugarán. Niño bonito, niño especial, pronto al Diablo encontrarás”

Pronto al Diablo encontrarás...

Los cuatro se separaron arrastrados por una mano invisible, lanzados en el aire como en una explosión. Fue todo muy rápido como si alguien hubiera avanzado una película mientras los personajes se movían a cámara rápida. No sabían que estaba ocurriendo pero sí sabían qué lo había provocado. O más bien quién. Black Demon, el Diablo de todas las culturas, Belcebú, Yahvé, el monstruo de humo y huesos que asaltaba las pesadillas de los infantes... Lo sintieron en su propia carne, incapaces de mover un solo músculo de su cuerpo mientras el violento viento enredaba la lona del circo sobre sus cuerpos, asfixiándolos. El circo que con sus brillantes telas de tentáculos había cobrado vida movido por un ser malévolo y sádico.

—Los niños son míos y devoraré su carne del mismo modo que devoraré sus almas.

Aquella voz le pareció a Diana tan familiar como nauseabunda mientras intentaba librarse del abrazo del circo. Sentía el cabello en la cara mientras la tela se enredaba en sus brazos y piernas; y por último en su cuello. La imagen de aquella primera vez que visitó el circo con su hermana y sus padres le vino a la cabeza. Pensó que el circo era un lugar lleno de alegría mientras reía observando el tiovivo. Un tiovivo que no paraba de girar y girar, de dar vueltas y vueltas.

Vueltas y vueltas del mismo modo en que lo hacía su cabeza.

Pensó que era el fin y cerró sus ojos verdes. Verdes como la hierba sobre la que había observado el cadáver de Abby. Y ahora iba a reunirse con ella.

Todo el ruido, todas las voces, el viento, la fricción, las imágenes... todo quedó reducido a un ruido sordo y a una sensación liviana.

—Ya estoy contigo.—Murmuró como pudo mientras lágrimas gruesas iban a parar a su barbilla para estrellarse contra el suelo.

Sintió que unas manos la cogían pero quedaban lejos de ser unas manos pequeñas de niña. Sintió también que respiraba de nuevo y un dolor punzante en la espalda y los codos.

Había caído sobre la arena.

Lejos de tentáculos de tela.

Lejos, muy lejos, de estar muerta.

CAPÍTULO XLVI

Los ojos ojiverdes de la policía escudriñaron a Max que tendiéndole sus manos grandes la había salvado en el último momento. El joven periodista estaba sudoroso y fatigado y no hubo momento para decir nada ni siquiera para mirarse entre ellos ni dos segundos seguidos. El monstruo seguía allí impaciente por acabar el juego.

Josh disparó a la nube negra que parecía flotar sobre sus cabezas pero de nada sirvió más que para hacer sendos agujeros en la cúspide de la carpa.

La cúspide... pensó entonces recordando las palabras de la equilibrista.

El policía alzó la cabeza para ver la cuerda floja que de columna a columna atravesaba toda la carpa. Después se fijó en las escaleras.

—¡Tenemos que subir por...

Antes de que pudiera terminar de gritar a sus compañeros que tenían que subir por allí lo antes posible, un fognazo hizo parpadear el interior de la carpa como parpadea el abdomen de una luciérnaga.

Josh sabía quién era, lo había visto en las noticias y tanto Gisele Renard como Max habían hablado de él, André, el cisne negro, el compañero de piruetas de la hija de Cyprien. Y con él arrastraba a los pequeños Kyle y Charlie Norton que sucios y asustados intentaban liberarse de sus garras.

Blake miró a los niños con tristeza y rabia y encolerizado corrió hacia el joven de ojos sagaces y sonrisa burlona. Éste lo esquivó sin dificultad y Blake cayó al suelo humillado y avergonzado.

Lo que André no sospechaba pues su soberbia llegaba a cegarle la mayoría de las veces es que gracias a la distracción del nieto de Sybila, Josh y Diana habían podido coger a los niños en brazos y corrían hasta la salida mientras Max trepaba por la escalera rumbo a las alturas. De nuevo parecía que alguien hubiese adelantado la película. Una fuerza sobrenatural cerró la carpa formando un capullo, incapaces de que los policías pudieran huir con los niños. André alzó la vista para ver al esmirriado del chico rubio subir torpemente por la columna que tantas veces había trepado el mismo. Sonrió de

satisfacción al imaginar cómo iba a tirar a ese esmirriado al vacío.

Max por su parte intentaba no mirar hacia abajo mientras hacía fuerza por seguir. Se lamentó enseguida de haber echado a perder su bono del gimnasio cuando estaba en la ciudad. Su cuerpo le pesaba como un lastre incapaz de ir tan rápido como quisiera.

Pie izquierdo en un peldaño, derecho en el siguiente. Mano firmemente sujeta de un peldaño a otro.

Pie izquierdo en un peldaño, derecho en el siguiente. Repitió en su cabeza.

Y entonces algo tiró de él y cuando giró la cabeza vio a André y la inmensidad de las alturas antes de que sus gafas cayeran en picado hasta desaparecer.

Cayendo, cayendo...

—¡Mis gafas!—Exclamó él mientras el cuerpo le temblaba e intentaba resistir a los tirones del circense.

Mientras el mundo se volvía borroso...

Max escuchó disparos y uno tan cerca que dejó un zumbido en su oído derecho tan molesto como la pérdida de visión momentánea que sufría. El periodista supuso que los disparos iban dirigidos a André aunque no se giró a observarlo. Solo supo que los tirones del circense intentando frenarle habían desaparecido y él se dirigía cada vez más alto como un pájaro que vuela por primera vez. Con miedo y excitación.

Alcanzó la irregular tela que Gisele había prometido y ahí estaba tal y como le dijo, un pergamino amarillento y frágil de aspecto tan delicado como el que tenía la joven que lo había firmado. Cogió el pergamino con los dientes y se agarró fuerte a la columna antes de comenzar su descenso. Sin embargo el descenso que tuvo Max no fue sin duda para el que estaba preparado. André había caminado sobre la cuerda con la gracilidad propia de su oficio y lo empujó al vacío intentando recuperar el pacto con el diablo. Cosa que no hizo.

Antes de caer Max incendió el papel con el mechero de su bolsillo. Lo último que vio fue el fuego devorando la tinta, reduciendo aquel vínculo a cenizas.

Y siguió cayendo y cayendo... *cayendo en un mundo borroso de colores vivos, de butacas vacías y de maldades con rostro de cisne.*

Nollsbury fue el centro de todos los medios de comunicación aquel día y

también durante los días posteriores. El día en que Kyle y Charlie Norton aparecieron sanos y salvos en comisaría. Las cámaras grabaron el reencuentro de Joe con sus nietos y publicaron las fotos en primera plana de todos y cada uno de los integrantes del circo de Cyprien Renard. Un circo que había desaparecido como la bruma y del que nadie tuvo pista alguna. Del que nada volvió a saberse. El circo, ese mágico terreno entre la realidad y los sueños, desapareció para siempre y con él las atrocidades que estaban destinadas a repetirse cada quince años.

Max pensó una última vez en Gisele y en como el teniente enfadado no se explicaba que la joven hubiera desaparecido de su celda. El rubio sonrió para sí porque sabía que ella había encontrado la paz que tanto anhelaba.

—¿Tanto te alegras de que me marche?

Max volvió a la realidad en cuestión de un segundo tras escuchar la voz de Bridget. Estaban en la estación de tren, el primer lugar que el reportero había visto a su llegada y todo era tan distinto a entonces...

Josh abrazó a la chica y después Diana que la fundió en un abrazo tan grande que estaba seguro que de haber podido las dos amigas hubieran permanecido así un buen rato. Max abrazó a Bridget después de darle el número de su casera en Manhattan y un par de contactos que tenía para la búsqueda de empleo. Aunque no tenía la menor duda de que a Bridget le iba a ir mejor que a él en la ciudad. En la vida todo se constituía de decisiones y caminos que tomar y aquella madre que había perdido a su hija iba a buscar el suyo en solitario.

—Siempre nos quedarán las flores del jardín.—Le susurró éste al oído emulando a *Humphrey Bogart* mientras pensaba en las flores que había puesto en su jarrón después de su encuentro a solas como quien pone una pizca de esperanza en un corazón vacío.

Bridget le devolvió el abrazo aún más fuerte y cogió las maletas para subirlas al tren. Solo se giró una vez más para despedirse desde la lejanía, con un gesto de muñeca, de su exmarido Brandon y de Jocelyn. El mundo se había vuelto extraño en el pequeño pueblo, unos se iban y otros venían. Brandon le devolvió el saludo, se había vuelto a teñir el pelo de su color natural, un castaño claro y parecía que junto a la profesora de primaria iba a encontrar también el camino que había perdido.

Max observó la ventanilla del tren con nostalgia, no hacía mucho era él el que estaba tras esa ventana y ahora había decidido quedarse. Su casera en la ciudad recibiría a Bridget con los brazos abiertos mientras ella le enviaba sus

cosas por correo y él había conseguido por fin un nuevo empleo. Trabajando codo con codo junto a la hija del teniente, Lizzie, en el periódico local. Con quien además había empezado a compartir un piso y quien sabía si con el paso del tiempo, compartiría algo más que eso.

El tren comenzó a moverse y ellos también.

Los tres amigos anduvieron por las callejuelas de Nollsbury, saludaron a Nando que comenzaba a poner las mesas en la terraza para un día de trabajo; también saludaron a la dueña de la pensión que una vez fuera el hogar provisional del periodista y por supuesto, de camino a sus casas, saludaron a Blake y Sybilla Hopkins que se ocupaban de plantar en su jardín delantero. Las cosas iban bien por allí para el joven que había perdido tantos años de su vida. Poco a poco iba recuperando la normalidad aunque las pesadillas todavía aparecían de vez en cuando por las noches.

—¡Nos vemos luego Blake!—Saludó el reportero pues le había prometido al chico una sesión de cine y series de televisión en su casa.

La de cosas que se había perdido... pensó Max ansioso por llegar al estudio, hacer palomitas y hablarle a Blake de las maravillas de una serie de fantasía épica con lobos huargos a la que Lizzie también estaba enganchada.

Diana y Josh se despidieron de Max en la siguiente bocacalle y llegaron a su casa en cuestión de minutos. *Su casa*. Por fin, después de tanto vivido, de tanto sufrido, las cosas marchaban también bien para ellos dos que habían decidido vivir juntos. Josh la besó al pie de las escaleras del vestíbulo antes de que ésta llegase incluso a cerrar la puerta con llave.

—Voy a preparar café. ¿Quieres?

Ella aceptó con la cabeza mientras veía desaparecer por la puerta de la cocina a su compañero, su mejor amigo, el amor de su vida. Y sonrió con los ojos verdes llenos de felicidad. Miró hacia la escalera, hacía mucho que había dejado aquella tarea aparcada pero sentía que era el momento idóneo para llevarla a cabo.

"Desaparecida niña en Nollsbury"

"Siguen las investigaciones sobre los seis niños desaparecidos"

"Hallan el cadáver de la pequeña Abigail Thorne sumergida parcialmente en el lago Boor"

"Adolescente esquizofrénico principal sospechoso"

Diana quitó cada uno de los cuadros con recortes de periódicos dejando una pared vacía que estaba deseosa de comenzar a llenar de fotografías con Josh e incluso algunas con el pesado de Max y la pizpireta de Lizzie.

Se desprendió de aquellos recortes de periódico del mismo modo que se había desprendido de todos los males que la devoraban; La tristeza. La pérdida. La culpa.



LA AUTORA

ANDREA P. MUÑOZ (1993), natural de Alicante aunque con residencia en Petrer se describe como un alma inquieta que canta, que ríe, que lee y que sueña. Enamorada de las bambalinas del teatro, el sabor de las palomitas en un cine y del aroma que dejan entre los dedos las páginas arrugadas de los libros.

Diplomada en Caracterización y Maquillaje Profesional hizo sus pinitos además en la radio, en el teatro y en el periódico local. Pero sobre todas las cosas, lo que ama es crear historias y personajes mediante palabras.

Autora de *La princesa de Iryan*, *Maldición de luna*, *Hija de reyes* y *Jazz Empire*. También posee en su colección dos cuentos infantiles: *Hugo Stone y la casa de los libros mágicos* y *Hugo Stone y la ciudad de la imaginación*.

Instagram: @Ann_always

Facebook: Andrea P. Muñoz – Escritora

Twitter: @AnnRedLips

¡Sígueme!



[1] Traducción del francés: Caballero.